

On Edge

THE

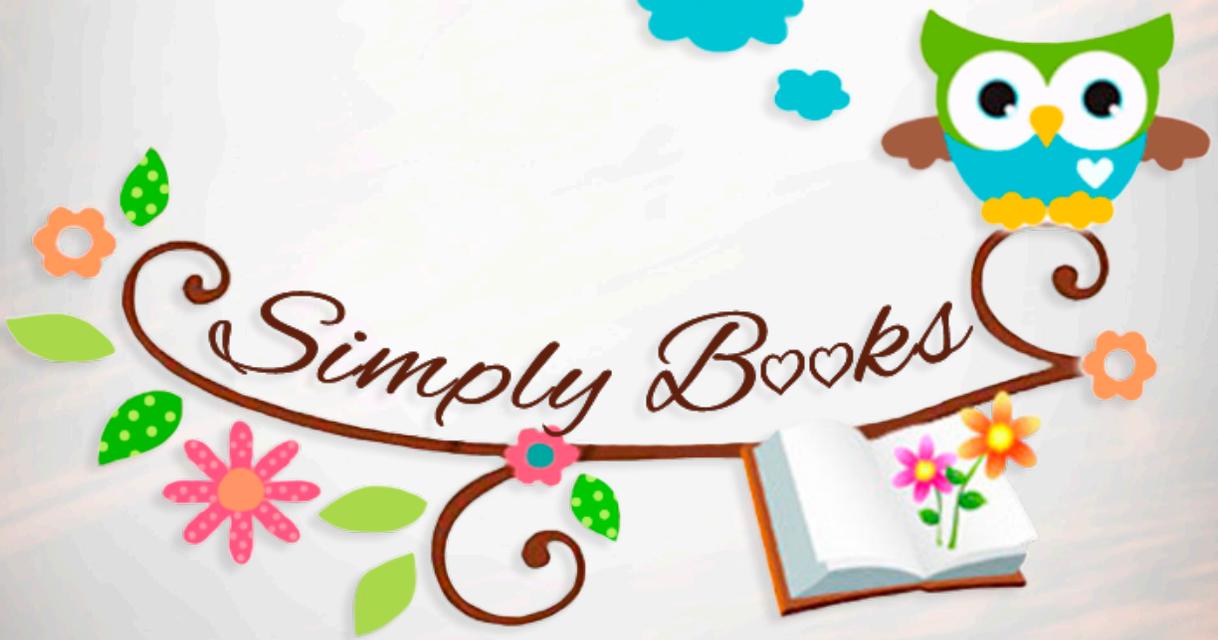


K. BROMBERG

EDGE

2
Simply Books

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!

K. BROMBERG
ON THE



IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!



K. BROMBERG
ON THE

EDGE

CRÉDITOS

Traducción

Mona

Corrección

Niki26

Diseño

Bruja_Luna_

K. BROMBERG

ON THE



ÍNDICE

IMPORTANTE _____	3	CAPÍTULO 24 _____	162
CRÉDITOS _____	4	CAPÍTULO 25 _____	167
SINOPSIS _____	8	CAPÍTULO 26 _____	172
PRÓLOGO _____	9	CAPÍTULO 27 _____	177
CAPÍTULO 1 _____	11	CAPÍTULO 28 _____	181
CAPÍTULO 2 _____	19	CAPÍTULO 29 _____	187
CAPÍTULO 3 _____	27	CAPÍTULO 30 _____	190
CAPÍTULO 4 _____	33	CAPÍTULO 31 _____	196
CAPÍTULO 5 _____	40	CAPÍTULO 32 _____	200
CAPÍTULO 6 _____	42	CAPÍTULO 33 _____	203
CAPÍTULO 7 _____	47	CAPÍTULO 34 _____	210
CAPÍTULO 8 _____	63	CAPÍTULO 35 _____	219
CAPÍTULO 9 _____	69	CAPÍTULO 36 _____	223
CAPÍTULO 10 _____	76	CAPÍTULO 37 _____	225
CAPÍTULO 11 _____	82	CAPÍTULO 38 _____	229
CAPÍTULO 12 _____	89	CAPÍTULO 39 _____	233
CAPÍTULO 13 _____	95	CAPÍTULO 40 _____	234
CAPÍTULO 14 _____	101	CAPÍTULO 41 _____	237
CAPÍTULO 15 _____	105	CAPÍTULO 42 _____	239
CAPÍTULO 16 _____	115	CAPÍTULO 43 _____	244
CAPÍTULO 17 _____	123	CAPÍTULO 44 _____	247
CAPÍTULO 18 _____	129	CAPÍTULO 45 _____	250
CAPÍTULO 19 _____	135	CAPÍTULO 46 _____	254
CAPÍTULO 20 _____	137	CAPÍTULO 47 _____	256
CAPÍTULO 21 _____	144	CAPÍTULO 48 _____	261
CAPÍTULO 22 _____	148	CAPÍTULO 49 _____	264
CAPÍTULO 23 _____	156	CAPÍTULO 50 _____	266



EDGE



CAPÍTULO 51	269
CAPÍTULO 52	276
CAPÍTULO 53	280
CAPÍTULO 54	282
CAPÍTULO 55	285
CAPÍTULO 56	288
CAPÍTULO 57	291
CAPÍTULO 58	294

CAPÍTULO 59	296
CAPÍTULO 60	297
CAPÍTULO 61	301
CAPÍTULO 62	304
EPÍLOGO	306
OVER THE LIMIT	309
ACERCA DE LA AUTORA	310



K. BROMBERG
ON THE

EDGE



On Edge
THE

K. BROMBERG



K. BROMBERG
ON THE

SINOPSIS

Un picante romance de Fórmula 1 en una sola cama de la autora de bestsellers del New York Times, K. Bromberg.

Seguro que esta no puede ser la única solución para mejorar mi mala reputación: ¿fingir un romance con la pasante chica buena?

Pero eso es lo que dice mi agente. Sólo unos pocos meses de domar mi comportamiento, de despojarme de la imagen de chico fiestero de la Fórmula 1, me conseguirán un contrato de marca para toda la vida. Uno que necesito desesperadamente.

¿La condición clave?

Fingir que estoy locamente enamorado de mi nueva novia. La florecita muda que supuse que no me pondría en mi lugar. Sí. Esta chica es cualquier cosa menos eso.

Maddix Hart es desafiante e inteligente. Leal y real. Decidida y sexy. Y

maldita sea, antes de que me dé cuenta, está en mi cabeza, en nuestra cama... y si no tengo cuidado, verá que hay algo más en mí que el hombre que muestro al público. Descubrirá al hombre que oculto al mundo. El que lucha por estar a la altura de las expectativas poco realistas que nunca debieron ser mías.

Todo lo que tengo que hacer es asegurarme de que nadie vea la verdad detrás de nuestra farsa.

Pero en lugar de eso, dejo que mi corazón se involucre. Empiezo a creerme la mentira. Y ahora que todo está en juego —el trato, **un campeonato**, nosotros—, ¿estoy dispuesto a arriesgarlo todo para hacerle ver lo que el resto del mundo cree? **Que somos el uno para el otro.**

K. BROMBERG

ON THE



PRÓLOGO

Cruz

—Lo hiciste. Lo lograste, carajo.

Golpes en mi casco. Palmadas en la espalda. Abrazos rápidos repletos de asombrada excitación.

Parpadeo para contener las lágrimas que amenazan y dejo que el momento se impregne.

Lo hice.

Lo hice de verdad, joder.

Un nudo de emoción se aloja en mi garganta y el orgullo se hincha en mi pecho. Mi tercera carrera en Fórmula 1, y subo al puto *podio*.

Así es. Soy un maldito Navarro. Para aquellos que pensaban que estaba montando en los faldones de mi legado, acabo de demostrar que estaban equivocados.

Y yo tenía la razón.

Mi equipo lo celebra a mi alrededor mientras me empujan hacia la zona de entrega de trofeos, pero sólo busco a un par de ojos entre la multitud.

A un hombre.

Al gigante del que me he pasado la vida buscando aprobación.

Y cuando lo veo, cuando mis ojos se encuentran con el acero silencioso que hay en ellos, mi sonrisa se congela... y luego se desvanece.

Mueve la cabeza sutilmente mientras camina hacia mí.

—¿Tercero? —dice en voz baja, con un tono de decepción y disgusto—. ¿Eso es todo lo que pudiste conseguir con todo el espacio abierto que te dieron? Eres un Navarro. Actúa como tal.

Al instante, su sonrisa reaparece a la vista de todos. La fachada de Dominic Navarro sigue en su sitio. Estrecha las manos que le tienden. Acepta las felicitaciones en mi nombre. Muestra al mundo la única faceta suya que jamás han conocido.



EDGE

Y cuando más tarde subo al podio y miro a través del escozor del champán en mis ojos, no está por ninguna parte. Ni con mi equipo. Ni con las otras familias de los ocupantes del podio. Ni siquiera mezclado en algún lugar del fondo de la multitud.

«Eres un navarro. Actúa como tal.»

Es mi tercera carrera en la Fórmula 1, imbécil.

Soy un Navarro. En camino de estar a la altura de la grandeza de mi abuelo. ¿Y en el proceso?

Planeo superar cada maldito hito que hayas tenido.

No he hecho más que empezar.

¿Si ahora estás celoso de mi talento? Sólo tienes que esperar.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO I

Cruz

—Nunca he pretendido ser un santo —digo, y me bajo las gafas de sol para quitármelas, pero vuelvo a subirlas en cuanto el sol me da en los ojos.

Un puto bombo me retumba en la cabeza, y el sol radiante no me hace ningún favor para acallararlo.

—¿Hace cuánto te pusieron esa IV? —pregunta Lennox Kincade, mi agente. Como no respondo, me pregunta—: ¿Cruz?

—¿Eso lo organizaste tú? —pregunta de la mañana contestada. No es que me lo preguntara demasiado.

Demasiada gente depende de mí. Sin duda, una de esas personas envió a la enfermera a mi habitación de hotel para asegurarse de que me recuperaba. Ahora, sé quién lo ordenó.

—¿Quién más crees que envió a una enfermera con una vía salina para ponerte sobrio para esta reunión?

—No necesitaba ponerme sobrio. —Sí, lo necesitaba.

—Entonces llámalo una simple precaución basada en tu comportamiento anterior, *que no es de santo* —dice con ironía. Está claro que esta mañana ha perdido el sentido del humor.

—Dame un respiro, Lennox. Era el receso de verano —digo refiriéndome al periodo obligatorio de dos semanas de descanso de la FIA—. Me enviaste a Austin para estas reuniones. En ninguna parte del itinerario decía que no podía disfrutar de mi tiempo aquí en Estados Unidos.

—Eres libre de hacer lo que quieras, pero también soy plenamente consciente de que estamos en medio de la espiral descendente de Cruz Navarro en la que caemos cada tres meses más o menos.

—Estás llena de mierda, Kincade. No hay espiral. No hay ciclo.

—Y aun así supe que tenía que enviarte el suero para limpiarte el organismo esta mañana —dice con sarcasmo.



—No es un delito reunirse con viejos amigos. Hacer otros nuevos. Dios me libre de divertirme un poco. Deberías intentarlo alguna vez.

—Las vacaciones de verano terminaron anoche a medianoche, y estás a unos treinta minutos de una de las reuniones más importantes de tu vida. —Hace una pausa—. Espera. Estás en las oficinas, ¿verdad?

Miro el edificio de oficinas de Genesee Capital que tengo delante. Tiene unos diez pisos de altura y paredes de ventanas para que sus empleados vean... ¿qué? ¿Un montón de terreno llano y torres de agua de formas extrañas que salpican el horizonte? Quién sabe. A quién le importa. Porque lo único en lo que puedo concentrarme es en cómo voy a superar estas reuniones con la cabeza despejada.

Esa última botella fue *definitivamente* un error.

Y eso corre de mi cuenta.

—Sí, estoy aquí —murmuro cuando una morena con curvas, cabello abundante y culo aún más grande se cruza delante de mi coche de alquiler. Mueve las caderas como si fuera su único propósito en la vida. Y no me quejo.

—Necesito que te portes bien ahí dentro —advierte.

—Siempre me porto bien.

—Hablo jodidamente en serio, Cruz. Hiciste demandas...

—¿Qué quieres decir?

—Querías un acuerdo mayor que cualquiera de los que le ofrecieron a tu padre. Querías una asociación de marca que fuera más allá del deporte y de tu tiempo de participación activa en el deporte, una asociación de marca que te estableciera de por vida con un flujo de ingresos, y yo he cumplido ambas cosas a lo grande.

—¿Esta es la parte en la que se supone que tengo que besarte el culo por hacer tu trabajo?

—No. Esta es la parte en la que te quitas ese maldito complejo. No soy tu padre. No te pongo expectativas imposibles de cumplir. Sólo trato de cumplir las que tú me das. Ahora, ¿podemos volver a lo que es importante? Ya sabes, *¿la reunión?*

—Ah, sí. *La reunión* —repito como un loro.

—Genesee Capital es la empresa de capital riesgo con la que uno *quiere* hacer negocios. Su holding posee algunas de las marcas más grandes que existen. *Ese holding* está dispuesto a darte un contrato de por vida que incluye el cinco por ciento de los beneficios de cada producto vendido. Estamos hablando de un acuerdo tipo Michael Jordan con Nike.

Aprieto los ojos, deseando que los analgésicos hagan efecto, y asiento lentamente en mi coche vacío.

—Están apostando por el legado de Navarro, ¿verdad?



—Te están fichando a ti, no a Dominic. Así que no, están apostando por la mierda del legado de Cruz Navarro. Tus habilidades. Tu apariencia. Tu carisma. Tu reputación. Quieren que seas la cara de la nueva bebida deportiva de Body Strong, Revive, entre otros productos.

—No olvidemos que también están usando mi capital para invertir en esta bebida.

—Exactamente. Por eso necesitan saber que su nuevo compañero es exactamente quien y lo que creen que es. Cruz Navarro, piloto de F1. No Cruz Navarro, Playboy de discoteca, que tiene tanta resaca que no puede quitarse las gafas de sol y mirarlos a los ojos durante la reunión.

Supongo que eso tira ese plan por la ventana.

Gruño en respuesta. ¿Es este el trato que pedí? Sí. ¿Me gusta que me metan las cosas por la garganta? No, no me gusta. Es la forma más rápida de hacerme enojar.

—Esto es trascendental, Cruz. No hay otro piloto en la nómina, pasado o presente, que tenga un acuerdo como este.

Joder. El mérito es de quien le corresponde.

—Gracias. Lo digo en serio. Sinceramente.

El suspiro de Lennox es pesado, la debilidad que sé que siente por mí se debilita por un breve instante.

—Cuidar de ti y de tu futuro es mi trabajo. Igual que mantener tu culo a raya. Y al parecer, no lo estoy haciendo muy bien, teniendo en cuenta que se ha corrido la voz sobre los numerosos puentes que has quemado con algunos de tus otros tratos de marca...

—No he quemado una mierda. Cumplí mi obligación con todos y cada uno.

—Hiciste tu parte. Pero también te has ganado la reputación de ser difícil trabajar contigo.

—Eso es una idiotez...

—¿La fría y dura verdad, Cruz? Las empresas no quieren tocarte —dice Lennox, que nunca se anda con rodeos. Eso está muy bien cuando se trata de negociar en mi nombre. No es tan bueno cuando se dirige directamente a mí sin un amortiguador—. Genesee ha estado vacilando en esto. Eres un lastre para su imagen de limpieza. Las fiestas. La bebida. El simplemente no dar una mierda cuando eres uno de los veinte pilotos en posiblemente el deporte más venerado en la tierra. No saben lo que va a salir en la prensa de un día para otro y, francamente, no quieren tener que preocuparse por ello.

—No soy diferente de los demás pilotos.

Resopla.



Ni siquiera yo me creo mi propia mentira. Mi padre es Dominic Navarro. Hijo de Sergio Navarro, una leyenda del automovilismo. El primero, un hombre que espera de mí nada menos que la perfección en la pista para compensar sus carencias. *¿Fuera de la pista?* Eso es mi propio tiempo. Mi propio lugar. Es donde puedo vivir al límite. Donde puedo liberarme de la presión que supone estar atada a mi puto apellido.

¿Pero este trato? Este trato puede darme algo que él nunca tuvo. Un nombre más allá de nuestra burbuja de carreras de F1. Una oportunidad para el reconocimiento mundial y el éxito.

Y cuando gane un campeonato, sabrá que soy mejor de lo que nunca aspiró a ser.

—Como dije, se corre la voz. —Chista por costumbre—. Ya has tenido una buena ración de acuerdos de patrocinio que no se han renovado por culpa de la prensa, pero he conseguido que Genesee pase por alto todo eso. He conseguido que se comprometan con algo que nunca antes habían considerado ofrecer.

—¿Puedes terminar ya la conferencia?

—Claro, una vez que me escuches cuando digo que esta empresa tiene brazos de largo alcance que albergan muchas oportunidades lucrativas con otros productos y marcas. Si metes la pata, todo lo que esté bajo su paraguas te estará vedado en el futuro. ¿Es suficiente incentivo para que camines por el buen camino?

—Claro. Bien. —Digo las palabras, pero estoy mirando el texto en mi teléfono de Heather y reviviendo ciertas partes de la noche anterior... y temprano esta mañana que pasé enredado en las sábanas con ella y su amiga.

Yo: ¿A la misma hora esta noche?

Escribo el texto refiriéndome a la discoteca en la que estuvimos anoche y se lo envío, necesitando algo que me haga ilusión.

—Tienes exactamente veintiún minutos para ponerte sobrio de una puta vez, para masticar un chicle y que no huela como si la ginebra de anoche te rezumara por los poros...

—Era whisky.

—¿Crees que me importa? —me dice.

—Sé lo mucho que te gusta que los hechos sean ciertos —replico y recibo a cambio un suspiro frustrado.

—Piensa cómo coño vas a engatusarlos.

—Relájate. —Ella es tan malditamente tensa a veces—. Estoy aquí para firmar los papeles. Bastante seguro de que el engatusamiento ya se ha hecho. El trato está esencialmente grabado en piedra.



—Exactamente. Está *esencialmente* fijado. Tú eres el único que puede joder esto ahora, Cruz.

—Gracias por el voto de confianza —digo con un tono sarcástico.

Hace un sonido de no compromiso que indica que no está nada convencida.

—Sabes tan bien como yo que tu vida puede cambiar en un segundo en tu deporte. Prefiero no echarle sal y entrar en detalles sobre cómo. Y ambos somos conscientes del legado de tu familia en esta industria. Pero ¿no sería liberador saber que, pase lo que pase, estás asegurado para la vida fuera de las carreras y libre de las ataduras a las que te ata ese legado? Eso es lo que este acuerdo haría por ti. Autonomía en todos los aspectos de la palabra.

—Gano suficiente dinero. El dinero de mi familia es...

—Ya sé que sí, pero ¿no eliminaría esto cualquier duda al respecto cuando se trata de tu padre?

Su pregunta pende de un hilo. Es realmente la única que ha visto al verdadero Dominic Navarro y que, por lo tanto, tiene los conocimientos necesarios para hacer esa afirmación.

—Oye, son ellos en la otra línea —dice—. Tengo que contestar, pero nos vemos allí.

—¿Qué? ¿Estás aquí? —Levanto la cabeza para mirar alrededor del aparcamiento y me arrepiento inmediatamente de la acción, ya que el cielo sigue moviéndose cuando mi cabeza se detiene.

—Vía Zoom —dice y termina la llamada antes de que pueda responder.

Jodidamente perfecto. No me di cuenta de que mi niñera iba a estar presente también.

Gimo, apoyo la cabeza en el asiento y cierro los ojos. El martilleo de mi cabeza mejora ligeramente. Ahora, si pudiera aliviar el revoltijo de mi estómago, lo consideraría una victoria.

Quince minutos y contando.

Les seguiré el juego.

Firmaré el trato.

Interpretaré el papel que necesiten.

Viviré mi vida como yo quiera.

Me ganaré el dinero.

Nadie me controlará.

Y tan pronto como los pensamientos cruzan mi mente, mi móvil vuelve a sonar.

«Papá» ilumina la pantalla.



Hablando de controlarme. Mi padre nunca puede resistirse a ninguna oportunidad.

—Hoy no —murmuro.

Prefiero enfrentarme al sol cegador sin gafas y a toda una banda de música ahora mismo que hablar con él.

Salgo del coche y respiro profundamente. El aire fresco me despeja la cabeza.

A cada paso que doy hacia el edificio me vienen a la cabeza instantáneas de las dos últimas semanas de vacaciones.

Senderismo por las colinas con los chicos por las mañanas.

Entrenamiento con pesas a primera hora de la tarde.

Reunirme con mi hermana, Sofía, unas cuantas veces.

Noches pasadas en un club u otro. Servicio de botellas y cuerdas de terciopelo.

Mujeres... Cristo, sólo las mujeres han sido una juerga en sí misma. *Gracias, América, por eso.*

Abro la puerta con una sonrisa torcida y la cabeza llena de pensamientos sobre Heather y sus labios.

Diría que ahora estoy al setenta por ciento. El movimiento me ha sentado de maravilla. Aunque las gafas de sol me durarán un poco más.

Aún no estoy listo para la luz.

—¿Señor Navarro? —pregunta una voz agradable a mi derecha.

—¿Sí? —Me giro y veo a un tipo de más o menos mi edad con uniforme de guardia de seguridad y una sonrisa. Voy a quitarme las gafas de sol por cortesía, pero me detengo. Dejaré que las gotas para los ojos tengan unos minutos más para limpiar el rojo del blanco de mis ojos.

—Le esperan arriba. Noveno piso. Por el pasillo hasta el final.

—Sí. Um. Gracias. —Empiezo a dirigirme hacia el banco de ascensores. Estados Unidos es un lugar curioso. La Fórmula 1 está empezando a ganar tracción aquí, así que es raro no ser reconocido por lo que soy como lo sería si estuviera en casa en Europa.

—¿Y, Sr. Navarro? —Me detengo y me vuelvo para mirarlo—. Soy un gran fan. En realidad, toda mi familia lo alienta. Cada día de carrera. —Se mueve y su sonrisa se ensancha. Supongo que eso hizo volar mi pensamiento fuera del agua—. Um, sólo quería decir, buena suerte el resto de la temporada. Siento que se acerca un año de campeonato. Si no es este año, será el próximo.

Mi sonrisa es genuina cuando la muestro.

—Gracias. Se lo agradezco.



—Se supone que no debo preguntar. —Mira por encima del hombro—. Pero tal vez a la salida, después de su reunión, ¿podemos tomar una foto?

—Por supuesto. ¿Estará aquí?

Asiente con los ojos muy abiertos.

—Sí. Aquí mismo. Hasta esta noche. Hasta que vuelva a bajar. —Salta sobre sus pies—. Mi padre se volverá loco cuando se entere de que lo he conocido.

Cuando entro en el ascensor, mi teléfono me envía un mensaje de texto. Antes de que pueda mirar la pantalla, suena varias veces más.

Ah, los textos bomba de amor de Dominic Navarro, sin duda. Nunca se le ignora durante mucho tiempo y utiliza su modus operandi favorito.

—¿A qué debo este placer? —murmuro mientras miro mis mensajes para encontrarme con una foto tras otra de anoche.

Imágenes que no me pintan precisamente de la mejor manera o que ni siquiera recuerdo.

Claramente borracho. Mis labios en una mujer en un momento y en otra diferente al siguiente.

Un vaso medio lleno en una mano y una botella en la otra.

Una serie de tomas que me muestran claramente tropezando con un grupo de gente antes de aterrizar de culo con una sonrisa en los labios.

Joder.

No se puede salir con una mierda en estos días con todos los teléfonos de mierda en todas partes.

Una cosa es segura, me lo estaba pasando *muy* bien. *Y me importa una mierda lo que mi querido papá piense de esto.*

Pero los mensajes no dejan de llegar. Y cuando mi teléfono suena poco después —justo cuando el ascensor llega a la novena planta— sé que tengo que contestar o prepararme para que me localice a través de las líneas telefónicas de Genesee y monte una escena.

No me extrañaría que lo hiciera. Todo el mundo responde cuando Dominic Navarro hace preguntas, el padre cariñoso y afectuoso que es para el público. Al fin y al cabo, sólo busca lo mejor para mí. O al menos esa es la mierda que vende.

—Me sorprende que hayas podido llamar entre tanto mensaje —le digo a modo de saludo.

—¿De verdad crees que lo que hay en esas fotos es propio de alguien que lleva sangre navarra en las venas? —Su profundo barítono resuena en la línea, mis propios labios pronuncian cada palabra. Cada palabra es como un pequeño corte en mi piel.

Se suma a los otros mil recortes que ha hecho en secreto a lo largo de los años.



—Hola a ti también, Papá.

—Corta el rollo, Cruz. Esto no es divertido. Esto no es un juego. Que dejes de comportarte así no está en discusión. Eres un Navarro. Nuestra familia es el legado más antiguo y exitoso de este deporte.

—Algunos de nosotros, de todos modos. —Aceptaré un pinchazo como sea.

Se aclara la garganta y casi oigo cómo aprieta los dientes.

—Es propio de ti meter la pata incluso antes de firmar los papeles. Genesee va a abandonar el trato porque eres un lastre. Siempre lo has sido. Aparentemente, siempre lo serás.

Vete a la mierda.

Las palabras están en mi lengua, pero mi enfermizo sentido del respeto por un hombre que no tiene ninguno por mí las retiene.

—El trato no está en peligro en absoluto. Pero, de nuevo, crees que mis asuntos son tus asuntos incluso cuando no lo son.

—Eres un Navarro. Todo es asunto mío.

—Sigue pensando eso y seguiré decepcionándote. ¿O es eso lo que quieres? ¿La decepción? ¿La cagada? Así tienes algo que echarme en cara, ¿no? —pregunto. Algo que usar contra tu hijo para justificar por qué es el doble de piloto que tú y el único navarro que se ha acercado al reinado de El Patriarca en la Fórmula 1.

—¿Cuándo vas a dejar de manchar nuestro nombre?

Cuando dejes de intentar que cumpla tus estándares poco realistas.

—Trabaja duro. Juega duro. ¿No es ese el lema? —pregunto—. La última vez que lo comprobé, no es que lo necesite ni nada, se me permite divertirme.

Se hace el silencio en la línea, y la sonrisa de sabelotodo de mi cara se desvanece a cada segundo que pasa.

Una respuesta lenta nunca es buena cuando se trata de él.

—El patriarca —dice, refiriéndose a mi abuelo, mi ídolo, y al nombre cariñoso que le damos: *el patriarca*.

—¿Qué pasa con él? —Me reajusto las gafas de sol y me detengo en mitad del pasillo, con el pecho empezando a oprimírseme.

—El patriarca dijo que no te molestaras en venir a casa a visitarlo antes de ir a Zandvoort.



CAPÍTULO 2

Maddix

—Vaya. —Kevin frunce las cejas mientras me mira desde el otro lado de mi cubículo. El director general de Genesee Capital no está precisamente acostumbrado a que los empleados, escalones por debajo de él, le pregunten algo así—. Maddie, ¿verdad?

Me sorprende que esté tan cerca.

—Maddix.

—Bien. —Una sonrisa tensa—. Sí. —Una mirada a su alrededor, como si esperara que alguien, mi jefe, lo rescatara de mi pregunta. Menos mal que mi jefe está enfermo—. Me detuve para pedirte que llevaras estas carpetas a la sala de conferencias y ahora estás... Supongo que no pensé que te interesaría algo así.

Aprieto los dientes y sonrío a pesar de mi irritación.

—Claro que sí. ¿No es por eso por lo que estoy aquí? Para aprender y...

—Claro, pero... —Se rasca un lado de la cabeza mientras la inclina y entrecierra los ojos para mirarme.

Fue una osadía preguntarle al director general de la empresa si podía asistir a la gran reunión de la que todos los becarios hablan en voz baja. Una cosa es que una empresa te contrate como empleado de bajo nivel al que se le asignan todas las tareas que nadie quiere mientras intentas adquirir experiencia en branding y marketing. Otra muy distinta es solicitar participar en uno de los mayores negocios que esta empresa haya facilitado jamás.

Aunque es normal que mis colegas masculinos pidan participar en actos como éste, es muy distinto cuando lo hace una de nosotras, como se ve en la cara de Kevin.

Bueno... supongo que hay una primera vez para todo. Y esa primera vez es ahora mismo.

No voy a avanzar en ninguna parte de mi carrera conformándome con ocupar el asiento de atrás. ¿No es esa la conclusión a la que llegué anoche mientras me sentaba frente a Michael? ¿Que no estaba ni cerca de donde había planeado estar en este momento de mi vida?



Lo quiero, pero no de la forma que yo creía que debía ser el amor. Disfrutaba de mi trabajo, pero me sentía como en la rueda del hámster, persiguiéndome continuamente la cola, sin crecimiento ascendente a la vista. Adoraba mi ciudad y el lugar donde crecí en las afueras de Austin, pero estaba a más de mil kilómetros de Manhattan, donde se encuentran todas las mejores oportunidades para convertirse en un gerente de marca o creativo.

Había marcado el día de hoy para actuar. Estoy *actuando*.

—Nunca te habías interesado por este tipo de cosas, ¿por qué empezar ahora?
—pregunta Kevin.

¿Este tipo de cosas? ¿Como la razón por la que estoy aquí para aprender y ganar experiencia?

Parpadeo varias veces como si eso fuera a hacer que su comentario tuviera sentido. Para ser un director general inteligente y previsor, que por cierto me cae bien, a veces creo que está tan ocupado con lo que tiene delante que no ve nada más a su alrededor.

No es denso, es sólo... *un hombre*.

—Kevin, esto es para lo que estoy aquí en Genesee. Para aprender el aspecto del marketing por dentro y por fuera y crecer para poder ascender con el tiempo.

Mira hacia la docena de cubículos de los que llamamos los de primer año -yo soy uno de ellos- y puedo ver la indecisión que tiñe su expresión.

—Mucha gente quiere participar en esta reunión.

—Lo sé. Todo el mundo habla de ello.

—Ya he reunido un equipo —dice y consulta su reloj.

—¿Qué daño hace una persona más? Me sentaré junto a la pared. Sólo para observar.

—¿Por qué debería elegirte a ti? —pregunta, volviendo a ser el decisivo y calculador que todos conocemos y esperamos.

Puede que me ofrezca a ser invisible en la reunión, pero ser sutil nunca ha sido mi fuerte.

—Porque no sé ni una mierda de carreras.

Se ríe entre dientes.

—Es Fórmula 1. Decir que es “carreras” es un insulto al deporte.

Le dirijo una mirada divertida.

—Corrección. *Porque no sé nada de Fórmula 1*. Diablos, ni siquiera sé nada de ella ni de sus corredores.

—Pilotos.



—Bien. De acuerdo. Pilotos —digo para apaciguarlo—. No quiero entrar en este trato por la atención y decir que conozco al corredor...

—Cruz Navarro es su nombre —dice, ahogando una risita.

—Claro. Bien. El caso es que ni siquiera sé su nombre. Quiero decir, Aaron o Macey sólo quieren entrar en esto para resaltar entre sus amigos o publicar fotos de ellos mismos en las carreras o en el... como se llame donde tienen los coches.

—¿Te refieres al paddock y al garaje?

—¿Realmente importa?

—Sí.

—Mira, este trabajo es mi billete para el siguiente paso. Tengo mi título, pero no tengo ninguna oportunidad de adquirir experiencia. No estoy ni cerca de llegar al siguiente escalón.

—El siguiente paso siempre requiere sacrificios, Maddie...

—Maddix —corrijo, a lo que él agita la mano en señal de irrelevancia.

—Claro. Maddix. —Su sonrisa es rápida y estoica—. Qué estás dispuesta a sacrificar para llegar al siguiente paso es lo que deberías preguntarte.

—Todo lo que pido es estar en la reunión que parece que puede ser uno de los acuerdos de marca más influyentes de los últimos cinco años.

—¿Así que me estás diciendo que tu falta de interés y conocimiento te beneficia? —Cruza los brazos sobre el pecho y frunce los labios de esa manera que tiene que no sabemos si va a explotar o a sonreír.

Con él siempre son los extremos, y en parte por eso preguntar esto es tan importante.

Asiento.

—Así es. Sabes que quiero estar ahí por todas las razones correctas.

Su suspiro es pesado mientras sus ojos recorren mi cabeza y la habitación.

—Podría ser un espectáculo de mierda.

—Pensé que el trato estaba...

—Está hecho, pero hay que afinar algunos parámetros, pero... —Hace una pausa. Luego suspira. Hay mucho peso en ese suspiro, y lo miro fijamente con los dedos figurativamente cruzados, esperando que ese peso esté a mi favor—. Bien. Claro. Sí. Pero qué demonios. Cuantos más seamos, mejor, ¿no? —Baja la vista hacia la pila de papeles que tiene en las manos y luego vuelve a mirar a Aaron, que lo observa con incertidumbre—. Pero sólo una advertencia. Va a haber muchos celos de que te sientes ahí.

—Puedo encargarme de eso.



—Los cuchillos están muy afilados por aquí. —Se ríe entre dientes y levanta las cejas, segundos antes de tenderme los papeles—. Lleva esto a la sala de conferencias del noveno.

—Sí. De acuerdo. —*Joder, ha dicho que sí*—. ¿Pero ese piso no está cerrado por mejoras?

Asiente con la cabeza.

—Eso asegura la privacidad entonces, ¿no?

No lo cuestionas. Sólo síguele la corriente.

—Ahora mismo las llevo. —Señalo las carpetas rojas que lleva bajo el brazo—. ¿Esas también?

Hace una pausa antes de responder.

—Todavía no. Aún estoy ultimando... esto. —Pero la forma en que lo dice, con las cejas fruncidas y la irritación marcada en las líneas de su rostro, me hace dar un paso atrás y dar esto por ganado antes de que cambie de opinión.

—¿Cuándo empieza la reunión?

—Treinta minutos. Asegúrate de que todo está preparado como debe ser.

Como si tuviera alguna idea de lo que eso significa. Supongo que *fingiré hasta que lo consiga*.

—Seguro.

Kevin se da la vuelta para alejarse, pero se detiene y vuelve a mirarme.

—Todavía no has respondido a la pregunta.

—¿Cuál es?

—¿Qué estás dispuesta a sacrificar para llegar al siguiente paso?

La pregunta se me queda grabada mientras subo en el ascensor hasta la novena planta, paso todas las puertas cerradas y recorro el pasillo vacío hasta la mayor de todas nuestras salas de conferencias. Todo lo que tiene que estar en su sitio parece estarlo.

Creo.

En cada asiento hay carpetas verdes. En el centro de la mesa hay abierta una elegante caja para bolígrafos. Supongo que es para firmar el contrato, pero no parece haber ningún bolígrafo dentro. Arrugo la nariz, un poco confusa por la preocupación de que alguien se haya llevado lo que supongo que es el “bolígrafo de la firma del contrato”. Definitivamente es algo que tengo que averiguar antes de que lleguen todos.

Hay una jarra de agua en el centro de la mesa con vasos en una bandeja al lado. Los prototipos del envase de Revive y de la campaña de marketing en general cubren los caballetes colocados por toda la sala.



No estoy segura al cien por ciento de cómo debe ser la sala de conferencias, pero a mí me parece que está bien, así que distribuyo las pilas de papel en cada asiento según las instrucciones. Cuando salgo de la sala de conferencias para volver y resolver el problema de los bolígrafos, veo a un hombre a unos seis metros por el pasillo.

Aparte de lo de llevar las gafas de sol puestas, está claro que el hombre está nervioso —¿o tiene pánico?— ya que empuja las manillas de un par de puertas y se encuentra con que están todas cerradas. Con la última denegación de acceso, gime de frustración.

Atascada entre salir y resolver el *Escándalo de los Bolígrafos* y retroceder lentamente para que no me vea, me quedo mirándolo.

Prueba otra puerta y un sonido estrangulado sale de lo más profundo de su garganta cuando descubre que también está cerrada.

—Maldita sea —murmura, con la mano agarrando el teléfono con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos.

Es entonces cuando se fija en mí. Lleva una gorra de béisbol en la frente y oculta los ojos tras unas gafas de sol oscuras, pero sé que me está mirando.

—Sólo necesito un minuto. —Le cuesta pronunciar las palabras.

—Esa está abierta —digo sin pensar y señalo la puerta que hay a medio camino entre nosotros y que da a una especie de sala de descanso. Es una de las únicas puertas abiertas de la planta.

Su mandíbula cambia de repente. Eso, junto con la caída de sus hombros, me dice que el alivio que le estoy ofreciendo es lo que está buscando. Con un gesto brusco de la cabeza, entra en la habitación, dejando que la tensión se disipe en el aire a mi alrededor.

El sentido común me diría que me marchara y utilizara los valiosos minutos que me quedan antes de la reunión para hacer una rápida pausa para ir al baño, recoger mi ordenador para poder tomar notas y averiguar por qué falta el bolígrafo. *Seguro que no es a propósito, ¿verdad?* Pero hay algo en él que me hace caminar hacia la puerta y asegurarme de que está bien. Una atracción que me hace adentrarme unos metros en la habitación.

Podría ser un asesino en serie, Maddix. Está en el noveno piso de un edificio de oficinas cuando el piso está, a todos los efectos, cerrado. Y aquí estás tú, siguiéndole a una habitación cuando está desolada.

No es una de mis ideas más inteligentes hasta la fecha, pero eso no me impide pararme y estudiarlo.

Se mueve por la habitación. Su respiración es agitada. Le tiemblan las manos. Tiene la boca apretada y todo el cuerpo está tenso.



Abro la boca varias veces para preguntarle si está bien, pero luego la cierro. No hablo hasta que se detiene junto a la ventana, apoya la mano en el alféizar, mira hacia fuera y exhala un suspiro tembloroso.

—¿Puedo ayudarle? —ofrezco.

Su cuerpo se tensa de nuevo, casi como si no se hubiera dado cuenta de que tenía público.

—No. Estoy bien. —Pronuncia las palabras con el más sutil de los acentos, pero cuando me mira por encima del hombro, me dedica la sonrisa más falsa que he visto en mi vida.

Claramente, no está bien.

—No parece que esté bien —digo, dando unos pasos hacia él.

—He dicho que estoy bien. —Es ahora cuando se pone en pie y se gira para mirarme. Se quita las gafas de sol y me encuentro con los ojos ámbar más claros que he visto nunca. Aunque un poco inyectados en sangre, tienen motas doradas y están enmarcados por unas pestañas espesas por las que mataría. Tiene la mandíbula bien definida, con el músculo marcando un lado, y los labios carnosos estirados en línea recta. Sus fosas nasales se ensanchan al inspirar bruscamente, pero intenta aparentar que no lo hace.

Jesús. Si este hombre es un asesino en serie, su aspecto es suficiente para atraer a cualquier mujer a su muerte.

—No me lo creo —digo, a lo que recibo una sonrisa ladeada. El acto está cargado de sarcasmo, pero solo sirve para hacerlo más atractivo.

—Que me creas o no, no es mi problema. —Su teléfono emite un mensaje de texto y, en cuanto lo hace, lo tira sobre la mesa a su lado. El ruido se come el silencio de la habitación.

—Miéntete a ti mismo, entonces. No me importa. —Me encojo de hombros y me dirijo a la nevera. Saco una botella de agua y se la tiendo. No parece estar bien. De hecho, tiene sudor en la frente y el tono bronce de su piel ha palidecido—. Pero reconozco un ataque de pánico cuando lo veo, y parece que eso es lo que tienes ahí.

Acepta la botella de agua y se bebe la mitad de un tirón. Cuando la baja, sus ojos se cruzan con los míos. Los tendones de su cuello siguen tensos, y sus hombros siguen subiendo y bajando con una ferviente desesperación.

—Gracias.

—Claro. Es sólo agua.

Asiente con la cabeza, con la garganta en movimiento.

—Cuando tengo uno, me ayuda hacer respiraciones de caja.

Frunce el ceño, pero su pecho sigue subiendo y bajando con rapidez, como si estuviera aspirando aire, pero no disminuyera su necesidad de oxígeno.



—¿Cuando tienes un qué? —pregunta, con un tono molesto.

—Un ataque de pánico.

—No estoy teniendo un ataque de pánico.

—De acuerdo. —Sonríe dulcemente. *¿Para qué negarlo si los dos sabemos que eso es lo que pasa?*—. Pero cuando lo hago, me ayuda si inspiro lentamente contando hasta cuatro. Aguanto la cuenta de cuatro. Luego exhalo lentamente hasta la misma cuenta. —Mi encogimiento de hombros es pura indiferencia a pesar de tomar nota de su lenta inhalación como si estuviera haciendo lo que le he indicado—. Se llama respiración en caja. Te obliga a...

—Inhalar. Exhalar. Pero no estoy teniendo un... estoy bien —dice, pero noto que la tensión de su cuerpo se desvanece con cada segundo, con cada respiración, que pasa.

Su teléfono vuelve a sonar sobre la mesa. La pantalla se enciende, pero no le echa un vistazo. Sin embargo, todo su cuerpo vuelve a ponerse rígido y cierra los ojos momentáneamente antes de levantar la botella y beber el resto del agua.

El silencio impregna la habitación igual que mi incómoda indecisión.

—¿Más agua? —pregunto.

Sacude la cabeza mientras mi propio teléfono zumba en mi mano como un recordatorio de la gran oportunidad que se me presenta y de cómo tengo que volver a ella.

—Tengo que volver al trabajo. ¿Seguro que estás bien?

Nuestros ojos vuelven a encontrarse. Abre la boca y la cierra antes de volver a ponerse las gafas de sol y responder.

—Estoy bien.

Eso has dicho.

—Bueno, esta planta está técnicamente cerrada ahora mismo, pero puedes quedarte aquí hasta que te sientas menos... lo que sea que estés sintiendo. Yo diría que te tomes tu tiempo, pero probablemente querrás llegar a la planta a la que quieras ir antes de que llegue el director general.

—¿Por qué? —pregunta.

—Está ocupado intentando que todo salga perfecto para un gran cliente. Puede que no le haga mucha gracia ver a un hombre cualquiera deambulando por los pasillos.

—Entendido. —Tira la botella de agua en la papelera a su lado—. Nunca sabrá que estoy aquí.

—Bien. Estupendo. —Doy unos pasos atrás y engancho un pulgar sobre mi hombro—. Tengo que volver.



EDGE

26



—Oye... —dice, haciendo que me gire y lo mire—. Gracias.
Mi sonrisa es rápida pero sincera.
—De nada.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 3

Maddix

C-R-U-Z.

Trazo las líneas de las cuatro letras una y otra vez y luego garabateo nubes a su alrededor. Es mucho más fácil concentrarse en este bloc de papel amarillo y en mis garabatos que en la incómoda discusión que se está produciendo en la mesa de enfrente.

—Estoy confundido. —Cruz Navarro lanza un suspiro exasperado y mira de Kevin a los demás representantes de Genesee Capital, o más bien a los que están sentados en la mesa de conferencias a su alrededor, no al otro miembro solitario del equipo que está sentado contra la pared como si no existiera. Esa persona soy yo—. Creía que estábamos aquí para cerrar el trato.

Con el bolígrafo que no está en la mesa a propósito.

La caja vacía dará que hablar, había dicho Kevin. No creo que Cruz se diera cuenta en absoluto.

—Ese era el plan, pero como le dije a Lennox antes de empezar —dice Kevin, señalando a la pantalla de la pared donde la agente de Cruz le mira fijamente desde dondequiera que esté llamando. Tiene el ceño fruncido y una expresión muy seria—. Nos lo estamos pensando.

Cruz suelta una risita que sólo puedo interpretar como incredulidad.

—¿Todo por unas fotos? —pregunta, más como una afirmación que como otra cosa, antes de mirar hacia el monitor, con la mandíbula desencajada y una irritación evidente.

Una petición de última hora de Kevin me hizo sentarme en mi asiento *invisible* varios minutos después de que empezara oficialmente la reunión. Decir que me sorprendió descubrir que el hombre del pasillo sentado frente a nuestro director general era el mismo que él había dicho que era una superestrella de renombre es quedarse corto. Al menos eso explica el ligero acento.

¿Quizás porque parecía tan... *normal*?

Supéralo, Maddix, porque ahora no parece tan normal.



Sin embargo, a la gente normal no le siguen los paparazzi después de una noche de fiesta. Y, a juzgar por el burdo collage de fotos de paparazzi que cubren la segunda pantalla de la sala de conferencias, a Cruz Navarro sí.

Pero es su indiferencia ante las imágenes de la pantalla lo que le distingue en esta sala de conferencias. Su actitud de “me importa *un carajo*” hace que me sienta un poco incómoda y me remuevo en mi asiento.

—No son sólo estas fotos —dice Kevin mientras se reclina en la silla—. Es el conjunto de las imágenes. Lo que implican. Lo que dicen de usted y de las cosas que encarna y representa.

—¿Y qué dice *exactamente* de mí? —Cruz cruza los brazos sobre el pecho. Me fijo en la flexión de sus bíceps. ¿Cómo no voy a notarlo? Pero también noto su irritación.

—Revive está interesado en promover un estilo de vida saludable. Es para...

La risa de Cruz es rica y sarcástica.

—¿Le hago un resumen de mi régimen? El cardio. Las pesas. El entrenamiento de resistencia. Los protocolos de nutrición. Todo está envuelto en un bonito programa que recibo cada día, cada semana, al minuto. Te aseguro, *Kevin*, que mi supuesta salud no es algo que cuestionar.

Kevin se aclara la garganta. El hombre nunca tiene reparos en enfrentarse a las cosas difíciles y ahora no es diferente.

—Estamos dispuestos a invertir una gran suma de dinero en una asociación con usted. Una que su gente nos propuso. Una que hemos regateado, negociado y trabajado durante meses. Una que me gustaría pensar que cambiaría su forma de actuar ante la opinión pública, sabiendo que esto estaba en marcha.

La curvatura de un lado de los labios de Cruz dice: *¿Cómo sabes que esto no es normal en mí?* Está seguro de sí mismo, rozando la arrogancia, y yo lucho contra mi propia sonrisa ante su descarado desafío.

Las pelotas de este tipo. Deben ser enormes para saber que estás a una firma de ganar más dinero del que podrías gastar en diez vidas, y actúas como si te importara una mierda.

Tal vez no. Así como tal vez lo que antes confundí con un ataque de pánico fuera solo que Cruz tenía resaca, lo cual es completamente racional teniendo en cuenta la fecha y hora de las fotos que hay en la pantalla.

Se echa hacia atrás en su asiento, con un antebrazo apoyado despreocupadamente en la mesa y el otro en el reposabrazos mientras mira las fotos de sí mismo y tiene la desfachatez de sonreír —casi como si estuviera reviviendo el momento— antes de volver a encontrarse con los ojos de Kevin.

—Formo parte de un deporte que se gana la vida engañando a la muerte. Es un subidón como nada que puedas imaginar. Si me estás diciendo que te preocupa más



una noche en la ciudad con unos amigos que el hecho de que yo sobreviva a la próxima carrera cuando se trata de cómo puedo contribuir a nuestra asociación, entonces creo que tal vez soy yo quien necesita replantearse este acuerdo.

La espalda de Kevin se endereza al mismo tiempo que Lennox advierte:

—Cruz.

Definitivamente, grandes pelotas.

—Sr. Reynoso —le dice Lennox a Kevin—. ¿Le importaría darnos a Cruz y a mí un momento para...?

—No necesito un momento —afirma Cruz con las manos apoyadas en la mesa. El reloj que lleva en la muñeca es discreto, pero sin duda cuesta más que mi coche. Adorna la parte inferior de unos antebrazos bastante impresionantes que se flexionan con la acción y definitivamente captan mi atención.

Tengo debilidad por las manos y los antebrazos fuertes, y el reloj no hace sino añadir otra dimensión al porno visual del que me obligo a apartar la vista.

—En nuestras conversaciones iniciales, expresamos nuestra preocupación por todas sus... actividades extracurriculares —dice Kevin, con los hombros contraídos—. Su equipo nos aseguró que las cosas cambiarían... que sería más reservado en su imagen pública, pero... ¿salir a trompicones de los bares? ¿Carreras callejeras en Mónaco? No parece que se haya tomado muy en serio lo que le pedimos como socio.

—Y, sin embargo, seguimos aquí, ¿no? —pregunta Cruz.

—Lo que quiere decir —dice Lennox—. Es...

—No necesito un intérprete, Srta. Kincade. Sé muy bien lo que quiere decir —dice Kevin y luego vuelve a centrar su atención en Cruz.

—Tengo lo que necesitas para que esto sea un éxito. La apariencia. El carisma. El seguimiento. El apellido. El dinero. Parece que todos ganan, ¿no?

—Exacto. —La voz de Kevin es monótona mientras da golpecitos a los papeles que tiene en la mano para cuadrarlos sobre la mesa. Como haría alguien antes de salir de una reunión—. Pero lo que yo sé y lo que ve la junta son dos cosas muy distintas. Y no les gusta lo que ven para aprobar este trato.

Lo veo y estoy bastante segura de que Cruz lo ve por el repentino sobresalto de su cuello.

—¿Qué es lo que pides, Kevin? —pregunta Cruz, con el rostro impassible y los ojos escrutadores. Pero es el parpadeo de sus ojos hacia Lennox lo que me dice que ahora está preocupada por este trato. Es la más breve ruptura de su fachada, pero me doy cuenta.

—Necesito algunas garantías antes de seguir adelante.

A Cruz se le hace un nudo en la garganta y se muerde claramente cualquier protesta que tenga en la punta de la lengua. Mira a su agente y luego a Kevin.



—¿Qué necesitas de mí? ¿Qué hace falta?

—La junta necesita que nos demuestre que va en serio.

—Tienes que darme más indicaciones que esas.

—No más payasadas locas en las discotecas. No más fiestas escandalosas destrozando cualquier lugar en el que esté. Tiene que mostrarnos que tiene una brújula moral. Que está sentando cabeza.

—¿Sentando cabeza? —Cruz resopla.

—Sí. —Kevin no se inmuta—. Como con una novia seria.

—¿Pero qué mi... ? —Su risa termina su frase, seguida de la puesta en blanco de sus ojos y una mano restregada por su cabello en evidente incredulidad. Pero es cuando vuelve a mirar a Kevin y ve la expectación en sus ojos cuando el cuerpo de Cruz reacciona. Su risita es frívola hasta que se encuentra con los ojos de todos los que nos rodean y se da cuenta de que esto no es una broma—. Espera. ¿Hablas en serio?

—De hecho, hablo en serio.

—Eso es una total estupidez, no me puedes ordenar que tenga novia. No puedes...

—Podemos imponer lo que queramos. Como empresa de capital privado, podemos crear los parámetros, normas, como quieran llamarlos, que creamos convenientes. También es nuestro dinero el que está en juego.

—¿Y si no estoy de acuerdo con esto?

—Estoy bastante seguro de que no le va a gustar mi respuesta. —Kevin mira a su alrededor para conseguir un efecto dramático. La indiferencia es tan evidente en su cara como lo era en la de Cruz hace unos momentos. Está claro que dos pueden jugar a este juego—. Por otra parte, tal vez usted no quiera que este acuerdo tanto como se me transmitió en un principio.

—¿Qué carajos?

—Es eso o nada. Con inversiones multimillonarias, siempre hay un compromiso para ambas partes. —Y tal como lo dice Kevin, no hay lugar para la discusión.

—¿Ambas partes? ¿A qué se compromete exactamente Genesee en este acuerdo? —pregunta Cruz.

—Cruz —advierte Lennox, con la mirada implacable.

Cruz exhala un suspiro, claramente resignándose a regañadientes a la idea.

—A ver si lo entiendo. Firmo los papeles. Finjo que tengo novia para limpiar mi imagen. Voy por el buen camino. ¿Y cuánto tiempo exactamente tengo que mantener estas pretensiones?



—No hay que firmar nada, señor Navarro, hasta que la junta vea de hecho que usted se tomará esta asociación de marcas tan en serio como nosotros.

Cruz hojea la pila de papeles que tiene delante y creo que los dos nos damos cuenta al mismo tiempo de que no hay ningún contrato para firmar.

Oh. Mierda. Eso es duro, Kevin.

Y la razón por la que no hay bolígrafo en la mesa.

Una sonrisa incrédula pinta los labios de Cruz mientras empuja la pila de papeles hacia el centro de la mesa, con un porte más estoico que hace unos momentos.

—Esto no me gusta.

—Que le guste no es un requisito. Pero sí entenderlo y comprender las razones de Genesee —afirma Kevin.

—¿Sabías algo de esto? —Cruz pregunta a Lennox como si no hubiera nadie más en la sala.

Ella asiente.

—Así es. Hablé con el señor Reynoso después de que habláramos antes. Intenté ponerme en contacto contigo después, pero no contestaste al teléfono.

Sin duda su teléfono zumbando sobre la mesa, apuesto.

Asiente, casi como si se fortaleciera antes de decir sus siguientes palabras.

—De acuerdo. De acuerdo. Entonces fingiré que tengo novia.

—Ya nos hemos ocupado de eso por usted.

Creo que tanto la cabeza de Cruz como la mía da vueltas simultáneamente.

¿Genesee hace eso? ¿Qué demonios? ¿Cómo no lo sabía? ¿Desde cuándo nos hemos convertido en una agencia de acompañantes?

Cruz resopla.

—Qué gracioso.

Kevin se lleva las manos a la cabeza mientras mira a todos los demás alrededor de la mesa antes de volver a fijarse en Cruz.

—Parece que nadie se ríe.

Cruz mira desesperado a Lennox, que se limita a mirarlo y asentir con la cabeza.

—Yo no...

—Aquí están las tres candidatas que hemos seleccionado para usted —dice Kevin y empuja las tres carpetas rojas que tenía antes en la mano hacia el otro lado de la mesa.



Cruz mira con escepticismo las sólidas carpetas rojas con las pequeñas fotos pegadas con clips en la parte superior de cada una antes de presionar con sus anchas manos sobre las tres y empujarlas hacia el centro de la mesa.

No hay forma de que pudiera haber mirado todas las imágenes tan de cerca como para tomar una decisión tan rápidamente.

—Ella —dice, señalándome y mirándome a los ojos.

¿Qué qué?

Abro la boca y luego la cierro. Es una broma, ¿verdad? Echo un vistazo a la sala para ver si todos sonrían y me señalan con el dedo, pero lo único que encuentro es un estoicismo incómodo.

Nadie sabía que asistiría a esta reunión. Ni siquiera yo. Pero ahora Cruz me hace señas como si se refiriera a mí.

Tiene gracia. Podría incluso resoplar, pero por la forma en que las cabezas giran lentamente hacia mí, no puedo.

—¿Qué? —Kevin me mira por encima del hombro, con la confusión grabada en las líneas de su cara, como tiene que estar la mía.

—Ella. *La florecita muda. Esa es la que quiero que sea mi novia.*

¿*La florecita muda?* Miro por encima del hombro, olvidando que allí hay una pared de verdad, así que *tiene* que estar hablando de mí.

—Quieres decir... ¿*Maddix?* —Kevin pregunta, completamente estupefacto.

—Maddix. Sí —dice Cruz, echándose hacia atrás y cruzando los brazos sobre el pecho—. *Ella.*

—Pero yo no... —Kevin levanta la mano para detener mi comentario, pero yo sigo—. Esto es absurdo.

Kevin me mira de arriba abajo mientras toda la sala se agita por el momento. Las sillas crujen y la gente se mueve para mirarme, pero no hay papeles que se muevan ni uñas que chasqueen en los teclados. Hay silencio, salvo por la expectativa de su respuesta.

Mis mejillas se calientan y juro que una gota de sudor recorre la línea de mi columna vertebral a pesar del aire acondicionado a todo volumen de la habitación.

Es imposible que hablen en serio. Cruz por decirlo. Kevin por considerarlo remotamente.

Respiro lenta y uniformemente bajo el escrutinio de la habitación.

—Me siento halagada, pero no...

—Bien —dice Kevin asintiendo con decisión. Apenas me mira a los ojos antes de volverse hacia Cruz—. Eso funcionará perfectamente.



CAPÍTULO 4

Maddix

—Esto ha salido mejor de lo que esperaba —dice Kevin mientras yo troto unos pasos para alcanzarle, con la mente en blanco y la incredulidad en aumento.

—¿Mejor para quién? —pregunto—. *¿Para usted?* Porque la última vez que lo comprobé yo debería tener un voto en esto.

—Conoces bien la cultura de Genesee. Cuidamos de nuestros socios. Satisfacer sus necesidades para lograr el éxito final es nuestro objetivo número uno.

Deja de echarme humo por el culo, Kevin. Me acabas de regalar como si fuera una acompañante... como si fuera tuya para regalar.

—De nuevo, ¿no debería tener voto en esto?

Se detiene en los pasillos vacíos y entrecierra los ojos mirándome.

—¿Estás diciendo que no quieres hacer tu trabajo?

—No soy actriz. No puedo hacer esto. —Las palabras son una excusa tartamudeada.

—Sí que puedes. Lo harás muy bien. Venderás fácilmente toda esta nueva imagen para nosotros. —Se encoge de hombros—. El jugador que se enamoró tan perdidamente de ti que lo convertiste en el novio cariñoso.

Si la rápida búsqueda en Google que pude hacer mientras se culminaba la reunión sirve de indicador, no hay manera de que nadie se crea esta patraña ni que voy a poder pasar por la novia de Cruz Navarro.

Para empezar, no me parezco en nada a las mujeres con las que suele salir. Soy rubia y tengo los ojos verdes, mientras que él prefiere a la exótica Salma Hayek. Y dos, hay un millón de mujeres diferentes en las fotos. Este hombre sabe muy bien cómo dejarse ver, y *siempre* con mujeres despampanantes del brazo, vestidas con ropa de diseño y brillantes diamantes.

Mi vestuario se compone de remates en grandes almacenes y hallazgos en tiendas de segunda mano.



—Esto no va a funcionar. —Tal vez si lo repito lo suficiente, empezará a creerlo. Tal vez yo también.

—¿No?

Los miro fijamente a él y a sus cejas fruncidas. Sus ojos penetrantes. Oigo su suspiro que dice que está exasperado y que no va a aguantar mucho más.

—¿Qué piensas conseguir con este trabajo? Pediste participar en esta reunión porque era lo que querías. ¿Pero qué es lo que quieres? ¿Un ascenso? ¿Una ventaja sobre los demás en el mismo campo de juego? ¿Qué estás dispuesta a sacrificar, Srta. Hart?

—No... espere, ¿me está ofreciendo un ascenso si hago esto?

Hay un brillo en sus ojos. Colgó la zanahoria y, como un idiota, la tomé.

¿Una idiota? Quizá más bien un oportunista.

—Te garantizo uno, sí, junto con una prima para cubrir las cosas que necesitarás para interpretar el papel.

—¿Qué quiere decir? —Todavía estoy luchando para envolver mi cabeza alrededor de esto.

—A la novia de Cruz Navarro no se la puede ver con imitaciones de Target, zapatos de Famous Footwear y un bolso de una tienda de un centro comercial.

Me miro los jeans y las sandalias, ofendida pero demasiado intimidada y avergonzada para hablar.

—Vaya. Claro.

—No intento herir tus sentimientos. Este look funciona para Austin, para tu día a día, pero no funciona para el glamuroso estilo de vida que vas a llevar.

¿Qué coño está pasando aquí? Está hablando como si ya hubiera dicho que sí.

—Agradezco el voto de apoyo, pero no puedo empacar e irme a donde tenga que ir. Tengo cosas y obligaciones y...

—¿Cosas? —Entrecierra los ojos—. ¿Tienes algo más urgente que ser la novia de un millonario que es posiblemente uno de los mejores pilotos del mundo? ¿Que viajar de un continente a otro, de un país a otro en jet privado y relacionarte con la flor y nata de las carreras y de Hollywood? Quiero decir.... —Levanta las manos con indiferencia—. No sé tú, pero dudo que haya muchas veces en tu vida en las que te pidan que te levantes de un momento a otro y tengas la oportunidad de ser alguien en quien muy probablemente nunca tendrías la oportunidad de convertirte.

Las carpetas rojas que sostiene asoman bajo su brazo. Vino a la reunión preparado con tres candidatas para este puesto, así que sé que tiene un presupuesto para este fiasco. Y si tiene un presupuesto, eso significa que lo más probable es que tenga la aprobación de la junta.



Pero esto es una locura. Para mí. Convertirme en alguien en quien nunca tendría la oportunidad de convertirme.

—¿Una oportunidad de ser alguien? —pregunto, pero... *Jesús.* Ahora que lo dice así. ¿No es mi objetivo salir de esta ciudad y ver mundo? ¿Aprender y crecer y no estar aquí, atrapada en la misma rutina en la que mis padres han vivido cómoda y voluntariamente toda su vida?

Pero la razón me retiene.

No pertenezco al mundo de Cruz.

Todo lo que pedí fue participar en esta reunión.

Esto es una locura.

—Una oportunidad de ser alguien —repite.

—Pero tengo novio —suelto sin saber qué más decir.

—Entonces rompe con él —dice Kevin.

—Para usted es fácil decirlo.

Asiente con decisión.

—Sí. Lo es. Muy fácil. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? ¿Dieciocho meses?

¿Sabe cuánto tiempo llevo trabajando aquí? Echo un vistazo por encima del hombro para ver si hay alguien, para ponerlo al corriente de mí. O quizá eso ya ha ocurrido. Tal vez eso fue lo que su ráfaga de textos era cuando la reunión terminó.

—Sí. Algo así. —Echo un vistazo al pasillo vacío e intento averiguar a qué se refiere.

—Y en ese año y medio, no he visto ni rastro de ese novio. Ni en nuestra fiesta de Navidad. Ni en nuestro picnic de verano. Ni flores en tu escritorio en tu cumpleaños. Ni una palabra sobre él a tus compañeros de trabajo.

Parpadeo lentamente, casi como si eso me ayudara a procesar mejor lo que está diciendo. ¿Cómo demonios iba a saber...?

—Sé todo lo que pasa en mis oficinas, Maddix. —Sonríe, y no sé si debería tranquilizarme o preocuparme—. No puedo ser un jefe eficaz si no lo hago.

Estoy demasiado nerviosa para discutir con él o calcular el hecho de que sabe todo esto. Que en realidad tiene razón.

Michael y yo somos... casuales. Cómodos. *Aburridos.* Pero tal vez después de un año y medio deberíamos ser algo más que casuales y, sin embargo, ninguno de los dos se ha sentido lo suficientemente fuerte como para pedir más o hacer algo al respecto.

Otra conclusión a la que llegué anoche y que, de algún modo, coincide perfectamente con los inesperados acontecimientos de hoy.



Es como si me hubiera caído un rayo encima mientras estoy aquí, mirando al jefe de mi jefe. ¿Cómo es que un minuto me preguntaba qué iba a comer y al siguiente me daba cuenta de que esta extraña oportunidad podría ser una forma de salir de esta ciudad? ¿Salir de esta rutina? ¿Y de la vida que tengo clavada en el tablón de ideas de la pared de mi apartamento?

Me muevo sobre mis pies mientras mil pensamientos pasan por mi cabeza. Podría dejarlo. No es que no pudiera encontrar otro trabajo que me diera experiencia en marketing y marcas para llegar a fin de mes. Los hay a montones con la misma escala salarial de mierda. Pero... no sería este trabajo. Con esta empresa. Una que tiene infinitas oportunidades y conexiones si puedes superar la fase de trabajo sucio de nivel inferior.

Pero cualquier otro trabajo no me provocaría un hormigueo en la base de la columna vertebral. No se me pondría la piel de gallina y mi sangre se llenaría de ilusión y emoción.

He viajado. No mucho. No fuera de Estados Unidos, aparte de México. Y esta... esta es la oportunidad de mi vida.

Santo cielo.

No puedo creer que esté a punto de hacer esto.

—Sí.

—¿Sí? —pregunta.

—Sí. —Asiento, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¿Y el novio? —Ladea la cabeza.

—Lo entenderá.

—Nada de entenderlo. Tienes que romper con él.

Mi cuerpo tiene una reacción visceral al comentario, pero sólo porque no quiero herir los sentimientos de Michael. No porque realmente piense que hay un futuro con él.

—Soy consciente.

—No. No creo que lo hagas. Si no haces una ruptura limpia, si te pones en contacto con él y sigues jugando limpio con él, los medios de comunicación y los detectives de sillón en las redes sociales se enterarán. Publicarán en todas las páginas web que estás engañando a su querido piloto. Así que tienes que poner fin a la relación antes de irte, tanto por el bien de la empresa como por el tuyo. —Cruza los brazos sobre el pecho—. La gente está obsesionada con sus pilotos. No tienen piedad con nadie que les haga daño. ¿Y la percepción de que lo engañas? —Silba como respuesta.



—Jesús —murmuro más para mí que para él. Tiene que estar exagerando. Tiene que *estarlo*—. Había gente en la sala de conferencias que sabe otra cosa. No dirán nada...

—Todos han firmado acuerdos de confidencialidad. Conocen a nuestro equipo jurídico y saben que es mejor no decir nada.

Lo miro parpadeando.

—Pero...

—Y la historia que contarás a todo el mundo es que te han pedido que viajes junto al posible cliente de Genesee, Cruz Navarro. Estás allí para documentar su día a día para que sepamos cómo comercializar mejor el nuevo acuerdo secreto en el que estamos trabajando. Y, naturalmente, todo el tiempo que han pasado juntos en las últimas semanas preparando este viaje, este trato, los ha llevado a intimar. Lo suficientemente cerca como para dejar que los sentimientos florezcan y evolucionen.

¿Florezcan? Esa es una palabra que nunca esperé oír pronunciar de la boca de Kevin.

—¿Y la gente va a creerse eso?

—No importa si lo hacen o no, porque las acciones hablan más que las palabras, y las tuyas no les darán ninguna razón para cuestionar lo repentino de su relación. Para los románticos empedernidos, el amor a primera vista existe. Para los demás, por lo que saben, los dos han estado luchando contra su atracción durante estas dos últimas semanas, pero ahora que los han empujado juntos por motivos de trabajo, no han podido contenerse más. —Su voz es un sonsonete burlón que me hace poner los ojos en blanco.

—¿Y cree que eso va a funcionar?

—Apuesta tu ascenso a que lo hará. —Guiña un ojo.

Mierda. Mierda. Mierda.

Quiero decir, la única otra cosa que puedo decir es *mierda, mierda, mierda*, pero eso no me va a hacer sentir mejor.

—Pero mis padres. Mis...

—Pueden firmar un acuerdo de confidencialidad. O pueden permanecer en la oscuridad como todos los demás. Cuando vuelvas a casa, la “relación” habrá terminado y no tendrás que explicar por qué fingiste salir con un hombre a cambio de un ascenso.

Jesús. Esto suena tan mal.

—Tiene todo esto planeado, ¿verdad?

Levanta las carpetas rojas bajo el brazo como si fuera una pregunta obvia.

—Sí. Sí. ¿Has sabido alguna vez que no esté preparado?



Me pellizco el puente de la nariz. ¿Mentir a todos los que conozco sobre un novio de mentira? Porque está claro que nada puede salir mal en ese escenario, ¿verdad?

Querías actuar hoy, Maddix. Aquí tienes tu acción servida en bandeja.

—¿Y? —Kevin levanta las cejas para preguntarme si me apunto de nuevo, antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

—Sí. De acuerdo. Lo haré.

Una lenta sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios.

—Bueno, mira quién acaba de entrar en el campo de juego. Encantado de tenerte en el equipo.

¿Por qué tengo una extraña sensación de orgullo por sus jodidos elogios?

—Gracias —murmuro, sin saber qué respuesta espera.

—Cruz sale mañana. Te daré los detalles sobre la hora y cómo conseguir acceso a la pista para el jet privado. Asegúrate de estar en el vuelo.

—Sí. Claro. Quiero decir... —¿Un jet privado? Nunca he volado en primera clase—. ¿Dónde...?

—Mi asistente te enviará todos los detalles. Tómate el resto del día para... — Me vuelve a mirar de arriba abajo—... ir de compras y renovar tu vestuario. Hacer esas pausas limpias, ordenar los asuntos, e ir a decir a tus amigos y familiares que te vas un rato por un *viaje de trabajo*.

—De acuerdo. —Esto es real. Realmente real—. ¿Cuándo les digo que esperen mi regreso?

—La junta vota trimestralmente. —Mira su reloj—. Tres meses debería ser un plazo suficientemente vago.

¿Tres meses?

Se me salen los ojos de las órbitas. ¿Cómo hago la maleta para tres meses? ¿En qué me he metido? Mis pensamientos se descontrolan.

—¿Y mi alquiler? ¿El pago de mi coche? O sea me está avisando con un día de antelación para que empaque mi vida...

—No hay necesidad de empacar nada. Todo puede quedarse donde está. La cobertura de tu alquiler y facturas estará incluida en el paquete de indemnización. Como he dicho, mi asistente estará en contacto. Tendrá una tarjeta de crédito de la empresa que te dará para cubrir tu ropa y gastos en el extranjero. También te pedirá que anotes las facturas que necesites cubrir mientras estés fuera, y te ingresará esos fondos directamente en tu cuenta con tu nómina.

—Bien. Gracias. —Las palabras no suenan tan seguras.

Asiente, con cara de suficiencia.



EDGE

—Bueno, Hart. Me alegro de que hayas dicho que sí. No me apetecía mucho despedirte y tener que volver a formar a alguien nuevo. Además, ya he tenido bastante drama por hoy.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 5

Cruz

Esto es una estupidez.

Una total y absoluta estupidez.

Aprieto el embrague y cambio de marcha, el motor se revoluciona con el cambio.

Observo cómo sube lentamente el velocímetro mientras los árboles y los campos que me rodean se convierten en una enorme mancha de color.

¿Una maldita novia?

Otro cambio. Un sutil bandazo del coche al encajar en su sitio.

¿Una maldita niñera?

—¿Hasta dónde vas a dejar que te empuje? ¿Eh? —le canturreo a mi Ford GT de alquiler mientras consumo el asfalto de la carretera abierta que tengo ante mí.

¿El patriarca no quiere verme?

El volante se estremece bajo mi agarre. La potencia es pura embriaguez.

Esta bendición y maldición de apellido.

Empujar. Empujar. Empujar.

Eso es lo que todos quieren hacerme. Todo lo que alguien quiere de mí es ver hasta dónde pueden empujarme antes de que me quiebre.

Como si fuera este puto coche.

Sofía: ¿Estás bien? Aquí estoy. Está bien si me necesitas, ¿sabes?

Sofía. Mi hermana menor lo entiende. El mensaje que me envié antes lo dice. Y no, no todo está bien. Ni mucho menos. No importa cuánto quiera que lo esté, no lo está. No puede estarlo. No cuando estoy obligado a vivir según sus ridículos estándares. Por su necesidad de que esté a la altura de lo que él nunca pudo ser. No cuando ella nunca ha tenido que hacerlo.

El coche cambia de marcha de nuevo a medida que añado más presión al pedal.



Necesito volver a casa, a Mónaco. De vuelta a mi coche. Con mi equipo. De vuelta a la sensación de la pista bajo mi trasero y a la potencia del motor gimiendo a mi alrededor. Al rugido del público. A las acciones sincronizadas de mi equipo.

Al único lugar donde me siento más en control de todo. Irónico, en realidad, cuando es donde técnicamente tengo menos control.

Me duele el pecho como si se me cerrara la caja torácica.

El patriarca dijo que no te molestaras en volver a casa para visitarlo antes de ir a Zandvoort.

Mi abuelo. Mi ídolo.

Este maldito trato. La mujer de ojos saltones que no sabía quién era yo. *Maddix*. Que me trató con compasión cuando no la merezco.

El velocímetro marca uno dieciocho. Reduzco la velocidad mientras las lágrimas me queman el fondo de los ojos y se me revuelve el estómago. El coche frena la marcha poco a poco. No hace falta romperlo. Ya he roto suficientes cosas que necesitan arreglo.

El maldito Kevin y su junta no creen que pueda hacer esto. Caminar por su delgada línea. Pero lo haré. Sólo para fastidiar a mi padre, que cree que arruinaré este trato. Simplemente porque este es un reto en el que me niego a darle la razón. Caminaré por sus dos líneas tan finas, tambaleándome en el borde de lo que ellos quieren y lo que yo necesito.

Y me los ganaré. El contrato. Genesee Capital. Los cientos de millones que vendrán con él.

Y le demostraré a mi abuelo que soy el hombre que él cree que soy. Un verdadero Navarro.

Y cuando llegue el momento... *tomaré el control*. Viviré mi vida. Como realmente quiero.

Mi detector de radares empieza a pitar y suelto el acelerador por completo antes de que me pillen. Sin duda, ir a más de cien kilómetros por hora en una carretera recta de Podunk, Texas, me llevaría a la cárcel.

Y no quiero perder mi vuelo.

No quiero cabrear a Genesee y poner en riesgo este trato. Porque este es el trato que quiero. Este es el trato por el que presioné, empujé a Lennox a perseguirlo.

Este será mi legado definitivo. Mi nombre en todas partes. Mi imagen arraigada en la cultura cotidiana.

Un último "jódete" para mi padre.

Un homenaje sin fin al único hombre al que pretendo enorgullecer: el patriarca.



CAPÍTULO 6

Maddix

—¿De dónde sale todo este dinero para comprar todo esto? —pregunta mi padre mientras aplana las bolsas de la compra para guardarlas para lo que crea que las va a necesitar pero que nunca usará. Igual que el papel de regalo aplastado que mi madre guarda de años pasados, por *si acaso*—. Nordstrom, ¿eh? —Levanta las cejas—. *Elegante*.

No es elegante. De hecho, me siento como una impostora con toda esta ropa nueva. Te garantizo que a la mujer de Cruz Navarro no la pillarían ni muerta en una tienda Nordstrom —demasiado mainstream, demasiado mercado en masa— pero en un momento y con una nueva tarjeta de crédito de la empresa, los cinco conjuntos que me he comprado son lo mejor que he podido hacer.

—Mézclalos y combínalos con tus cosas de siempre —dice mi madre mientras sonrío desde la puerta, cruzada de brazos, sin tener ni idea del mundo en el que me estoy metiendo aparte de tener que viajar al extranjero por trabajo—. Todo esto es muy emocionante. Que vayas por ahí trabajando con un piloto de carreras de verdad.

Ir por ahí y trabajar. Sí, bueno... claramente se ha tragado la mentira, y es la primera persona que normalmente puede ver a través de mí. Que esto funcione no significa que mi conciencia sobre la mentira esté más limpia.

Mi debate interno sobre decírselo fue interminable. Pero teniendo en cuenta que mi madre no puede guardar un secreto ni para salvar su vida y el hecho de que mi padre me repetía una y otra vez que estaba mal de la cabeza por aceptar hacer esto, decidí no hacerlo.

Cuando el lema de un hombre en la vida es *un día honesto de trabajo por un día honesto de paga*, no hay manera en el infierno de que él entienda ni remotamente a su hija fingiendo una relación ante el mundo por dinero.

Además, decirles la verdad pondría en peligro las mentiras que tuve que contarle a Michael. Y Michael... no tiene un hueso vengativo en el cuerpo, pero por otra parte, nunca lo he visto abandonado y luego reemplazado rápidamente por otro hombre muy famoso.



¿Te escuchas, Maddix? ¿Lo ridículo que suena esto? ¿Citas falsas, un hombre famoso, un ex vengativo y todo lo demás? ¿Y ahora qué? ¿Vas a salir en los tabloides de Europa?

Oh, Dios.

Así será, ¿verdad?

—¿A qué viene esa cara? —me pregunta mi padre, devolviéndome a la realidad. Me saca de mi repentino, y aparentemente recurrente, pánico.

—Me pellizco al pensar que esto es real. De tener la oportunidad de hacer esto: viajar, ayudar a Cruz. Quiero decir... todo esto es tan repentino —digo mientras abro mi equipaje de mano y compruebo que tengo los adaptadores de corriente y los cables de carga para todos mis dispositivos.

—Lo es, pero también es muy emocionante. Ahora no te preocupes por nada. Vendré y regaré tus flores. Me aseguraré de recoger tu correo. Me ocuparé de todo —dice mi madre. No es que sea muy difícil, teniendo en cuenta que vivo en una casita de campo a una distancia de un campo de fútbol de la casa principal, en un gran terreno. Una propiedad que ha pasado de generación en generación en las afueras de Austin.

Claro que mi casa es vieja y está cerca de mis padres, pero el alquiler es barato y cuando estás ahorrando para comprarte una casa —o para mudarte a Nueva York algún día— te aguantas y finges que vivir cerca de tus padres no es gran cosa.

—Gracias. Pero... probablemente las habría matado de todos modos.

—Calla. Yo me ocuparé de ellas. —Me mira fijamente mientras sus ojos se llenan de orgullo—. No puedo esperar a decirle a todo el mundo que mi bebé ya es un pez gordo.

Mi padre pone los ojos en blanco a sus espaldas y yo me resisto a sonreír cuando carraspea. Es su forma de decir que nos pongamos en marcha *antes de que empiece a lloriquear*.

—Mamá, tengo veinticuatro años. No soy una bebé. Y estoy lejos de ser un pez gordo.

—Sigo sin entender por qué tuviste que romper con Michael —dice y luego levanta las manos—. No es que me entrometa en tus asuntos.

Recuérdalo en las próximas semanas. *Por favor*.

Suspiro.

—Sé que les agrada, pero... no íbamos a ir a ninguna parte y pensé que éste podría ser el mejor momento para una ruptura limpia.

—Oh, cariño...



—No. Es algo bueno. Es... mejor si usamos este tiempo para averiguar qué es lo que realmente queremos. —Y es verdad. ¿Fue difícil romper con él? Sin duda. ¿Percibí un leve destello de alivio en sus ojos cuando lo mencioné anoche? Sí.

—Vaya, qué madura —reflexiona.

Levanto las cejas cuando capto la más leve de las sonrisas y la rápida mirada entre mis padres. Una que aún creen que no capto a pesar de no ser ya una niña. Mi madre y mi padre han tolerado a Michael. No les disgustaba... simplemente les resultaba indiferente.

Como yo, si soy sincera conmigo misma.

—Viajaré mucho. Estaré súper ocupada con mi agenda de trabajo mientras esté allí. —Trabajo que no quiero definir exactamente en este momento—. Tal vez todo esto que está pasando es la manera que tiene el destino de decirme que necesito sacudir un poco las cosas.

—Concuerdo. Al cien por ciento. —Mi madre jadea y se lleva la mano al pecho, sobresaltándonos tanto a mí como a mi padre—. ¿Y si se enamora de ella, Gavin? —le pregunta a mi padre, con los ojos muy abiertos y casi rebotando sobre los dedos de los pies, como si yo no estuviera presente.

Me atraganto y empiezo a toser para disimular. *Si ella lo supiera*. Lo bueno es que ese comentario acaba de hacer que sea mucho más fácil venderles la mentira cuando estoy a miles de kilómetros de distancia.

—Cosas más raras han pasado —dice mi padre con su profundo barítono mientras se pasa una mano por la barba recortada—. Pero un consejo, si te enamoras de este romeo latino...

—¡Papá!

—Lo busqué en Google. ¿Qué padre va a dejar que su hija se escape a un trabajo y no investigue dónde y con quién va? —Se encoge de hombros—. Como iba diciendo, si las cosas *progresan*, asegúrate de que sabe ensuciarse las manos. Una cosa es parecer genial conduciendo ese coche. Otra es saber trabajar bajo su capó.

Mi madre pone los ojos en blanco y luego sonrío suavemente al mirar el reloj.

—Tienes que irte.

—Lo sé.

No sé muy bien por qué, pero cuando me despido de ellos con un abrazo, siento que es para mucho más que un par de meses. Es casi como si supiera que todo va a cambiar, cuando no hay forma posible de saberlo.

El crujido de la grava bajo los neumáticos me indica que ha llegado mi transporte. Terminamos de despedirnos y, cuando levanto la vista, me sorprende ver a Michael al final del camino de entrada.

—Supongo que no es el del transporte —dice mi padre.



Jodidamente perfecto.

—Um... Iré a hablar con él mientras espero a mi chófer —le digo.

—Bien. Claro. Vamos a volver a la casa. Les daremos un poco de privacidad.

Intercambiamos unos cuantos abrazos más. A mi madre se le escapa una lágrima y a mi padre le sale esa voz ronca que dice que tiene que irse antes de que también se le llenen los ojos de lágrimas. Al cabo de un minuto, se marchan en su vehículo utilitario hacia su casa mientras yo me dirijo hacia Michael.

Está de pie, con las manos metidas en los bolsillos y el culo apoyado en el guardabarros de su todoterreno. Lleva el cabello rubio revuelto y aprieta la mandíbula cuando me mira a los ojos.

—Que conste que esto me parece una mierda —dice a modo de saludo.

Me pareció bien como dejamos las cosas anoche. Él enfadado. Yo con una extraña sensación de alivio. Pensé que su enfado tenía más que ver con su ego herido que con nuestra ruptura.

Lo miro, con los ojos entrecerrados por la luz del sol, y asiento, no queriendo exacerbar esto más de lo que ya está.

—Estás tratando de ser alguien que no eres, Maddix.

—¿O qué pasa si estoy tratando de ser la persona que quiero ser? —replico. Pasé la noche reflexionando. No tuve dos trabajos para pagarme los estudios universitarios sólo para despreciar una oportunidad como ésta. ¿Es mi título universitario fingir una relación? Definitivamente no, pero ¿sería estúpida si dejara pasar las puertas que esta farsa podría abrirme y su exposición a diferentes oportunidades profesionales y de contactos? Sin duda.

—Nunca podrías ser la mujer que visualizas en tus planes. Es una fantasía. *Ella es una fantasía.* Las fantasías son sólo eso. Inalcanzables y poco realistas. Y el hecho de que te creas mejor que los demás porque vas a perseguir el tuyo es estúpido. Pero no te preocupes, igual te aceptaré de vuelta cuando te des cuenta de tu error. Cuando entres en razón y te des cuenta de que la chica que eres pertenece aquí. No ahí fuera, en el mundo. —Se ríe como si su comentario fuera lo más ingenioso del mundo.

No lo es. De hecho, muestra sus verdaderos colores. Todo un arco iris lleno de ellos del que no quiero formar parte.

Hacen que sea mucho más fácil despedirme con un asentimiento de cabeza cuando llega mi transporte. Deposité mi equipaje en el maletero sin mirarlo antes de deslizarme en el asiento trasero sin decir nada más.

Adiós, Michael.

Los lazos se han cortado. *Te acabas de asegurar de ello con tus comentarios.*

Respiro hondo, echo un último vistazo por encima del hombro en dirección a la casa de mis padres y asiento.



EDGE

46



Estoy lista para interpretar el papel.

No es hasta que mi chófer se encamina por la carretera principal cuando exhalo aliviada e inhalo expectante ante el destino que me aguarda.

Mis nervios se agitan a cada minuto que pasa. Nervios que hacen que me tiemblen las manos mientras ojeo la página de instrucciones que me ha enviado el ayudante de Kevin. No es que no las haya memorizado ya.

Un brindis por una aventura, Maddix.

Y por aceptar lo que he sacrificado para llegar allí.

Tú puedes, Hart.

Puedes hacer esto.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 7

Maddix

Me he metido en un lío.

Un lío de esos de los que no puedes salirte así nada más.

Es todo lo que puedo pensar mientras subo la última escalera hasta la entrada del jet privado. Me asombran todas las cosas buenas de una vida que, desde luego, no es la mía.

El interior del jet es de color topo claro con paneles de madera de nogal. Sillones de cuero de gran tamaño están enfrentados y hay una mesa en medio. Esta misma disposición se repite cuatro veces más a lo largo de la cabina. El interior es luminoso, con luces en el techo y el suelo que ayudan a iluminar la luz del sol que entra por las numerosas ventanas.

Es lujoso y decadente de una forma que sólo había imaginado, y tengo que pellizcarme para creer que realmente voy a volar en esto.

Me imagino lo que diría mi padre si viera este montaje.

De pie en la puerta, me quedo boquiabierta y asombrada, y la verdad sea dicha, más que intimidada por entrar. Una mujer despampanante con suéter de cachemira y pantalones negros me ve. Su sonrisa se ilumina momentáneamente y luego sus ojos se entrecierran.

—Hola, ¿puedo ayudarle? —me pregunta con cautela.

Mierda. ¿Dónde está Cruz? No es que me reconforte verlo, ya que hemos pasado como máximo cinco minutos a solas, pero al menos no sentiría que creen que estoy a punto de secuestrar el jet.

—Sí. Soy Maddix. Estoy aquí para...

La risa viene de la parte de atrás, oculta por una especie de tabique. Una risa que sé que es la de Cruz. El sonido hace que mis hombros se hundan de alivio, pero al mismo tiempo mi corazón se acelera ante esta extraña novedad en la que me estoy embarcando.

Una risa sensual sigue a la de Cruz, y debo de parecer idiota mientras miro fijamente a la puerta, esperando a Cruz, ignorando a la mujer que me mira.



—Cruz. Soy la novia de Cruz... —¿Novia? ¿Conocida? ¿Juguete?

La lista de instrucciones de Kevin pasa por mi cabeza. Hazte ver. Sé cariñosa. Vende la mentira para que el público y la junta se la crean. Vende la idea de que Cruz es el novio cariñoso. Haz que parezca asentado y con éxito.

Porque eso va a ser fácil.

Sobre todo, en el minuto uno de este viaje, y la mano de una mujer ya se posa posesivamente en su bíceps.

Perfecto.

Abro la boca para hablar cuando Cruz entra en la cabina principal.

—Madds. Estás aquí —dice Cruz, mostrando una sonrisa de infarto.

Teniendo en cuenta que ayer salió de la reunión sin mirarme a los ojos, me ha sorprendido el afectuoso saludo. Por el apodo. Por su sonrisa. Si mi estómago no estuviera ya hecho un nudo, esa deslumbrante sonrisa suya lo haría.

Tal vez haya aceptado toda esta idea cuando, claramente, ayer seguía luchando contra ella.

Quizá esto sea más fácil de lo que pensaba. Podemos representar esta farsa, convencer a la junta de que se ha reformado y acabar con esto cuanto antes. Entonces, seguiré mi alegre camino.

Pero por ahora, mi cabeza está nadando con pensamientos mientras Cruz, la chica Suéter de Cachemira, y otra mujer que ha surgido de la parte de atrás detrás de Cruz todos están de pie allí y me miran con expectación.

Levanto la mano.

—Sí. Sí. Esa soy yo. —Dios mío. No podría sonar más como una adolescente torpe, aunque lo intentara.

—¿Equipaje? —pregunta Cruz mientras da un sorbo a la botella de agua que tiene en la mano.

—El... alguien que me lo quitó antes de embarcar —digo cuando Suéter de Cachemira se acerca a mí y me quita el equipaje de mano, acompañándome a mi asiento.

—Soy Mellie —dice—. Te asistiré en el vuelo de hoy. ¿Y tú eres Maddix? Cruz es...

—¿Qué eres exactamente, Madds? —pregunta Cruz, con un tono divertido y los ojos brillantes de humor, mientras se desliza en uno de los asientos de felpa y me hace un gesto para que haga lo mismo.

Me cuesta tragar, odiando esta sensación de ser el blanco de una broma interna que todo el mundo conoce menos yo.



—Dale un respiro a la pobre chica —dice la mujer cuya mano estaba sobre Cruz mientras avanza. Es incluso más guapa que Mellie, con unas piernas kilométricas y una piel bronceada que pondría celosa a cualquiera. Se pone al lado de Cruz y vuelve a ponerle la mano en el hombro antes de inclinarse y murmurarle algo al oído.

Ambos ríen entre dientes y, cuando él levanta la vista hacia ella, también pone su mano sobre la de ella.

—Hoy no, Lola.

Su sonrisa es tan sensual como su risa.

—Bueno, bueno, Cruz Navarro, ¿me estás rechazando?

Sus miradas se cruzan y él asiente una vez.

—De hecho, lo estoy.

—¡Ay! —dice ella, apartando dramáticamente la mano del hombro de él, antes de dar unos pasos hacia la cabina. Le guiña un ojo—. Ya volverás.

Su risa es fuerte y reveladora. *Volverás*. Sí, claro. Parece que este avión ha visto muchas millas... *en el club de la milla de altura*. Un club al que definitivamente no me uniré. Especialmente teniendo en cuenta que Lola Piernas Largas claramente se ha revolcado en un avión con Cruz antes.

—Nunca digas nunca, ¿verdad?

Supongo que me equivoqué sobre su participación voluntaria en todo esto de la relación. Este tipo de comentarios de mierda me dice que definitivamente no participará.

Maravilloso.

—Espero que no. —Lola se detiene ante mí y me tiende la mano—. Lola Macías. Hoy seré su capitana. —¿Capitana?—. Prometo intentar que las turbulencias sean mínimas. Además, este tipo ya causa bastantes turbulencias cuando estás con él.

—Pero... —*No estoy con él*. Sonríe suavemente y le doy la mano—. Estoy avisada.

—Claro que sí. Las mujeres tenemos que estar unidas. —Guiña un ojo, mira a Cruz y niega con la cabeza—. Deberíamos estar listos para despegar en breve.

—Gracias. —La veo caminar hacia la cabina y atravesar la puerta abierta, la veo tomar asiento antes de empezar a accionar interruptores con confianza y autoridad.

—Puedes tomar asiento —dice Cruz mientras Mellie se afana cerca de la parte trasera del avión—. Te prometo que no muerdo.

—Oh, sí. Sí, debería. Claro —digo, repentinamente nerviosa ahora que estamos solos él y yo y con un montón de tiempo entre manos antes de aterrizar en... dondequiera que vayamos.

—¿Siempre contestas de tres en tres?



—¿Qué? No. No lo creo. —Su sonrisa se ensancha al darme cuenta de que acabo de darle la razón—. Sólo cuando estoy nerviosa.

Levanta las cejas.

—¿Y yo te pongo nerviosa?

Me encojo de hombros.

—Todo esto sí.

Ladea la cabeza, frunce los labios y me recorre con la mirada. Me evalúan, me escrutan y me hacen darme cuenta de que su pantorrilla está muy cerca de la mía, debajo de la mesa que nos separa.

—¿Por qué?

Resoplo.

—Por razones obvias. —Me abrocho el cinturón de seguridad sobre el regazo y vuelvo a comprobar que esté bien apretado. Cualquier cosa con tal de evitar la mirada de Cruz.

—Ya veo —murmura mientras el avión empieza a moverse.

Como una niñita, miro por la ventanilla la pista y más allá mientras rodamos. Para empezar, no he volado mucho, y menos en un jet privado, así que voy a asimilarlo.

Pero es cuando vuelvo la vista hacia Cruz cuando me doy cuenta de que ha abandonado nuestra conversación, y no es porque yo estuviera preocupada por estar enamorada. Como estamos uno frente al otro, él de espaldas a la parte delantera del avión y yo de frente, puedo ver en primera fila cómo se le blanquean los nudillos a Cruz cuando se agarra al sillón. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

Al principio, creo que está jugando conmigo. ¿Un piloto de Fórmula 1 que engaña a la muerte cada vez que se sube al coche tiene miedo a volar? No puede ser.

Pero parece que sí, porque Cruz se muestra definitivamente aprensivo a la hora de despegar. Su cara se tensa, sus nudillos se quedan blancos y su respiración es profunda y uniforme.

No es hasta que el avión se estabiliza en el aire que sus dedos se aflojan y sus ojos se abren para encontrarse de nuevo con los míos. Nos miramos fijamente sin hablar mientras Mellie coloca una bandeja con fruta fresca y botellas de agua entre nosotros.

—Entonces, Madds. La única...

—Maddix.

—Madds. —Su sonrisa es exasperante, sobre todo cuando sé que lo hace para sacarme una reacción. ¿Pero está mal que, por mucho que odie que me llamen así, a una pequeña parte de mí le encante el apodo? Es casi como si, en un mundo en el que



toda esa gente compite por llamar su atención, yo fuera lo bastante importante como para que me ponga un apodo cariñoso.

Contrólate, *Madds*.

—Como te decía, la única forma de que esto funcione es que hables conmigo, porque no te conozco lo suficiente como para interpretar esa mirada que no dejas de dirigirme... y ese largo suspiro que no dejas de hacer. Dijiste que te pongo nerviosa por *razones obvias*. ¿Cuáles son esas razones exactamente?

Miro por encima del hombro a Mellie, que está ocupada en la parte trasera, donde supongo que hay una especie de cocina.

—No sé cómo vamos a conseguirlo —susurro con cautela.

—Puedes hablar con voz normal. Todos aquí son de mi equipo y han firmado acuerdos de confidencialidad.

—Kevin me dijo que nadie puede saber la verdad —continúo susurrando—. Que tengo que vender esto como si mi trabajo dependiera de ello.

Cruz asiente, pasándose el dedo por el labio inferior.

—¿Y lo hace?

—No se dijo abiertamente, pero... Puedo deducirlo. Sí, así es.

—¿Y por eso has dicho que sí? —Su voz es suave, indagadora, y odio querer divagar con él sobre los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas cuando estoy segura de que no le importa.

—En parte.

—¿En parte? —Sus ojos se entrecierran—. ¿Cuál es la otra parte?

Me encojo de hombros, un poco nerviosa por haberme puesto en un aprieto.

—Tengo mis razones.

—Ah, la respuesta críptica que significa que te estás guardando la verdadera respuesta porque aún no estás segura de poder confiar en mí. O eso, o te sientes tan atraída por mí que te da vergüenza decirme que tiene afiches míos en la pared y uno como salvapantallas en el móvil.

Lanzo una carcajada.

—¿Hablas en serio con esta mierda?

—Enséñame entonces tu salvapantallas —dice.

—Por supuesto que no. —Retiro el móvil de la mesa y lo meto bajo el muslo.

Una sonrisa juguetea con las comisuras de sus labios. Juguetón no es lo que esperaba de él y, sin embargo, aquí estamos, con las miradas fijas y las sonrisas en guerra.



—Y, sin embargo, sigues pensando que no vamos a ser capaces de sacar esto adelante. ¿Y eso por qué? Yo soy yo. Tú eres tú. Claramente, nos llevamos bien.

—Ha pasado una hora entera.

—Menos mal que tengo resistencia.

Pongo los ojos en blanco.

—Como digas.

—De acuerdo. De acuerdo. —Levanta las manos.

—Mi turno. Dime. ¿Por qué me elegiste?

—Porque odio el color rojo. Mis rivales se bañan en ese maldito color.

Resoplo y me doy cuenta de que habla muy en serio.

—No estás bromeando.

—No. Odio el color rojo.

—¿Así que si las carpetas hubieran sido azules...?

—No estoy seguro. —Sonríe y luego entrecierra los ojos—. ¿Por qué no funcionará?

—Creo que somos dos personas muy diferentes que viven en mundos muy distintos. Parece que puede ser una realidad difícil de vender.

—Y sin embargo, los opuestos se atraen todos los días.

—Cierto. Pero ¿cuándo fue la última vez que tuviste novia, y mucho menos estable? —replico.

A Cruz se le escapa una carcajada.

—La mujer no se guarda nada. Me gusta.

—Sus bebidas —dice Mellie mientras desliza lo que parece un Negroni delante de Cruz y luego un vodka con arándanos delante de mí.

¿Qué...?

Mi mirada se dirige a la suya y luego a la de Cruz. Un “gracias” ausente sale de mis labios, pero reina la confusión.

Cruz esboza una sonrisa.

—Ya que estamos *juntos*, me tomé el tiempo de buscar en tus redes sociales para saber más de ti. Esta... —Señala mi cóctel—, parecía ser tu bebida preferida y por eso me tomé la libertad de asegurarme de que la tuviéramos a bordo para ti.

Oh. *Ooohhh*. Mis ojos se abren de par en par al darme cuenta de todo lo que puede haber visto.

Asiente para decirme que mi suposición es correcta.



—Y sí, vi al bueno de Michael allí también. ¿Debería estar celoso de mi competencia? No estoy acostumbrado a tener competencia si te soy sincero, así que todo esto es territorio nuevo para mí también.

—¿Competencia? —Prácticamente resoplo. ¿Cómo puede pensar en alguien como Michael como competencia? No es que Michael se quedara atrás en el aspecto físico, tengo que reconocerlo, pero en una escala del uno a Cruz, él es un tres.

—¿Qué piensa él de todo esto? Sin duda tiene opiniones fuertes. —Y la forma en que Cruz lo dice, me hace dudar si esto le divierte o va en serio.

—Soltando las preguntas difíciles desde el principio, ¿eh? —No esperaba que esto fuera así. Debería sentirme mal por romper con un hombre con el que salí durante un año y medio... pero no es así. Y eso es... liberador en cierto sentido.

—Creo que es importante.

—Michael y yo rompimos —digo en voz baja.

—Ya veo —murmura mientras se lleva el vaso a los labios, pero sin apartar los ojos de los míos. Buscan y rebuscan, pero no hace las preguntas curiosas que veo pesar en sus ojos—. Así que has roto con tu novio de verdad para estar con tu novio de mentira. Interesante.

—Es complicado.

—Oh, así que no te atraigo, entonces.

—No. Quiero decir sí. Quiero decir, no es eso.

—No es exactamente un estímulo para mi ego, Madds. —Hace un mohín.

—Eres exasperante.

—Y estás recién soltera. ¿Me atrevo a decir que te soltarás y tendrás muchas aventuras salvajes en este viaje?

—No. Para nada. Estoy trabajando.

Se ríe, y juro por Dios que el sonido vibra a través de mí y va directo a cada terminación nerviosa. Es encantador sin pretenderlo. Y es sin duda guapísimo, incluso con el cabello revuelto y la mandíbula sin afeitar.

En medio de todo el caos y, me atrevería a decir, la emoción de anoche, me pasé horas estudiando a fondo todo lo que hay que saber sobre Cruz Navarro. Nació en una familia de leyendas del automovilismo. De campeones del mundo de Fórmula 1. Un español que vive la vida del lujo y el exceso en Mónaco con la mayoría de los otros pilotos. Se ha ido de fiesta con las estrellas del momento de Hollywood y con miembros de la realeza. Ha recorrido el mundo varias veces. Ascendido a la Fórmula 1 con el equipo Gravitas a los veintidós años, ha estado a punto de ganar el esquivo título dos veces en los últimos cuatro años, pero nunca lo ha conseguido.

Los medios de comunicación ofrecen una imagen perfecta de la familia Navarro. Una imagen de riqueza, pedigrí y expectación. Sergio Navarro, el abuelo de



Cruz, alcanzó la cima del deporte a los veinticinco años. Tras su primer campeonato mundial, ganó cuatro más a lo largo de su carrera. Luego estaba Dominic Navarro, el padre de Cruz. Un hombre que se consideraba tan hábil y devastador en la pista como su venerado padre, pero que nunca pareció ganar un campeonato durante sus ocho años como piloto. “Una decepción” fue la descripción de un artículo que se me quedó grabado en la cabeza.

Y ahora está Cruz. El tercero en la línea de sucesión de una dinastía de Fórmula 1 con el peso del mundo sobre sus hombros para recuperar la grandeza con la que una vez dominó su abuelo. *Hábil. Técnico. Astuto. Intrépido.* Las cuatro palabras se utilizaron para describirlo. Las cuatro explican por qué ha quedado segundo en el campeonato por puntos dos veces en su corta carrera, y que el campeonato mundial está tan cerca que todo el mundo en su equipo puede saborearlo.

Está destinado a ser el corredor que su padre debió ser pero nunca fue.

Hablando de presión. De estar bajo el microscopio cuando todo un deporte y su afición mundial observan cada uno de tus movimientos, esperándote y deseándote.

Tal vez por eso sus payasadas han sido documentadas para que todos las vean. Su indiferencia hacia esas transgresiones se muestra en las entrevistas. Pero a pesar de su indiferencia, o tal vez a causa de ella, tiene un gran alcance entre los más jóvenes, de ahí que Genesee Capital se haya fijado en él.

Cruz es el que le mete el pulgar en la nariz al patriarcado a pesar de beneficiarse del patriarcado Navarro.

Pero mientras me siento aquí frente a él y me pregunto qué nos depararán las próximas semanas, si no meses, no veo ninguno de esos rasgos beligerantes.

Soy una observadora de personas. Siempre lo he sido. Y en las últimas veinticuatro horas he consumido un sinfín de clips, entrevistas, incluso las propias publicaciones de Cruz en las redes sociales, que me *muestran* que Cruz tiene una personalidad distinta.

También estoy empezando a creer que hay una persona *extraña* que rara vez se ve también.

Es el hombre que tiene un ataque de pánico en la sala de descanso. Es el piloto con talento continuamente comparado con su notable familia. Me pregunto si la aparente diferencia es un posible desafío: un hombre que intenta sin complejos ser Cruz Navarro y nadie más.

Ese hombre que arrasa con su sonrisa llamativa y su voz retumbante. No es de extrañar que las mujeres se lancen sobre él.

Su risita interrumpe mis pensamientos. También lo hace esa lenta sonrisa que hace cosas raras en mi interior, cuando es estúpido pensar que lo que está haciendo es real.



—Se puede trabajar y tener aventuras salvajes al mismo tiempo. No se lo diré a tu jefe si tú no lo haces.

—No tiene gracia. *Esto es importante* —digo para intentar nivelar el suelo que parece que intenta inclinarse bajo mis pies.

Me enderezó en mi asiento, no quiero seguir con este tema. No es una sesión para conocernos como esperaba. Y quizá esperaba que Cruz Navarro fuera más distante, más pesado, cuando no está siendo ni lo uno ni lo otro.

—Vivo en lo *importante* —se burla e indica mi bebida—. ¿Te da miedo beber a mi lado? ¿Temes que me aproveche de ti o es más bien que podrías creerte algunos de los rumores que corren sobre mí y no estás segura de si quieres o no quieres?

—¿Rumores?

—Es mucho equipaje para una primera cita. Quizá deberíamos empezar con algo sencillo. —Me empuja la pierna por debajo de la mesa cuando ya soy plenamente consciente de que la suya está colocada casualmente entre las mías—. Como...

—Como reglas y parámetros. Lo que esperas de mí. Lo que yo espero de ti. Kevin me dio una lista de lo que...

—Jesús. ¿Podemos no estar tan tensos en la primera vuelta aquí? Kevin no está a la vista. Por lo tanto, su lista no importa. Así que dime algo, Madds...

—Maddix —resoplo.

—Hmm. Estás tan tensa que va a ser divertido arrancarte las cuerdas una a una hasta que te deshagas.

Nuestras miradas se cruzan y su juego de coqueteo está en pleno apogeo. Pero, ¿está coqueteando para demostrar algo o porque realmente cree que hay química?

No debería importarte, Madds.

Mierda. Maddix.

Ya tiene mi cabeza en círculos.

—Debemos poner nuestros límites.

—¿Poner? —Sonríe.

Resoplo.

—Discutir. Determinar. Esbozar. Ese tipo de cosas.

—Sabes que esta actitud de Srta. Remilgada me excita. —Se echa hacia atrás y hunde los dientes superiores en el labio—. Continúa. Por supuesto. Me sentaré aquí y miraré.

—Mira. Lo digo en serio. —Es exasperante. Y adorable, si es que un hombre tan sexy como él puede ser adorable—. Necesitamos...



—¿Qué te gusta hacer para divertirte?

—¿Qué? —Lo miro sin comprender.

—Divertirte. Soltarte. ¿Pasarlo bien? —Levanta las cejas—. ¿Qué es lo que te gusta hacer? Porque tus redes sociales no me lo han mostrado realmente.

Sin duda, mi vida es un aburrimiento, comparada con la suya. No hay jet-set de un lugar a otro. No hay viajes exóticos ni codearse con famosos. Mi vida es una que él no entendería ni en un millón de años.

—Me gusta leer.

—Qué divertido —dice con desgana.

—No lo critiques. —Golpeo mi rodilla contra la suya.

—Oh, ahí está ese fuego otra vez. —Guiña un ojo.

—Y me gusta la música.

—Okey. Puedo con eso. ¿Quién te gusta? ¿Qué grupos? ¿Qué artistas?

Conociéndolo, diré que me gusta alguien y él dirá que lo conoce personalmente o alguna mierda así.

—¿Importa?

—Teniendo en cuenta que se supone que nos estamos follando, sí, importa.

Toso sobre mi propio aliento.

—Bueno. Um. Bueno.

Se encoge de hombros y lucha contra una sonrisa.

—¿Por qué endulzarlo, verdad?

—Es una forma de decirlo. —Doy el primer sorbo a mi bebida y me pregunto por qué no me la he bebido ya y he pedido otra para calmar los nervios—. Que conste que dudo que nadie en este jet se crea que somos pareja.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me parezco en nada a las mujeres con las que sales. Porque tú eres el pastel en el cielo. Porque esto es ridículo.

—¿Te menosprecias a menudo? ¿Es algo normal en ti? Tengo que decir, Madds, que acabamos de conocernos y ya estoy encontrando ese rasgo tuyo bastante molesto. Puede que tenga que entrar en la lista de cosas por las que nos peleamos. —Se golpea las manos y se las frota—. ¿Peleas sucio? Seguro que sí. Apuesto a que tiras el fregadero de la cocina.

—No. Eh... no.

—Porque dudar cuando contestas dice lo contrario. —Pone los ojos en blanco, pero mantiene la sonrisa—. Necesito saber cosas.



—¿Cosas?

—Mm-hmm. ¿Qué es lo que te molesta? ¿Lo que te excita?

—Para alguien que estaba totalmente en contra de esto hace veinticuatro horas, seguro que estás abrazando esto. ¿Por qué?

—Tal vez he visto el error de mis acciones.

—O tal vez estás siendo sobornado.

—La posibilidad de mil millones de dólares al cabo de los años es un soborno bastante convincente.

Me atraganto con mi sorbo. No tenía ni idea. No tenía ni idea de que eso era lo que estaba en juego. En nuestra reunión no se habló de otra cosa que de que tuviera novia y pareciera asentado. No me extraña que la junta quiera que se calme y actúe como si fuera algo más que el príncipe playboy de la Fórmula 1.

—¿Estabas en la reunión, pero no lo sabías? —Sus ojos se entrecierran mientras me estudia—. Tomo ese ahogo como un no. Bueno, ahora ya lo sabes. Michael está fuera. Yo estoy dentro. Y ahora estamos atrapados juntos para bien o para mal, mientras yo hago la canción y el baile para tu jefe hasta que la junta esté satisfecha. Así que... —Junta las manos delante de sí como si hablara en serio—. Ahí es donde estamos.

—Y nadie va a creérselo.

—Eso dices tú, pero mi incentivo vale la pena. Esperemos que el tuyo también, porque no soy el cabrón más fácil del mundo con el que salir....

—Gracias por el aviso.

—¿Encontraste algo diferente en tu búsqueda de mí en Google?

—No... eh...

—Claro que sí. —Me guiña un ojo—. Eres una mujer inteligente que quería ver lo que había acordado. Está claro que yo hice lo mismo. —Su sonrisa es genuina cuando yo esperaría que fuera apaciguadora—. Así que te gusta leer y la música. ¿Qué más? Déjame adivinar. ¿Ayudas a los huérfanos en tu tiempo libre y también recaudas dinero para salvar a las ballenas?

—¿Qué? —Suelto una carcajada.

—Llevamos meses en conversaciones con Kevin. De repente apareces en la reunión por primera vez como una planta, así que me imaginé que eras la Madre Teresa o alguien santa para intentar hacerme quedar mejor.

—No estaba en ninguna de las tres carpetas de posibles novias que Kevin tenía para que eligieras. Tú me elegiste a mí. No al revés.

—Auch. Pégame donde me duele. Puedo soportarlo.

—Y no soy una santa.



—¿Una pecadora entonces? —Pone una sonrisa diabólica y un brillo en sus ojos—. Justo lo que me gusta.

—¿Alguna vez te tomas algo en serio?

—Me lo tomo todo en serio. Y con un grano de sal. Se llama equilibrio. Como cuando unos días bebo whisky y otros, agua. Hay que cambiar de postura de vez en cuando, si no, la cosa se vuelve aburrida, ¿no? —pregunta, con la insinuación por delante.

—Claro. Claro. Suena bien. Es fácil para ti decirlo cuando toda esta conversación ha sido sobre ti haciéndome preguntas.

—¿Y?

—Y... —digo, sin saber qué es lo que tengo que decir.

—Y puedes buscarme en Google y encontrar hasta el tipo de ropa interior que llevo, mi comida favorita, mis vacaciones preferidas... incluso mi maldita estatura y peso. ¿Tienes alguna pregunta? Pregunta. Te cedo la palabra.

Nuestras miradas se sostienen un instante.

—¿Por qué no tienes acento? —Un minuto está ahí y al siguiente ya no. No tiene sentido para mí.

—Me enviaron a las mejores escuelas. De esas a las que diplomáticos y multimillonarios envían a sus hijos con el objetivo de que puedan encajar en cualquier parte del mundo. El inglés era un privilegio que debíamos hablar a la perfección.

—Y sin embargo tu familia parece tan orgullosa de su herencia.

—Lo somos. Y oirás mi acento con toda su fuerza cuando hable con otros españoles... pero mi abuelo creció en una época en la que se le menospreciaba, a veces se le discriminaba por su acento. No le llegaban los contratos de patrocinio porque no era lo bastante convencional. No lo entrevistaban porque su acento era muy marcado. Estaba decidido a que eso no les ocurriera a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Nos enseñaron a ser dueños de nuestro acento con nuestra familia, en nuestro país, pero a sonar mundanos en cualquier otro sitio. —Ladea la cabeza y me mira fijamente—. ¿Crees que Kevin estaría interesado en mí para este trato si mi acento fuera tan marcado que el mercado mundial no pudiera entenderme? No. No lo haría. Así que algo que odiaba de niño me ha servido de adulto.

—Lo entiendo. Pero no.

Asiente sutilmente.

—Hay muchas cosas sobre ser un Navarro que no tienen mucho sentido.

Lo estudio. El concepto es interesante y triste a la vez, pero entiendo el porqué. Su abuelo le dio un don que la mayoría pasaría por alto debido al orgullo.



—¿Qué más tienes para mí, porque si escarbaras lo suficiente también habrías encontrado esa respuesta? —Guiña un ojo—. No hay nada secreto ni sagrado cuando estás en el ojo público, Madds. Lo aprenderás muy pronto.

Dice que como si la gente se fuera a preocupar por mí simplemente porque me van a ver con él. *No lo harán.*

—Hay cosas que hay que mantener en privado —le digo.

Ladea la cabeza.

—La privacidad es un lujo que no me puedo permitir como un Navarro, pero sí, hay algunas cosas que no son de dominio público. Cosas que pretendo que sigan así. Aparte de eso, parece joder, todo vale, así que cuando te hago preguntas, quiero respuestas.

—Y cuando te digo que esto no va a funcionar, lo digo en serio.

—Creo que soltarte un poco te vendría muy bien para añadir un poco de optimismo a tu vida —me dice, lo que no hace más que irritarme.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —murmuro con frustración, me desabrocho el cinturón y me dirijo al baño. Un baño de avión es un baño de avión, pero éste es tan lujoso como el resto del avión.

Me tomo un momento para intentar recuperar la cordura. Esta conversación ha sido incoherente y divertida y, justo cuando creo que vamos a tocar un tema importante y quedarnos ahí, Cruz me desvía con su humor y su sonrisa infantil. Es enloquecedor en el mejor de los casos y divertido en el peor.

Me miro en el espejo. Mi cabello rubio ligeramente ondulado. Mis ojos color verde pálido y mis gruesas pestañas oscuras, que siempre han sido una broma en mi casa. ¿Cómo puede una rubia tener pestañas oscuras? Mi tez color melocotón y mi boca rosada.

¿Soy guapa? Me gustaría pensar que sí, pero no voy a ganar ningún concurso de belleza y, desde luego, tengo un aspecto diametralmente opuesto al de las mujeres del brazo de Cruz que vi en las fotos de anoche.

¿Por qué sigues fijándote en esto? Vende la mentira. Incluso cuando sientas que está fuera de tu alcance, vende la mentira. Y disfruta de esta experiencia única en la vida.

¿No es a eso a lo que se reduce todo esto? ¿No es por eso por lo que te arriesgaste? ¿Para tener experiencia? ¿Para hacer contactos y poder subir un par de peldaños en la escala corporativa y entrar en alguna gran empresa de marcas en los próximos dos años?

Respiro hondo y me miro por última vez. *Detén la duda. Acepta el momento.*

—No hay tiempo como el presente —murmuro.



Pero cuando salgo del baño, Cruz está ahora en mi asiento. ¿A qué está jugando ahora?

Mejor que provocarle la reacción que apuesto a que está buscando, decido pasar a su lado y sentarme en su asiento sin decir una palabra. Pero cuando estoy a medio metro de él, sus brazos me rodean por la cintura y me atrae hacia su regazo.

Grito de sorpresa cuando mi culo choca contra uno de sus muslos y mis piernas se desparraman por el lado opuesto de la silla. Estoy sentada transversalmente sobre su regazo y en esa fracción de segundo entre la sorpresa y la conciencia. Una conciencia de cada línea dura y tensa de su cuerpo. Las abolladuras y las crestas que me aprieta cuando me rodea con los brazos. La fuerza de sus manos al extender una sobre un muslo y la otra sobre un costado de mi torso.

Pero es su cara la que me deja sin aliento. Su cercanía a la mía. El calor de su aliento en mis labios. La chispa dorada de sus ojos ámbar. La insinuación de una sonrisa que me desafía mientras su mano sube por mi muslo para rodear mi muñeca y sujetarme.

—¿Qué...? —La palabra suena sin aliento, así que me detengo y me aclaro la garganta—. ¿Qué estás haciendo?

Inclina la cabeza hacia un lado, sin apartar los ojos de los míos, mientras contempla algo. Y mientras lo hace, soy totalmente consciente de cada parte de nuestros cuerpos que se tocan.

—Para que conste, no tengo un tipo —murmura, sus ojos bajan hasta mis labios y luego vuelven a subir.

—Estupendo. Es bueno saberlo. —Mis palabras son entrecortadas y mi cuerpo está tenso.

—¿Lo es? Porque pareces muy tensa. —La diversión baila en sus ojos.

—Estoy bien —afirmo cuando estoy lejos de estarlo. Tengo el pulso acelerado y el cuerpo acalorado. *Esto no debería estar pasando. A mí. A él.* Esta repentina sensación de deseo cuando ni siquiera conozco a este hombre.

Mellie se dirige hacia la cabina con refrescos en la mano para la piloto antes de colocar bebidas frescas delante de nosotros.

Me quedo absolutamente helada mientras ella limpia la condensación porque Cruz me sostiene en su regazo como si esto fuera algo cotidiano.

—¿Mellie? —le pregunta mientras ella empieza a alejarse.

—¿Sí? —pregunta.

—¿Podríais darnos un poco de privacidad? —pregunta.

—Sí, Sr. Navarro —dice mientras desliza una puerta entre la cocina y el camarote.

¿Para qué demonios necesitamos privacidad?



Los nervios traquetean aún más.

—Vamos a tener que trabajar en eso —murmura contra mi oído, haciendo que la piel se me ponga de gallina.

—¿Sobre qué?

—No te congelas cada vez que alguien está cerca. Si vas a venderlo, tenemos que venderlo bien. La última cosa que quiero hacer es no sellar el trato porque no te gusto lo suficiente como para demostrarlo.

¿No me gusta lo suficiente? El hombre es... Jesús, es la perfección andante. Es más bien lo contrario. En este breve intercambio, tengo un poco de miedo de que acabe gustándome demasiado.

—No me congelé.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿te gusto? —murmura mientras pasa la punta de su nariz por la línea de mi cuello y sí, me quedo helada. El calor de su cuerpo contra el mío. El aroma de su colonia. La sensación de sus manos sobre mí.

La sencillez de la seducción por la sugestión y el tacto.

No puedes estar excitada, Maddix. Acabas de romper con Michael. El mismo Michael con el que pensé que tenía una vida sexual bastante saludable. ¿Pero cuándo fue la última vez que te hizo sentir así? ¿Las mariposas en el estómago y el dolor en el centro de tu corazón? ¿El cosquilleo en la piel mientras anticipas dónde va a tocar a continuación? ¿La espera y el deseo?

¿Qué tal nunca?

Se me acelera el pulso. Me da vergüenza y me preocupa que pueda sentirlo con lo fuerte que late. Su cara está tan cerca de mi cuello.

Lucho por mantener una respiración uniforme. Para que no sepa que me afecta nada de esto. Ni el endurecimiento de su polla bajo mi culo. Ni el sutil cambio en la subida y bajada de su pecho. Ni la forma en que saca la lengua para lamerse el labio inferior.

Levanta una mano y me pasa el dorso de los dedos por la mejilla. Mi cara se vuelve instintivamente hacia él. Hacia él. Y ya estoy enfadada conmigo misma por ello y por cómo me está haciendo sentir, antes de que su mano termine de recorrer toda mi mejilla.

Está justo ahí. A centímetros de mis labios. Esos ojos y esa boca y... simplemente todo.

—¿Maddix? —murmura.

—¿Hmm? —¿Va a besarme? ¿Por qué quiero que me bese?



EDGE

—Así es como lo hacemos.

—¿Hacer qué? —pregunto, completamente distraída por todo lo que es él.

—Acabar con toda esta farsa.

Me paralizó, y esta vez es por mucho más que miedo a que Mellie vea que esto no es real. Es porque creía que era real, que me deseaba, y ahora me doy cuenta de lo idiota que soy por pensarlo.

—Oh. —Es un sonido tartamudeado.

—¿Ves? Soy tan bueno que hasta tú te lo has creído.

Me zafó de su agarre y tomó asiento frente a él, no emocionada por lo que acaba de ocurrir y fingiendo que no me importa o que me siento tan estúpida como él.

Todo esto era un juego para él.

Como parece que es todo.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 8

Cruz

Parece que la actitud fría es un estado normal con ella.

Jodidamente perfecto.

O al menos ese es el estado en el que se encuentra Maddix desde que se quedó dormida tras mi pequeña demostración y luego se despertó cuando aterrizamos.

¿Tan sensible es que está enfadada por cómo reaccionó su cuerpo ante mí? Puede negarlo todo lo que quiera, pero oí su respiración entrecortada. Sentí el calor de su coño en mi muslo. Vi la separación de su boca cuando mis labios tocaron la concha de su oreja al hablar.

Decir que no me afectó sería mentir. Soy un hombre. Está buena como una bibliotecaria, como una chica americana de al lado, cuando yo estoy más acostumbrado a las mujeres exóticas y seductoras.

Ella tiene razón. Tengo un tipo. ¿Me he desviado de él en el pasado? Sí. Pocas veces, pero me he desviado.

¿Me desviaría por ella?

El jurado está indeciso en este momento. Sólo serviría para complicar las cosas que ya son complicadas, pero joder si no es divertido jugar con ella.

En mi cabeza se repite el discurso de Sofía que me leyó anoche. La única persona a la que confié esta estúpida farsa. *Toma la experiencia como lo que es. Úsala a tu favor. Úsala para joder a nuestro padre. Para demostrarle que estaba equivocado. Úsalo como un medio para un fin.*

Y diablos, si por casualidad me desvíó con Maddix, pues *me desvíó*. No hay daño, no hay falta, ¿verdad? No es que le vaya a decir eso a Sofía. Lo último que necesito es que mi hermana me diga que debo respetar más a las mujeres. Respeto muchísimo a las mujeres... en más de un sentido.

Si vamos a fingir, ¿es tan malo que disfrutemos mientras lo hacemos?

¿Pero por la reacción de Maddix antes? No estoy seguro de lo que pensaría al respecto.



No sé mucho sobre Maddix Hart aparte de lo que he encontrado en sus redes sociales y la escasa interacción que hemos tenido, pero esto es lo que he percibido: es una seguidora de reglas. Le gustan las cajas y las líneas y que el coloreado esté dentro de ellas y no fuera.

Sus publicaciones en las redes sociales están pensadas para mostrar el orden de su vida y no el desorden. Y en el desorden es donde está el verdadero carácter. Es donde la gente se hace y se valida. Es donde se convierten en su verdadero yo.

Había fotos de Michael. Michael, al que le encanta el fútbol americano y las cervezas frías, pero que nunca pareció demasiado entusiasmado por salir en ninguna foto con Madds. Su sonrisa estaba allí, pero sus ojos no.

Conozco esa mirada. La he *mirado*. Y luego me he zafado de la situación para no tenerla más.

Además de Michael, en sus redes sociales había fotos de puestas de sol, días en el lago y globos con gente borrosa de fondo, todo desde unos diez metros de distancia, pero nada en la cara. Nada tonto, crudo y sin guión. La vida a distancia en lugar de vivir el momento.

Cauteloso. Coreografiado. Sin inspiración.

¿Fue Michael quien la retuvo o se lo hace ella misma?

En cualquier caso, el tipo es un gilipollas por hacerle eso o dejar que se lo haga. Que le vaya bien, aunque sea un buen tipo.

Porque la mujer tiene columna vertebral. Salía a relucir cada vez que la presionaba, pero no lo suficiente.

Es un lío de contradicciones, y tengo curiosidad por saber cómo se desarrollará todo esto.

¿Se frustrará conmigo? Ella es estructura y yo caos.

¿Querrá pelear todo el tiempo? Ella es blanco y negro y yo soy definitivamente todo tonos de gris.

¿Impediré que me suelte? Ella es las reglas y yo la anarquía.

¿Tendrá problemas con el estilo de vida que llevo? Ella es ropa perfectamente doblada en un cajón de la cómoda, y yo soy una maleta abierta con todo desordenado dentro.

La observo desde el otro lado del coche. Observa la ciudad de Ámsterdam por la ventanilla mientras nuestro chófer recorre sus calles. Su pálido cabello cae en ligeras ondas por su espalda. Sus rasgos son delicados: nariz respingona, labios carnosos, pómulos altos. Es menuda pero musculosa y sorprendentemente fuerte, si la tensión en mi regazo en el avión sirve de indicación.



Apuesto a que hay un lado en ella que es un poco salvaje. Un lado con el que puedo soltarme. Me niego a pasar estas próximas semanas o incluso meses con la novia niñera aprisionándome y no llegar a tener ninguna diversión.

Entiendo que todo esto necesita tiempo para desarrollarse, pero me niego a ser un monje durante ese tiempo. ¿Un monje? *Joder. No.*

—Siento que me miras —dice, pero no se vuelve hacia mí, con la boca abierta en un bostezo debido a la diferencia horaria.

—¿Y? Somos novios. Parece que es la menor de las cosas que te haría para sonrojar tus mejillas.

Su suspiro llena el coche y pesa antes de girarse para mirarme.

—Mira, empezamos con mal pie.

—¿Lo hicimos? Tú me ayudaste. Eso podría interpretarse como el pie derecho, ¿no?

—¿Por eso me elegiste a mí antes que a las supermodelos? ¿Porque fui *amable* y te ayudé? —pregunta con sarcasmo en la voz—. Porque eso hace maravillas por mi autoestima.

—Cualquier inferencia que hagas de lo contrario es cosa tuya, Madds. —No es mi trabajo acariciar egos. En absoluto.

—Genial. Perfecto. Aparentemente, empezamos con *el pie* derecho entonces.

—¿Por qué estás enfadada? —pregunto—. Te elegí a ti. ¿No es eso suficiente? Y ahora que lo he hecho, y ahora que sé un poco sobre ti, creo que nos vamos a divertir muchísimo teniendo aventuras salvajes y consiguiendo que te sueltes.

—Ese no es el propósito de mi presencia aquí.

—¿Y si lo convierto en el propósito? —Inclino la cabeza y hago un mohín juguetón—. La vida es para vivirla, Hart. Está hecha para ser tomada por asalto, para que lo que quede a tu paso sea la prueba de que te lo pasaste muy bien haciéndolo.

—Suenas como una tarjeta de Hallmark. —Pone los ojos en blanco.

—¿Sí? ¿Y? Tu trabajo es calmarme. Hacerme parecer presentable y maduro. ¿Y si mi trabajo es sacarte de tu zona de confort? ¿Hacerte ver la vida a través de mis ojos?

—Suenas peligroso.

—Perfecto. El peligro es el código con el que vivo mi vida.

—Mira, te agradezco las palabras de ánimo, pero son muchas suposiciones para alguien a quien acabo de conocer hace treinta y seis horas. Has mirado mi Instagram, has visto mis fotos y me has tachado claramente de aburrida. ¿Y si me gusta mi vida? ¿Y si es lo que quiero?



El apretón de su mandíbula dice lo contrario, pero nuestras miradas se sostienen mientras me pregunto hasta dónde presionarla. Pero ¿desde cuándo pienso en cosas así? Mi vida es un ciclo interminable de tiempos por vuelta, pruebas en pista, pesas y cardio, entrenamiento en simulador, medios de comunicación y nutrición. *Vale, y mujeres y discotecas. Seamos realistas.*

Pero ahora incluye a Maddix, y todavía estoy averiguando qué coño significa eso.

—No habrías dicho que sí si no tuvieras curiosidad, por lo contrario. Podrías haberle dicho a Kevin que se jodiera y haberte ido. Estoy seguro de que hay un millón de otros trabajos como el tuyo en otros lugares. *Pero no lo hiciste.* Podrías haber llamado a Michael y haberse ido al rodeo o a una cantina, o lo que sea que hagan en Texas, y haberse reído de lo idiota que fui y de cómo te habías librado de tener que aguantarme. *Pero de nuevo, no lo hiciste.*

—Eso no es justo —afirma, con la columna un poco más rígida. Pero sus ojos dicen la verdad.

—No lo hiciste porque, en el fondo, hay una pequeña parte de ti que se pregunta cómo es vivir esta vida. Una diferente a la que ves dispuesta ante ti. Y quieres saber la verdad antes de conformarte con tu vida de complacencia.

Aprieta los dientes. No parece gustarle esa palabra: *complacencia*.

—Para que conste, *Cruz* —dice, mi nombre casi como una palabrota—. Estaba esperando mi momento. No era complaciente. Tengo metas que intento alcanzar. Una carrera en gestión de marcas en la que estoy trabajando y dinero que estoy intentando ahorrar para poder mudarme a Nueva York o Los Ángeles y conseguirlo. Así que lo que a ti podría parecer aburrido era yo sentando las bases de mis objetivos.

Ahí está ese fuego. Hay esa columna vertebral. Y por eso la elegí. Ella no sabía quién era yo, y sin embargo, fue a la vez amable y firme.

Asiento lentamente mientras su enfado se come el aire del coche. Está claro que le he tocado la fibra sensible.

—Te elegí, Maddix, porque no quieres nada de mí. No estabas siendo seleccionada por Kevin para interpretar un papel. No estabas intentando averiguar cómo encaminar esto hacia una carrera de actriz o modelo. Te elegí porque no sabías quién era yo, y aun así fuiste amable sin exigir saber 'por qué' como cualquier otra puta persona en mi vida. Y no está de más que seas agradable a la vista o que la expresión de tu cara cuando Kevin deslizó las carpetas por el escritorio dijera que te horrorizaba su pregunta. ¿Responde eso a la pregunta que temías hacer? —Levanto las cejas y veo sus labios en forma de O y sus ojos muy abiertos—. Entonces... ¿podemos terminar con esto o qué?

El timbre de mi teléfono me dice que sí. Como si mi padre no pudiera ser más aguafiestas de lo que ya es.



Pulso el botón para responder a la llamada y me acerco el teléfono a la oreja, pero no digo ni una palabra.

—Veo que estás en Amsterdam. Qué bien. Es hora de volver al negocio de las carreras y no a esta mierda que has estado haciendo.

—Hola a ti también, papá —le digo en voz baja. Debería sorprenderme que conozca mi paradero, pero sin duda ha rastreado el vuelo y sabe que ha aterrizado.

Sólo una versión diferente de prisión cuando se trata de él.

—No paraste en casa primero.

Mi risita carece de todo humor.

—Lo dice el hombre que dijo que no era bienvenido. —Soy consciente de que Maddix puede oír mi versión de la conversación. Lo último que quiero es explicar algo sobre mi padre ahora mismo.

—¿Y cómo acabó la reunión? ¿Está el trato firmado y hecho o lo has jodido ya antes de empezar?

Dudo. Me debato entre colgar o mandarlo a la mierda. Cualquiera de las dos cosas delataría demasiado a Maddix.

—La has cagado, ¿verdad? —dice, confundiendo mi vacilación con lo peor posible. Como siempre—. Ni siquiera pudiste sellarlo. *Como era de esperar.*

Me aclaro la garganta.

—Tengo compañía —digo a modo de explicación—. Y todo va bien por ese lado. Ni un problema a la vista, pero gracias por tu evidente preocupación por mis negocios.

—¿Compañía? —Resopla—. Por supuesto trajiste a alguien de Estados Unidos antes de que te canses de ella. Sí. Vi el manifiesto de vuelo. Sé que trajiste a una de las damas, y uso ese término vagamente. —Emite un suspiro de frustración que parece ser la banda sonora de mi vida—. Todavía tienes un campeonato que ganar. No la necesitas como distracción.

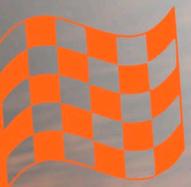
—De nuevo, gracias por tu preocupación, pero puedo arreglármelas solo.

No sabrá nada de Genesee ni de Revive ni de todos los detalles hasta que el acuerdo esté cerrado, la tinta seca y sea algo en lo que no pueda intentar influir ni cambiar. Eso si quiero decírselo. Su curiosidad lo está matando y me encanta que sea así.

—Así que te saltaste volver a casa y ahora estás en Ámsterdam días antes de lo previsto. Sin duda eso significa que más libertinaje está en tu punto de mira.

—Sí. Le atinaste. Tengo la agenda llena. Y oh, mira la hora, ya llego tarde al comienzo.

Y antes de que pueda decir otra palabra y arruinar más mi estado de ánimo, termino la llamada y tiro el teléfono en el asiento de al lado. Cuando levanto la vista,



EDGE

Maddix me está estudiando de la misma forma que cuando nos conocimos. Con curiosidad y compasión.

Una cosa que puedo tolerar.

La otra no.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 9

Maddix

—¿Así que no tienes que registrarte en ningún sitio? —pregunto mientras sigo a Cruz.

—Hotel del equipo. Ya se han registrado por mí. La llave es digital. —Levanta su teléfono como para mostrarme la llave imaginaria almacenada en él—. Así puedo saltarme todo eso.

Tengo que dar dos pasos para seguir su ritmo, sus piernas se comen el espacio.

—Bien. Estupendo. —Mi cerebro está nublado por la diferencia horaria, y aún intento procesar todo lo que es Cruz Navarro.

Sus juicios.

Sus opiniones.

Sus declaraciones.

Es como si me hubieran encargado una cita falsa con un hombre que, de repente, se ha propuesto convertirme en una chica salvaje como él.

Y yo soy lo más alejado de una chica salvaje.

Lo que estoy es agotada, sobre estimulada y desesperada por un poco de paz y tranquilidad. Mientras me apresuro a ir detrás de él, solo puedo pensar en caer de bruces en una cama cómoda —después de quitarle el edredón, claro—, en unas cortinas opacas y en el sueño que tanto necesito.

—Aquí vamos —dice Cruz mientras abre la puerta de la habitación situada al final del pasillo.

Paso junto a las maletas, que ya han sido entregadas, y mis ojos se agrandan hasta alcanzar proporciones épicas al ver la enorme suite. Todo lo que he oído sobre los hoteles europeos es que son pequeños y estrechos comparados con los americanos, así que me sorprende encontrar un espacio luminoso y aireado con unas vistas impresionantes del centro de Ámsterdam.

Una cama de matrimonio ocupa la pared principal. Sus sábanas parecen más lujosas que cualquier cosa en la que haya dormido antes. Paso los dedos por el



escritorio de la esquina y me acerco a las ventanas para echar un vistazo a la ciudad que apenas he visto de camino aquí.

Pero es en la fracción de segundo entre enamorarme más de las vistas y el clic de la puerta al cerrarse cuando mi cerebro registra el *vamos* en la declaración de Cruz.

—¿Cómo que *vamos*? —pregunto con los ojos entrecerrados, y me giro justo a tiempo para verle trasladar el equipaje del suelo al vestidor. *¿Desde cuándo hay vestidores en los hoteles?*

—Justo lo que dije. *Vamos* —llama por encima del hombro—. *¿Te parece bien si pongo tu maleta aquí?*

—Espera. Espera. Quiero decir... —Me dirijo al armario, mi mente comprende lo que está pasando, pero no quiere creerlo.

—Ya estás otra vez respondiendo de tres en tres. —Se pasa una mano por el cabello y, cuando me mira, lo tiene en diferentes ángulos. Da la impresión de que quieres acurrucarte en él. Eso es lo último que quiero hacer, teniendo en cuenta lo que me está pasando.

—¿Por qué estás en mi habitación? —pregunto.

—Madds, no podemos fingir ser pareja si tú estás en una habitación y yo en otra.

—Sí, podemos.

—Eso es lindo. Te das cuenta de que vigilan todos mis movimientos cada segundo de cada día. Los fans saben cómo me tomo el café. Saben qué bebida elijo. Incluso comentan qué putos calcetines llevo. Así que créeme, se notaría si mi novia y yo no estuviéramos durmiendo en la misma habitación.

—Eso...

—¿Le ha dado justo en el clavo? —Me dedica esa sonrisa suya—. Por supuesto. Vivo esta vida todos los días.

¿Todo lo que busqué en Google anoche? Esas fotos vinieron de alguna parte. Los paparazzi que le siguen a todas partes. La fascinación de los medios con él.

Es cierto que no he tenido mucho tiempo para asimilar la situación, pero soy lo bastante inteligente para concluir que la vida de Cruz Navarro es cualquier cosa menos privada.

Pero estoy segura de que podríamos pasar desapercibidos y no estar en la misma habitación.

—Podríamos conseguir habitaciones contiguas. Nadie sabría...

—Salvo el personal del hotel, al que se podría sobornar fácilmente para que diera algún chivatazo a los medios. —Levanta las cejas—. Sigue protestando y seguiré explicando cómo todo es posible cuando se trata de nuestros fans.



—Esto es... *imposible* —digo mientras sacudo la cabeza con frustración y me alejo de él, necesitando algo de espacio.

—No es para tanto. —Me sigue.

—*Pero sí lo es.* ¿Apenas te conozco y ahora me veo obligada a compartir habitación y baño contigo? Quiero decir, una cosa es fingir. Otra es... *vivir juntos.*

—¿Te acabas de dar cuenta?

—No, es que... es *mucho.*

—Lo es. Tienes razón. De nuevo, no es mi elección, pero parece que no tengo ninguna. Hago esto o pierdo el trato. —Cruz se ríe y me estudia—. ¿Cómo pensabas que iba a ir esto?

—Supongo que debería haberlo asumido, pero, quiero decir... No salto directamente a la cama con hombres que acabo de conocer.

—Técnicamente no estamos saltando. Sería más como deslizarse bajo las sábanas.

—Qué bromista eres —digo con ironía.

Levanta una mano.

—Espera. ¿Me estás diciendo que nunca has tenido una aventura de una noche, Maddix?

Su pregunta me inquieta cuando no debería. Nunca me había avergonzado de ese pensamiento y, de repente, ante un hombre que claramente sí lo ha hecho, me siento infantil. Ingenua. Una santurróna.

Trago saliva por el nudo en la garganta.

—No.

Su sonrisa se ensancha mientras se frota las manos.

—Nuevo objetivo en nuestra búsqueda para una aventura salvaje.

—Mientras se supone que estoy saliendo contigo. Porque eso es inteligente —digo sarcásticamente y determino que ésa será la única manera de librarme de su absurda idea—. No podemos dormir en habitaciones de hotel separadas, pero puedo acostarme con otro hombre.

¿Por qué este hombre está tan empeñado en que salga de mi zona de confort? Acabamos de conocernos.

—Encontraré la manera. —Me guiña un ojo y luego bosteza mientras me hace un gesto hacia la cama en la que quiero hundirme—. Hora de dormir.

—Me muero de ganas —murmuro mientras contemplo la ciudad con sus luces parpadeando bajo un cielo oscurecido. Son casi las seis y la ciudad parece tan tranquila. Nunca esperé tener la oportunidad de ir a un lugar así. Quizá más adelante,



cuando hubiera ahorrado suficiente dinero y me sintiera a gusto, pero no ahora. No así. Y no en una situación en la que es para el beneficio de otra persona.

Pero puedes hacerlo en tu beneficio, Maddix.

—Mira, ha sido un día largo... —dice—. ¿Por qué no lo consultamos con la almohada y lo resolvemos más tarde, cuando tengamos la cabeza más despejada? Tengo algo de tiempo antes de estar técnicamente obligado a estar en la pista.

La conversación del coche vuelve a mí. Los pequeños fragmentos que escuché a través del auricular. Las palabras de su padre sobre meterse en líos porque tenía demasiado tiempo libre.

La mirada de Cruz. En parte disgusto. Parte de irritación. Mucha tristeza.

Hay un movimiento en el reflejo de la ventana que me saca de mis pensamientos y me devuelve a Cruz. Y a su torso, ahora muy descamisado.

—¿Qué haces? —Me doy la vuelta para mirarle.

Error. Un *gran error*.

Quiero decir, desde que me senté en su regazo, sabía que era duro y esculpido y tenía hendiduras en los músculos de las caderas donde no tiene por qué tener hendiduras —pero verlo, a él, así. No es justo.

Y la gran suite de repente se siente muy estrecha.

Lo hizo para ganar esta discusión. O para ponerle fin. Es imposible que un hombre con ese aspecto —bronceado y tonificado y en la más absoluta perfección— no sepa que va a provocar una reacción cuando hace eso.

Su lenta sonrisa lo dice todo, pero mueve las pestañas como la imagen perfecta de la inocencia.

—Me voy a la cama. Es la forma más fácil de deshacerse del jet lag. Dormir toda la noche. —Se pasa una mano por el cabello, y eso desencadena una reacción en cadena de músculos contrayéndose que debería ser ilegal—. Te despiertas renovado y todo va bien.

—No dormirás en la cama.

Mira alrededor de la habitación y levanta las manos.

—¿Dónde esperas exactamente que duerma?

—Podríamos pedir una cama supletoria.

—Eso saldría en la prensa más rápido de lo que puedes parpadear. Ya puedo ver los titulares. *Gran pelea entre Cruz Navarro y su nueva amante. Cruz no puede satisfacer a su novia, ella pide una cama separada. ¿Debo seguir?*

—Un caballero se ofrecería a dormir en el suelo.



—En primer lugar, si yo fuera un caballero en cualquier sentido de la palabra, no estaríamos en este aprieto en primer lugar. Y en segundo lugar, que yo descanse bien forma parte de mi trabajo. Está en mi contrato.

Resoplo.

—Por las fotos que he visto de ti, no parece que sigas mucho esa advertencia, así que ¿por qué seguir la primera?

Sisea y se golpea el pecho con el puño.

—Estoy herido. Pero también me siento halagado. Acabas de admitir que me estabas buscando.

—No quiero que te sientas halagado. Quiero que te busques otra cama. Algunas cosas deberían ser sagradas, ¿verdad?

—¿De qué tienes miedo? ¿De que ronques? ¿De que hables en sueños y vayas a soltar tus profundos y oscuros secretos sobre cómo me deseas en secreto? Quiero decir...

—Jesús —toso.

—¿Qué? Son puntos válidos, pero no me preocupan.

—¿No puede ser nada más que darle a una chica un poco de maldita privacidad? —pregunto y me vuelvo hacia la vista que hay más allá.

—Este hotel tiene una vista de muerte en la azotea. Si quieres privacidad, ahí es donde voy.

—¿La azotea? —pregunto, perpleja.

—Sí. Tenemos acceso porque este es el penthouse.

—Por favor, no me digas que me estás diciendo que me vaya a dormir a la azotea.

—No estoy diciendo una mierda. —Levanta las manos—. Sólo te digo un lugar donde puedes encontrar esa privacidad si la necesitas.

No entiende nada.

—Eso no ayuda a nuestra situación actual.

—De nuevo, esto no fue obra mía, así que tenemos que arreglarnos con lo que tenemos. Y lo que tenemos... es una cama y un montón de tiempo que ahora estamos obligados a estar juntos. —Se acerca a mí, me pone las manos en los hombros y me aprieta—. Seguro que perdemos mucho tiempo haciendo esto de ir y venir. Tenemos que ser más eficientes comunicándonos.

—Eres enloquecedor.

—Lo sé. —Sonríe. Puedo verla en el reflejo de la ventana—. Así que aquí está la cosa. Te he visto en bikini en tus redes sociales. Y no me quejo ni mucho menos,



pero no había mucha tela ahí. Te aseguro que sea lo que sea con lo que duermas, cubrirá más que ese bikini.

Abro la boca y luego la cierro. *Touché.*

—Eso es a menos que duermas desnuda. En ese caso, definitivamente veré más. Pero bueno, ahora estás en Europa, donde los pechos son sólo pechos y no un gran problema como lo es en Estados Unidos. Pero si ese es el caso, tendré que pedirte que te cubras entonces porque eso sería simplemente cruel conmigo si estamos en el plan de *puedes mirar, pero no tocar.*

Su tono juguetón me hace sonreír. Parece un maestro de la manipulación. En retorcer una narrativa para hacerte querer ceder. No es algo malo. Ni siquiera es algo retorcido. Simplemente no es algo a lo que esté acostumbrada.

—Sí. —Digo la palabra con bastante fuerza—. Ese es exactamente el plan en el que estamos.

—Sólo el tiempo lo dirá —coquetea.

—Siento decepcionarte, pero no duermo desnuda.

—Bueno, yo sí, ¿ves? Ambos tendremos que hacer ajustes. Yo tendré que llevar calzoncillos y tú tendrás que acostumbrarte a mí en nuestra cama.

—Esto no está *pasando* —digo más por principio, porque *esto está pasando*. Yo lo sé. Él lo sabe. Toda esta conversación es para discutir.

—Pero lo está. Va a ser toda una aventura, tú y yo. Tantas primeras veces para los dos. —Vuelve a apretarme los hombros antes de dar un paso atrás y acercarse a la cama—. Ya puedo sentir las peleas. Las miradas desde el otro lado de la habitación. Los dientes apretados cuando te molesto. El *dónde quieres comer* ya que no conocemos las preferencias del otro. Hablando de un curso intensivo de citas falsas. —Sacude la cabeza y su sonrisa se ensancha—. Sólo prométeme una pelea realmente pública. Esas siempre se venden bien.

—Sólo si te graban arrastrándote para que te acepte de nuevo —respondo—. A todo el mundo le gusta un buen arrastramiento.

—Yo no me arrastro.

Me río.

—Eso ya lo veremos —digo, pero me interrumpe un bostezo ridículamente dramático.

Cruz frunce el ceño como diciendo: *Te lo dije.*

—Bien —resoplo, pero me dirijo al único lugar donde puedo tener algo de intimidad: el baño. Me tomo mi tiempo para limpiarme del viaje del día antes de volver a la habitación y hacer ademán de prepararme para ir a la cama. Organizo mis cosas en la mesita de mi lado de la habitación. Cuelgo la ropa para que no se arrugue. Mirar el móvil porque era más fácil que mirarlo a los ojos. Y finalmente, incapaz de



posponer lo inevitable por más tiempo, me meto en la cama sin decirle ni una palabra más. Su risita cada pocos segundos en respuesta a algo que hago o a una respuesta que no doy a una pregunta que me hace, sólo sirve para avivar mi obstinación.

Escenifico mi protesta privada a pesar de ser demasiado consciente del hombre que yace a mi lado.

—¿Ni siquiera vas a darme las buenas noches? —me pregunta, a lo que yo gruño. Su risa soñolienta llena la habitación mientras me pongo de lado, dándole la espalda. Emite otra risita juguetona que parece rozarme la piel. Como si yo no fuera ya consciente de su presencia.

Me cuesta dormirme, a pesar de la respiración lenta y uniforme de Cruz.

Mi mente repite los acontecimientos de los días más locos de mi vida.

Mi cerebro intenta hacerse a la idea de que Cruz Navarro está, de hecho, en la cama a mi lado.

Hace tres días, ni siquiera sabía quién era ese hombre. Tenía un novio — aunque una interpretación laxa del término—, un trabajo con el que me conformaba por el momento y una vida estable y normal. ¿Y ahora? Ahora, soy responsable de un acuerdo multimillonario entre el príncipe playboy de la F1 —según los tabloides, no yo— y una empresa mundial, cuya escalera es ahora mucho más fácil de escalar.

¿Cómo es esta mi vida?

¿Y el hombre pecaminosamente guapo a mi lado?

Es un peldaño en esa escalera, Maddix. Fuera de tu alcance. Un medio para un fin.

Al menos sé que mi corazón estará a salvo.



CAPÍTULO 10

Maddix

—Tenemos que poner en escena nuestras cuentas en las redes sociales.

—¿Qué? —Miro a Cruz mientras me abre la puerta del hotel. Salimos y me golpea una ráfaga de aire fresco y sonido. Pero no es como los sonidos de Texas con motores rugientes y bocinas furiosas. Son timbres de bicicleta y saludos acentuados. Voces suaves, calles tranquilas y piar de pájaros.

—Nuestras redes sociales. Tenemos que explorar, la ciudad, el campo, los lugares emblemáticos, y hacernos fotos juntos para poder vender esto. Luego haremos una foto en la que actuaremos como si nos gustáramos.

—Vaya. Gracias —digo, pero titubeo cuando se detiene ante un coche aparcado en la acera. Es un deportivo de gama alta, de líneas elegantes, perfil sexy y que fácilmente vale más que todo lo que tengo sumado. Y, por supuesto, Cruz se adelanta para abrirme la puerta del acompañante. *¿Por qué no iba a ser suyo?—*. ¿Qué...? ¿De dónde has sacado esto?

Tienes que dejar de mirar todas estas cosas con la mandíbula caída, Maddix. Esta es su vida de lujo. Está acostumbrado a ella. Tu reacción sólo te hace parecer una pueblerina.

—Por contrato, los pilotos deben conducir fuera de la pista los coches que nosotros conducimos en ella. El equipo los transporta y los entrega por nosotros. Este me lo entregaron anoche.

Por mi mente flotan preguntas, *muchas preguntas*, sobre la extravagancia de este deporte, y sólo llevo unos días formando parte de él. Sin duda, esas preguntas se duplicarán y cuadruplicarán con el paso de los días.

—Oh. Claro. —Me deslizo en el asiento del copiloto y permanezco en silencio, sólo para dar un pequeño respingo cuando el motor cobra vida y retumba en mi cuerpo.

Le robo miradas mientras conduce. Me debato entre la vista que me rodea, el hombre que está a mi lado y los interminables pensamientos sobre cómo sería despertarme al lado de un Cruz arrugado y despeinado por el sueño. Nunca me han



parecido sexys las arrugas de la almohada ni los pelos de la cama, pero tampoco me he despertado a su lado.

Puede que fingiera que seguía dormida cuando se levantó de la cama y se quedó en calzoncillos, mirando el mundo fuera de nuestra habitación de hotel, pero eso no significa que no echara un par de miradas furtivas. Y no puedo negar que esas miradas me hicieron tener pensamientos que claramente no debería tener.

Es un delirio que tenía pensamientos sobre cómo se sentirían esas manos fuertes en mi cuerpo. Delirio y una dosis de puro encanto sexual Cruz Navarro. Eso es todo lo que fue. Eso es todo lo que el extrañío revoloteo en mi estómago todavía es. Olvídalo, Maddix. Sigue adelante.

Conduce, aparentemente ajeno a mis pensamientos. No pregunto adónde vamos y él no me lo ofrece. Más bien, me deleito en no tener que pensar en nada. Simplemente me hundo en los asientos de cuero y asimilo el mundo que Cruz me está mostrando.

La primera parada del día es el almuerzo en los canales de Jordan.

—Rara vez puedo explorar cuando viajamos —dice, mientras bebe un sorbo de agua y mira por encima del hombro a alguien que se ríe al otro lado del patio exterior donde estamos sentados. Se encoge un poco en su asiento y se ajusta un poco el ala de su gorra de béisbol. Aún no lo han reconocido, y sus rápidas miradas a su alrededor me hacen pensar que espera que siga así.

—¿No?

—No. —Toma un bocado de comida y me mira mientras mastica, casi como si estuviera contemplando cuánto va a contarme—. Normalmente volamos, pasamos una semana en cualquier ciudad que esté en el programa, pero todo son negocios, todo el tiempo. Incluso cuando vamos a cenas de patrocinadores o nos reímos con nuestro equipo, sabemos que cada minuto de cada día estamos siendo observados por el público, por nuestro equipo y por la gente que paga las facturas de los equipos. Así que esto es.... —Hace un gesto distraído—. Diferente. *Bonito*.

—Y tú que pensabas que estar pegado a mí iba a ser miserable —me burlo.

—Tienes razón. La pensé —dice sin disculparse—. Pero...

—Pero aún estamos en las primeras etapas. —Me río entre dientes—. Está bien reservar el juicio para más adelante.

—¿Estás hablando de ti o de mí?

—¿Qué tal los dos?

Golpea su vaso de agua contra el mío.

—Lo acepto.

Después de comer, nos dirigimos a Vondelpark y paseamos.



—Para ser un país con tantas bicicletas, uno pensaría que no están muy metidos en la Fórmula 1 —digo mientras un flujo constante de bicis y sus pilotos avanza por el camino delante de nosotros.

—¿Qué significa?

—Los coches, la gasolina y las carreras no parecen formar parte de su cultura y, sin embargo, está claro que sí, porque estamos aquí —digo mientras levanto el móvil para hacer una foto de un camino arbolado.

—Nunca lo había pensado así —dice mientras suena otro timbre de bicicleta y nos apartamos del camino de una horda de bicis que se abren paso por el sendero—. Oye, ¿Madds?

—Cruz. —Voy a reñirle por el apodo hasta que me doy cuenta de que está levantando el móvil para hacerse un selfie.

—Necesitamos documentación de nuestra unión, ¿no? —Se coloca a mi lado y me pone una mano en la cintura para acercarme.

—Sí, claro. —El calor de su mano en mi espalda me inquieta. Los pensamientos de ayer en su regazo y de despertarme esta mañana a su lado sólo hacen que ese calor sea más intenso.

Y cuando se inclina para que su cara esté justo al lado de la mía, nuestros reflejos en la cámara me devuelven la mirada, no puedo evitar soltar un suspiro. Somos opuestos en todos los sentidos, pero juntos nos vemos increíbles.

Me hace unas cuantas fotos y te juro que sólo cuando se aleja y me quita la mano de la espalda siento que puedo volver a respirar.

Después de Vondelpark, salimos de la ciudad, conduciendo sin parar a través de campos de flores, un mar interminable de color.

Cruz me permite estar absurdamente aturdida con cada molino de viento que veo, deteniéndose cada vez que se lo pido para que pueda hacer una foto rápida. Puede que ponga los ojos en blanco y sacuda la cabeza ante cada uno de mis chillidos, pero ni una sola vez me dice que estoy haciendo el ridículo o que pare, como sé que habría hecho Michael.

Me deja ser yo, cuando parece que he olvidado cómo serlo.

Nuestras conversaciones —cuando las tenemos— consisten en temas superficiales. Cosas que sabe sobre el país. Su historia, que busco en mi teléfono hasta que nos quedamos sin cobertura. Una anécdota aquí y allá sobre las distintas veces que ha corrido aquí.

Otras veces nos callamos. El silencio es fácil entre nosotros. Cómodo cuando probablemente no debería serlo. Pero lo es. No tenemos que esforzarnos para tener una conversación. O la tenemos o no la tenemos. Y parece que de cualquier manera, estamos bien.



Nos perdemos en algunas carreteras secundarias, o al menos él dice que lo hacemos, pero yo pienso secretamente que es a propósito para que pueda seguir conduciendo a toda velocidad y no tenga que esforzarse en que no lo reconozcan.

—Necesito estirar las piernas —dice, aparcando junto a un campo de dalias. El campo a nuestra derecha está cubierto de todos los colores imaginables.

—¿En serio? —pregunto.

—No suenes tan emocionada. —Se ríe.

—No. Lo estoy. Mucho. —Salto del coche y corro por un estrecho sendero en el campo de flores. Extiendo las manos y doy vueltas—. ¡Las dalias son mis favoritas!

El sol me sienta bien en la cara y, por primera vez desde que empezamos esta... aventura, si se le puede llamar así, me siento un poco más yo. Sencilla. Sin disculpas. Feliz.

Mantengo los brazos en alto con el giro en lento hasta que me detengo y tropiezo un poco. Cuando mi mundo deja de girar y veo a Cruz, está de pie a unos tres metros de mí con una mirada extraña. Parte de diversión. Parte de lo que juraría que son celos.

Esa emoción parece extraña y fuera de lugar, pero desaparece en cuanto la veo. La sustituye por una cálida sonrisa mientras camina hacia mí, arranca una dalia rosa brillante y me la coloca detrás de la oreja.

—Ya está. Te queda bien —murmura, mientras sus dedos se detienen en el mechón de cabello que me cayó detrás de la oreja cuando me puso el tallo.

—¿Me queda bien?

—Mm-hmm. Despreocupada.

¿Despreocupada? No creo que nadie haya usado nunca esa palabra para describirme. Pero antes de que pueda cuestionarla o cuestionarlo a él, saca su teléfono y nos hace varios selfies, todos los cuales, sin duda, odiaré.

—Necesitamos un apodo —afirma.

—¿Un qué? —pregunto mientras asimilo e intento memorizar cada centímetro de paisaje que nos rodea. Las flores. El cielo azul. Las nubes blancas y esponjosas. La silueta de un gran molino a lo lejos.

—Un apodo. Ya sabes, como todas las parejas famosas tienen.

¿Cómo es que Cruz sigue sorprendiéndome? ¿A qué hombre se le ocurre algo así?

¿Y lo divertidísimo que es que lo haga?

—Discúlpame un segundo. —Levanto el dedo y le sonrío—. Hace sólo unos días pensaba que ibas a dar la vuelta a la mesa por el ultimátum de Kevin. Y ahora pides que tengamos un apodo. ¿Qué ha cambiado exactamente?



—¿Cruddix? No. —Se ríe entre dientes—. Eso no va a funcionar. El Dix sólo funciona con nombre de chica. ¿Qué tal... Madcruz? —Pone una cara ridícula—. Peor aún.

—No estás respondiendo a mi pregunta.

—Y no estás ayudando con el apodo.

—Mi pregunta primero. Luego... te ayudaré.

Suspira y me mira. Por un momento, creo que va a ignorar mi petición, pero luego me dice:

—Cuanto más lo aceptemos, antes podré cerrar el trato. Así podremos volver a nuestras vidas... y a nuestras vidas sexuales.

Debería haber adivinado que esto tenía algo que ver con el sexo. Es un hombre, ¿verdad?

—Vaya. Claro. Debe ser una vida dura y solitaria si no tener sexo durante unos días es un incentivo tan grande para ti. —El sarcasmo gotea de mi tono.

—Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo. —Resopla sobre sus nudillos y los hace brillar sobre su pecho. Se gana mi mirada asesina—. *Relájate*. Los medios de comunicación me hacen parecer mucho peor de lo que soy. Además, que salga de fiesta no significa que me folle a todas las chicas que conozco. Tengo mis normas —bromea.

—Qué caballeroso.

—Tú preguntaste. —Una sonrisa juguetea con las comisuras de sus labios.

—No lo hice.

—Lo hiciste sin preguntar de esa manera que hacen las mujeres. Y para que conste, tengo un certificado de buena salud.

—El hecho de que incluso tienes que expresarlo que demuestra mi punto. —*¿Qué es esta conversación?*

—No tengo que decir una mierda, Hart. Pero por lo que he visto hasta ahora, eres una chica a la que le gusta poner los puntos sobre las íes y que todo esté en su sitio. Sin duda te lo estabas preguntando desde que compartimos cama. Ahora, ya no tienes que hacerlo.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

—Y no puedo creer que no seamos tan importantes para ti como para elegirnos un nombre. —Su sonrisa infantil está en todo su esplendor mientras me la muestra.

Todo en él es una yuxtaposición en este momento. Su cabello oscuro y su piel bronceada en medio de un campo de colores vibrantes.

—Si te sirve de algo, creo que estás haciendo el ridículo.

—Y creo que hay que meterse un poco más en el papel y divertirse con él.



EDGE

Nuestras miradas se sostienen, esa sonrisa suya me conquista.

—Bien. Claro. De acuerdo. Ya se nos ocurrirá un nombre. Pero... podríamos necesitar algo de tiempo para encontrar uno bueno porque los dos que acabas de ofrecer son horribles.

—La creatividad no es mi fuerte. Se supone que es el tuyo, si no me equivoco.
—Me estrecha los ojos—. Eh, espera. ¿Estás diciendo que sí simplemente porque crees que lo voy a olvidar?

—No. Digo que sí, pero tenemos que encontrar algo mucho mejor que *Crudnix*.

—Trato hecho. —Me tiende la mano y la estrecho, ignorando el repentino calor que me produce su contacto.

—Trato hecho.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO II

Maddix

Nuestro viaje de vuelta a la ciudad transcurre prácticamente igual. Yo señalando cosas mientras él explica lo poco que sabe de la ciudad y sus costumbres. El sol empieza a ponerse y el cielo se tiñe de colores en esta fascinante ciudad.

—Ya te dije que rara vez tengo tiempo libre en una ciudad, así que lo estamos aprovechando —dice Cruz mientras come un poffertjes, un panqueque holandés en miniatura y esponjoso con glaseado, de un vendedor ambulante.

—¿Por qué no me gusta cómo suena eso? —bromeo y desvío la mirada de la pareja del otro lado del camino que nos mira fijamente.

En general, hemos escapado al reconocimiento la mayor parte del día. O eso o la gente de aquí es muy educada y la afición de Cruz a conducir por el campo nos ha mantenido fuera de la vista del público.

En cualquier caso, estoy a favor, porque es bastante desconcertante que la gente te mire, pero finja no mirarte. Es un baile incómodo: ¿sonríes y reconoces que ven a la persona con la que estás o apartas la mirada y posiblemente quedes como un gilipollas?

—Te acostumbras —murmura antes de tomar otro bocado.

—¿Acostumbrarse a qué?

—Gente mirando. La gente entrecierra los ojos como si eso fuera a ayudarles a darse cuenta de que realmente eres tú. Los codazos. La gente caminando de un lado a otro varias veces seguidas. Las personas que ocultan sus teléfonos para hacer una foto y las que lo hacen descaradamente. Te acabas acostumbrando.

—¿Cómo? Es raro. Es...

—No todas las ciudades son así. Aquí la gente es muy tranquila. En otros sitios no tanto, donde la gente es prepotente y se te echa encima. Disfruta de esto mientras puedas.

—¿En otros lugares como en América?

—Como en muchos sitios. Este es un deporte en el que la gente crece animando al equipo que amaban sus abuelos. Para algunos es una cuestión de orgullo por la



herencia. Para otros es una cuestión de coches. Y para muchos más, es una cuestión de popularidad. Cada uno tiene sus razones para amar a su equipo y a su piloto. En cualquier caso, la Fórmula 1 es la única constante en sus vidas cuando todo lo demás parece cambiar continuamente.

—Oh.

Se vuelve para mirarme.

—Realmente no sabes mucho sobre este deporte, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—¿Tenías la impresión de que sí?

—No. —Sonríe—. ¿Y realmente no sabías quién era en el pasillo?

—No. Ni una pista.

—Ja.

El timbre de mi móvil me sobresalta. Cuando miro hacia abajo y veo el nombre de Tessa en él, hago una mueca de dolor. Mi mejor amiga desde hace diez años. La mugre de mi uña. La única persona en la que confío todo.

Y aun así, no le he dicho ni una palabra sobre esto. Mierda. Entre el viaje, la falta de privacidad para tener una conversación real y el desfase horario, no he tenido tiempo de hablar con ella.

Es mentira y lo sé. Podría haberle mandado un mensaje, podría haberle dicho que me iba al extranjero por trabajo, pero eso significaría que le estaría mintiendo.

Ahora, además de mentir, tendré que atenerme a las consecuencias.

Le indico a Cruz que voy a contestar la llamada y me alejo de él, con el teléfono en la oreja.

—Tess. Hola.

—¿Por qué suenas culpable? —pregunta inmediatamente.

—No soy culpable de nada. Yo...

—¿Dónde diablos estás, Maddix?

—Es una larga historia. No he tenido tiempo de llamar. —Miro por encima del hombro. Cruz devora alegremente su comida con el sombrero calado sobre la frente, mezclándose con la multitud como un turista.

—¿Amsterdam, quizás?

—¿Por qué dices eso? —pregunto, las palabras salen lentamente.

—Hay fotos. *En Internet*. Alguien que se parece exactamente a mi mejor amiga, pero que no puede ser mi mejor amiga, porque si estuviera teniendo una tórrida y ardiente aventura amorosa con un ardiente piloto de Fórmula 1 capaz de derretir la pantalla de mi ordenador, me habría llamado a la primera. *No* dejaría que me enterara



porque Landon me mostrara su teléfono y me dijera: “*esa chica es igualita a Maddix, ¿verdad?*” y yo supiera que en realidad eres tú.

—¿Cómo que hay fotos en Internet? —pregunto, con la incredulidad entretejida en cada fibra de las palabras.

—No me has contestado. ¿Dónde estás?

—Como he dicho, es una larga historia.

—¿Así que es verdad? ¿Las fotos? ¿Amsterdam? ¿El maldito Cruz Navarro? ¿Qué demonios, Maddix? Me voy de luna de miel, ¿y tú te escapas con un puto guapote y no me lo dices?

—Estoy aquí por trabajo. Con Cruz. Es... complicado.

—No me digas. ¿Por qué no me dices algo que no sepa?

Suspiro y, al igual que hice con mis padres, miento por omisión a mi mejor amiga.

—No es lo que piensas. De verdad. Es una cosa de trabajo que se convirtió en *esto* que realmente no tengo tiempo de explicar ahora mismo.

—Dejaste a Michael. —No hay ningún juicio en su tono, y estoy agradecido por eso.

—Lo nuestro no iba a ninguna parte. —Más sencillo es mejor.

—No podría estar más de acuerdo. De hecho, me alegra un poco ese giro de los acontecimientos. Lo que no me alegra es enterarme de que mi mejor amiga está al otro lado del mundo con una superestrella, y sólo me enteré porque Landon sigue la F1 —dice refiriéndose a su nuevo marido.

—Como dije, te lo explicaré cuando pueda. Es... si crees que todo esto te hace girar la cabeza entonces deberías estar en mis zapatos.

El silencio me saluda y espero pacientemente a que se trague el dolor por mi falta de transparencia voluntaria.

—¿Maddix? —Su voz es suave. Preocupada. Cuando no respondo, hace lo que pensé que haría. La imagino asentir mientras intenta procesar todo esto—. De acuerdo. —La palabra suena como una forma de reforzar su determinación—. Sólo... ¿estás bien? Dilo y estaré allí si no lo estás.

Mi sonrisa es automática y mi pecho se contrae.

—Estoy bien. Todo va bien. —Trago saliva sobre la bola de emoción que tengo en la garganta.

—¿Así que no te secuestró contra tu voluntad para tener sexo caliente y pervertido? ¿No estás atada a una cama y él soltó una mano para que pudieras responder a mi llamada?

—Eso es exactamente lo que es. —Sonrío.



—Eso es lo que pensaba. —El alivio inunda su voz, pero su curiosidad permanece—. Estoy a una llamada y un vuelo de distancia.

—Lo sé. Te lo explicaré todo cuando pueda. Te lo prometo.

—¿Segura?

—Estoy segura.

—De acuerdo. Confío en ti.

Terminamos la llamada y me quedo mirando el móvil un segundo, carcomida por la culpa de haber mentido a otra persona. Y tan pronto como esa epifanía aparece y desaparece, llega la revelación de que hay fotos mías en Internet. Enlazadas con Cruz.

¿Cómo?

—¿Madds? ¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma. —pregunta Cruz mientras se acerca.

—Era mi amiga. Ella... me preguntó si estaba aquí contigo.

—¿Y cuál es el problema con eso? —pregunta, como si yo no lo entendiera.

—No le dije dónde estaba. Nadie lo ha hecho. Me vio o nos vio o... —Levanto el teléfono y busco al instante Cruz Navarro y Maddix Hart. Se me escapa un suspiro cuando, en cuestión de segundos, aparece un artículo tras otro con una imagen de Cruz y yo en pantalla dividida. La mía es la foto de mi empresa, publicada en el sitio web de Genesee Capital. La suya es la de su traje de carrera—. ¿Cómo? —pregunto al ver que Cruz levanta su propio teléfono y empieza a desplazarse.

—Bueno, supongo que debería haber advertido a PR sobre toda esta situación. —Se ríe entre dientes y luego suspira como si fuera una broma.

—¿Cómo puedes actuar tan despreocupadamente sobre esto? —Le miro estupefacta—. No lo entiendo. Yo no...

—Bautismo de fuego. —Me pone una mano en el hombro para tranquilizarme.

—¿Y se supone que eso me hará sentir mejor?

—No. Es desconcertante e invasivo. Lo sé mejor que nadie. —Me aprieta el hombro—. Me pareces una mujer muy inteligente, Madds, pero ¿eras tan ingenua como para pensar que tu mundo no iba a ponerse patas arriba al aceptar salir conmigo?

—Sí. No. Quiero decir, ¿cómo sabe alguien quién soy? No es como si tuviera una etiqueta con mi nombre. No es como si alguien hubiera publicado una foto sobre mí, y yo soy una celebridad para que sepan quién soy. No es como si hubiéramos publicado alguna foto todavía. No lo entiendo. ¿Cómo podrían identificarme?

—¿Le diste tu identificación al personal del hotel para algo? —pregunta, su voz calmada, el tono juguetón desaparecido ahora que percibe mi pánico.



—No.

—¿Dejaste algo en la habitación del hotel con tu nombre?

—Quiero decir... mi etiqueta de equipaje. Mis tarjetas de negocios. —El comentario sale en un susurro al darme cuenta de que tenía razón sobre el personal del hotel fisgoneando y hablando.

—Y pensabas que estaba loco por decirte que alguien vendería nuestra información.

Lo miro fijamente, escuchando la burla en su tono, y parpadeo sin comprender antes de respirar hondo. Puedo hacerlo. Puedo dejar de exagerar. Puedo arreglármelas con... Miro mi correo electrónico y veo doscientos treinta correos nuevos... *Vaya*. Supongo que eso es lo que pasa cuando te relacionan con alguien tan importante como Cruz.

De repente, la gente parece fijarse en ti.

—Estoy bien. Puedo soportarlo. Yo sólo... Supongo que no me di cuenta de cómo reaccionaría la gente. Que a alguien más aparte de tu círculo íntimo le importaría.

—Intenté decírtelo.

—Lo hiciste. Y te he oído, pero... Yo soy sólo yo y tú eres *tú*... —Empuño las manos hacia él para enfatizar la disparidad entre nosotros—... así que pensé que el foco de atención seguiría estando en ti. Una estupidez por mi parte.

Su encogimiento de hombros hace maravillas por mi autoestima.

—Es lógico que estés molesta. Aunque sé de lo que hablo cuando se trata de esto.

—Sí, soy ingenua, Cruz. ¿Te hace sentir mejor seguir señalándolo? —Prácticamente gruño las palabras, no estoy segura de dónde viene el enfado infundado hacia él.

Pero lo sé. Es porque me siento vulnerable, juzgada y como si hubieran invadido mi intimidad.

Esto viene con el territorio. Tiene razón al cien por ciento sobre mi ingenuidad. Y sin embargo, que tenga razón no me hace sentir mejor.

—Lo siento. De verdad. No intentaba restregártelo por la cara. Es algo que rara vez digo, así que por favor, que sepas que lo digo en serio.

Asiento y me aclaro la garganta.

Cruz me mira fijamente y su expresión se suaviza antes de rodearme con un brazo y acercarme a su lado. Me da un beso en la cabeza y deja sus labios allí, con su aliento calentándome el cuero cabelludo, mientras dice:

—Te metí en este lío, Madds. Intentaré protegerte de él en la medida de lo posible, pero ni siquiera yo hago milagros.



Y por mucho que me atraiga la idea —que me proteja— sé que no puedo permitírselo. Sé que esto es lo que acepté hacer. Ahora me doy cuenta de por qué Kevin había elegido en un principio a actrices para el papel. Alguien que quiere ser el centro de atención y que su nombre salga a la luz. No yo.

—No. Dije que está bien.

—Lo dicen todas las mujeres cuando no están bien. De hecho, normalmente eso significa que estás cabreada. Así que enfádate. Enfádate de verdad. Tú no pediste esto y sin embargo aquí estás. —Me mira, pero puedo ver el arrepentimiento en sus ojos. Hay un atisbo del hombre de la sala de descanso del primer día. El Cruz oculto. El verdadero Cruz.

Dios, ¿fue hace sólo unos días? Parece que ha pasado toda una vida desde entonces.

—Este es el trato —dice, dejando su mano en mi brazo, pero girándose para que nos miremos el uno al otro—. Damos nuestros propios pasos al anunciarnos. Al publicar sobre nosotros. Ahora mismo todo lo que hay ahí fuera son suposiciones. Pero si nos anunciamos nosotros mismos, robamos todo el protagonismo. Eso nos permite controlar la narrativa tanto como sea posible.

—Sí, de acuerdo. Claro. —Controla la narrativa que ya parece estar girando fuera de control.

Al menos en mi lado del mundo es así.

—¿Segura? —Se inclina para que nuestras miradas estén al mismo nivel y levanta las cejas.

—No es como si pudiera hacer otra cosa, ¿verdad?

Me da un beso fraternal en la frente.

—Te cuidaré, Madds. —Me pasa un brazo por el hombro y nos dirige hacia donde dejamos el coche—. Volvamos al hotel. Podemos pensar qué fotos publicar y recuperar algo de control.

Minutos después, estamos en el coche. Todavía me avergüenzo de mí misma por haber sido tan ingenua, pero también reconozco que Cruz no se portó como un idiota.

Una vez en la habitación, revisamos las fotos del día y decidimos qué publicar. Algunas imágenes, pero sin pies de foto. Dejamos que las fotos hablen por sí solas.

Y entonces, respirando hondo, ambos publicamos nuestros posts complementarios y oficializamos todo en Instagram.

Tessa estará cabreada por esto. Sin duda sus mensajes llegarán rápido y furioso más tarde. Pero este es mi trabajo. Es lo que tengo que hacer. Cuando por fin pueda explicárselo todo, sé que me perdonará.



Por supuesto, al caer la noche, cuando salimos a cenar, ya se ha corrido la voz. Si los paparazzi que nos siguen hasta el restaurante son un indicio, la noticia sobre nosotros ha calado.

Las cámaras nos ciegan al salir del restaurante y subir al coche. El término pecera de repente me parece muy real cuando antes era algo que creía que se decía para dramatizar.

—No pasa nada —dice Cruz, extendiendo la mano y apretándome la rodilla para tranquilizarme. Deja la mano ahí para que surta efecto, sin duda porque las cámaras siguen pasando a través de los cristales fuertemente tintados del coche que nos trajo hasta aquí.

Exhalo una respiración lenta y constante como respuesta.

—Háblame, Madds. ¿Qué es lo que más te preocupa de todo esto? Si pudiera arreglar una cosa, ¿qué sería?

Me giro para mirar a Cruz a la oscura luz del coche. A medida que avanzamos por la ciudad, las sombras se mueven sobre su rostro, pero sus ojos se mantienen firmes en mí.

Su pregunta me sorprende. No es algo que espere que salga de la boca de Cruz Navarro. Se le tacha de egoísta y egocéntrico. Como que no le importa lo que piensen los demás. Pero su pregunta, su oferta, dice que es cualquier cosa menos eso.

Tal vez la etiqueta que se le pone a menudo es errónea. O tal vez me siento tan sola en todo esto, que él es el único al que puedo recurrir. La única persona con la que puedo ser sincera. Y ese es un pensamiento extremadamente humilde.

—No tengo control sobre nada de esto. Lo que publican sobre mí. Lo que dicen de mí. Lo que suponen de mí. —La confesión es dura, pero cierta.

—Todo lo que podemos controlar es esto. Somos nosotros. Es estar atrapados juntos, ¿verdad? —Su sonrisa es rápida y malvada cuando se dibuja en su cara—. Sé justo lo que necesitas ahora mismo. ¿Confías en mí?

Señor, ayúdame.

—Sí.



CAPÍTULO 12

Cruz

Estás loco si crees que eso es lo que necesito ahora.

Las palabras de Maddix resuenan en mis oídos, pero por su aspecto en la pista de baile en este momento —caderas balanceándose, manos en alto, cabeza echada hacia atrás, ojos cerrados— soltarse un poco parece justo lo que recetó el médico.

Menos mal que insistí cuando ella se resistió.

El bajo marca un ritmo endiablado mientras la música tecno vibra en mi cuerpo. Un poco de alcohol, música a todo volumen y una habitación oscura con una multitud en la que perderse siempre parecen funcionar para mí cuando necesito un descanso.

Parece que Maddix y yo tenemos eso en común.

Llámame cabrón, pero es lo que necesito ahora mismo, así que, lo quisiera ella o no, hacia allí nos dirigíamos.

Levanto el vaso y miro a la morena del otro lado de la barra, que lleva toda la noche mirándome con ojos de “fóllame”.

¿No sabe que intento portarme lo mejor posible? ¿No sabe que ahora tengo una “novia”? Porque joder si no parece que todo el mundo se enteró en cuestión de horas.

Mira hacia otro lado, Navarro. Mira hacia otro lado.

Dios, cómo no quiero, pero aprieto los dientes y lo hago. Vuelvo a mirar a Maddix. En el vaivén de sus caderas y la forma en que su cuerpo se mueve al ritmo. Pero por mucho que la vea así delante de mí, me acuerdo de su expresión de antes. Los ojos sorprendidos y la vulnerabilidad absoluta. Mierda, eso me hace sentir incómodo.

De nuevo, por qué necesitaba venir aquí y perderme un rato.

Pensé que Kevin la había preparado para lo que le esperaba. Pues no. La arrojó a los lobos por un trato de negocios en donde él parecerá un maldito héroe si cierra.

¿Por qué me importa?

Porque yo impuse esto sobre ella. Yo la elegí. Me rebelé para que nadie más pudiera elegir por mí y al hacerlo... aquí estamos.



Y ahora... joder si quiero tener esto en mi conciencia, pero otra vez... aquí estamos.

Esperemos que Maddix y su familia no tengan ningún esqueleto en sus armarios, porque si es así, su vida está a punto de ser más real de lo que ella nunca sabrá cuando los paparazzi desentierren todo y cualquier cosa sobre ella.

No me jodas.

Otra maldita cosa más a tener en cuenta con respecto a ella cuando normalmente sólo tengo que pensar en mí.

—Hola —digo cuando alguien se acerca para quitarme la bebida de la mano y luego convoco una sonrisa cuando me encuentro con los ojos de la morena que me había estado mirando.

Su sonrisa es lenta y seductora, y es aún más hermosa de cerca cuando se lleva mi copa a los labios y bebe un sorbo.

—Me imaginé que uno de nosotros tiene que hacer un movimiento —dice con su sutil acento—. Así que lo estoy haciendo.

Aprieto los dientes y aprieto la mano, con la tentación en la punta de los dedos de hacer lo que haría normalmente. Pedir servicio de botella. Ir a perderme en uno de los sofás de la sección VIP. Divertirme un poco con ella.

No lo hagas.

Levanto la vista por encima del hombro y veo a Maddix mirándome. Me saluda con una sonrisa boba.

¿Se daría cuenta si me escapara un rato? Lo más probable es que no.

Gimo. ¿Hundirme en la mujer que tengo delante? Es dueña de mi mente. Es todo lo que quiero. Todo en lo que puedo pensar. Huele fenomenal. Sus tetas están levantadas y a la vista. Tentándome.

Sí. Pongamos esto en marcha.

Estoy a punto de atraerla hacia mí, de aceptar lo que tan descaradamente me ofrece, cuando vuelvo a ver a Maddix. Bailando libremente... como hizo antes entre las dalias.

No me jodas.

Ella no se daría cuenta si tomo a esta mujer y me la follo.

¿Pero otras personas? Desde luego que sí.

—Lo siento —digo con una sonrisa tensa mientras mi cuerpo lucha contra mi propia traición. Mientras me obligo a dar físicamente un paso atrás—. Estoy aquí con alguien. Mi cita. Pero quédate con la bebida.

Su risa es sensual y justo por debajo del ritmo de la música.



—No me importa si tienes compañía. —Me recorre el pecho con el dedo. Todo en ella huele a problemas, y no quiero meterme de lleno en ellos.

—Pero a mí sí. —Levanto la barbilla en dirección a la pista de baile y a Maddix.

—Toma —dice la morena y desliza la llave de una habitación de hotel en mi bolsillo trasero—. El número está escrito en ella. Me encantaría darte la bienvenida a mi país, *Sr. Navarro*.

Me inclino hacia ella, mis labios cerca de su oreja. *Aléjate. Aléjate de una puta vez.* Así que hago algo mejor. La empujo para alejar la tentación.

—Hace falta mucho más que eso para impresionarme. ¿Cuál es la diversión si no hay persecución? Pero gracias.

Una mueca sustituye a su sonrisa. Puede ofenderse todo lo que quiera, pero... bueno. Y mientras se aleja, subo la publicación que hice antes en mis redes sociales. Fotos de hoy de Maddix en los campos de flores. De nosotros en el parque. De ella mirando por la ventanilla del coche y el viento soplando en su cabello.

Estoy jugando con la prensa que siempre juega conmigo y me pinta de la peor manera.

Sí, soy el gilipollas al que no le importa pasar de una mujer a otra, pero por alguna razón, me importa Maddix. Y ahora por toda esta mierda, tengo que abstenerme de ceder al impulso de usar esta llave de habitación de hotel. De otra mujer.

Debido a este acuerdo. Este maldito mal necesario.

Todo lo que hizo fue darte una oficina donde esconderte y una botella de agua. No le debes tu primogénito ni nada.

Y sin embargo... me siento mal.

—Navarro.

Levanto la vista y veo a Maddix caminando hacia mí. Tiene una sonrisa de oreja a oreja y la tensión que sentía en los hombros cuando entramos hace dos horas ha desaparecido.

—¿Te diviertes? —pregunto.

—Cruzy-Cruzy-Cruz —arrulla.

—Lo tomo como un sí. —Me río entre dientes y le pido otra copa al camarero.

—Gracias. —Se le escapan las palabras, pero es el suspiro de satisfacción cuando se apoya en la barra a mi lado lo que me atrapa.

—¿Por qué?

—Por saber que necesitaba esto. —Enlaza su brazo con el mío—. Por saber que necesitaba olvidar un poco. —Apoya la cabeza en mi hombro y el sutil aroma de su champú me llega a la nariz—. Por dejarme tener una aventura salvaje. —Levanta la



cabeza y sus ojos verdes se cruzan con los míos. Son una complicada maraña de emociones y no sé si me gusta cómo me hacen sentir.

Feliz. Triste. Arrepentido. Todo relacionado con el hecho de que yo la puse aquí. En esta posición.

Se acabó. Se acabó. Sigue adelante, Cruz. Que seas un marica por esto no cambia una mierda.

—¿Es eso lo que estamos haciendo, Madds? ¿Estamos teniendo una aventura salvaje?

—Lo estamos. —Suelta una risita y sus pechos rozan mi brazo—. O yo lo estoy. Has tenido tantas aventuras salvajes que ya te debió crecer una cola.

—Dios, esperemos que no —digo, pero me río. Es una borracha adorable.

—Así que sí, me estoy dejando llevar y, por ahora, me importa una mierda lo que piensen los demás al respecto.

—De acuerdo.

Se tropieza un poco y cae contra mí para agarrarse más fuerte y enderezarse.

—Ups. —Pero cuando levanta la vista esta vez, su cara está más cerca de la mía. Sus labios están justo ahí. Sus tetas rozan mi pecho.

Cristo.

He estado con ella sin parar durante lo que parece una eternidad, así que ¿por qué de repente noto su perfume? ¿Por qué hay manchas de un tono verde oscuro en el verde claro de sus ojos en las que nunca me había fijado? ¿Por qué sus labios tienen el color rosa perfecto y por qué me pregunto si se pondrían más rojos si los besara?

La música se desvanece y que le den si no quiero.

Es jodidamente adorable así. Sexy. Hermosa en mucho más que la chica de al lado por la que la había catalogado ese primer día.

Y justo antes de que tome una decisión que podría echar por tierra este asunto platónico que tenemos entre manos, Maddix echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Se aparta de mí, levanta las manos y emite un pequeño gemido mientras vuelve a la pista de baile.

Estamos en el plan *puedes mirar, pero no tocar.*

Si sigue moviéndose así, el plan se irá al carajo.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos. Una lenta y seductora sonrisa se dibuja en sus labios llenos mientras sus caderas se mueven al compás.

Definitivamente por la ventana.

—¿Están juntos? —pregunta un chico mientras camina a mi lado.

—No. Sí. Es complicado —digo en claro estilo Maddix Hart.



Se ríe.

—Entonces entiendo que ella es juego limpio.

—Creo que deberías replantearte esa suposición —le digo.

Pero no tengo ningún derecho sobre ella. Ninguno en absoluto. Y ni siquiera quiero. O ni siquiera *la* quiero. Ella sólo está aquí. Un peón en el ridículo juego de Kevin y un medio para un fin para mí.

Sigue pensando así. Te llevará lejos.

Y sin embargo, cuando el chico que me lo pidió da vueltas a su alrededor más veces de las que me importa contar... cuando sus manos se deslizan por su torso y trata de moler contra ella, es hora de irse.

Por mi bien. Por el bien de esta charada, no puedo permitir que la prensa vea a mi novia moliéndose con otro. Por la necesidad de evitar crear más atención de los medios cuando mi puño se encuentra con la cara de este tipo.

Nada de cerrar el club esta noche.

Parece que estoy teniendo todo tipo de primicias.

Y todas ellas se deben a Maddix.



—¿Estás decente? —pregunto mientras salgo del baño y entro en la suite.

—No. Desnuda sí —bromea, con voz soñadora pero juguetona.

—Debe ser mi noche de suerte. Yo también duermo desnudo —digo.

—Cruz. —Sus ojos se abren de golpe y me lanza una mirada dudosa.

—Te hice mirar, sin embargo.

—Parece que siempre estoy mirando —murmura mientras vuelve a hundir la cabeza en la almohada. *¿Qué significa eso?* Su bostezo es a cámara lenta, sus párpados pesan más con cada respiración—. Estoy muy cansada.

—Duerme un poco. La semana de la carrera empieza extraoficialmente mañana.

—Okey.

No se mueve cuando me meto en la cama a su lado. Mientras que anoche estaba de espaldas a mí, esta noche está de lado, frente a mí. Contemplo sus largas pestañas, su piel impecable y la forma en que su pálido cabello se extiende sobre las sábanas blancas.

—Me salvaste —murmura—. Del manoseador. Y del raro. Y definitivamente del espeluznante. Me salvaste.



EDGE

Alargo la mano para apartarle el cabello de la frente, pero me lo pienso mejor. No. Esto no es eso. Nada físico. Nada emocional. Sólo fingir.

—No creas la mentira que estamos vendiendo, Madds. No soy un caballero blanco y tú no necesitas que te salven como a una princesa.

Suelta una risita que se convierte en un suspiro.

—No. Soy la reina y antes de que esto termine, todos se inclinarán ante mí. Incluso tú.

Sigue soñando, Madds. Yo no me inclino ante nadie.

Y, sin embargo, mi sonrisa permanece fija en su sitio.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 13

Cruz

Dedos.

Se aprietan alrededor de mi polla.

Me acarician arriba y abajo con la presión perfecta antes de bajar a acariciarme las bolas.

Unos labios.

Rozan los míos.

Son suaves y el suave calor de su lengua presiona contra la abertura de mis labios mientras busca acceso.

Lo concedo. *Cristo, cómo lo concedo.*

Un gemido retumba en mi interior cuando estiro la mano y la atraigo hacia mí. Una mano se le enreda en el cabello cuando se sienta a horcajadas sobre mí y la otra le toca la parte baja de la espalda. Ambas se tensan cuando se sienta y el calor de su coño golpea justo por encima de la cintura de mis calzoncillos.

Está mojada.

Tan jodidamente mojada a través de la tela de sus bragas que mi piel se humedece por ello.

Puedo oler su excitación. Sentirla. Quiero que recubra mis dedos y mi polla. Quiero saborearla en mis putos labios.

Alarga el brazo, toma una de mis manos y la presiona sobre su pecho, arqueando la espalda para que encaje a la perfección. Sus pezones con piedrecitas y sus suspiros entrecortados me poseen.

—Cruz. —Es el más suave de los gemidos que nos tragamos en nuestro beso.

Me sacan del sueño. Inmediatamente me arrepiento de despertar a una fría realidad que no podré satisfacer, sólo para darme cuenta... de que *esto no es un sueño.*

Ni de coña.



Y los detalles: el cosquilleo de las puntas de su cabello en mi pecho. Su sabor en mi lengua. El deslizamiento de su excitación cuando desliza sus caderas contra las mías y la presión... es mucho mejor ahora que estoy despierto.

Sus labios. Tienen la cantidad justa de delicadeza y exigencia. De codicia. De necesidad.

Soy un maldito desahuciado y ni siquiera hemos empezado.

Los pensamientos intentan atravesar la bruma de la lujuria. Pensamientos racionales. Necesarios. Pero al infierno si el peso de su cuerpo sobre el mío no los nubla.

Todo en mí está en guerra. Mi conciencia y mi libido. Mi cabeza y mi corazón. Mi polla y mi sensibilidad.

Estoy tan jodidamente duro, tan jodidamente excitado, que solo hay una cosa en la que quiero concentrarme: *Maddix*. Estar dentro de ella. Follármela. Correrme con ella.

—Madds —murmuro contra sus labios, mis manos se mueven hacia sus bíceps y la sujetan firmemente allí.

Protesta mientras intenta zafarse de mi agarre.

—No. Para. No hables. —Sus labios encuentran los míos y dejo que acallen mi protesta. Sus manos vagan y sus uñas me arañan el pecho desnudo mientras mi polla me suplica, me *suplica*, *joder*, que me calle de una puta vez.

Cada parte de mí se fijaba en cómo se movía en la pista de baile. Cada parte luchó contra el impulso de besarla cuando se apretó contra mí en el bar. Y ahora todo lo que quiero hacer es actuar cuando no debería.

No es el tipo de mujer con la que puedas follar y marcharte. *Literalmente*. Yo no puedo. Ella no puede.

Y eso es aterrador, pero no lo suficiente como para impedir que mi lengua lama contra la suya.

Sé honorable. Inténtalo.

—Estás borracha —le digo.

—Tú también. —Lucha contra mi agarre y, en el proceso, retuerce sus caderas sobre mí. Calor húmedo con su culo presionando mi erección.

Señor, ten piedad.

—Esto no es una buena idea. —*Oh, cómo es la puta idea más perfecta de la historia.*

—¿Parece que me importa? —replica y luego lame con su lengua la línea de mi garganta.

Es Maddix.



No se supone que sea sexy.

No se supone que sea malditamente deseable.

Se supone que es una apuesta segura. Una voz de la razón a mi caos. Lo opuesto a la tentación.

Sin añadir nada más.

Pero aquí estamos.

—Te vas a arrepentir de esto por la mañana. —Mi voz está tensa. También mi contención. *Recuérdamelo cuando estés enterrado hasta las pelotas en ella y te hayas corrido.*

—Mi pesar. Mi problema.

—Pero no es... —¿Por qué elijo este momento para ser honorable? *De todos los momentos de mi vida.* Sacudo la cabeza para intentar pensar con claridad—. Maddix. No puedo aprovecharme así de ti. Estás claramente borracha.

Una sonrisa lenta y seductora se dibuja en sus labios mientras se inclina y me susurra al oído.

—Entonces fóllame hasta que esté sobria para que pueda tomar las decisiones correctas. —Entonces se ríe, y cada parte de mí se desespera por ella.

Es el sonido más libre que he oído de ella y, cuando levanto la vista, se me corta la respiración. Está bañada por la luz de la luna. Su piel. Sus putas tetas perfectas apretadas contra la tela blanca de la camiseta de tirantes más fina conocida por el hombre. Su pecho sube y baja, sus labios se hinchan y hacen pucheros, y sus ojos me lo suplican.

Fóllame hasta que esté sobria.

Su nombre es un gemido en mis labios. Los últimos lazos de mi atadura se deshilachan con cada roce de sus labios en mi piel y con los puños de mis manos a los lados.

—Me siento fuera de control. De mi vida. Los juicios de la gente sobre mí. Lo que pase mañana. Déjame sentir que controlo algo. —Me pasa la lengua por el pezón.

Contrólate. Por todos los malditos medios.

Sus ojos se cruzan con los míos, su sonrisa seductora.

—Por favor.

—No soy el tipo adecuado para esto. Para ti. Yo... yo también estoy borracho. Estoy demasiado... —Mis excusas son poco convincentes.

Estoy lejos de estar borracho. Estoy sobrio como una piedra y tan jodidamente desesperado por no dejar de hacer lo que está haciendo.

Se echa hacia atrás y me agarra la polla con una mano. Gimo involuntariamente y se me ponen los ojos en blanco.



—¿Estás borracho? No parece importar en este departamento. —Me roza con las uñas y mi polla responde con una sacudida. Se ríe entre dientes—. Deja de pensar, Cruz. Empieza a actuar.

—Intento ser respetuoso. —En cuanto pronuncio las palabras, gimo mientras ella vuelve a apretar su culo contra mí.

—No estoy de humor para que me respeten. —Se quita la camiseta de tirantes y su cabello cae por encima del rosa pálido de sus pezones. Son aún más jodidamente perfectos de lo que pensaba—. Estoy teniendo una aventura salvaje, Cruz. ¿No es eso lo que dijiste que tenía que hacer? ¿Tener una aventura? Así que puedes ser tú o puede ser otro, pero voy a tenerla esta noche.

—Esto no es justo. —Me paso una mano por el cabello mientras con la otra me agarro a su cadera.

Se ríe.

—La vida no es justa. ¿No es por eso que ambos estamos aquí? ¿Atrapados el uno con el otro? —Entonces se inclina hacia atrás, su coño se desliza sobre mi polla desnuda y, joder, mis caderas se sacuden en respuesta.

—Cristo —jadeo.

—Tienes tiempo hasta que te ponga este condón para decidirte. —Levanta un condón entre sus dos dedos.

No está jugando, joder, y menos mal, porque ahora mismo no tengo sentido común para pensar con claridad.

Vuelve a reírse. El sonido me dice que aún está borracha, pero al diablo si no vacila al enrollar el condón sobre mí.

—¿Qué prefieres, Sr. Navarro? —pregunta sin aliento—. ¿Mi coño o tu mano para aliviarme? Sé cuál me sentará mejor.

De un latido a otro la tengo de espaldas. Estoy enfadado. Conmigo mismo por intentar ser respetable y fracasar. Con ella por tentarme cuando no debía. Por ceder y desear todo de ella más de lo que debería.

Muy bien.

Haremos esto.

Vamos a follar para olvidar nuestra, nuestra falta de control sobre esta situación, nuestro maldito deseo, y sacarlo de nuestros sistemas.

Sólo esta vez.

Sólo esta vez.

Nuestros labios se juntan en una salvaje unión de deseo en la que dejo de pensar en lo que está bien o mal, sobre todo en lo jodido que va a ser esto por la mañana. Y me pierdo en ella.



EDGE

Su piel. Su sabor. Su maldita hambre.

Nos movemos para que yo me arrodille entre sus muslos. Nuestras manos vagan torpemente, las risas se escapan entre gemidos arrebatadores. Y cuando me hundo en ella, casi me corro en el acto.

Está tan apretada. Tan jodidamente húmeda. Tan jodidamente todo, que clavo mis dedos en sus caderas para calmar su movimiento y poder durar.

Porque en un día normal, eso no es un puto problema. Pero con una tonelada de alcohol y lo que parecen unos cuantos días de preliminares, aguantar es la peor forma de placer-dolor conocida por el hombre.

—Relájate —murmuro mientras rasqueo un pulgar sobre su clítoris, intentando darle algo que la ablande más—. Tienes que relajarte, Madds, para que pueda meterte toda la polla que pueda.

Abre más las piernas. Esa es su respuesta. Un gemido y unos ojos vidriosos me dicen que confía en mí —una confianza que no merezco, joder— antes de intentar darme más de ella ensanchando los muslos.

Su excitación brilla en la luz apagada. Cubre mi polla como un caramelo que quiero lamer. Que quiero saborear.

—Eres preciosa. —No sé de dónde coño ha salido eso. Pero está ahí y lo cubro inclinándome hacia delante y apretando mis labios contra los suyos.

Yo no digo mierdas como esa.

No durante el sexo. No así.

Pero mis labios se encuentran con los suyos y me trago su jadeo por la acción empujándome aún más dentro de ella. Deslizo una mano hasta su culo para sujetarla y empiezo a moverme.

Lento al principio. Suave. Intentando que se acostumbrara a mi tamaño. Al estiramiento y al ardor mezclados con el placer. Echa la cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta. Paso mi mandíbula barbuda por la piel sensible y ella se tensa a mi alrededor en respuesta, ordeñando mi polla con la contracción.

Es un gemido tartamudo por mi parte. Una necesidad de alargar esto y apresurarme a terminar al mismo tiempo.

Mi cabeza se marea. Se me acelera el pulso. Mis pelotas se tensan.

Y entonces empiezo a moverme. Empuje tras empuje, pistoneo dentro de ella. Un rechinar de caderas. Un tirón hacia atrás para golpear su clítoris.

Hacemos este baile. Una y otra vez. Su cuerpo se mueve en sintonía con el mío hasta que la presión aumenta y el placer crece. Todo lo que puedo ver es el rebote de sus tetas mientras golpeo mis caderas contra las tuyas. Mi nombre sale de sus labios.

K. BROMBERG
ON THE



EDGE

—Tócate —le digo. Joder, si es que necesito que me exciten más, pero no me quejo.

Una Maddix Hart embriagada es una mujer desinhibida, y diablos si no es sexy ver sus dientes hundirse en su labio inferior mientras frota sus dedos hacia adelante y hacia atrás sobre su clítoris.

Es una maldita sirena y estoy a punto de estrellarme contra sus rocas cuando gime, su cuerpo se tensa y sus muslos se aprietan contra mis caderas. Su coño palpita a mi alrededor, oleada tras oleada, mientras yo ralentizo mis caricias para que ella pueda hundirse en su orgasmo.

Pero en el momento en que su respiración se entrecorta de nuevo, estoy perdido. Mis manos agarran sus caderas mientras me hundo una y otra vez. *El sonido de la piel resbaladiza. El aroma del sexo. La sensación de su calor húmedo agarrándome.*

Grito cuando me corro. Mi visión se vuelve blanca.

Luego negra.

Y cuando abro los ojos antes de desplomarme y rodar sobre ella, sólo veo a Maddix.

Preciosa. Desinhibida. Inesperada.

Maddix.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 14

Maddix

Estoy desnuda.

Eso es evidente cuando me despierto, con el sol brillando en las ventanas y el frescor de las sábanas deslizándose sobre mis pechos desnudos.

Me duele la cabeza —la luz del sol no ayuda— y siento un dolor deliciosamente dulce entre los muslos.

Maddix... ¿qué pasó...?

Mierda.

Golpes de conciencia.

Doble mierda.

Deslizo una mirada a mi lado y pierdo el aliento por un segundo. Cruz Navarro está tumbado a mi lado en todo su esplendor desnudo. Cada línea esculpida. Cada músculo firme y definido. Su increíble polla, gruesa y pesada contra el interior de su muslo.

¿Ah, sí?

¿Cómo tuve sexo con Cruz Navarro y no lo recuerdo?

Pero lo hicimos, ¿no?

Ataca el pánico. Pánico mezclado con imágenes de la noche anterior.

Buenas imágenes. Imágenes increíbles. Unas que harán que me cueste mirarlo y recordarlo y no querer actuar en consecuencia.

Cruz Navarro es... Jesús. Es como un sueño húmedo andante y hace honor a la idea. Su habilidad. Su *polla*. Sus labios. Su... todo.

Me muevo suavemente e intento *no recordar* y sé que es inútil. No se puede olvidar lo de anoche. Incluso a través de la bruma de la resaca, no hay olvido.

Que cunda el pánico.

¿Qué hacemos ahora? Yo no tengo sexo casual. Nunca lo he tenido... y sin embargo acabamos de hacerlo. *Acabo de hacerlo.*



Te vas a arrepentir por la mañana.

No es una buena idea.

Estás borracha. Estamos borrachos.

Él se resistió y yo insistí.

Dios mío. Me aproveché de Cruz. Me negué a aceptar un no por respuesta.

Actué como Cruz Navarro con Cruz Navarro.

Entierro la cara entre las manos y trato de procesar todas las formas imaginables en que esto podría haber ido y no fue así.

En todos los escenarios que se me pasaron por la cabeza la primera noche que supe que sólo había una cama, estaba yo rechazándolo. Era yo frustrada porque él era un hombre, porque no respetaba mis límites. Con él siendo él y queriendo sexo casual por el simple hecho de tener sexo casual.

¿Quién demonios es esta mujer en la que me he convertido en pocos días?

¿Y qué se supone que debo hacer ahora? ¿Cómo se supone que voy a enfrentarme a él cuando esto... no debería haber pasado?

Echo otra mirada furtiva hacia él, hacia todo él, e ignoro el dulce dolor que comienza en mi cuerpo.

Cruz Navarro es el más jugador de los jugadores. Sale con mujeres un par de veces y luego sigue adelante.

No puede pasar de mí.

Estamos atrapados en esta... situación. Y ahora me he acostado con él y no sé cómo arreglarlo.



Cuando salgo de la ducha, ya no está en la cama.

De hecho, no está en ninguna parte de toda la maldita habitación del hotel.

Eso es bueno, ¿verdad? Eso significa que tengo más tiempo para averiguar cómo manejar esto.

Pero espera. No está en ninguna parte de la maldita habitación del hotel. Eso significa que está enloqueciendo silenciosamente sobre esto también. ¿Verdad?

No. Definitivamente no lo está.

Esto es algo normal para él. Sexo casual. Sexo sin ataduras. Follarte a tu novia de mentira hasta que se corre tan fuerte que ve las estrellas, y luego irte cuando se despierta porque consideras que lo que ha pasado no es más que sexo. Como si ella



fuera fácilmente reemplazable por la siguiente persona esperando ansiosamente en la cola.

Pero no lo soy y ese es el problema.

Estoy atrapada aquí.

Estamos atrapados juntos.

Y ahora... ahora lo hemos jodido todo.

Cuando oigo que la puerta se cierra a mi espalda, ya me he puesto frenética. Tengo diez discursos ensayados —por qué no debería haber ocurrido, por qué no puede volver a ocurrir, por qué ha sido un gran error— y todos ellos me permiten básicamente salvar las apariencias.

Y ninguno de ellos sale cuando nuestras miradas se cruzan.

—Por favor, dime que lo que creo que pasó no pasó.

—Bueno, mierda, Madds. Vaya forma de bajarle el ego a un hombre de un plumazo. —Se ríe entre dientes, pero se queda cerca de la puerta de la habitación del hotel, con los brazos cruzados sobre el pecho y el hombro contra la pared.

Mantiene las distancias. Me está haciendo saber que no habrá sentimientos cálidos después de lo de anoche. Que no hay nada más que un acto físico, una liberación. No podría ser más obvio si lo intentara.

Eso debería emocionarme. Eso es lo que quiero. Entonces, ¿por qué duele un poco también?

—No me refería a eso. Es que... estábamos borrachos.

—Mucho.

—Y no recuerdo mucho. —*Lo recuerdo todo.*

—Ya somos dos. —Ladea la cabeza y me estudia. No sé por qué su intensidad me desarma, pero lo hace. Es casi como si intentara ver algo en mi expresión, pero no sé qué es.

—No fue para tanto —le digo.

—Algunos tanteos en la oscuridad. Creo que hubo uno o dos golpes en la cabeza. Algunas risas. Un condón. Y... *ya sabes.*

—Lo sé. —Me muevo sobre mis pies, odiando esta torpeza y deseando que él tome la iniciativa en esto—. Es sólo que... no suelo hacer eso. Lo del sexo casual. No me acuesto con alguien por acostarme con alguien y ...

—Normalmente hay sentimientos de por medio. Emociones. Hay un significado detrás. Lo entiendo. —Levanta las manos, el rostro estoico—. No hay necesidad de explicar o disculparse.



—Correcto. —Entonces, ¿por qué tengo un nudo en la garganta que se siente como un rechazo? ¿Por qué me duele el cuerpo en sitios que no debería dolerme por un hombre al que aún estoy empezando a conocer, pero al que quiero igualmente?

¿Por qué te miro y recuerdo cada segundo, a pesar de la cantidad de alcohol que consumí, y odio que no significara nada para ti?

—Nos pasa a los mejores. —Se encoge de hombros, llevando la indiferencia como un traje—. No pasa nada. Sin falta. Nos divertimos. Fue una aventura salvaje. Ahora volvamos a los negocios como si nunca hubiera pasado.

Pero sucedió. Pasaron tantas cosas que yo...

—Cruz —lo digo en voz baja, y no estoy segura de sí es una pregunta o una afirmación.

Nos miramos fijamente a corta distancia, con la capucha de su sudadera puesta para que sus ojos queden en sombra.

¿Sigues pensando en ello como yo?

¿Todavía me hueles en la piel como yo a ti?

¿Tú...?

—Bien, ahora que eso está cubierto, tengo que ducharme y a la pista. El equipo ya está aquí.

Sin decir una palabra más, ni mirarme, se prepara para ir a trabajar.

Y me siento en el escritorio, mirando fijamente mi cursor parpadeante. Yo me hice esto. Yo inicié el sexo. Insistí cuando intentó razonar conmigo.

Sé que dijo que habría arrepentimientos.

«No pasa nada. Sin falta. Nos divertimos. Fue una aventura salvaje.»

Entonces, ¿por qué me siento tan... utilizada?



CAPÍTULO 15

Maddix

Nos miran fijamente. Las cabezas se giran sutilmente cuando pasamos para echar un primer vistazo a mí —la novia oficial de Cruz Navarro en Instagram— mientras intentan disimular.

La charla se silencia mientras miran y, de repente, se reanuda bruscamente cuando se dan cuenta de que han dejado de hablar.

—¿No te alegras de que sea tan guapo que todo el mundo me mira? —murmura Cruz, divertido en su tono. Su intento de humor me alivia los nervios, pero no mucho. Me da un codazo—. Relájate, Madds. Lo tenemos controlado.

—Tú lo tienes —corrijo.

—Y ya que te tengo a ti, entonces tenemos esto.

Me concentro en el peso de la mano de Cruz sobre la mía, con los dedos entrelazados. Es la primera vez que nos tocamos así desde... *la otra noche*, y por suerte para mí, hay tanta distracción a nuestro alrededor que no pienso en cómo sintió esa palma deslizándose sobre mi pecho.

Al menos no todo el tiempo.

Puede que durante los primeros segundos sí, pero rápidamente fue sustituido por el descarado escrutinio de todos los que nos rodeaban mientras dábamos el largo paseo a través de las puertas hasta el paddock.

El paddock es una pequeña ciudad en sí misma. Una extensión de terreno en la pista ocupada por cada equipo y los edificios portátiles que levantan. Estos edificios sirven de base a los equipos durante la semana de carreras. Se me eriza el cuello al pasar por delante de cada uno de ellos, maravillada por el hecho de que se construyan para una carrera y luego se derriben y transporten a la siguiente poco después de que ondee la bandera a cuadros.

Aquí sólo puede entrar la gente oficial de la carrera, un pase para el paddock es como el santo grial, y sin embargo, por muy profesionales que sean todos, sigo viendo teléfonos apuntando hacia nosotros. Sigo sintiendo que se hacen fotos.

Y es desconcertante.



La gente se mueve por todas partes a nuestro alrededor. Los equipos de carreras entran y salen de los lugares elegidos y cruzan la pasarela hacia los garajes donde se alojan los coches de carreras y los equipos trabajan en ellos. Gente con pases de prensa colgados del cuello deambulan con sus cámaras en la mano o sus equipos de cámaras de pie a su lado. Los famosos, supongo que por el séquito de gente que se agolpa a su alrededor, se quedan atrás con la formación de su equipo favorito. O, mejor dicho, del equipo que les haya autorizado a estar en esta zona.

Es un baile coordinado que aprendí viendo cómo la clasificación puede parecer un flash mob que se apresura a ocupar su sitio o un equipo de natación sincronizada que sabe exactamente lo que va a hacer la otra persona a continuación.

Algo así como Cruz y yo. Tras una semana de convivencia impuesta, hemos creado una especie de ritmo propio. La mayor parte del tiempo, nos damos un amplio margen de intimidad mientras hacemos nuestras cosas.

Durante un tiempo luché con eso. Tuvimos sexo. ¿Cómo es posible que todo haya vuelto a la normalidad... o aún más extraño, cómo es posible que haya más distancia entre nosotros que antes?

Tuve que dejar de lado mis sentimientos heridos. Tuve que decirme a mí misma que la distancia que Cruz creó entre nosotros era necesaria para que esto funcionara y, al final, probablemente mejor para mí, una mujer que de repente está pensando en el sexo mucho más de lo que lo ha hecho en toda su vida.

Eso no es malo.

Simplemente no es algo oportuno cuando crees que te estás enamorando en secreto de un hombre del que no deberías estar enamorada y que claramente no es de los que se enamoran de nadie durante un largo periodo de tiempo.

Pero con el fin de semana de carreras a la vuelta de la esquina, tenemos que volver a ser una pareja por puro espectáculo.

Sin embargo, esta vez suena diferente. Más forzado. Más guionizado.

O al menos eso pensaba, pero entrar aquí juntos, hacer esta declaración visual, me hace darme cuenta de que estamos bien. *Esto* está bien. Y que tengo que dejar de pensar demasiado en todo.

—¿Sigues bien? —pregunta Cruz y levanta una mano para saludar a alguien de enfrente.

—Sí —digo y lo miro—. ¿Esto es raro para ti?

—Joder, súper raro —dice y esboza una sonrisa cuando llegamos al paddock de Gravitas Racing. Su exterior es de un blanco brillante con un toque de naranja por todas partes para que coincida con el color y los esquemas del coche de Cruz, o librea, como he aprendido a llamarla en mi curso intensivo de *Bienvenida a la Fórmula 1*. Una especie de lección que me dio Amandine, la encargada de relaciones públicas de Cruz.



—Pero ¿por qué? —pregunto.

Se detiene y me tira de la mano cuando sigo caminando. Incluso a través de sus gafas de sol, puedo ver cómo entrecierra los ojos, desconcertado.

—Te das cuenta de que eres la primera mujer que traigo al paddock conmigo, ¿verdad?

—¿Qué? —pregunto más por reflejo que por otra cosa, sorprendida por su confesión. Sé que nunca ha tenido una novia de *verdad*, pero seguro que alguna vez ha llevado a una mujer a la pista. ¿Verdad?

—Hace tiempo que me impuse la norma de no mezclar nunca los negocios con el placer. Jamás de los jamases.

Mi sonrisa se falla como respuesta. Luego murmuro:

—Bueno, si quieres ser técnico, en realidad no se ha roto la regla. Esto es cien por ciento negocio.

Nuestras miradas se sostienen, y me confunde lo que veo en sus ojos pero que no puedo descifrar exactamente. Y antes de que pueda, Amandine aparece de la nada.

—Hola —dice con suficiente entusiasmo para todo el equipo de carrera. Es la definición perfecta del dicho “la *dinamita viene en frasco pequeño*”. Por lo que vi ayer, es enérgica cuando tiene que serlo, sin miedo a poner a Cruz o a la prensa en su sitio. En otras ocasiones es persuasiva. Y suave en otras.

Ella lo era todo para mí ayer, cuando me llevaron al paddock por una entrada privada. Mi guía turística. Mi maestra. Mi protectora. Mi apoyo. Nuestra decisión de mantenerme fuera de la vista del público ayer durante la clasificación fue conjunta. Cruz quería concentrarse sin distracciones en asegurarse un buen puesto en la parrilla de salida y yo estuve de acuerdo, dispuesta a mantener todo el anonimato que me quedaba por un día más.

En ese momento, una parte de mí supuso que quería aferrarse a su condición de solista públicamente el mayor tiempo posible. Publicar fotos en Instagram es una cosa, pero presentarse con una mujer del brazo en una carrera lleva las cosas a otro nivel.

Pero después de su admisión, tal vez su promesa a sí mismo era a lo que estaba tratando de aferrarse. Quizá por eso dijo ayer que era mejor que no me viera.

Y ahora, hoy, esa promesa que se ha hecho a sí mismo durante los últimos cuatro o cinco años está rota.

—Buenos días, Cruz. ¿Cómo te encuentras hoy? —pregunta Amandine, con una gran sonrisa y ojos vivos.

—Como si fuera el día de la carrera —bromea Cruz, poniendo su mano en la parte baja de mi espalda, algo a lo que todavía me estoy acostumbrando.



—Bueno, empezar en P4 hace que cualquier día de carrera sea un buen día, ¿no? —pregunta.

—A menos que salgas en los tres primeros puestos por delante de P4.

—Gruñón —contesta ella.

—Siempre. —Hace una pausa y me mira, su sonrisa se suaviza—. Tengo que ir a trabajar. ¿Estás bien?

Asiento.

—Ve a hacer tus cosas. No te preocupes por mí.

—De acuerdo. Te veré en un rato entonces.

Nos quedamos en un silencio incómodo durante unos instantes, casi como si cualquiera pudiera deducir que no quiere besarme por falta de intimidad, cuando yo sé que es porque todo esto es una farsa.

Claro, seguimos publicando fotos de nuestras primeras aventuras por Ámsterdam para mantener las apariencias. Las interminables llamadas de mi familia preguntándome qué demonios está pasando dicen que está funcionando. Pero el afecto mutuo deliberado, aparte de nuestro desliz privado, es una línea que aún no hemos cruzado públicamente.

—Me parece bien —digo, a lo que él retrocede un paso antes de darse la vuelta y trotar los pocos metros que separan el camino del garaje.

—Bueno, eso fue incómodo —dice Amandine y se ríe—. Puedes llevar un caballo al agua, pero no lo puedes obligar a beber.

Mi sonrisa es tensa, no estoy segura al cien por ciento de lo que está insinuando, así que lo dejo estar.

—¿Estás deseando haberte quitado esto de encima ayer? —me pregunta Amandine mientras me dirige a la suite.

—¿Qué, el *paseo público de la curiosidad*? —pregunto y me río entre dientes.

—Es mejor que el paseo de la vergüenza. —Ella sonríe, sin saber que me sentí como si hubiera caminado eso durante un día entero después de acostarnos juntos.

—Siempre queda eso. —Sonrío y me encojo de hombros—. Creo que permanecer de incógnito ayer fue lo mejor. Tal y como están las cosas, ya tuve suficiente con que el equipo me mirara como bicho raro. Lo último que necesitaba era recibir mierda de otros conductores.

—¿Tú crees?

—¿El soltero perpetuo trayendo a su cita a la pista? Sí, claro.

Ella levanta las manos y se ríe.

—Cierto. Cierto.



—Además, Cruz necesitaba trabajar sin distracciones, y pude observar desde el palco en el anonimato sin que nadie supiera que estaba aquí. —La sigo hasta uno de los despachos de la suite, donde había instalado mi ordenador y trabajé parte del día de ayer durante el tiempo de inactividad.

—Bueno, hoy va a ser aún más loco, y ahora que todo el mundo sabe que estás aquí, espera que las cámaras te enfoquen y obtengan tu reacción a todo.

—Eso es... maravilloso —digo con todo el entusiasmo de cuando me sacan una muela.

—¿Cruz Navarro saliendo con una mujer tímida ante las cámaras? Eso sí que es una primicia. —Una vez pronunciadas las palabras, hace una pausa y agacha la cabeza. Cuando sus ojos se cruzan con los míos, hay arrepentimiento entretejido en ellos—. Lo que dije fue una mierda. No quise decir eso. No estoy acostumbrada a...

—No pasa nada —digo y me río—. No es ningún secreto que ambos tuvimos pasados antes de esto... y el suyo fue un poco más documentado o debería decir *animado* que la mayoría.

—Uf. —Finge limpiarse la mano en la frente—. Crisis evitada. —¿Otro día del humor de Amandine? Le doy la bienvenida. Es una nueva amiga que he encontrado en este paisaje tan extraño.

Paso las siguientes horas asimilando todo lo que rodea al *día de la carrera*, como lo llama todo el mundo. La intensidad en los rostros del equipo. El constante movimiento del personal de Gravitas en torno a todo lo que Cruz o su otro piloto, Nico Schilling, necesitan.

Permanezco en un segundo plano y lo asimilo todo desde la distancia, sin querer perturbar la rutina habitual de Cruz el día de la carrera. Mi esfuerzo concentrado es existir en este espacio, estar presente para que todos vean que estoy ahí, pero no ser un solo pensamiento en la cabeza de Cruz.

Pero es un proceso fascinante: la semántica del día de la carrera. Desde las comidas con una nutrición personalizada para aguantar la carrera y las temperaturas abrasadoras dentro de sus cabinas hasta los ejercicios de reacción con pelotas de tenis destinados a ayudar a agudizar sus tiempos de reacción en el volante. ¿Columna de dirección? Esa terminología correcta no estaba cubierta en mi curso acelerado de términos de F1. No hay duda de que también meteré la pata en otros.

Me integro en el ajetreo del día de la carrera y, cuando Cruz se retira a su habitación privada de piloto —un lugar que, según me ha informado Amandine, es donde van los pilotos para echarse una siesta rápida, meditar o lo que sea que hagan para encontrar la tranquilidad que necesitan para concentrarse antes de salir a la pista para la salida—, decido enfrentarme al mundo fuera de la burbuja de Gravitas.

Hazte ver. ¿No eran esas las órdenes reiteradas de Kevin por mensaje de texto esta mañana antes de que saliéramos del hotel?

Al menos puedo decir que lo intento.



En mi recorrido por el recinto, observo que cada equipo tiene su propia cadencia. Todo es pompa y circunstancia. Una coreografía de quién hace qué en los garajes.

Las tripulaciones pasan controles tan practicados que probablemente podrían hacerlos mientras duermen y, sin embargo, los hacen de todos modos, previendo todo lo que podría ocurrir aparte de la rutina.

Hay mucha gente haciendo su trabajo, pero una cosa es cierta: la energía es palpable. Es como si la pista tuviera su propia electricidad, que se va cargando a medida que nos acercamos al comienzo de la carrera, o al *apagado de las luces*, como aprendí de Amandine.

Pero a medida que se acerca la hora de la carrera, me siento atraída de nuevo hacia el círculo de Gravitas. Hacia su ubicación en el paddock. Luego, escoltada por Amandine a la zona del garaje.

Cuando Cruz entra con ese traje como si fuera de bomberos puesto, con la cremallera bajada hasta la cintura y los brazos colgando flojos a la altura de las caderas, se me corta la respiración.

Claro, he visto las fotos de él. Las fotos de promoción. Las celebraciones en el podio. Pero cuando entra en el garaje, parcialmente vestido y con los auriculares puestos, con una expresión intensa y concentrada, tiene un aire hipnotizador que aún no he experimentado.

Se ve en control. Calculador. Dedicado. Y un poco engreído.

Es guapísimo.

Levanta la vista de donde está hablando con Otis, su ingeniero de carreras, sobre algo, y sin querer nos miramos a través del espacio.

Algo ocurre en ese momento. No sé lo que es, pero mi corazón empieza a acelerarse y mi cuerpo se calienta. De repente me cuesta respirar.

Y por la forma en que su nuez de Adán se mece bajo el cuello de su camisa Nomex de manga larga, juraría que nota algo diferente.

Me dedica una leve inclinación de cabeza antes de dirigirse a su coche y señalar algo como si el momento nunca hubiera ocurrido.

Puede que no.

A lo mejor me estoy inventando cosas.

Tal vez esté fascinada por la emoción de todo esto y esté interpretando las cosas.

A pesar de todo, mi pulso sigue latiendo con fuerza y me resulta casi imposible apartar los ojos de él, aunque sea brevemente.

Estás haciendo el ridículo, Hart. Completo ridículo.



Y a medida que pasan los minutos hasta el comienzo de la carrera, empiezo a creerme cada vez más. Que la repentina conciencia de todo sobre Cruz se debía simplemente a que éramos las dos únicas personas en una sala abarrotada que conocían la verdad sobre nuestro secreto.

Me estoy volviendo buena convenciéndome de que no hay nada ahí.

La gente entra y sale del garaje como si fuera la terminal de Grand Central. Equipos de cámaras para la retransmisión de la carrera. Equipos de cámaras de una plataforma de streaming que está haciendo una serie sobre el deporte y sus pilotos. Personalidades de los medios de comunicación y periodistas.

No es de extrañar que Cruz proteja tan ferozmente su capacidad de desconectar, porque no hay forma de que yo pudiera centrarme y enfocarme en este entorno.

La tensión aumenta lentamente en el garaje. Es una mezcla de expectación, anticipación y una dosis constante de saber lo que hay que hacer y esperar que todo salga bien.

Al menos, eso es lo que opino de todo esto.

—¿Quieres orejas? —pregunta Amandine.

—¿Que si quiero qué? —Me río, pero me detengo cuando me giro y veo que me tiende unos auriculares para que presumiblemente pueda escuchar las comunicaciones por radio durante la carrera.

—¿En serio? —pregunto.

—Um, sí —dice como si estuviera haciendo el ridículo—. No podemos permitir que no sepas lo que está pasando.

—Oh. Vaya. Gracias. —Sonrío mientras me coloco los auriculares del cuello como todo el mundo los tiene aquí. En ciertos momentos parece que recuerdo el papel que he venido a desempeñar y otras veces, estoy tan enamorada y abrumada por la enorme enormidad de toda esta operación que olvido por qué estoy aquí.

—Claro. Así que lo que va a suceder a continuación es que Cruz se adaptará el resto del camino hasta arriba. Luego se subirá al coche y le pondrán las correas. Luego, a unos cuarenta minutos de la salida, encenderán el motor y Cruz conducirá el coche por la pista para dar una vuelta rápida. Sólo para asegurarse de que todo va bien con el coche. Llegará al final de la calle de boxes, donde el equipo se reunirá con él y utilizará lo que llamamos “tablones de transporte” para llevar el coche a su lugar de salida correcto en la parrilla. En ese momento, Cruz volverá a bajarse del coche mientras el equipo mantiene calientes los neumáticos y hace las comprobaciones de última hora. Mientras lo hacen, Cruz suele volver a poner su música y desconectar de todo lo que le rodea. Luego, bueno... ya sabes el resto. Vuelve al coche y....

—Y la próxima vez que te vea, habré ganado la carrera.



Salto al oír la voz de Cruz, mi sonrisa es tan automática como el salto de mi corazón.

—Hola. —Es lo más ridículo que se puede decir, pero es lo primero que sale de mi boca cuando me encuentro con sus ojos y siento su mano deslizarse hasta la parte baja de mi espalda.

—Es un placer encontrarte aquí —dice con una sonrisa tímida que desafía toda la intensidad que emana de su cuerpo. Amandine retrocede en mi periferia para darnos intimidad—. Te han colocado como una más de mi equipo, ¿eh?

—¿Me veo cómo del equipo? —pregunto.

—Mucho —dice, sus ojos en los míos mientras el músculo de su mandíbula trabaja—. Así que tengo que volver. Entrar en el coche. Dar unas vueltas a la pista.

—No es para tanto. Un día más —bromeo.

—Exacto. No es gran cosa.

La incomodidad ha vuelto, lo cual es extraño porque en realidad se siente completamente normal estar aquí.

Está claro que para él no.

—Bien. Buena suerte ahí fuera. Estaré aquí para felicitarte cuando ganes.

—¿Y si no lo hago? —pregunta, la pregunta me desconcierta.

—Entonces seguiré aquí para felicitarte. Por lo que he leído, hay un millón de personas que matarían por estar en tu lugar, así que estar aquí es jodidamente increíble.

Sus ojos se abren brevemente, una mirada incrédula le sigue, antes de soltar una media carcajada, casi como si no me creyera. Se aleja un paso y se detiene un instante antes de volver hacia mí. Nuestras miradas se cruzan brevemente antes de que se acerque a mí y me acaricie la cara con la mano un instante antes de que sus labios rocen los míos con suavidad.

Juro que cualquiera que esté cerca podría oír mi respiración entrecortada. Es ensordecedor en mis propios oídos, pero lo ahoga el torrente de sensaciones que me recorre.

Sorpresa. Deseo. Anheló. Incredulidad.

Y en cuanto se produce el beso, se acabó.

—Me gusta que estés aquí —murmura, y se da media vuelta antes de que pueda procesarlo.

—Cruz. —Su nombre es una sílaba llena de esas cuatro emociones.

Se detiene y se vuelve para mirarme, con los ojos nadando en lo que creo que es confusión y una expresión todavía estoica antes de ponerse el pasamontañas sobre la cabeza y caminar a grandes zancadas hacia el otro lado del garaje.



Mis ojos lo siguen, mi cuerpo enrojecido y mi pulso acelerado una vez más con el calor de su beso aún en mis labios y los escalofríos que ha creado bailando aún sobre mi piel.

Mis pensamientos están tan revueltos como mis hormonas. El exceso de pensamientos de los últimos días parece ridículo. Acaba de demostrarme que podría haber algo más entre nosotros, que...

El movimiento a mi derecha me saca de mis pensamientos. El equipo de cámara está a unos tres metros de mí, con el objetivo enfocado, y se acerca lentamente al lugar donde está Cruz.

Cuelgo la cabeza momentáneamente.

Eres una idiota, Maddix.

¿De verdad, por un segundo, pensaste que era un beso de verdad? ¿Que no era para aparentar? ¿Que Cruz no está haciendo exactamente lo que se le pedía al parecer estable y calmado?

Por eso la confusión pesaba tanto en sus ojos. Por qué fue a alejarse y luego se volvió hacia mí para besarme como haría una pareja normal. Vio la cámara. Está siguiendo el juego.

Y sin embargo, saber todo esto no hace nada para aplacar el dolor que ese simple beso volvió a despertar. Pero lo que me golpea el corazón es esa mirada desgarrada en los ojos de Cruz. Me gustaría pensar que tiene que ver conmigo. Soy ingenua, pero no lo suficiente como para saber lo que le ha costado a Cruz hacer eso.

—¿Lista? —dice Amandine, como si percibiera que el momento ha pasado.

—Sí, claro. —Me aclaro la garganta y me niego a dar una tercera respuesta como Cruz dice que hago. Igual que me niego a dejarme herir por la superficialidad de ese beso.

No fue real.

Así que no es real.

Sin embargo... se sintió tan real después de la otra noche.

¿Y por qué de repente me preocupa su seguridad durante la carrera? ¿A qué viene eso?

—Por aquí —me dice Amandine, indicándome la escalera que lleva a la sala de observación situada encima del garaje para los empleados de Gravitas. Ayer pasé allí la mayor parte del día durante la fase de clasificación, pero algo me dice que mire a la derecha.

Un hombre me mira fijamente desde el otro lado del garaje. Tiene el cabello canoso y los labios en una línea dura e implacable. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y los hombros rígidos.



Si no fuera por la expresión dura y burlona de su rostro, imagino que el hombre sería considerado clásicamente guapo.

Dominic Navarro. Tiene que serlo por el mero parecido.

Y está claro que me está juzgando. Eso no se discute.

¿No me juzgarías si estuvieras en su lugar? ¿La nueva novia de su hijo cuando él nunca ha tenido una? ¿Una mujer que está nada menos que en el box del equipo?

Le devuelvo la sonrisa. Es tentativa pero amable.

Pero él no corresponde.

En absoluto.

En lugar de eso, hace un gesto de asco con la cabeza y se marcha.



CAPÍTULO 16

Cruz

El coche es más rápido que la mierda.

Está más centrado que en toda la temporada, y lo noto.

—Buen tiempo en el sector, Cruz. Punto tres segundos más rápido que tu vuelta más rápida y a diez segundos de Cavanaugh —me dice Otis al oído refiriéndose al líder.

Una carrera jodidamente ajustada. Sin margen de error.

—¿Lugar?

—Todavía P4. Los tres primeros no cambian.

Joder. Puedo ser rápido todo lo que quiera, pero si no puedo avanzar en la parrilla, no estoy haciendo mi trabajo. Pero ha sido una carrera sin incidentes si la alineación no ha cambiado. Sin accidentes. No hay adelantamientos. Nada de nada.

En el fondo del campo, sí. Pero no lo que se extiende ante mí.

—Espera tu momento. Algo va a cambiar.

—¿Hasta dónde? —pregunto, mi voz vibra con toda la presión que tengo encima mientras salgo de la curva en la recta de atrás y engrano el acelerador para la parte más rápida del recorrido.

Él sabe lo que estoy pidiendo. ¿Cuánto me lleva de ventaja Rossi? ¿Qué tiempo tengo que recuperar o que él pierda para que yo pueda ganar una posición?

—Uno punto dos.

—¿Permiso para empujar? —pregunto, sabiendo que tienen mucha más información que yo sobre la telemetría del coche.

Eso y que saben que Rossi y Evans, el equipo Apex, ha tenido problemas últimamente. Durante la temporada pasada, un podio sin un piloto de Apex era una anomalía. ¿Esta temporada? Es una lucha para ellos terminar entre los cinco primeros.

—Espera —dice Otis. Sin duda está consultando con nuestro director de equipo sobre una decisión que es mejor para el colectivo del equipo.



Cuando llego a la siguiente recta, tengo a la vista el coche de Rossi. Su motor no ha sido el más fuerte cerca del final de las carreras. Puedo darle caza. Sé que puedo.

Presiono un poco más mientras estoy en el limbo esperando una respuesta.

Los segundos pasan mientras espero. Malditas décimas de segundo.

No quiere hablar contigo. Lo siento, Cruz.

El sabor amargo del rechazo me golpea ahora fuera de todo momento. Mi llamada a mi abuelo. El silencio cuando su cuidador fue a preguntarle. El golpe demoledor cuando pronunció esas palabras.

Despeja tu cabeza, Cross¹.

Despeja tu puta cabeza.

—Adelante, empuja.

—Necesito DRS² —me digo más a mí mismo que a Otis. Todos sabemos que lo necesito.

Sólo tengo que tirar dentro del alcance.

—Diez-cuatro. —Sí. De acuerdo.

Tres respuestas. El pensamiento hace que una sonrisa parpadee segundos antes de que la fuerza de la gravedad vuelva a tensarla.

El motor emite su sonido característico mientras lo empujo más fuerte, más rápido, tratando de entrar en el rango de DRS cuando las luces de precaución parpadean en el árbol de luz en el borde de la pista.

—En la parte trasera del campo —explica Otis dónde se ha producido la precaución.

—¿Están todos bien? —pregunto mientras reduzco la velocidad del coche y zigzagueo de un lado a otro de la pista para mantener calientes los neumáticos.

—Diez-cuatro. Bustos y Costa tocaron neumáticos. Sólo limpiando escombros —dice Otis con su extraña voz calmada que podría narrar un documental de naturaleza.

—¿Caja? —pregunto cuando no quiero. Tengo neumáticos frescos, pero no vale la pena arriesgar una posición en la parrilla.

—¿Neumáticos?

¹ Cross: cruz en inglés.

² DRS: El alerón trasero móvil, comúnmente conocido como DRS por las siglas en inglés de Drag Reduction System, es un dispositivo introducido en la temporada 2011 de Fórmula 1 con el propósito de reducir la carga aerodinámica del monoplaza y así aumentar su velocidad para facilitar los adelantamientos.



—Todavía tengo tracción —explico. No queda tiempo suficiente en la carrera para recuperar un puesto perdido en la parrilla. Y aunque no estoy contento con un P4, sigue siendo mejor que un P5—. ¿Nico?

—P7.

Sería un buen final para nosotros. Aunque sería mejor si estuviera en el podio.

Estiro los dedos mientras me coloco justo detrás de Rossi, la precaución en la pista me permite recortar distancias.

Como casi todos en este circuito, hemos competido toda la vida. En karting de niños. Subiendo de rango como adolescentes en la Fórmula 4. Luego Fórmula 3 y Fórmula 2. Y ahora.

Conocemos los movimientos característicos de cada uno. Nuestras tendencias. Sabemos quién se lanza a la derecha y quién a la izquierda. Hay patrones que hemos estudiado. Memorizados. Se han convertido en parte de nuestra forma de conducir.

Y eso concierne a todos en la parrilla... a todos *excepto* a Oliver Rossi. Es una bala perdida, impredecible y que se ha ganado su reputación siendo precisamente eso. Un tipo que tiene más talento que su propio bien y que no tiene un carajo que dar.

Es peligroso en el mejor de los sentidos, y ahora mismo tengo que averiguar qué jodido camino va a favorecer para poder ir en sentido contrario cuando caiga la bandera verde.

—Claro —dice Otis, sabiendo exactamente lo que estoy pensando. Hemos hecho esto suficientes veces que es como si compartiéramos el mismo cerebro.

—Va a la izquierda —le digo.

—Tú decides, pero la pista está despejada. La precaución se levantará cuando lleguen a la salida/llegada.

—Diez-cuatro.

Y justo cuando digo estas palabras, el ritmo de la pista se acelera y todos empezamos a competir por la mejor posición posible.

Avanzo y retrocedo para mantener los neumáticos con tracción y, cuando giramos en la curva de la última recta, todos tomamos velocidad.

Mi cuerpo se aprieta más en el asiento con cada kilómetro por hora que aumenta la velocidad. Alcanzamos la línea de meta y estamos a toda pastilla en cuestión de segundos. Llega la primera curva. Todos nos agrupamos mientras aflojamos un poco antes de volver a acelerar.

Me coloco a la derecha de Rossi, que amaga con irse a la izquierda antes de recortar con la misma rapidez.

—¡Joder! —grito cuando hacemos contacto.

Los neumáticos rozan.



Nuestras alas delanteras se tocan.

Mis frenos se bloquean mientras evito el desastre. Mientras evito el muro.

Lucho contra el volante. El coche.

Es sólo un segundo, pero para cuando tengo el coche enderezado y la capacidad de acelerar de nuevo, Rossi está delante de mí y Evans está empujando su morro a medio régimen sobre mi coche.

Lucho contra él. Intento exprimir más el motor para adelantarle y dejarlo en mi retaguardia.

Grito mientras lo hago, mientras lo consigo.

Porque P4 sigue siendo mejor que P5.

Pero eso es todo a lo que soy capaz de aferrarme. Todo lo que soy capaz de ganar.

Y cuando bajo de las tribunas directo al rugido de la multitud y al borrón de colores de los aficionados agitando sus banderas y las pancartas de su piloto favorito, no estoy ni de coña satisfecho con mi actuación.

Con mi final.

Con mi decisión incorrecta sobre Rossi.

Podría hacerlo mejor.

Mucho mejor, joder.

—Buen trabajo, hombre —me dice Otis al oído—. Ya sabes cómo van estas carreras. Sin movimiento, sin errores, hace que sea difícil avanzar. Los cuatro hicieron una carrera impecable. No hay quejas de nuestra parte.

Hago una mueca. Estaba lejos de ser impecable.

—Gran trabajo, equipo. Los tiempos en boxes fueron increíbles. Ejecutaron impecablemente. Esta va por mi cuenta, chicos.

Hay más parloteo, pero lo ignoro mientras doy la vuelta a la pista y vuelvo a la fila de boxes.

Y cuando entro en el garaje y salgo del coche, acepto los choca esos cinco y las palmaditas en la espalda de mi equipo, pero todo es una mierda.

Porque puede que yo esté a la sombra del garaje, pero el hombre que está de pie en la esquina con los brazos cruzados, los labios fruncidos y cuyos ojos sé que están clavados en mí desde detrás de sus gafas de sol es mucho más oscuro.

Joder.

Joder.



Hago todos mis requisitos normales después de la carrera. Pesar para la FIA. Una ducha rápida para quitarme el traje térmico empapado por el calor. Entrevistas con Amandine a mi lado. Reunión con mi equipo.

Todo el tiempo puedo sentir los dos bordes de lo que se siente como mi muy pequeño universo tirando de mí. Maddix, y este ridículo trato que hice por un lado. Mi padre, y su puño de hierro envuelto en decepción por el otro.

Una sonrisa tentativa frente a un rechinar de dientes burlón.

Joder. Será mejor que pasemos lo peor primero.

—Papá.

Frunce el ceño y me sostiene la mirada. Sin duda, todo el mundo a nuestro alrededor está mirando, esperando ver cómo el orgulloso padre le da una palmadita en la espalda a su hijo. El espectáculo para que todos participen e informen a los demás.

—Unas palabras, por favor.

No es una pregunta. Y por la forma en que se dirige a una de las salas privadas de la suite de hospitalidad de Gravitas, da por hecho que le seguiré.

Por mi propio bien y privacidad, lo hago, pero la tensión se instala en mis hombros con cada paso que doy. Sonríe al personal que me felicita por el camino mientras ensayo internamente el discurso que va a darme.

La misma mierda, las mismas palabras, diferente carrera. Más burla.

En cuanto cierro la puerta tras de mí, alzo las manos, sonrío sarcástica y levanto las cejas.

—Ahórratelo. Me sé el discurso de memoria. *Tomé la decisión equivocada en la salida con Rossi después de la advertencia. Fui demasiado tímido. Mis tiempos de reacción eran demasiado lentos. Soy una vergüenza para el apellido Navarro. No estaba a la altura de mi potencial.* —Me encojo de hombros—. ¿Qué tal si me sorprendes y lanzas ahí un gran trabajo, hijo, hoy has pateado culos? ¿Cuánto te mataría decir eso, eh?

—Estás distraído y se notó.

—Volvemos a eso, ¿no? Sí. —Muestro una sonrisa—. Que estés aquí me distrae. ¿Cómo lo sabías?

Sisea un suspiro frustrado.

Para cualquiera que me viera, parecería un bastardo malcriado e irrespetuoso. Pero ellos no saben el infierno por el que paso. Los estándares a los que me someto. La restauración del estatus Navarro.

—Incluso con el *error* de hoy, las matemáticas funcionan para ti. Si terminas donde tienes que terminar en el resto de las carreras sin ningún imprevisto... *instancias*, entonces el campeonato podría ser tuyo.



En otras palabras, vive a la altura de la perfección que esperas pero que no podrías alcanzar por ti mismo.

—Esto son las carreras, Papá. Sólo puedo controlar lo que puedo controlar. Todo lo demás está fuera de mi alcance. La perfección es imposible. Una carrera tal vez, pero ¿el resto de la temporada? Tú lo sabes mejor que nadie.

—Deberías esperar eso de ti mismo.

—Lo sé, joder. Cada minuto de cada maldito día soy plenamente consciente de la perfección que se espera de mí, así que por una vez... lárgate de una puta vez y déjame en paz.

Su chistar me pone de los nervios. El apretón de sus manos delante de él es su señal reveladora de que se está estableciendo para el largo plazo aquí, cuando todo lo que quiero es largarme de aquí.

—Un buen comienzo sería que te deshicieras de ella.

—¿Qué? —Hablando de latigazos. Aquí pienso que está hablando de mi forma de beber y salir de fiesta, algo en lo que he hecho una pausa, y en vez de eso, ¿está hablando de Maddix?—. ¿De qué demonios estás hablando?

—La Americana. No puedes salir con ella. Ella no es aceptable.

¿No es aceptable?

Suelto una risita, pero tiene cero gracia.

—¿Desde cuándo crees que puedes decirme con quién puedo o no puedo salir?

Probablemente al mismo tiempo pensó que podría impedirme ver a mi abuelo.

Su risita me recorre la piel.

—Isla. Bianca. Penélope. —Marca cada nombre con los dedos. Sus cejas se levantan y las mías se entrecierran—. Tampoco eran buenas para ti, y tomé medidas para mitigarlo. —Su sonrisa es apaciguadora mientras mi temperamento se enciende.

No hay forma de que él... lo que sea que hizo para alejarlas.

Su risita dice que sí.

—Es curioso cómo crees que están ahí para ti cuando lo que buscan es el estatus. Aceptaron la primera suma que les ofrecí y una promesa de quién sabe qué más para alejarse de ti lo demuestra.

—Hablas en serio, ¿no?

—Claro que sí. —Lo dice como un hecho. Frío como el hielo.

Me encojo de hombros para cabrearlo.

—Gracias por hacerme el favor. Ya había terminado con ellas. Nuestros... asuntos habían seguido su curso, así que... gracias.



Aprieta los dientes. Quiere saber que me ha afectado con esa confesión. Mi respuesta es que me niego a morder el anzuelo.

—Me alegra ver que estamos de acuerdo. —Se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los talones, los labios fruncidos y los ojos implacables.

¿Adónde quiere llegar?

Asiento para esperarlo, porque definitivamente no estamos en la misma página.

—Trajiste a una de tus... *putas* a trabajar contigo —dice, con un asco tan evidente en su lenguaje corporal como en su voz. Cada músculo de mi cuerpo se tensa. *Esto es lo que la has traído, Cruz.* Una etiqueta que no se merece—. ¿Qué vas a hacer ahora, escribirle afirmaciones de amor en el casco?

—¿Qué te importa? Ya deberías saber que tu desaprobación me ruega que la lleve a todas las carreras de aquí en adelante. —Es curioso cómo en toda esta extraña situación, la desaprobación de mi padre es lo último que esperaba—. Me pediste que dejara de festejar y de avergonzar nuestro nombre. Hice lo que me pediste. Chocante, lo sé. Encontré una chica con la que sentar la cabeza y sorpresa, sorpresa, sigues sin estar contento. —Su mueca me hace sonreír—. ¿Alguna vez te has parado a pensar que quizá tú eres el problema?

Los tendones de su cuello se tensan. *Ah, eso no te gusta, ¿verdad, papá?*

—No es española.

—¿Y?

—Y por la forma en que se viste, está claro que no sabe con quién está saliendo, y que sepas que uso el término a la ligera. O, cómo se reflejará en la familia. *No* tiene el pedigrí propio de un Navarro.

Que. Te. Jodan.

—¿El pedigrí? —Sacudo la cabeza muy despacio mientras aprieto la mandíbula y cierro los puños. Mi cuerpo está agotado, pero mi temperamento está que arde.

¿Quién no es lo bastante bueno para quién?

—Lo último que necesitas es meterle la polla y dejarla embarazada.

Mi ira se convierte en rabia. Normalmente sus palabras no me importan, pero, *joder.*

—Si tuvieras idea de las mujeres *a las que les he metido la polla*, te morirías.

Se le desencaja la mandíbula mientras me mira. Sin duda la crudeza está bien para él, pero no para mí.

—Hijo, estás caminando por una línea peligrosamente delgada cuando se trata de lo que es y no es aceptable en esta familia.

Resoplo.



—¿Cuál es la amenaza? ¿Que me van a repudiar? No es como si pudieras quitarme mi apellido o la sangre que corre por mí.

—No, pero puedo sacarte de cada maldita cosa que es Navarro. —Sus ojos son tan despiadados como su tono. Ambos hacen que el corazón me oprima el pecho. Me duele.

—Puedes quedarte con tu dinero, Papá. Está claro que he hecho de las mías. — Levanto las manos a los lados para decirle que mire dónde estamos.

—El dinero no hace al hombre, Cruz. La sangre lo hace. El apellido lo hace. La herencia lo hace.

—Lo dices como si fuera una amenaza cuando es conmigo con quien cuentas para demostrarle al patriarca que eres digno de ese apellido que blandes como una espada. Debe apestar ser un hombre adulto y necesitar que tu hijo haga el trabajo que tu no pudiste para que se sienta orgulloso de ti. Parecen tus defectos, no los míos.

Asiente, con los labios fruncidos y los ojos encendidos de furia.

—No necesito a mi hijo para que mi padre esté orgulloso de mí. —Sí, lo necesitas—. Pero necesito que mi hijo no me avergüence a mí, ni a él, ni a este maldito nombre con el que fuiste bendecido. Eso es algo que no toleraré.

—¿O si no qué?

Su sonrisa es enrevesada al doblar las comisuras de sus labios.

—Tengo más influencia en esta industria de lo que crees, Cruz. ¿Crees que te han traído aquí por tu propia voluntad? ¿No crees que he movido hilos para traerte aquí? ¿Para mantenerte aquí? —pregunta.

Está lleno de mierda. Primero, yo mismo me gané mi viaje. *Entonces, ¿por qué cosquillean en los recovecos de mi mente recuerdos que me hacen dudar de mí mismo?* Segundo, no morderá la mano que le está dando la tan necesaria aprobación que ansía de mi abuelo. *Pero su rencor es tan fuerte que tal vez lo haría.*

—Tú no tiras de mis hilos. Nadie lo hace.

—Como siempre, y como era de esperar, eres irrespetuoso y miope. Ella no es lo suficientemente buena para un Navarro, simple y llanamente. *Ocúpate del problema o lo haré yo.*



CAPÍTULO 17

Maddix

—P4 es genial, ¿verdad? ¿Por qué parecía que acababa de quedar el último lugar?

Amandine desliza una mirada hacia mí, casi como diciendo que está claro que no conozco lo suficiente a mi novio y no está segura de querer darme la mala noticia.

—P4 es increíble. Está en los puntos. Muchos equipos matarían por quedar cuartos, pero Gravitass es un equipo de primera. Se supone que tenemos que subir al podio. —Hace una pausa momentánea—. Cruz es más duro consigo mismo de lo que podría serlo cualquier crítico. En cada carrera. Cada vuelta. Tiene más talento e instinto en el meñique que la mayoría de los pilotos, pero nunca lo considera suficiente. E incluso cuando termina en primer lugar, hay algo que piensa que podría haber hecho mejor.

Escucho sus palabras, pero me cuesta cuadrar esa descripción con el hombre que he llegado a conocer en el poco tiempo que llevo aquí.

Parece un hombre que se toma todo con humor. Su fama. Su vida. Y yo incorrectamente pensé que *su* carrera también.

¿Pero cómo puede estar disgustado? La carrera fue... estimulante. Emocionante. Nerviosa. Cada vuelta era un emocionante viaje lleno de oohs y aahs y dedos cruzados y músculos tensos mientras le pedía desde mi asiento en el palco de los medios de comunicación que fuera más rápido y, al mismo tiempo, que no se estrellara.

Estoy agotada por la adrenalina de verlo, así que no puedo imaginar cómo se debe sentir.

—Es un perfeccionista en todos los sentidos cuando se trata de carreras. Quiero decir... es un Navarro.

—Bueno, entonces supongo que ahora no sería un buen momento para decirle que ha sido una carrera increíble —digo juguetonamente y sonrío, intentando compensar mi flagrante error.

Amandine se ríe.



—No. Probablemente no. Pero... —Arquea la cabeza de un lado a otro—, probablemente esté a punto de terminar si quieres ir a buscarlo.

—Lo haría. Gracias.

—Lo vi dirigirse hacia allí. —Ella señala—. Probablemente en su suite de conductor.

—Gracias. Por todo lo de este fin de semana —le digo y le aprieto la mano—. Seguro que te alegras de librarte de mí y de mis interminables preguntas.

—Ha sido un placer. ¿Nos vemos en la próxima carrera?

—Um, sí. Claro. —Me sorprende la pregunta—. Depende de mi horario.

—Espero que funcione para que puedas estar aquí. Ha sido divertido.

—Lo fue.

Avanzo por el pasillo hacia la parte trasera del complejo. El personal está recogiendo lentamente sus cosas, porque si mi curso acelerado de F1 era correcto, todo este lugar estará desmantelado y en marcha en las próximas cuarenta y ocho horas.

Estoy preocupada pensando en la enormidad de todo esto cuando oigo la voz de Cruz. Es la primera vez que lo oigo hablar en su lengua materna. Su acento es marcado y hermoso.

Y enfadado.

Mis años de español en el instituto, viviendo en Texas, y un trabajo en el instituto donde tuve que practicarlo para hablarlo, dan sus frutos ahora. Realmente puedo entender lo que se dice entre los dos.

—Tú no tiras de mis hilos. Nadie lo hace.

Doy un paso adelante, pensando que la conversación no es gran cosa, pero vacilo cuando me asomo a la puerta parcialmente abierta que tengo delante. Cruz está de espaldas a mí y el hombre que ahora sé que es su padre, Dominic Navarro, mira en mi dirección. Hay una puerta cerrada a su espalda, así que dudo mucho, por el tono de su voz y la expresión de la cara de su padre, que se den cuenta de que esta puerta está abierta y que otros pueden oír su discusión.

Las fosas nasales de Dominic se agitan mientras cruza los brazos sobre el pecho.

—Ella no es lo suficientemente buena para un Navarro, simple y llanamente. *Ocúpate del problema o lo haré yo.*

No hace falta ser un genio para darse cuenta de quién o de qué está hablando. Antes de que tenga la oportunidad de asimilar las palabras, el significado y el dolor que causan, el siguiente comentario me deja aún más perplejo.

—Eres una patética excusa para un Navarro, Cruz.



¿Cree que su hijo es patético? ¿Es una broma?

Esas palabras me destrozaron si me las dijera mi padre. ¿Cómo es posible que sea el mismo hombre al que he visto presumir de su hijo en las últimas horas? Al que vi atravesar el garaje con su distinguido legado rodeándolo como un aura, y el emblema del equipo de su hijo en la parte delantera derecha de su camiseta polo.

Los hombros de Cruz se hundieron y no necesito verle la cara para saber que la devastación está grabada en sus líneas. ¿Cómo no?

Me muevo y atraigo accidentalmente la atención del mayor de los Navarro porque, cuando vuelvo la vista hacia él, nuestros ojos se cruzan brevemente. En cuestión de segundos, y antes de que Cruz se dé cuenta, Dominic cruza el espacio a grandes zancadas, con ojos llenos de irritación que se cruzan brevemente con los míos, antes de cerrar la puerta con un sonoro golpe.

Sin palabras y con el corazón encogido, lo único que consigo es mirar fijamente la puerta cerrada durante unos instantes.

¿Sucedió de verdad?

Sí.

Sí, así es.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me invade una vergüenza que no debería sentir, pero que igual siento. Una parte de mí quiere abrir la puerta, entrar y preguntarle a Dominic Navarro quién demonios se cree que es. Hay otra parte de mí que sabe que estoy fuera de mi elemento aquí, fuera de mi liga en términos de orden jerárquico. Y luego está la pequeña parte de mí que se pregunta si Cruz está de acuerdo con su padre.

Si él siente lo mismo de mí.

El nudo en mi garganta se hace más grande y la necesidad urgente de salir pitando de allí se apodera de mí.

Debería estar lívida, furiosa, intentando liberarme de los sentimientos de vergüenza que me invadieron al principio —y lo estoy, todas esas cosas—, pero justo cuando estoy a punto de salir corriendo, me doy cuenta.

Cruz.

Él es el que está lidiando con este abuso. Y sí, es abuso.

¿Por qué lo soporta?

¿Por qué no manda a su padre al infierno?

Es a él a quien esas palabras hieren más que a mí. Él es el que me preocupa y quiero alcanzar y abrazar.

Dominic Navarro no es nadie para mí. Seguro que sus palabras me han dolido, y sin duda su rechazo descarado me afectará de lleno cuando se me pase el shock y



el agotamiento me golpee, pero de nuevo, en el esquema de las cosas, no es relevante.

Pero tengo la sensación de que lo es todo para Cruz.

Totalmente incómoda y sin saber qué hacer, me dirijo a la habitación donde he guardado mis cosas durante el día. Mi único pensamiento es largarme de aquí. Dominic es la última persona con la que quiero encontrarme cara a cara, especialmente tan cerca.

Recojo mi portátil y mis pertenencias y las meto en mi bolso. Nunca en mi vida mis padres me habían hablado así. Ni cuando tuve éxito. Ni cuando fracasé. Ni siquiera cuando fui en contra de sus deseos e intenté desplegar mis alas y demostrar mi independencia de ellos.

Me dejan intentarlo y fracasar. Me dejan intentarlo y tener éxito. Me dejaron crecer y aprender. Y en todos y cada uno de los casos, estuvieron a mi lado animándome. O se pusieron detrás de mí para que yo supiera que estaban ahí, sabiendo que querían que viera que podía hacerlo por mí misma.

Nunca menospreciaron ni regañaron. Nunca dijeron *te lo dije* cuando tenían todo el derecho a hacerlo.

No puedo imaginarme cómo me habría sentido si me hubieran dicho palabras parecidas a las de Dominic Navarro. Estaría destrozada. Devastada.

«Ella no es lo suficientemente buena para un Navarro, simple y llanamente. Ocupate del problema o lo haré yo.»

Sus palabras me golpean de nuevo y me detengo mientras miro alrededor del pequeño espacio. Está claro que Cruz y lo que le motiva son mucho más de lo que parece.

O lo retiene.

El profundo murmullo de la voz de Dominic flota por el pasillo. Es ligera y despreocupada —falsa como la mierda— para quienquiera que esté hablando, pero no puedo quitarme de la cabeza el tono de hace unos minutos.

Necesito aire fresco. Necesito espacio. Necesito alejarme de este mundo que de repente me parece claustrofóbico. De repente, frenética, me dirijo hacia la salida trasera del edificio, abro la puerta, y entonces mis pies vacilan. Cruz está justo al otro lado de la puerta. Tiene las manos apoyadas en la pared y la cabeza gacha. Tiene los ojos cerrados y respira lenta y pausadamente.

El recuerdo de la primera vez que nos vimos me golpea. Entonces sentía que sabía qué hacer y cómo ofrecerle ayuda. ¿Y ahora? ¿Ahora que lo conozco mejor? Dudo por un sentimiento de impotencia como nunca he conocido.

—Cruz —digo en voz baja, pero cuando alargo la mano para ponerla en su hombro, aparta su cuerpo de mi contacto y gira hacia mí.



—No lo hagas. Por favor —me dice cuando estamos cara a cara, con los ojos enfrentados y la incertidumbre arremolinándose. Emanan de él todas las emociones imaginables: dolor, pena, ira... pero es el aislamiento que acecha en el fondo de sus ojos lo que me revuelve las tripas—. No lo hagas, joder. —Cada sílaba es dolorosa.

Bajo la mano lentamente y quiero que sienta la compasión en mis ojos. Una compasión que, por lo que parece, no está acostumbrado a recibir.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunto, eligiendo mis palabras con cuidado.

Su mandíbula se tensa.

—Nada. Estoy bien. —Traga con fuerza—. Haré que un coche del equipo te lleve de vuelta al hotel.

—Cruz... ¿Podrías al menos hablar conmigo? Dime...

—No hay nada de qué hablar —dice bruscamente, con los hombros erguidos y la determinación por delante.

—¿No vas a volver conmigo?

—No me quieres cerca de ti en este momento. Nadie me quiere. —Escupe las palabras como si se las creyera, y eso es casi peor que el dolor en sus ojos.

—Podemos ir a dar una vuelta. Podemos...

—No necesito mimos, Hart. No de ti. Ni de nadie. —Aprieta la mandíbula como si se contuviera para no decir mucho más—. Sólo... vete.

Nuestras miradas se sostienen, intercambiamos palabras sin hablar. Necesita espacio. Yo necesito dárselo. Y sin embargo, cada parte de mí lucha con dejar ir a este hombre que apenas conozco.

—He dicho que te vayas —repite—. Por favor.

El quiebre en su voz me mata.

—De acuerdo. Claro.

Y, por supuesto, Dominic Navarro está charlando despreocupadamente y riéndose con el ingeniero de carrera mientras salgo de la huella del paddock de Gravitas.

Siendo la persona cordial y acogedora que vi todo el día —excepto cuando hablaba con su hijo.

Nuestras miradas se cruzan, pero esta vez no miro hacia otro lado. Esta vez le devuelvo la mirada antes de sacudir ligeramente la cabeza y dirigirme a la salida.

Bastardo.

El paddock sigue siendo una ciudad bulliciosa que me permite perderme en su ajetreo mientras me dirijo hacia el torniquete. Espero que el caos posterior a la carrera me permita mezclarme con todo el mundo, pero los repentinos gritos de mi



nombre en el momento en que estoy en los límites de sus confines, me dicen que estaba equivocada.

«Maddix, ¿cómo se conocieron Cruz y tú?»

«¿Va en serio su relación?»

«Se rumorea que están comprometidos. ¿Es cierto?»

Las preguntas me golpean una tras otra, rápidas como balas. Estoy nerviosa y desarmada. No sé cómo abrimme paso entre el mar de gente y llegar hasta el conductor del equipo que me espera.

Justo cuando el nerviosismo se convierte en pánico, aparece un hombre vestido con el uniforme de Gravitas y me aleja de la locura para llevarme a su coche. No respiro aliviada hasta que el coche sale rodando del aparcamiento.

Me voy de Zandvoort tan diferente de lo que esperaba. A Cruz le gusta llamarme ingenua. A mí me gusta llamarme optimista. Pero, por alguna razón, había imaginado que Cruz y yo nos íbamos juntos, listos para celebrar una gran carrera, antes de hacer las maletas y marcharnos a donde fuera.

En cambio, estoy sola. Confundida. Y cuestionando si esto resultará como Kevin quiere.

Tengo la sensación de que hay mucho más en juego aquí para Cruz de lo que Kevin nunca supo.



CAPÍTULO 18

Maddix

Empieza la claustrofobia.

De la que no se puede escapar caminando fuera del hotel, porque los fans han descubierto desde entonces que este es el hogar de todo el equipo Gravitax y han acampado esperando el regreso de Nico y Cruz. Un último vistazo a sus ídolos antes de que se trasladen a la siguiente ciudad del circuito.

Sin duda, sus publicaciones en las redes sociales, cuando los corredores las vean, serán halagadoras. A diferencia de las imágenes más que circulan por Internet. Con el cabello alborotado y los ojos muy abiertos mientras intento abrirme paso entre la multitud para llegar al coche del equipo. Las que he visto hasta ahora me muestran exhausta, irritada y como una completa zorra.

De acuerdo, puedo ser las tres cosas, pero esa es la última imagen que quiero dar al público.

Los pies de foto y los comentarios debajo de los posts que he estudiado sólo sirven para reforzar los comentarios de mierda que Dominic hizo antes sobre mí. Mi falta de pedigrí. Mis defectos para ser la novia potencial de Cruz.

Y la verdad sea dicha, cuanto más miro por la ventana mientras espero aquí sentada a que Cruz responda a mis mensajes, más espacio dejo que se coma todo este ruido hasta que me pongo nerviosa y empiezo a alimentar mis propias inseguridades que rivalizan con las críticas. En una pecera, las cosas sólo pueden seguir dando vueltas y vueltas hasta que eso es todo lo que ves y oyes.

Hasta que te sientas asfixiada.

La azotea.

No sé por qué no se me había ocurrido antes. El comentario de Cruz de que es donde va cuando necesita un descanso. Pero ahora me doy cuenta y en unos minutos estoy en el ascensor y poco después empujando la pesada puerta exterior.

Siento un alivio inmediato al saber que puedo estar aquí y no ser vista. Que puedo moverme sin que me hagan una foto o tener una expresión sin que se malinterprete.



Libertad.

Llevo poco tiempo en esto de la vida pública, pero poder estar fuera sin que me miren me proporciona una extraña sensación de alivio que antes no habría necesitado.

Observo la especie de patio exterior. En esta noche sin luna, está bañado por la oscuridad. Aquí arriba hay muebles de jardín, por lo que puedo ver, ya que la cubierta de celosía proyecta una sombra aún más oscura sobre sus recovecos.

Me acerco a su borde, la mampara de cristal que impide que el viento penetre en el patio y que sus ocupantes se caigan. La brisa es suave mientras los débiles sonidos de la ciudad nocturna suben a mi encuentro.

—No saltes.

Pero lo hago. *Salto* al oír la voz de Cruz y me doy la vuelta para verlo justo debajo de la cubierta. Son sus zapatillas blancas y el brillo de la botella de cristal en su mano los que me permiten encontrarlo.

—Jesús. Me has asustado.

—Tardaste bastante en encontrarme. —Se ríe entre dientes y lo único que necesito oír es que él también se está escapando.

Aunque tengo la sensación de que se escapa mucho más que yo.

—Estás borracho.

—Ding, ding, ding, tenemos un ganador. —Se acerca a mí mientras levanta las manos—. ¿Cómo lo has adivinado? ¿Fue la botella? ¿Las palabras arrastradas? ¿O eres tan jodidamente brillante que no puedes imaginar por qué estoy enfadado?

—No seas imbécil.

—¿Imbécil? Soy un borracho feliz, Madds. Mientras pueda beber más.

—Aquí estaba enviándote mensajes, preocupándome por ti... poniéndome frenética con cada minuto que no respondías y...

—Soy un niño grande. Nadie te pidió que te preocuparas por mí.

—Y tú aquí emborrachándote todo este tiempo —le digo, ignorando su comentario frívolo para no cabrearme aún más.

Porque tiene razón. Él no pidió que lo cuidaran ni que se preocuparan por él... y sin embargo yo sí. *Lo estoy.*

—¿Preferirías que lo hubiera hecho en público porque no tengo ningún problema con eso? De hecho, se me da bastante bien, pero tengo la sensación de que el bueno de Kevy-Kev podría tener algún problema al respecto. Verás... —Esboza una sonrisa bobalicona—, puedo mostrar crecimiento. Puedo seguir instrucciones. Puedo ser una buena mascota.

—Tengo la sensación de que esto no tiene nada que ver con Kevin.



Bebe un sorbo directamente de la botella y sisea ante el ardor. Al menos no está tan borracho como para ser inmune.

—Me alegro por ti. Me alegro de que tengas sentimientos.

Ah, así es como vamos a jugar a esto.

—Me dejaste sola en un país extraño para ir a emborracharte.

—La última vez que lo comprobé, no soy tu puta niñera.

—Genial. Perfecto. No una niñera, *pero sí un idiota*.

—Nunca pretendí ser diferente. —Se apoya en un poste que sostiene la celosía. Hay desafío en sus ojos. Una necesidad de lucha.

—No contestaste mis mensajes. Estaba preocupada.

—De nuevo, no te pedí que te preocuparas. No estoy obligado a hacer una mierda. —Sacude la cabeza—. Oh. Espera. Culpa *mía*. Supongo que eso es lo que haría un novio. Supongo que eso sólo sirve para probar que no soy material para una relación.

—O simplemente demuestra que no tengo el pedigrí adecuado para merecer una respuesta.

—Ah, ¿hablas español? —dice uniformemente. *Hablas español*.

—Lo suficiente como para captar lo esencial de lo que se decía, sí.

Nuestras miradas se sostienen.

—¿Y no pensaste que era lo suficientemente pertinente como para decírmelo en los últimos días?

—¿Hubiera importado? —contesto—. ¿Habría subido mi nivel de pedigrí?

El músculo pulsa en la mandíbula de Cruz mientras mi mezquindad brilla. *Joder*. No se suponía que el comentario sobre el pedigrí se convirtiera en palabras en mis labios. Pero ya está dicho y no puedo retractarme. Lo que sea que esté molestando a Cruz claramente no tiene que ver conmigo... y aun así hice que lo fuera porque sí, estoy herida. Sí, soy humana. Sí, no soy inmune a que no me tengan en cuenta.

Y sí, no le oí decir ni una sola palabra para defenderme.

Creo que eso es lo que más escuece.

—Olvida lo que he dicho —le digo—. Son sólo palabras.

Cruz se me queda mirando con una intensidad y un millón de palabras cargadas en esos ojos suyos que tengo la sensación de que nunca dirá.

—Bienvenida al Club Navarro —exclama con los brazos extendidos y chorreando sarcasmo.

—¿Qué demonios significa eso?



Ladea la cabeza y extiende la mano para tocarme la mejilla. Es una acción totalmente inesperada que me hace contener la respiración y volver a poner el corazón bajo llave.

Bésame.

Es el pensamiento más estúpido y egoísta y, sin embargo, se repite una y otra vez.

Se supone que no debería quererlo. Es un jugador que ya ha jugado conmigo en cierto sentido, y sin embargo hay una vulnerabilidad en él en este momento que me hace ver al hombre que creo que puede ser. El hombre que realmente me gusta. El hombre que vislumbro de vez en cuando.

Y ahora sólo digo locuras. Debe ser la nube de la noche o las emociones del día, pero Cruz Navarro ya ha repartido sus cartas cuando se trata de mí, y esa mano fue un fracaso.

Su nuez de Adán se balancea y una suave sonrisa se dibuja en sus labios mientras su pulgar roza mi labio inferior.

El momento se siente bien y mal y todo lo que hay en medio.

Mi cuerpo palpita con una necesidad que no creo haber sentido antes. Saber cómo se siente. A qué sabe. Cómo puede hacer sentir mi cuerpo.

—Cruz. —Su nombre es un susurro en mis labios. Una sola palabra mezclada con la confusión y el deseo que se agitan en mi cuerpo.

Hay tanto en sus ojos que no puedo descifrarlo, pero quiero hacerlo. Y justo cuando pienso que podría ablandarse, que podría dejarme entrar, que podría sustituir la yema de su pulgar por la suavidad de sus labios, suelta la mano y se aleja bruscamente, dándome la espalda.

Se aclara la garganta. El rechazo corroe el dolor que aún me hierve por dentro.

—Si te sirve de algo, mi padre está decepcionado conmigo y se desquita con lo único que cree que puede *controlar*: tú. Pero no puede.

Y, sin embargo, el agujón permanece. De él. De su padre. De toda esta maldita noche.

No se trata de ti, Maddix.

—No lo entiendo. ¿Por qué demonios tiene que estar decepcionado? Eres uno de los mejores pilotos del mundo. Un éxito en muchos sentidos. Yo diría que eso es bastante impresionante.

—Ajá. —Es la única respuesta que me da mientras me devuelve la mirada, con el arrepentimiento nadando en sus ojos, antes de alejarse aún más de mí y acercarse al borde del patio. Es una silueta llamativa, casi inquietante, con las luces de la ciudad más allá y él bañado en la oscuridad. Hay una tristeza en él a la que no estoy acostumbrada. Un retraimiento.



—Estoy aquí si quieres hablar de ello —digo en voz baja.

—Lo mío son las azoteas. —Apenas saco mi risita de confusión antes de que siga cambiando de tema—. Cuanto más alto, mejor.

—¿Debería preocuparme esa preferencia? —Intento añadir algo de frivolidad.

—A veces sólo necesitas un minuto, ¿sabes? Donde puedas ir y simplemente... ser.

—Lo entiendo —murmuro las palabras más para hacerle saber que le escucho, pero casi me da miedo hablar porque por fin está hablando. No quiero que vuelva a encerrarse en sí mismo.

—Vives tu vida bajo un escrutinio constante, a veces necesitas la distancia para reiniciar tu mierda.

—Pensé que disfrutabas del protagonismo. La atención.

Se toma su tiempo para responder. Tengo la sensación de que no está cien por ciento seguro de saber cómo hacerlo.

—Si así quieres llamarlo. No me inquieta si eso es lo que insinúas.

—Creciste con ello. Probablemente no te lo piensas dos veces.

—Crecí como un Navarro donde no tuve elección. Eso y que no me importa una mierda.

—¿Qué significa eso?

—¿La parte de no me importa una mierda? —Me mira con una sonrisa mucho más melancólica que otra cosa.

—La parte de Navarro.

—Mi familia lo es todo. Es lo que soy. Es el talento que me han dado y las oportunidades que me han brindado. Mi abuelo, mi patriarca, es la única persona a la que he idolatrado. Es el único hombre al que he querido emular. Tengo que agradecersele a mi padre. Y también tengo que odiarlo por ello.

—¿Qué...?

—Mira, me enfrento a más escrutinio antes de tomarme mi taza de café matutino, así que ¿a quién le importa si las cámaras me pillan bebiendo o pasándolo bien? —dice, casi como si acabara de resbalar con esa pequeña admisión y estuviera intentando encubrirlo de nuevo—. ¿Por qué iba a molestarme que escribieran sobre las mujeres con las que salgo o las hazañas que tengo? Eso es una gota en el mar con la presión que me impongo a mí mismo.

Ni siquiera sé cómo responder a eso. Aquí estoy perdiendo la cabeza con que mi nombre esté ligado al suyo, cuando él vive bajo la lupa cada segundo de cada día.



—Lo siento. —Es lo único que se me ocurre decir, pero se ríe y vuelve a meterse bajo la celosía. Poco después se oye el chapoteo del alcohol en la botella cuando se la lleva a los labios.

—No quiero tu compasión, Hart. Lo que sí quiero es un poco de paz y tranquilidad. A solas.

—¿Estás seguro de que es una buena idea...

—Es hora de que vuelvas a la habitación y dejes que mi botella sea mi compañía. No hace preguntas y no me obliga a responderlas.

—Cruz ...

—Sólo dame esto. Por esta noche. Estaré bien. Sólo necesito trabajar en algo de esa mierda de la que hablaba. —Toma un trago—. Mañana, nos vamos a casa a Mónaco.

Avanzo hacia él y nos miramos fijamente a través de la oscuridad. Me duele alejarme, darle lo que me pide, pero tampoco tengo la menor idea de qué hacer o decirle.

¿Los artículos que leí sobre un clan Navarro unido e impenetrable? Empiezo a pensar que son tan falsos como esta relación que tenemos.

Lo que he visto hoy ha sido un repudio brutal... y está claro que no es la primera vez si Cruz tiene un mecanismo de defensa incorporado.

Pero ¿qué es lo que más me preocupa?

Como todos los castillos de arena, tienen la capacidad de deshacerse.



CAPÍTULO 19

Cruz

Duerme.

No me deslizo bajo las sábanas hasta la cama junto a ella. No me atrevo a tentarme con todo lo que ella es cuando daría cualquier cosa por perderme en ella ahora mismo. Cuando el alcohol está embotando mi sensibilidad y mi moderación.

¿No ha sido ese el puto problema desde la otra noche?

Dios, ¿sólo han pasado unas pocas noches? Se siente como si, joder, desde que tomé una por el equipo, le permití salvar la cara actuando como si el sexo que tuvimos no hubiera sacudido mi puto mundo. Como si no estuviera allí de pie viéndola ponerse colorada porque estaba avergonzada de lo que hicimos.

Dijo que era un error.

Culpó al alcohol y dijo que no puede volver a ocurrir.

Me rogó que entendiera que ella no es ese tipo de chica.

Que sólo era sexo.

¿Cuántas veces me he dicho lo mismo desde entonces? ¿He intentado convencerme? ¿Y por qué he pensado en ello más de lo que debería?

«Estás distraído y se notó... Un buen comienzo sería que te deshicieras de ella.»

Tengo que reconocerlo. Tenía razón en eso.

Ha sido una maldita tortura. Mirar sus labios mientras me habla. Ver la curva de su culo en esos diminutos pantalones cortos que lleva. Deslizarme en la cama, sabiendo que está a mi alcance, recordando lo buena que es.

He mantenido las distancias. Lo he intentado todo lo posible cuando estás viviendo con alguien. Llené mi cabeza con la fría y dura verdad. Ella nunca será mía. *Nunca* la mereceré. Y francamente, *ella se merece algo mucho mejor que yo*. Se merece un hombre que pueda decirle las cosas que necesita oír. Que pueda tratarla como ella merece ser tratada. No uno que no pueda comprometerse por una mierda debido a la vida que lleva y los problemas de abandono que tiene.

Me encantan esos temas de mamá y papá.



¿Pero no es eso lo que está causando toda la confusión?

¿Desde cuándo a mí, Cruz Navarro, me importan esas mierdas? Me importa el próximo orgasmo. El no aburrirme con la mujer del momento. El buen rato que van a pasar todos.

No me preocupan los sentimientos. Dejo que mi polla piense cuando se trata de mujeres. Y dejo que el alcohol me lleve a la fiesta.

Entonces, ¿por qué me importa esta vez? ¿Por qué Madds es diferente?

Se mueve en sueños. Murmura. Y juro que dice mi nombre. Me tiembla la polla y me duelen las pelotas.

Pasamos mucho tiempo juntos. *Nunca he estado tanto tiempo con una mujer. Nunca.* Ese tiene que ser *el por qué* detrás de todo esto.

Y, sin embargo, no puedo apartar la mirada. Sus labios suaves. Sus pestañas oscuras. Su maldito perfume.

Joder, tío.

Necesito otro trago. Levanto la botella y suspiro. Está vacía, joder.

¿Entonces la única razón por la que la habitación da vueltas es por la mujer que tengo delante?

Apoyo la cabeza en la silla.

Estás distraído y se te nota.

Un buen comienzo sería que te deshicieras de ella.

Que. Se. Joda. Que se joda él.

Puede que esté distraído, Papá, pero no me desharé de ella.

Tu comentario, tu orden, acaban de asegurarlo, joder.



CAPÍTULO 20

Cruz

—¿Estamos listos para...? —Dejo que mi voz se interrumpa mientras cierro la puerta de la habitación del hotel cuando oigo la voz de Maddix desde la puerta abierta del balcón.

—Estoy bien. No es para tanto. —Hace una pausa, pero no soy tan idiota como para que, por su tono, no sepa que algo va mal—. Son sólo palabras, mamá. —Un suspiro—. Sí. Palabras e imágenes. No es que no lo supiera, pero gracias.

Dejo en el suelo el café que le he traído y me quedo atrás, entrando claramente en una conversación. Una por la que siento más que curiosidad.

—Te lo dije. Estoy bien. Estamos bien. —Maddix se mueve ahora para que pueda verla. Lleva uno de esos ajustados leggings negros que le abrazan el culo y una camiseta de tirantes que sin duda hace lo mismo con sus tetas.

Joder. Sí. No voy a mentir. Ese es mi atuendo favorito de ella.

—No me importa si Michael te llama. No estoy obligada a contestarle el teléfono cuando llama. Ni tú tampoco. Por lo que parece, él es una de las fuentes *anónimas*, así que... *no*, no le debo nada. —Se queda callada, con la cabeza gacha mientras asiente. *¿Qué coño ha hecho Michael?*—. No te estaba mintiendo, mamá. Las cosas simplemente... ocurrieron entre nosotros. Rápidamente. Y *ahora... ahora todo esto*. —Emite un sonido en acuerdo a cualquier cosa que su madre diga—. Supongo que es normal. Es sólo que no estoy acostumbrada.

Echo un vistazo a la habitación del hotel. Las maletas de Maddix ya están hechas y ubicadas junto a las mías. Ha recogido las botellas de agua medio vacías que dejamos por ahí y las ha apilado en la papelera junto al escritorio, donde tiene abierto el portátil. El edredón está levantado sobre la cama y todas las toallas de baño están amontonadas en el suelo.

La siempre eficiente Maddix Hart, damas y caballeros, está lista para la salida.

—Te lo prometo. Sí. —Mira por encima de su hombro y me ve y duda—. Mira. Me tengo que ir. Nos dirigimos al aeropuerto. Sí. Mónaco. —Otro murmullo—. Por favor, no te preocupes. Te lo prometo. Yo también te quiero.

Entra en la habitación, su cara es una máscara de indiferencia cuando habla.



—Estás aquí. —Las palabras son tan rígidas como su postura.

Al parecer, el gilipollas soy yo. Esto está empezando a convertirse en una cosa regular, y yo no soy un jodido fan de esta.

—Sí. —Levanto el café, una especie de disculpa, y me acerco a ella mientras me mira—. Para ti.

—¿Siquiera dormiste en la cama?

¿Acaso importa? Esa es mi respuesta instintiva. Mi disgusto por ser controlado.

Y entonces, a través del acero de sus ojos, veo una pausa. Veo un atisbo de preocupación antes de que vuelva a ponerse en guardia.

Joder. Estaba realmente preocupada. Lo de anoche no fue sólo por el espectáculo. Mira quién es el gilipollas... *otra vez*.

—No podía dormir. —Miro hacia la silla en la que me senté, luchando contra cada impulso hasta que tuve que ganar más espacio antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepentiríamos. *Otra vez*—. Así que caminé durante horas. Traje café.

Ella mira el suyo, pero sigue sin dar un sorbo.

—Así de fácil. Puedes beber como lo hiciste y... —Chasquea los dedos—, ¿estás perfectamente bien?

—He practicado mucho.

—Esto no es jodidamente gracioso, Cruz.

—¿Qué? La carrera había terminado. Mi trabajo estaba hecho. Tengo un comodín. Un día para relajarme. ¿Vas a romperme las pelotas o qué porque tengo suficiente gente haciendo eso?

—No lo entiendes. —Su voz se suaviza momentáneamente, e inmediatamente enderezo los hombros. Nada de esa mierda.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo.

—Estaba preocupada por ti. Toda la noche en una azotea mientras estabas borracho.

Una sensación extraña me golpea el pecho. Una tan extraña como yo durmiendo en la misma cama con una mujer durante seis noches seguidas.

—¿Por eso estás enfadada? ¿Porque te preocupé?

—No. —Suspira pesadamente, va a recoger su café y lo deja en el escritorio sin beberse, casi por principio. Algo así como una negativa a aceptar mi rama de olivo de una disculpa.

—Entonces, ¿por qué? ¿Porque puse demasiado azúcar en tu café? Dame una pista, Madds, porque sólo hay lugar para que uno de nosotros esté de mal humor en esta situación de falareja, y odio decírtelo, pero voy a ser yo.



—¿Falareja?

Bueno, al menos conseguí que la confusión sustituyera a su ira por un segundo.

—Falsa pareja. —Le sonrío. Suele convencerla, pero cuando vuelvo a mirarla a los ojos, no creo que haya cambiado nada.

Por Dios. Lo que sea que le dije anoche debe haber sido malo si aún se aferra a su enojo.

Pero qué era, porque desde donde estoy sentado, recuerdo casi todo.

—¿Ni siquiera un atisbo de sonrisa en eso, Hart? Maldita sea. Público duro.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿No entiendo qué? ¿Por qué te has levantado tan amargada? No, no lo entiendo. Hemos sobrevivido viviendo juntos hasta ahora sin ningún problema monumental. —Bajo mi taza con fuerza al lado de la suya que aún está sobre el escritorio—. Sí. Vamos equipo. —Levanto el puño—. Bueno, a menos que llames a esto un problema. Quiero decir, ¿es nuestra primera pelea como pareja? ¿Deberíamos tomarnos una selfie para documentarlo para que todos lo vean ya que aparentemente, tenemos que documentarlo todo?

—No. No puedes hacer esto.

Y esto, amigos, es por lo que no tengo novia. Follamos. Me voy. Y nada de esta inane conversación de ida y vuelta que no tiene ningún puto sentido.

Escúpelo y acabemos de una vez. *Cristo*.

—¿Hacer qué?

—No darle importancia a esto. Intentar salirte con la tuya. No puedes estar como estabas anoche y luego estar así esta mañana. —Sus dientes rechinan—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo qué?

Me hace un gesto.

—Así.

—No puedo evitar que seas sexy cuando te enfadas.

Por el ceño fruncido, probablemente no debería haber dicho eso.

—Cruz. —Déjalo ya. No eres sólo tú en esto, y sigues pareciendo olvidarlo.

—Así que *estamos* teniendo nuestra primera pelea, entonces. De acuerdo. Entendido. Porque que yo necesite espacio y tú me lo des, parece algo muy estúpido por lo que pelearse. Especialmente cuando tenemos el jet en la pista, un nuevo lugar a donde ir, y un plan de vuelo archivado para llevarnos allí.

—El clásico Cruz, joder. Vamos a barrer todo debajo de la alfombra, ¿de acuerdo? Parece que eres muy bueno en eso. En decir lo tuyo y ser tan egoísta como



para pensar que nadie más merece decir lo suyo. Bueno, yo estoy aquí y soy parte de este jodido plan como tú, así que respeta el hecho de que mi puta voz también importa.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. ¿Qué coño pasa? Y sí, a la manera clásica del jodido Cruz, voy a reaccionar como el gilipollas egoísta y sarcástico que soy.

—No sabía que me conocieras lo suficiente como para saber lo que meto o no debajo de la alfombra, pero por supuesto. —Muevo las manos como si el suelo fuera suyo—. Por favor, practica tu licenciatura en psicología conmigo.

—Ahora sólo estás siendo un gilipollas.

—Bingo. ¿Te acabas de dar cuenta?

—¿Alguna vez piensas en alguien más aparte de ti mismo? —De repente, sus ojos se llenan de lágrimas y el pánico se apodera de mí. No se me dan bien las lágrimas. Nunca. Gracias a Dios que las aparta.

—¿Hay algo que no me estás diciendo, Madds? —Mi voz es más suave esta vez. Indagadora—. ¿Algo que debería saber?

Traga saliva y me preparo para que se abran las compuertas. Unas que, por mi vida, desearía que permanecieran cerradas con candado.

—Estoy recibiendo llamadas a diestra y siniestra. De mi madre. De Kevin. ¿Estoy bien? ¿Estamos bien? —Su voz se intensifica con cada sílaba—. Que haga mi trabajo. Que lo haga mejor. Cada jodida persona me destroza. Todo, todo. Y luego está el... —Extiende la mano como si eso lo explicara todo, y ahora estoy más jodidamente confuso.

—Maddix. —Rodeo la mesa, me coloco detrás de ella y le pongo una mano en el hombro—. ¿Qué es lo que pasa? No puedo arreglarlo si no sé qué arreglar.

—No tiene arreglo. ¿No lo ves?

Pero es entonces cuando lo veo. Lo que estaba señalando. La pantalla de su portátil. Las imágenes. Los titulares. Las putas palabras hirientes. La mierda mezquina.

Las palabras de mi padre vuelven a mí. Las que ahora sé que escuchó. Las que he aprendido a desechar, a ignorar, a dejar que me coman hasta que beba lo suficiente para que no lo hagan... pero, joder. Vuelvo a verlas. Añado sus palabras combinadas con estos titulares y... joder.

De trapos tejanos a riquezas en la F1. Llega a la cima abriendo las piernas.

La actitud caritativa de Navarro llevada demasiado lejos.

¿Qué sabe Cruz Navarro que nosotros no sepamos?

Cada titular es degradante. Cada uno desprecia a Maddix de alguna manera. En cada uno de ellos aparece una foto poco favorecedora de ella, cortesía de los



paparazzi, que toman una ración de fotos y utilizan la que mejor se ajusta a su narrativa.

Me inclino y hago clic en el último. *Problemas en el paraíso: Ella no puede darle lo que necesita.* Esta es la imagen que se repite una y otra vez. La que se manipula para que encaje en la historia. Es cuando ella se acercó a mí ayer después de la carrera. Cuando trató de consolarme y yo le retiré el brazo.

No quería que me tocaran. Que me calmaran. Es lo último que merecía de ella. Todo lo que ha sido es amable conmigo y el imbécil de mi padre la denigra como hace con todos los demás.

Eso es lo que sé que es verdad, pero por lo que se ve en los artículos, los medios lo interpretaron como una pelea. Como que yo estaba furioso con ella. Como Madds pidiendo demasiado y yo harto de dárselo.

Crueldad.

Todos y cada uno de los malditos artículos son cortantes. Los comentarios anónimos de los guerreros del teclado son aún peores. No debería importarme. Las mentiras y los rumores y toda la mierda vienen con esta carrera, vienen con el centro de atención... y, sin embargo, una mirada a Maddix y puedo ver el peaje que ya se ha cobrado en ella.

—Es todo mentira, Maddix. Tú lo sabes y yo lo sé.

—¿Se supone que eso lo hace más fácil? Mis padres lo están viendo y se preguntan qué demonios está pasando. Están muy preocupados por mí y amenazan con tomar vuelos que no se pueden permitir. Kevin me ha llamado, diciéndome que no estoy haciendo bien mi trabajo porque parece que estamos a punto de romper.

Maldito Kevin. ¿La preocupación de sus padres? Eso es bien fundado y esperado. ¿Pero su jefe? Lo único que le importa son sus ingresos.

¿Fui yo quien la alejó y él le echa la culpa? Ella es una maldita extraña para mí y él lo sabe. Qué bastardo.

Y entonces recuerdo su llamada telefónica.

«No me importa si Michael te llama. No estoy obligada a contestarle el teléfono cuando llama. Ni tú tampoco. Por lo que parece, él es una de las fuentes anónimas así que... no, no le debo nada.»

—¿Y Michael?

Su gesto de dolor me golpea de la forma más extraña. ¿Es porque me pregunto si todavía se preocupa por él cuando no debería o es porque él hizo algo que la hirió?

Ambas me cabrean.

Su encogimiento de hombros confirma una de las dos y no estoy seguro de cuál.

—Algunos artículos lo citan, pero... no sé si realmente haría algo así.



—Es increíble lo que el dinero hace hacer a la gente. —Vendería la historia por dinero. *Sin duda*. Dejó que se fuera sin luchar después de todo—. ¿Así que es eso? ¿Por eso estás molesta?

Por la expresión de su cara, esa no era la forma correcta de decirlo.

—¿Por qué estoy molesta? —La uniformidad de su voz es casi diez veces más difícil de escuchar que si me estuviera gritando—. Ayer me echaste a los lobos. Esta situación es para ti, para que consigas tu trato de mil millones de dólares. No es para mí. Estoy en *tu mundo*, en *tu pecera*, para *ti* y *tu beneficio*, y cuando ayer me dijiste que abandonara el recinto sin ti, me dejaste a mi suerte con los medios. Mírame. —Apunta la mano al ordenador—. Estoy lejos de estar indefensa, pero este es tu reino. Aquí es donde se suponía que tenías que intervenir y decirme cómo manejarlo. En lugar de eso, parezco una zorra en estas fotos. Estaba nerviosa y abrumada por los flashes, las preguntas y las miradas de todo el mundo, y ahora esa persona, esa mujer con pinta de loca que sale en las fotos, es la que está salpicada por todas partes. Así es como me conoce la gente. Como suponen que soy.

Joder. Me restriego una mano por la mandíbula sin afeitarse sabiendo que no hay una maldita cosa en el mundo que pueda hacer para arreglar esto. Ni siquiera puedo retirar todas esas fotos de mierda.

—Tengo cientos de mensajes y peticiones y comentarios desagradables en mis redes sociales de *tus fans*. —Trabaja un trago y menos mal que hace una pausa, porque el quiebre en su voz es un golpe visceral—. Tengo la piel gruesa. Puedo soportar muchas cosas. Pero sigue doliendo. Sigue jodiéndote la cabeza.

—Lo siento, Madds. Lo siento. No hay nada que pueda decir o hacer o...

—Si eso es lo que piensas, ese es la mitad del problema, ¿no? —dice, cerrando el portátil y metiéndolo en su equipaje de mano—. Hazlo mejor. Piensa en alguien más aparte de ti. —Y con esas palabras de despedida, sale por la puerta del hotel.

Deja el café sin tocar. Una sutil indirecta. Un recordatorio de que ella ha hecho cosas mucho mejores por mí, y yo no la he tratado de la misma manera.

La abandoné.

Joder.

Su tratamiento silencioso permanece. Durante el trayecto en coche al aeropuerto. Durante el control previo al vuelo. Durante la charla que mantiene con la tripulación, pero no conmigo. *Menos mal que Lola no elige el día de hoy para mostrar que hemos tonteado*.

Desde detrás de mis gafas de sol, observo a Maddix trabajar en los correos electrónicos en silencio, su expresión cambia con cada palabra que teclea.

Uno es para Kevin. Lo que vi cuando dejó el portátil para ir al baño. Una garantía de que todo iba bien y de que estaba haciendo su trabajo al pie de la letra, como él le había indicado. Un sutil "*vete a la mierda*" por ponerla en esta situación.



Responde a los mensajes. Algunos con una suave sonrisa. Otros con una mueca agrídulce. Otros, con una mirada francamente dolida.

Se toma el tiempo que me ignora para ponerse al día o comprobar con los de su vida. Una vida que supongo que nunca consideré que ella se empacó y dejó por esto. ¿Para ayudarme a hacer una fortuna mientras ella consigue qué a cambio? ¿Ser rastrillada sobre las malditas brasas? ¿Ser degradada por el público y menospreciada por mi padre?

¿La defendí? ¿Le dije que se fuera al infierno?

¿Cuál es el problema? No me acuerdo. Estoy tan acostumbrado a pasar de todo lo que dice que no puedo recordarlo.

Y cuando termina su correspondencia, en lugar de mantener una conversación conmigo, se duerme. La elevación lenta y uniforme de su pecho. El mechón de cabello que cae sobre su mejilla. La forma en que se mueve cada pocos minutos cuando su cabeza se desliza hacia abajo en una posición incómoda antes de volver a levantarse cuando intenta ponerse en una posición más cómoda.

No puedo apartar la mirada. Lo intento. Tengo correos electrónicos que responder. Tengo mensajes de texto que responder. Tengo una vida que controlar y, sin embargo, lo único que mantiene mi interés está sentado frente a mí.

Igual que esta mañana. Pero la diferencia entre anoche y ahora mismo es una cosa: la puta culpa.

Es una emoción inútil que nunca siento y sin embargo aquí estoy, sentado aquí sintiéndola cuando se trata de Madds. *Otra vez.*

Esta mierda tiene que parar. Y parar rápido.

Veo mujeres. Me acuesto con mujeres. Nos vamos. No me preocupa lo que la prensa publica sobre ellas porque quieren que se publique. Quieren la notoriedad que viene con estar conmigo.

Pero no Maddix.

Joder, tío.

Su cabeza vuelve a resbalar y todo su cuerpo se sacude en corrección.

Reacciono sin pensar. Me levanto de mi asiento y me dirijo al lado opuesto de la mesa para sentarme junto a ella.

Murmura cuando la rodeo con el brazo. Se resiste momentáneamente cuando apoyo su cabeza en mi pecho.

Luego se calma y su respiración vuelve a bajar.

Pero me quedo allí sentado mucho rato, con el aroma de su champú en la nariz, las cosquillas de su cabello en la mejilla y el calor de su cuerpo junto al mío.

¿Qué demonios estoy haciendo?



CAPÍTULO 21

Maddix

Papá: Niña. La presión sólo convierte las piedras en diamantes. Brillan y relucen.

Dos cosas me sorprendieron cuando aterrizamos en Mónaco.

El texto de mi padre, un hombre de pocas palabras y aún menos textos. Pero esas doce palabras me saludaron al despertar y provocaron lágrimas de alivio en mis ojos.

La segunda fue despertarme sintiendo un brazo a mi alrededor y un corazón latiendo bajo mi mejilla. Tardé unos instantes en darme cuenta de dónde estaba y sobre quién estaba parcialmente tumbada. Y durante un breve instante, me dejé llevar por la sensación. Su calor. Los latidos de su corazón. La sensación de confort. Su respiración lenta y uniforme mientras dormía.

Era algo que no sabía que necesitaba, que ni siquiera sabía que él podía darme, pero lo hizo sin que yo lo supiera y eso es muy importante para mí.

Y justo antes de que el avión aterrizara, cuando pensó que yo seguía dormida, se escabulló de mi lado, me envolvió en la manta y volvió a su asiento como si nunca hubiera pasado nada.

Era su disculpa. La taza de café de esta mañana, pero a una escala mucho mayor.

¿Y por qué su gesto parece más significativo que cualquier cosa que Michael haya hecho por mí?

Porque está fuera de lugar. Porque lo hizo y no fue para aparentar. De hecho, lo hizo sin pensar que yo sabía que había pasado. Y era algo que realmente necesitaba. Eso significa mucho para mí.

Cálmate, Madds. Fue amable después de que le leyeras el acta de motín. No le des más vueltas.

Sentada a su lado mientras conduce por las sinuosas carreteras que atraviesan las colinas desde el aeropuerto de Niza hasta Mónaco, me concentro en eso.



Sobre el lado blando de Cruz Navarro. Un lado que claramente elige ocultar al mundo. Un lado que me gusta y que espero volver a ver.

Pero todos estos pensamientos se enturbian con el caos virtual que nos rodea. La llamada de mi madre. Los artículos en Internet. La prensa que me revuelve el estómago.

Pero no puedo hacer nada al respecto. Lo que hay en el mundo es irreversible. Lo único que puedo hacer es respirar hondo, relajarme e intentar apreciar lo que me rodea en la medida de lo posible.

Mi nuevo hogar lejos de casa.

—Esto es impresionante —murmuro mientras descendemos hacia Mónaco. Desde lejos, la ciudad parece diminuta en tamaño, pero gigantesca en estatura. Un puerto se mece en su centro con gigantescos yates en hilera tras hilera. Coches deportivos de todas las marcas y modelos circulan a nuestro alrededor y a nuestro lado. Los hoteles y edificios son fastuosos en su exterior y su estatura. Nunca me había sentido como en un plató de cine hasta ahora.

Hay un aire en este lugar. Un aire de opulencia. La sensación de que, miremos donde miremos, el dinero no es un problema y quienquiera que vaya en el lujoso coche deportivo que nos adelanta se va de jet-set a algún lugar exótico.

Espera. ¿No es eso lo que acabo de hacer y no es como el coche en el que estoy?

Pellízquenme.

—No puedo creer que la gente viva aquí de verdad —murmuro, consciente de que parezco una niñita y sin importarme que sea así. Esta es una ciudad de ensueño para muchos, y yo me quedo aquí. *Por ahora.*

Eso no borra el caos y la crueldad de los medios de comunicación, pero ayuda un poco.

Cruz se ríe y me da una palmadita en el muslo.

—La gente realmente lo hace.

Pero cuando termina la palmada, la deja ahí, ajeno a las cosas raras que el calor de su mano hace en mi cuerpo. Lo miro fijamente. Sus dedos podrían deslizarse fácilmente y tocarme como lo hizo la otra noche. Darme placer. Deshacerme.

Me remuevo en el asiento para aliviar el dolor y, cuando me mira, hago como si mirara al frente.

¿Piensa en ello? ¿Alguna vez? Porque lo recuerdo demasiado bien.

Y justo cuando ese pensamiento pasa por mi mente, él extiende aún más su mano sobre mi muslo y luego aprieta antes de levantarla y señalar el gran casino por el que estamos pasando, al igual que ha hecho con algunos de los otros puntos de referencia.



—Otro lugar al que te llevaré mientras estés aquí.

Pero tan rápido como lo vemos, está en nuestro retrovisor cuando empezamos a movernos hacia un barrio residencial.

—¿Cruz?

—¿Hmm? —responde distraídamente.

—Pensé que me alojaría en un hotel. Allá atrás. En algún lugar de la ciudad. — Miro por encima del hombro hacia el centro de la ciudad.

—He cancelado la reserva.

—¿Tú qué? ¿Por qué?

—No es necesario.

—Pero lo es. Quiero decir, estamos saliendo. Salir no significa vivir juntos.

Suelto un chillido cuando desvía bruscamente el coche a un lado de la carretera, justo delante de una señal que indica el distrito de Fontvieille.

—Eres libre de volver a Austin durante unos días, pero entonces tendremos que volver a empezar el proceso. Podríamos jugar a que la distancia hace que el corazón se encariñe, si fuera necesario. Pero no puedes ir a un hotel aquí. ¿Sabes cómo se vería eso considerando todo lo que ha sucedido en las últimas veinticuatro horas? Si quieres echar leña al fuego, adelante.

Miro por la ventana hacia el océano que brilla más allá. No hay respuesta correcta en esta situación. Pero mi instinto me dice que tiene razón. Si una no-pelea puede extrapolarse a todo este drama y especulación online, entonces que Dios nos libre de quedarnos en lugares diferentes en Mónaco.

—Tengo una habitación de invitados. Dos en realidad. Puedes quedarte lo más lejos posible de mí si es lo que prefieres. Rara vez estoy en casa. Cuando estoy, estoy en el simulador entrenando para la próxima carrera o haciendo ejercicio, así que... Estaré fuera de tu vista. Además, tengo que volar a España en unos días. Es un viaje de ida y vuelta antes de la próxima carrera. Así tendrás tiempo para ti.

—Bien. Gracias. —Mis palabras son un susurro de consentimiento, mi repentina nostalgia de casa es fuerte. Es ridículo y tonto, pero creo que son las emociones de los últimos días que me golpean de golpe.

La comodidad. Poder ir a casa de mis padres y sentarme en la encimera de la cocina a comer algo de la comida casera de mi madre mientras recibo sus consejos.

No puedo hacer eso exactamente cuando le estoy mintiendo.

En pocos minutos, entramos en el distrito y luego en el garaje de un edificio sencillo. Tiene una arquitectura moderna, líneas elegantes y un exterior minimalista, en una ciudad que parece del viejo mundo.



La tensión sigue irradiando entre nosotros, pero ahora es diferente, y no sé muy bien por qué. Nos quedamos sentados en el silencio del coche mientras Cruz agarra el volante.

—Este es el único lugar donde puedo protegerte, Madds —susurra—. Puede que no sea lo que quieres. Demonios, sin duda estás harta de mí, pero este es el entorno que puedo controlar y protegerte de los lobos.

Y con esa declaración, sale del coche y me abre la puerta antes de que recoja mi bolso.

—Gracias.

Tras un corto trayecto en ascensor, entro en su penthouse. Es abierto y espacioso, con ventanas en todas las paredes que permiten disfrutar de unas vistas increíbles del Mediterráneo. El interior es minimalista y moderno. Maderas claras y colores neutros mezclados con cremas y blancos. Debería ser frío, pero con el agua del mar al fondo, no lo es.

El condominio es una gran sala majestuosa, con una cocina de chef en un lado, un espacio de vida en otro, y luego un pasillo que conduce a la parte trasera con los dormitorios y la oficina. Hay un balcón que se extiende a lo largo de la pared completa con una sección de entrenamiento, una bañera de hidromasaje, y un televisor y muebles de patio.

Me paro en medio, asimilándolo todo, mientras Cruz hace un esfuerzo por desaparecer y dejarme el espacio que no hemos tenido en la última semana. Estamos en casa. Está claro.

«Este es el único lugar donde puedo protegerte, Madds» susurra. «Puede que no sea lo que quieres. Demonios, sin duda estás harta de mí, pero este es el entorno que puedo controlar y protegerte de los lobos.» Quiere protegerme, lo que parece un gran paso adelante desde la indiferencia.

Y extrañamente, siento una pizca de paz. Puede que esté completamente fuera de mí, pero por primera vez desde que empezó todo esto, no me siento tan... desolada.



CAPÍTULO 22

Maddix

—Así que todo esto es fingido. Todo. —Los ojos de Tessa se abren de par en par, con cara de asombro, mientras me mira a través de la pantalla del ordenador.

Asiento y respiro un poco más tranquila ahora que he confiado en alguien.

—Espero de verdad que tu jefe te esté pagando una barbaridad de dinero por, primero, aguantar a un playboy malcriado que sin duda probablemente esté luchando contra esto a cada paso, y segundo, por tener que lidiar con todos estos titulares absolutamente superficiales y comentarios horribles que la gente está publicando sobre ti.

—Vaya, qué manera de hacer sentir mejor a una chica.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Así es. Definitivamente ha sido una especie de aventura. —Me río entre dientes y suspiro—. Pero sinceramente, Cruz es bastante tranquilo.

—¿Quién no lo estaría por mil millones, verdad? —pregunta.

—Sí —murmuro y echo un vistazo al piso, donde en teoría está en todas partes, pero físicamente en ninguna. Se fue ayer a España durante cuarenta y ocho horas. Tenía que ocuparse de algún asunto familiar antes de salir a la carretera para la siguiente carrera del circuito.

Es extraño no tenerlo aquí. Uno pensaría que estaría harta de él después de estar pegada a la cadera durante casi dos semanas, que me deleitaría en la soledad que normalmente anhelo, pero me encuentro esperando a que haga un comentario sabelotodo sobre cualquier cosa. O que entre y pregunte qué película estamos viendo por la noche.

—Sí, claro —dice, con los ojos entrecerrados—. Y estás aguantando toda esta mierda por...

—Un aumento y un ascenso.

—Y por él —dice.



—Bueno, sí. Es por él. Estamos haciendo todo esto para demostrar a la junta que puede ser un portavoz de confianza y un socio del que no tengan que preocuparse.

—No me refería a eso.

—¿Tess? Si quieres decir algo, ve al grano.

Una lenta sonrisa se dibuja en sus labios al mismo tiempo que una suave brisa entra por las ventanas abiertas.

—Te gusta, ¿verdad?

Me inquieta la pregunta. Este hombre tiene muchas facetas. Es arrogante, cínico, sarcástico y descarado, pero también considerado. Me permite dormir en su hombro, pero lo oculta, me trae a su casa en lugar de dejarme en un hotel. *¿Me gusta?*

—Sí. Claro. Es... Cruz.

Ella estalla en carcajadas.

—Como dije, *te gusta, te gusta.*

Me río nerviosamente.

—Estás hablando tonterías. Estamos jugando a fingir.

—Y a veces fingir se convierte en realidad —replica—. A menos, claro, que esa realidad, como una horizontal, quizá, ya haya ocurrido.

Pongo los ojos en blanco y exhalo un suspiro dramático, esperando que no se note el rubor de mis mejillas.

—Da igual.

—Estás en una olla a presión encendida al máximo. El mundo entero los mira, los empuja, crea una burbuja alrededor de ustedes que sólo comprenden ustedes mismos. Es una situación que dista mucho de ser normal; muy, muy lejos de ser normal, así que no es de extrañar que te guste, ya que los han empujado juntos.

—Tess, no es así.

—¿Entonces no te has acostado con él?

Mi vacilación es todo lo que necesita para señalarme y gritar:

—¡Ja! Lo sabía.

—No he dicho ni una palabra. —Finjo inocencia a pesar de saber que, de todas las personas del mundo, ella sería mi animadora número uno en esto.

Pero dudo porque, ¿qué le digo? Sí, nos acostamos, pero luego él siguió adelante, como supongo que es su típico *modus operandi*.

Quiero decir...

—No tenías que decir ni una palabra. Sólo me ignoras cuando sientes que has hecho algo mal, y me estabas ignorando. —Abro la boca y la cierro cuando su sonrisa



se ensancha y sus ojos se iluminan—. Así que... dime, por favor, que Cruz Navarro está a la altura de su condición de playboy. ¿Era todo lo que Michael no era en el mejor de los sentidos y algo más?

La miro fijamente, parpadeando, mientras una lenta sonrisa se dibuja en mis labios.

—Estábamos bebiendo.

—Bien. Eso significa que las inhibiciones fueron arrojadas por la ventana. ¿Y?

—Y puede que haya sido yo quien lo haya iniciado.

Levanta los brazos y grita:

—Esoooo —como si acabara de marcar un touchdown.

—Tess. Estaba borracha...

—¿Y?

—Y me intentó decir que me iba a arrepentir por la mañana y...

—¿Lo hiciste? ¿lo haces? Háblame para que pueda vivir indirectamente a través de ti.

Cuelgo la cabeza un momento y revivo el vídeo.

—No. No en el sentido de que lo hicimos porque, joder, Tess, el hombre... sabe cómo hacer que una mujer se corra.

Su sonrisa es icónica.

—Después del Misionero Mike, eso es mucho decir.

Resoplo.

—Oye...

—No lo defiendas. Los buenos acaban al último y, para empezar, él no era tan bueno. Era el atolladero en el que te habías metido y Cruz es la colina que tienes que subir para salir de él. Así que... —Junta las manos y las pone sobre la mesa delante de ella con autoridad—... ¿por qué tengo la sensación de que todos lo pasamos bien pero no lo hemos vuelto a pasar?

—Porque me asusté. Cuando me desperté, no estaba en ninguna parte y...

—Y te echaste atrás, ¿verdad? Asumiste la culpa. Dijiste que era una cosa de una sola vez. Dijiste que fue un error que no puede volver a ocurrir.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque conozco a mi mejor amiga y eso es lo que haría.

Asiento y me río un poco.

—Sí, bueno, tienes razón. —Luego suspiro—. Yo no hago eso, Tess. No me acuesto con alguien sólo por acostarme con alguien.



—Si buscas que te juzgue por ello, vas a esperar mucho tiempo. ¿Y qué si te acostaste con él? Seguro que yo lo haría. Es normal. Tú eres normal. Acabas de salir de una relación que no encendió tu fuego. Está perfectamente bien querer quemarse con las llamas de ese hombre.

—Bueno, *las llamas de ese hombre* no estaban por ningún lado a la mañana siguiente. Y cuando intentamos hablar de ello...

—¿Te refieres a cuando le quitaste importancia y trataste de tacharlo de algo puntual frente a algo perfectamente normal que la mayoría de la gente hace al menos una vez en la vida?

Jesús. Tiene razón, ¿no?

—Bueno, actuó como si no fuera gran cosa. Tuvimos sexo. Nos divertimos. Aclaremos las cosas. Y... luego seguimos nuestro camino.

Su sonrisa es plena fuerza ahora.

—¿Y le estás tomando la palabra de que no lo volvería a hacer?

—Por supuesto que sí. Ya fue bastante incómodo hablar de ello la primera vez. Y para él, esto es probablemente una ocurrencia cada semana o dos.

—Ajá. —Ella alarga las sílabas—. Así que estás diciendo que no lo volverías a hacer con él o que no sientes nada por él o...

—Sólo han pasado semanas desde que Michael y yo rompimos.

—¿Y cuál es tu punto, porque eso no respondió ninguna de mis preguntas?

—Porque la pregunta es irrelevante. Cruz no es así. Sin duda me mira y...

—Quiere más.

—Mentira.

—¿Te ha estado evitando? ¿Se pelea contigo? ¿Te mantiene a distancia?

—¿Y qué si lo hace? Estoy arruinando su estilo de vida de playboy. Además, tiene que estar harto de mí y no quiere darme ideas de que quiere más.

—Chica, ¿ese beso que te dio en cámara? ¿Me estás diciendo que era sólo para aparentar?

—Al cien por ciento. —Revivo la oleada de euforia que tuve cuando sus labios tocaron los míos y luego la punzada de decepción cuando me di cuenta de que las cámaras estaban allí—. Kevin estaba sobre nosotros para dar a conocer nuestra *relación*. Las cámaras estaban allí. Créeme, por la cara que puso Cruz, era lo último que quería hacer.

—Un hombre no ahueca la cara de una mujer si no la desea. Le da un beso en los labios. Un beso en la mejilla. No se acerca a ella y le acaricia la cara antes de darle lentamente el beso cinematográfico.

—Estás llena de mierda.



—Mira la repetición. Está por todas las redes sociales reproducido con el sonido de los corazones de las mujeres rompiéndose.

Lo he visto. Muchas veces. Cada vez reviviendo la sensación de sus manos sobre mí. Pero nunca lo miré de la manera que Tessa lo hizo. Nunca lo vi bajo esa luz.

—Pero no te gusta. No lo quieres —dice ella—. Lo dice la mujer que se mordió el labio inferior cuando se quedó mirándole en el garaje.

—No lo hice. —Oh, mierda. ¿Lo hice?

—Es lo que dices. Es la seña que haces cuando estás enamorada de un chico. Lo vi claramente. Al igual que muchos millones de personas que lo vieron.

—No tengo una seña. —*Sí la tengo.*

Ella sonrío y esa expresión en su cara me dice que estoy jodida y que ella tiene razón y tiene las pruebas para respaldarlo.

—¿No? Mira la repetición.

Joder.

—Estás demostrando mi punto. Era todo para el espectáculo. Para las cámaras. Ese beso fue para vender la mentira. Te lo prometo, no me gusta. Él no es para mí. Tuvimos sexo. Fue divertido. Ahora somos todo negocios.

—Son muchas explicaciones para alguien que intenta convencerse de que no hay chispa cuando, cariño, los dos están ardiendo.

—Tess. Estamos hablando de mí. Una chica de Texas que quiere pagar sus préstamos estudiantiles y ascender a vicepresidenta de marca en alguna gran empresa. No soy material Cruz Navarro. Lo que pasó fue un parpadeo en la matriz.

—El mismo parpadeo en la matriz que los forzó a estar juntos cuando de otra forma nunca se habrían conocido.

—Estás diciendo tonterías.

—Tal vez, pero todavía me pregunto por qué te resistes tanto. —Ella levanta las manos—. Soy yo. A la que acudes para todo, y estoy aquí sentada viendo cómo intentas convencerme de que no te gusta ese hombre cuando está más claro que el agua que sí te gusta. No estarías discutiendo de otra manera. Está bien admitir que *quieres* follártelo otra vez. Incluso está bien admitir que sientes algo por él: vives con él, sería imposible que no lo sintieras. Pero lo que tienes que preguntarte es por qué crees que no te mereces ninguna de esas cosas.

¿Merecer esas cosas? ¿Como el endurecimiento de mis pezones cada vez que me toca la parte baja de la espalda? ¿O el lento dolor en el bajo vientre cada vez que se inclina para susurrarme al oído y su aliento me hace cosquillas en la mejilla? ¿O se refiere a las mariposas que me invaden cuando a veces levanto la vista y él me está mirando desde el otro lado de la habitación?



Sobre analizar todo es mi segunda naturaleza. He descartado todo eso como algo *mío*. Como el resultado de querer que me toquen como a una mujer —como Cruz me tocó— en lugar de como a un peluche del que estás un poco aburrido pero que sacas y con el que juegas de vez en cuando. Y tal vez no me di cuenta de la diferencia hasta la noche que tuvimos sexo.

—Me lo merezco. Tienes razón. Pero al mismo tiempo... toda esta farsa terminará en unos meses. Entonces volveremos a nuestros programas habituales. —*¿Y dónde me dejará eso?*

—¿Quieres decir que él será más rico y tú realmente crees que después de unos meses de jet-set y de vivir la gran vida en Mónaco vas a ser capaz de volver aquí y vivir la misma vida que llevabas y estar contenta con ello? —Me mira como si hubiera perdido la cabeza—. Espero que no.

—¿Qué estás diciendo, Tess?

—Estoy diciendo que vivas un poco. Tienes la oportunidad de una vida y una situación por la que la mayoría mataría. Que se jodan los que te odian. Ignora el ruido exterior y los comentarios envidiosos. Sé dueña de lo que eres. Haz alarde de ello. Eres la chica de Texas que atrapó al príncipe playboy de la F1. Sal. Haz algunos titulares por todas las razones equivocadas. En todos los años que llevo conociéndote, nunca he sabido que fueras tímida o indecisa, y toda esta situación te ha convertido en eso. —Sacude la cabeza—. Recupera esa mierda.

Empiezo a discrepar con ella, pero me detengo. Tiene razón. Esto de dudar de mí misma no es cosa mía. Estoy aquí porque le expuse mi caso a Kevin y participé en la reunión. Por eso me gradué cum laude en la universidad, trabajando diligentemente y sin rehuir nunca las cosas difíciles. Por eso conseguí mi trabajo en una de las mejores empresas de valores cuando había lo que parecía un millón de candidatos más cualificados de prestigiosas escuelas.

Abandonar algo no está en mi naturaleza, así que ¿por qué me permito cuestionar eso sobre mí ahora?

¿Fue Michael? ¿Perdí la confianza en mí misma durante el tiempo que pasamos juntos? Mi antiguo yo lo habría echado a la calle hace siglos.

¿Por qué dejé que alguien me quitara algo, por no hablar de mi confianza? *¿Qué tengo que perder?*

Recupera esa mierda, Maddix.

¿Es esto todo lo que necesitaba para encontrar mi equilibrio? ¿No los mimos de mi madre, sino los hechos sin rodeos de mi mejor amiga?

—Es más fácil decirlo que hacerlo —murmuro.

—¿Qué es? ¿Ser la mujer ruda que eres o darte cuenta de que parte de esa reivindicación que necesitas es follarte a tu novio de mentira?

Escupo mi trago de agua. Salpica todo el suelo junto a la mesa.



—Tessa. —Toso las sílabas.

—¿Qué? —Ella pestañea—. Sólo digo la verdad.

—Verdad o no, eso no... eso sólo complicaría las cosas.

—Tal y como yo lo veo, ya son jodidamente complicados. —Se encoge de hombros—. *¿Por qué demonios no?* Nadie está hablando de una relación profunda aquí. Cruz claramente no es ese tipo de hombre. Además, necesitas la experiencia de Cruz para ayudarte a salir del *trauma del Misionero Mike*.

Me echo a reír. Siempre se puede dejar a Tessa para añadir un poco de humor y honestidad a cada situación.

—¿Ves? Tengo razón. —Endereza los hombros.

—No estoy confirmando ni negando nada.

—Mira, Maddix, te están poniendo a prueba con toda esta mierda pública. Si tienes que soportarlo, entonces haz que valga la pena. Y los orgasmos valen la pena.

—Sin embargo, te olvidas de una cosa importante.

—¿Qué es eso?

—Se necesitan dos y Cruz no ha hecho ningún movimiento desde entonces.

—Entonces haz uno. Antes no tuviste problemas, ¿verdad?

—Hubo mucho alcohol —digo.

—Uno... —Levanta el dedo—, el beso del garaje. La maldita cosa fue tan simple, tan caliente, que me excitó. Y dos, están viviendo juntos. No me cabe duda de que ya está pensando en ti.

—Um. —Mis mejillas se sonrosan porque quizás... Yo podría haber hecho lo mismo. Pero por suerte para mí, la conexión no es tan clara como para que ella se dé cuenta.

—Es un cumplido. Tómatelo como tal.

—Pero...

—Está interesado. Créeme, está interesado.

—Serán unos meses muy incómodos entre nosotros si no lo está.

—¿Olvidas que el hombre ya te ha visto correr? ¿Que ya ha estado dentro de ti? Quiero decir... ¿en qué momento te vas a dar cuenta de que ya has superado el ámbito de la vergüenza?

—Ahora mismo no tengo palabras. Ninguna. —Mis mejillas están tan rosadas como la pintura de las uñas de mis pies.

—Siempre hay un riesgo con una recompensa y, siento decírtelo, hermanita, pero Cruz Navarro es una recompensa de la puta madre —dice con valentía. Y sé a ciencia cierta que me ha hecho creer en esta teoría, pero que en el momento en que



nuestra conexión termine, no sabré qué hacer a continuación. Y como si compartiéramos el mismo cerebro, pregunta—: ¿Cuándo vuelve de viaje?

—Mañana por la tarde.

—Okey. Esto es lo que tienes que hacer. Ve a comprar el bikini más sexy que puedas encontrar. Llévalo por la casa. Mira su reacción.

—Esto no es la secundaria.

—No. Definitivamente no es la secundaria y menos mal. —Se ríe—. Vence al hombre en su propio juego. ¿Qué tienes que perder? Es un jugador. Tú acabas de quedarte soltera. Chica, disfruta del viaje mientras puedas. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que te vea y pase de largo? Si es así, ya tienes tu respuesta. Pero, ¿y si se queda boquiabierto y al Sr. Rompecorazones le cuesta encontrar las palabras? Entonces... tienes una respuesta diferente.

—Creo que has perdido la cabeza.

—Y sin embargo lo estás considerando.

No respondo. No puedo. Porque lo estoy considerando. Cada hueso de mi cuerpo lo está deseando, lo está anhelando. ¿No lo ha querido siempre, incluso cuando me preguntaba si me gustaba?

Esto está tan mal de tantas maneras y, sin embargo, ¿por qué la fantasía de estar con él se siente tan bien?

—Dijiste que era una situación temporal, Maddix. Bueno, también lo es la lujuria.



CAPÍTULO 23

Cruz

—Oh, mira, el hijo preciado ha llegado.

Miro a mi hermana Sofía con los ojos en blanco mientras se lleva la sangría a los labios.

—¿Peciado? Si fuera así, papá no habría puesto cara de estar a punto de perder la cabeza cuando me vio entrar.

—Seguro que sabes cómo hacer una entrada. Lo reconozco.

Mi padre me dijo que no era bienvenido a la cena familiar mensual. Que mi patriarca seguía sin querer verme. Que no habría un cubierto para mí cuando siempre lo ha habido.

Definitivamente pinché el oso en Ámsterdam, pero que le den por culo a él y a eso.

Y por la cara que puso mi patriarca cuando me vio entrar en la villa, tomé la decisión correcta de venir.

Ahora a intentar pasar tiempo a solas con él sin que mi padre ande rondando y a intentar llevar nuestra relación sin él como intermediario.

Me encojo de hombros y miro a mi hermana.

—La última vez que lo comprobé, ésta también es mi familia. ¿Desde cuándo me importa si me aprueba?

Sus ojos se suavizan y su sonrisa es triste.

—Lo siento, Cruz.

—No lo hagas. —Mi voz es ronca. Odio la presión en el pecho que me provocan este tipo de cosas—. ¿No es de extrañar que Mamá viva una vida diferente lejos de aquí?

—Tal vez por eso su control sobre esta familia es tan fuerte.

Y a lo mejor pones excusas porque no te llevas la peor parte.



Pero no digo las palabras. No puedo. Es la única persona de la familia a la que puedo aferrarme, aparte de nuestro abuelo, que no espera nada de mí. A nuestra madre le basta con aparecer, hacerse unas fotos y dejarnos algunas marcas de labial en las mejillas antes de volver a su país de fantasía que le permite mi padre. Si paga por su abandono, los salva a él y al apellido Navarro de algo que nunca antes le había manchado: el divorcio.

—Mmm —murmuro, mi falta de respuesta es mi desacuerdo.

—Él te ama, sabes. Habla de ti a todo el mundo como si fueras la segunda venida de Cristo, mientras que yo sólo soy la de repuesto. —Sus palabras suenan como las mías la mayoría de los días: sinceras, teñidas de un poco de dolor.

¿Pero su observación no es errónea? Mientras pueda ponerme en un pedestal y presumir de mi brillo ante los demás, será feliz. Le hace quedar bien haber engendrado al heredero que restaurará la nostalgia de la época de mi patriarca. Es su manera de seguir siendo relevante. De ser relevante para un hombre duro que le quiere pero que él no estuvo a la altura.

Pero cuando, Dios no lo quiera, me salgo de la línea de Navarro, una que es tan fina como el filo de un cuchillo, entonces soy una desgracia.

Lo avergüenzo a él y a su búsqueda de aprobación. Y con eso viene una animosidad subyacente que nunca he sido capaz de entender.

—Es bueno montando el espectáculo, lo reconozco —digo.

—Simplemente no es bueno con las emociones. Nunca lo ha sido.

—Bueno, quizá debería averiguarlo antes de perder el único legado que le queda: *nosotros*. —Suelto una risita vacía—. Al menos no está usando al patriarca como peón contigo.

—Lo sé. —Apenas un susurro mientras asiente. Ser varón en la familia Navarro conlleva ataduras y expectativas añadidas. Cuerdas que estrangulan y expectativas que paralizan.

Sonríe suavemente y me aprieta la mano.

—Sé que es duro para ti y estoy aquí para ti. Siempre.

Asiento, pero miro hacia otro lado porque no hay mucho más que decir. Sobre todo cuando miro hacia donde se prepara la cena mensual de la familia Navarro. Hay una mesa larga y estrecha con treinta y dos cubiertos. Está colocada bajo un enrejado repleto de parras y con la vista de los campos ondulados de nuestras tierras familiares extendiéndose en el horizonte.

Parece el escenario de una familia perfecta. Sin embargo, estoy aquí y me erizo con todo lo que es y todo lo que no es.

Tradición. En eso se basó la familia Navarro. En eso se ha basado nuestra reputación. Eso y la disciplina. Bueno, al menos cuando se trata de los hombres.



Abro la boca para decir algo más, pero veo que la enfermera saca a mi abuelo al patio empedrado. Lleva el cabello blanco peinado a la perfección y su camisa a medida está impecable, como siempre. Nunca se diría que su cuerpo de ochenta y nueve años le está fallando por la forma en que se presenta.

Es el patriarca de esta familia en todos los sentidos de la palabra y en cuanto sus ruedas tocan el patio, la atención de todos se desplaza para competir por su atención.

Pero yo soy el nieto preciado, el que sigue sus pasos, así que aprovecho la oportunidad y me acerco a él antes que nadie. Mi padre deberá tener cuidado con cómo se las arregla con tantos ojos puestos en nosotros.

Seguro que cabreo a alguien por saludarlo fuera de orden.

—Patriarca —le digo, me inclino hacia delante y le beso las dos mejillas.

Huele a sándalo y a menta. Me transporta inmediatamente a mi juventud, cuando me sentaba en su regazo, con su traje ignífugo que me picaba en las piernas desnudas, y se hablaba de compras a mi alrededor. Neumáticos, paradas en boxes y palabrotas que hacían que mis ojos se desorbitasen y mis labios esbozasen una sonrisa diabólica. Otros recuerdos son los ásperos callos que tenía en la palma de la mano cuando me levantaba y veíamos correr a mi padre. Mi padre no conseguía acabar entre los primeros. Y la retahíla de palabrotas que le seguía.

—Cruz. —Su voz es débil, pero sus ojos castaños oscuros encierran tanto amor cuando levanta unas manos temblorosas y me acaricia ambos lados de las mejillas—. Has venido.

Este. Él. Él es el único que hace que mi corazón sienta algo.

—Siempre. Para ti, siempre —respondo por reflejo mientras me pregunto por qué tengo esta reacción cuando me dijeron que no quería verme.

—Estás corriendo bien. Tu campeonato llegará pronto. Todos podemos verlo. —Su sonrisa muestra su característica hendidura en los dientes delanteros mientras vuelve a acariciarme la mejilla. Se encoge ligeramente de hombros—. Es lo que hacemos los Navarro.

—Lo sé.

—No cuestiones tus instintos. Sigue trabajando como hasta ahora. Sólo mejorarás cuando todos los demás se estanquen. Lo llevas en la sangre.

—Sí, señor.

Me mira fijamente durante un instante y, por unos instantes, el mundo que nos rodea continúa, pero parece que se detiene para él. Tiene una mirada distante y se va a otra parte. Últimamente le pasa cada vez más. Y justo cuando miro preocupado a su enfermera, él habla.

—¿Está aquí? —pregunta, confundiéndome momentáneamente—. ¿La americana?



Maddix. ¿Cómo sabe de ella?

—No. Esto es para nuestra familia.

Nos miramos a los ojos y él asiente sutilmente. Juro por Dios que ve a través de mí y sabe que todo lo de Maddix es una treta.

—Con el tiempo, tal vez.

—Sí, señor.

—Te hace sonreír. —Cuando entrecierro los ojos, levanta un dedo torcido hacia su enfermera—. Me enseña fotos tuyas.

—Ah. Sí. —Me aclaro la garganta. Esta es la única vez que odio esta mentira, aquí. Ahora. A mi abuelo. Pero mi discordia se suaviza por el hecho de que tiene razón, ella me hace sonreír. Eso no es mentira.

—Bien. Bien. —Me palmea la mano—. No es española.

Mi sonrisa está tensa. Las riendas de mi herencia sujetas con fuerza.

—No es nada serio.

Asiente con la cabeza. Sus acciones pueden mostrar la edad, pero sus ojos son ahora muy astutos.

—Tu padre se distrajo. Perdió su ventaja. Arruinó toda su carrera por una mujer que... no era digna de nuestro nombre.

Mis hombros se cuadran ante la mención de mi madre. No es una de mis personas favoritas, pero sigue siendo mi madre por mucho que esté de acuerdo con él. Lo miro a los ojos, pero no hablo. No me corresponde hacerlo. Él es quien es y si hay alguien en este mundo a quien respeto, a quien no le digo nada, es a él.

Y no sólo porque sea mi abuelo, sino sobre todo porque es el único hombre en mi vida que me ha mirado con amor en los ojos.

No soy inmune. Soy el que él cree que reclamará nuestro nombre. Pero al mismo tiempo, es más. Es amor. Es adoración. Es todo con lo que desearía que mi padre me mirara, pero no lo hace.

El amor duro es una cosa. Amargura de que tu hijo es mejor que tú una cosa completamente diferente.

—Acércate —susurra, y me inclino hacia delante para que mi oreja esté cerca de sus labios—. Muy orgulloso de ti.

Se me cierra la garganta. El elogio que anhelo oír, él me lo da. Nuestras miradas se cruzan de nuevo y asiento porque se me escapan las palabras.

—Papá. —Y ahí está, como un puto reloj, con el orden jerárquico corregido. Mi padre cruza el espacio, con un vaso de whisky en la mano para el patriarca y una mirada irritada hacia mí.



Sí. Llegué a él antes de que pudieras llegar y escuchar. Antes de que pudieras intentar robarme mi momento.

—Dom —dice, alargando una mano para apretar la de mi padre y aceptar el whisky que pone en la otra.

Hay cinco generaciones de Navarro aquí esta noche para nuestra cena familiar. Y, sin embargo, los tres que estamos aquí somos los únicos capaces en este momento de llevar el apellido. Todos los demás hombres aquí lo son por matrimonio.

Uno pensaría que eso sirve para algo, pero por la forma en que mi padre sujeta la silla de ruedas de mi abuelo y la empuja lejos de donde yo estoy, está claro que sigo siendo el marginado por una razón u otra.

Una vez que mi abuelo se acomoda en su lugar designado en el centro de la mesa, con las generaciones más antiguas más cerca de él y las más jóvenes hacia los extremos, mi padre retrocede hacia mí.

—Me alegra ver que has entrado en razón y has dejado atrás a *la americana* — dice a modo de saludo mientras me tiende un vaso de vino. No le respondo, no hace falta porque está tan acostumbrado a mantener conversaciones conmigo él solo, que simplemente sigue.

—No sabía que ibas a estar aquí —dice—, pero es perfecto que estés.

Es un giro inesperado de los acontecimientos.

—¿Lo es?

—Me tomé la molestia de llamar a Esmeralda e invitarla esta noche. Por suerte para nosotros, esta noche estaba en casa. —Señala a una mujer despampanante que merodea por el patio con mis primos. Tiene curvas y el clásico aspecto español: cabello oscuro, ojos oscuros y piel morena clara. Sonríe mucho y me mira de repente, como si supiera que estaban a punto de introducirla en la ecuación.

Ella sonríe y yo le devuelvo la sonrisa como es de buena educación.

Es amiga de la familia desde hace años. Siempre ahí, siempre insinuada como la compañera perfecta y casi igual a mí.

Es muy apropiado que la use para demostrarlo ahora. Sin duda la tenía esperando por si yo aparecía.

¿Me la follaría? Es bastante guapa, sí. ¿Me abstendría? Como un “jódete” para él, *definitivamente*.

Pero Esmeralda es todo espectáculo. Sólo escaparate tratando de clavar sus garras en cualquier cosa con dinero para satisfacer sus gustos fastuosos.

Suena como otra persona. *Mi madre*.

—Por supuesto, tú la invitaste. Supongo que su pedigrí es digno del apellido Navarro.

—Lo es. Sí.



—Más te vale, teniendo en cuenta que te has estado tirando a su tía durante meses. —Levanto las cejas mientras me llevo la copa a los labios y murmuro—: Ya que tanto insistes en que juzguemos a quién le metemos la polla, ¿no?

Su mandíbula trabaja mientras me mira fijamente. *Si aprieta los dientes un poco más, podrían romperse.*

—Eso es completamente inapropiado e irrespetuoso con tu madre.

Suelto una carcajada y llamo la atención de algunos miembros de la familia. Esta vez, la bebida baja con más suavidad. *Deja que no vea la hipocresía.*

—Y follarte a una mujer que no es tu esposa es la personificación del respeto, ¿no? —digo mientras agito el líquido en mi vaso—. Qué ironía que te preocupe que le falte el respeto a tu amante cuando tú haces lo mismo con la mía, y ni siquiera la conoces.

—No tengo que conocerla para saber que no es adecuada para ti.

—Igual que no tengo que follarme a Esmerelda para saber que su tía es una cazafortunas que te lleva de los cojones. —Sacudo la cabeza y me acerco un poco más—. Estás aquí en tu pedestal creyéndote mejor que yo. Por mis venas también corre la misma sangre, viejo. Soy tu legado. Presiona demasiado y puede que la cague solo para fastidiarte.

—No soy alguien con quien joder —se queja.

—Entonces no me tientes. —Doy un paso atrás y lo miro a los ojos—. Dale mis saludos a Esmerelda. Tengo novia. A la que tienes que dejar en paz de una puta vez.

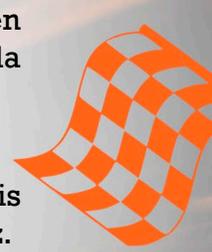
Me alejo a grandes zancadas hacia la mesa, odiando las emociones que me invaden. *Odio al hombre que me crió. Amor por el hombre que sí me crió.*

«¿Ella está aquí? ¿La americana?» Él quería que ella estuviera aquí ...

«Muy orgulloso de ti.» Me quiere. Mi familia es tan rica en conocimientos y amor como en amor mutuo. Es un legado del que estoy orgulloso. Es increíble formar parte de él.

Excepto un hombre, cuya hipocresía y narcisismo no conocen límites.

Entonces, ¿por qué coño sigo queriendo complacerlo?



CAPÍTULO 24

Cruz

La cena está llena de conversaciones triviales. De bromas internas que sólo se entienden entre sí. De mucho vino y aún más comida.

Vine aquí necesitando esto. La conexión. Mi familia. Y cuando termina el postre y el sol se ha puesto, dejando el cielo inundado de color, me siento con los pies en alto, otra copa de vino en la mano y Sofía a mi lado en una postura muy parecida.

—Me encontré con Lennox cuando estuve en Londres —dice sobre mi agente, de quien se ha hecho amiga.

—Nunca sale nada bueno de eso para mí —gimo, pensando en la última vez que se reunieron y Sofía soltó detalles sobre mi vida personal.

—Oye, es lo suficientemente buena como para patear culos para ti, es lo suficientemente buena como para ser mi amiga —bromea—. Además, es increíble.

—Lo es. —¿A dónde quiere llegar con esto?

—Entonces, estuvimos hablando, y ella compartió los detalles sobre toda esta situación que tienes ahora ya que eres un chico y nunca me cuentas las cosas buenas.

—¿Qué situación sería esa?

—¿En la que tienes una novia de mentira?

—Recuérdame por qué te lo dije. —Gimo y apoyo la cabeza hacia atrás. Pero sé por qué lo hice, porque estaba lívido por ello aquella primera noche y tenía que confiar en alguien. Y además de Lennox, ella es la única a quien podía tener.

—¿Maddix fue tu elección? —Hay confusión en su voz—. ¿Por qué no me dijiste que era una persona real con una vida real y no una actriz pagada para interpretar el papel?

—Porque no es importante.

—Claramente lo era, o no la habrías sacado de la oscuridad y metido en todo este lío contigo.

—Soy muy consciente de lo que hice. —¿Cuál es el punto, Sof? Porque nunca preguntas sin tener una razón.



—Háblame de ella —dice Sofía en voz baja, con la mirada al frente, pero la pregunta que ha estado rondando en ellos toda la noche por fin pronunciada en voz alta.

Y ahí está, amigos.

—No estoy seguro de lo que quieres decir.

—Estás tan lleno de mierda. Sabes exactamente lo que quiero decir. —Ella toma un sorbo—. Háblame de la mujer por la que has venido esta noche a hacer una declaración.

—¿Qué? —Toso la palabra. Está como una puta cabra.

—Estás aquí cuando normalmente no te importaría una mierda. Estás aquí para pegársela a Papá. Quiero decir que todo esto de las citas es una farsa entre vosotros dos y aun así lo usas para joderlo.

—Te equivocas.

—Tengo razón. —Su sonrisa me recuerda a cuando éramos pequeños y me amenazaba con decirle a papá que había hecho algo malo si no cedía a sus exigencias—. Le diste la espalda a Esmeralda cuando normalmente eres al menos cordial con ella. Te aseguraste de estar con el patriarca cada vez que pudiste para restregárselo a Papá por la cara. Y te entretuviste con preguntas sobre Maddix de todo el mundo cuando normalmente cambiarías de tema. Así que sí, había una razón para que aparecieras por aquí y no era porque quisieras algo de cocina casera. Fue porque querías usar toda esta farsa a tu favor. Querías usar a Maddix una vez más.

—Ajá —digo mientras bebo un sorbo de vino y opto por que esa sea mi única respuesta. ¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Usando a Maddix una vez más para mis propias necesidades egoístas?

—¿Cruz? —Siento el peso de su mirada, pero la ignoro—. Todo esto es una farsa, ¿verdad? Vosotros dos no estáis durmiendo... —Sus ojos se encuentran con los míos y se ensanchan lentamente mientras lee lo que ve en los míos—. Dios mío, vosotros dos lo *estáis*. —Me da un manotazo. Con fuerza—. Eres un cabrón. —*Sí, soy un cabrón.*

—Oye. —Levanto las manos en señal de rendición—. No he dicho una mierda.

—Y yo que pensaba que me iba a caer de puta madre por aguantarte y ser lo suficientemente lista como para no caer en tus asquerosas gilipolleces de soltero. Ay. —Cuando la miro, pone la misma cara que cuando intentaba convencerla de que las lombrices molaban.

—Oye. No hables mal de Madds. Ya hay suficiente de eso por aquí.

—¿Madds? ¿Un apodo y la defiendes? —Ella levanta las cejas—. *Pero no pasa nada.* —Resopla.

La miro fijamente mientras pienso qué decir.



—Nosotros no... ella no es así. Ni mucho menos. —Suelto una carcajada cargada de la frustración que siento cada vez que veo a Maddix y sé que no puedo tenerla. Enfadado conmigo mismo por sentir la necesidad de defenderla cuando... ¿de qué la estoy defendiendo? ¿De que mi propia reputación la manche? ¿De que mi hermana la desprestigie?

¿Acaso importa? Maddix no me quiere. Lo dejó claro con toda su mierda de que esto es un error.

Mentira. Eso es exactamente lo que es. La sorprendo mirándome. Siento que su cuerpo se ablanda cuando le toco la parte baja de la espalda. Veo sus pezones endurecerse cuando accidentalmente la rozo.

Sofía va a abrir la boca y luego la cierra. En lugar de eso, inclina la cabeza hacia un lado y se limita a estudiarme detenidamente. Una lenta sonrisa pinta sus labios.

—No. Joder. Ni de coña.

—¿De qué estás hablando?

—Te gusta, ¿verdad? —Sus ojos se abren de par en par.

—La respeto.

—Es preciosa. —Es impresionante.

—Por supuesto que lo es. —*Porque eso es lo que se espera de mí.*

—Esa no es una respuesta, Cruz.

—Calma, Sof. —Maddix es más que guapa. Es inteligente, sexy, divertida, considerada. Todo lo que un tipo como yo no merece, y aun así me encuentro deseándola. Sí. Soy el bastardo egoísta que se beneficia de todo esto mientras ella sufre por ello. Y aun así, *la sigo deseando.*

—Y protectora. —Sonríe.

—Ella es real. La persona más real que he conocido en mucho tiempo. Tienes razón. Dejó una vida atrás por todo esto. Aceptó mantener su trabajo y conseguir un aumento. Para intentar superarse. Quiero decir... La oí al teléfono peleando por aplazar los pagos de su préstamo estudiantil, y aquí estoy yo viviendo en el regazo del lujo, sin saber nada diferente. Así que déjala en paz, porque ya ha recibido suficiente mierda de los medios y de los trolls online y de Papá.

—¿Así que por fin has conocido a una mujer a la que ves como una persona y no como un simple calentador de sábanas que ocupa tu cama una noche sí y otra también?

Le deslizo una mirada dudosa.

—No estoy seguro de a dónde quieres llegar.

—Está bien que te guste alguien, Cruz. Y aún está mejor querer defenderla. Y lo más impactante de todo, está bien querer algo más de una mujer que sólo sexo. Compañerismo. Amistad. Apoyo. *Amor.*



Suelto un suspiro.

—No es así.

—Lo que tú digas. —Levanta las manos.

—No lo es.

—Sólo estás viviendo con una mujer que podría haberse quedado fácilmente en un hotel, apareces aquí esta noche para defender su honor, y no presumes de ninguna hazaña con ella como harías normalmente, pero... no es así.

No lo es.

No lo es.

Está loca.

—Deja el tema, Sofía.

—No todas las mujeres son como mamá, ¿sabes?

Mis manos se cierran en puños y me bebo el último trago. Y sin embargo, esa es la comparación constante, ¿no?

—Me alegro de haberos encontrado juntos.

Y los éxitos siguen llegando.

—Papá —dice Sofía.

Suspiro y opto por contemplar la puesta de sol. En la silueta oscura que proyecta de las montañas y el naranja del cielo.

¿Qué está haciendo Maddix ahora mismo? ¿Está trabajando? ¿Está hecha un ovillo en el balcón con la brisa en el cabello y la nariz metida en un libro, como le gusta hacer? ¿Está de pie frente a la despensa abierta tratando de averiguar qué comer, pero no me tiene allí para preguntar qué es cada cosa, algunos de los artículos son extraños para ella, para que pueda decidir?

—¿Sí, Cruz? —pregunta mi padre, obligándome a participar en esta conversación.

—Sí, ¿qué?

—El Príncipe de Mónaco ha vuelto a invitar a los Navarro a la gala benéfica de este año. Me gustaría que Sofía y tú representarais a la familia. El patriarca está muy enfermo, y yo tengo otros asuntos que atender, pero ustedes dos irán.

—¿Otros asuntos? —Indago.

—Eso es lo que dije.

—¿Mamá no puede ir este año? —pregunto, con los ojos clavados en los suyos. La gala benéfica es exactamente lo que le gusta a mi madre. La ostentación. El glamour. Llegar en jet, presumir del cuerpazo que le ha comprado el dinero y marcharse en cuanto se vayan todas las cámaras.



—No. —Hay acero en sus ojos cuando se encuentran con los míos. Así que su mujer no irá con él este año, ¿eh? No podemos tener esa mancha en el apellido Navarro ahora, ¿verdad? Podemos tener aventuras que creemos ocultas pero que todo el mundo conoce, pero tu propia maldita mujer no te soporta lo suficiente como para aparecer.

—¿El Dominic Navarro va a dejar pasar la oportunidad de ser el centro de atención? —El sarcasmo gotea de cada una de mis palabras—. Vives para esa mierda. Por la oportunidad de ser el hijo preciado.

Aprieta la mandíbula. Su desdén es dueño de cada uno de sus rasgos.

—Sofía y tú asistiréis.

—Ah, así que los niños premiados tienen el *privilegio* —juego con él.

—Espero que ambos representen a nuestra familia apropiadamente. No montaréis una escena. Seréis vistos con quien tenga que ser visto. Conversaréis con el príncipe. Seréis Navarro.

—Podría ser raro que fuéramos la cita del otro, pero da igual —dice Sofía encogiéndose de hombros y echando otro trago de vino en su copa.

—Iréis juntos —repite sin lugar a interpretaciones, pero hay un destello de sonrisa en las comisuras de los labios de mi hermana.

Vaya, vaya, vaya. Mira eso.

Parece que la rebelión viene de familia.



CAPÍTULO 25

Maddix

Sé que está ahí.

Oí la llave en la cerradura. Oí el portazo de la puerta principal.

Y oí el titubeo de sus pasos cuando me vio.

Pero mantengo los ojos cerrados unos segundos más para armarme de valor y poder seguir adelante. Para poder seducir a Cruz Navarro.

Aunque un trago de coraje líquido me vendría de maravilla en este momento, quería dejar que esto se desarrollara con la cabeza completamente despejada. Algo que no tuve la primera vez.

Y ahora me arrepiento un poco de esa decisión.

—¿Madds? —Su voz es una sílaba ronca de sonido. *Perfecto.*

Es hora de reclamar esa mierda.

Abro los ojos de golpe y finjo sobresaltarme.

—Oh. Hola.

La cara de Cruz no tiene precio. Mandíbula floja. Ojos muy abiertos. Y sus dedos se crispan como si tuviera ganas de tocar.

Trabaja un trago y luego arrastra sus ojos por mi cuerpo hasta que se encuentran con los míos.

—Hola. —Es una palabra gutural.

Sé exactamente qué aspecto tengo ahora mismo. Cada maldita cosa de este momento ha sido pensada y planeada.

El bikini blanco que cubre lo justo, pero deja mucho a la imaginación. La cadena dorada que brilla a la luz del sol. Los dedos de manos y pies recién pintados a juego con el rojo de mis labios.

Porque aunque hayamos podido sentir la piel del otro en la oscuridad, otra cosa muy distinta es ver toda esa piel expuesta a la luz del día. O al menos con eso cuento, porque nunca me había dado cuenta de cuánto deseaba aún más a Cruz Navarro hasta



este momento. Hasta que está de pie ante mí, con las fosas nasales dilatadas y, por el creciente bulto de sus pantalones, en evidente necesidad de alivio.

Y esta vez, estoy jugando este juego para ganar.

—¿Qué tal el vuelo? —le pregunto mientras me rocío la piel con agua fría. Puede que rocíe un poco de más en las copas del sujetador de mi bikini, sabiendo que el forro de tela es fino y que, por tanto, solo se verá una pizca del rosa de mis pezones.

—Dios. —Se pasa una mano por el cabello y se pone en pie—. Quiero decir... bueno. Estuvo bien.

—Y tu... evento familiar, ¿no?

—Evento. Sí. Una cena. Es mensual. Sí. Terminada. —Sus ojos vuelven a vagar mientras su lengua sale para relamerse los labios—. ¿Qué has estado haciendo?

Hago ademán de balancear las piernas por encima de la silla y luego me pongo de pie. Me inclino lentamente con el culo hacia él para colocarme las sandalias y poder ponérmelas, cuando podría haber usado los pies.

—Fui a la ciudad. Quería celebrar, así que fui para comprarme algo.

Una mirada por encima del hombro me dice que me está mirando el culo. Perfecto.

—¿Comparte qué?

—Un bikini nuevo. —Me giro y extendiendo las manos—. ¿Qué te parece? Lindo, ¿eh?

Otro trago áspero.

—Lindo no es exactamente como lo describiría.

Mi risa gutural es mi respuesta.

—¿Qué celebramos exactamente?

—No estamos celebrando nada. —Estoy jugando con él—. Estoy celebrando poner las piezas finales a un análisis de mercado que he estado haciendo durante meses para Kevin. Por haberme dado cuenta de que desperdicié dieciocho meses muy buenos de mi vida con Michael, un tipo que era simpático, pero que no me producía ese dulce dolor cada vez que lo miraba. Y por hacer un nuevo amigo y quedar a cenar con él esta noche.

Me mira con una mezcla de curiosidad y lujuria. Sé cuál de las dos quiero que gane en esta batalla personal que está librando.

—¿Vas a salir? ¿Qué ha pasado para que quieras tratar con la prensa? ¿Qué cambió todo eso?

Me encojo de hombros con indiferencia y vuelvo a colocar la cadena en el vientre, atrayendo su mirada hacia allí.



—Mi mejor amiga, Tessa, me dio una charla para animarme y me di cuenta de que, aunque para ti sea miserable tenerme como tu sombra, para mí es la oportunidad de mi vida. Que tengo que aceptarlo por lo que es y aceptar los golpes que vienen con ello como compensación.

—Miserable es una forma de decirlo —murmura, creyendo que no lo oigo. Por el deseo que se refleja en sus ojos, sé que habla de miseria de la mejor manera posible.

Estoy bastante segura de que tengo mi respuesta. Me desea tanto como yo a él.

Ahora es el momento de entrar a matar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, fingiendo inocencia.

Se aclara la garganta.

—Dije que me gusta esta versión segura de ti misma, Maddix.

—A mí también. —Hago un gesto brusco con la cabeza y estiro los brazos por encima de ella, atrayendo sus ojos hacia mi cuerpo. No es que se hayan desviado mucho para empezar—. Como que pateas traseros. —Me río y paso junto a él para entrar en casa.

—¿Hemos terminado aquí?

—Puedes seguirme si quieres. Tengo que ir a retocarme el maquillaje para la noche.

Sus pasos me siguen.

—¿Dónde conociste a este nuevo amigo tuyo?

—En la ciudad. Cuando estaba de compras. El bikini fue idea suya.

Gruñe cuando me dirijo a la nevera y saco una botella de agua con gas.

—Déjame —me ofrece cuando me acerco a él. Tan cerca que puedo ver su pulso retumbando en la yugular.

—Gracias.

—No hay problema. —Me lo entrega—. ¿Dónde vas a cenar?

—En su yate. ¿Crees que este bikini es un atuendo apropiado? Nunca he estado en un yate antes.

Aprieta la mandíbula y enarca las cejas mientras intenta mantener la calma.

—No es una buena época para ir en yate —dice.

Me muerdo la risa mientras me giro y rozo accidentalmente mi pecho contra su brazo.

—Lo siento. —Le limpio la loción imaginaria del bíceps—. No quería mancharte de bronceador.



—No pasa nada. —Retrocede un paso como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

—No sabía que hubiera un buen o mal momento para ir en yate. Quiero decir, me estás haciendo pensar que puede haber medusas en el agua mientras yo estaba aquí preguntándome cómo voy a mantener este top puesto cuando salte desde la cubierta superior y caiga al agua.

—Maddix. —Mi nombre es un severo dos sílabas de frustración.

—¿Sí? —Me encuentro con sus ojos, la cara de la inocencia—. ¿Hice algo mal, Cruz?

La tensión sexual es tan fuerte que podrías cortarla con un cuchillo. Pero me quedo ahí, con los ojos muy abiertos y los labios laxos, provocándolo.

Estaba segura de que ya me habría acobardado. Soy lo más alejado de una sirena seductora... y sin embargo hay un empoderamiento en esto. En ser dueña de mi sexualidad y usarla descaradamente y sin pedir disculpas para llamar la atención de un hombre. En usarla para intentar conseguir lo que quiero.

Nunca he sido tímida. Pero tampoco he perseguido nunca activamente a un hombre. Tal vez porque nunca encontré al hombre adecuado para perseguir.

Estaré aquí el tiempo que haga falta y, durante ese tiempo, podré ser quien quiera ser. ¿No es esa la epifanía a la que llegué esta mañana mientras me miraba en el espejo después de haberme afeitado e hidratado cada maldito centímetro de mi cuerpo para prepararme para esto?

—No. —Sus manos se aprietan—. No pasa nada. Sólo intento... no es nada.

—Okey. Me has asustado por un segundo. —Mi sonrisa es suave y entonces me sobresalto justo cuando voy a pasar junto a él—. Tengo que prepararme. No quiero llegar tarde. Gracias por...

—¿Quién es tu nuevo amigo? ¿El que te ayudó a elegir el bikini y te va a llevar a su yate?

—Creo que en realidad es amigo tuyo. Dijo que sabía que no te importaría que me robara por la noche.

—¿Nombre? —me pregunta mientras una sonrisa que no puede ver se dibuja en mis labios.

—¿Rossi? Otro conductor. ¿O los llamo pilotos?

Pero antes de que pueda soltar el resto de mi comentario burlón, Cruz me pone la mano en el bíceps y me estrecha contra su pecho. Sus labios se posan en los míos en un instante.

El beso es un torrente de hambre. De deseo. De satisfacer deseos que se han ido acumulando minuto a minuto, hora a hora, día a día, joder.

Es la perfección.



EDGE



Nuestras lenguas se encuentran y se lamen, mientras mi cuerpo pide a gritos que lo toque. Por cualquier tipo de conexión con él porque esto es lo que he estado deseando. Lo que he estado deseando.

Sus caderas me inmovilizan contra el mostrador mientras sus labios desatan una sensación tras otra, provocándome con su sabor y tentándome con su habilidad.

Me aprieta el cabello con la mano y maúllo en señal de protesta cuando tira de él para romper el beso. Sus ojos se clavan en los míos mientras me mira. Su aliento jadea contra mis labios, su polla me presiona el bajo vientre.

—Cruz...

—*Eso.* Eso es todo lo que he querido hacer cada segundo de cada día desde la última vez que estuve dentro de ti. —Vuelve a besarme sin sentido hasta que mi cuerpo se derrite contra el suyo—. ¿Para que conste? He mentido. Recuerdo cada maldito minuto de esa noche. Ha sido una tortura quererte. Así que puedes decir que fue un error. Puedes decir que no me quieres otra vez, pero a la mierda con eso, Madds. —Me da otro beso delicioso—. Porque me quieres y esta vez no me voy a creer tus tonterías. No habrá yates. Ni citas con amigos. Porque estoy aquí y esta vez tomaré lo que quiero.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 26

Maddix

Me inclino hacia atrás y lo miro a los ojos mientras su mano aprieta el cabello de la base de mi cuello. Mi sonrisa es lenta y victoriosa. Las palabras que estoy a punto de pronunciar sólo sirven para asegurar que no hay vuelta atrás.

—Entonces tómallo.

Su gruñido salvaje resuena en las paredes de la habitación cuando nuestros labios vuelven a encontrarse. Mientras que el beso anterior fue hambriento, este está cargado de desesperación por semanas de tensión sexual contenida.

De querer y preguntarse.

De querer y recordar lo bien que podemos hacernos sentir el uno al otro.

De querer y saber que estamos a punto de saciar la necesidad compartida que está más tensa que la cuerda de un arco a punto de romperse.

Me levanta para que mis piernas rodeen su cintura y me lleva en brazos mientras nos reímos, nos besamos y nos besamos un poco más de camino a su cama. En cuanto me pone los pies en el suelo, nos despojamos de la ropa lo más rápido que podemos, y nuestros labios solo se separan cuando su camiseta pasa por encima de su cabeza.

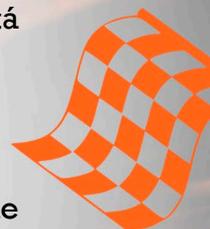
Tira de los hilos de mi bikini y mis manos encuentran su polla. Es dura y gruesa, y ya me duele el cuerpo de tanto desear tenerlo.

—Eres condenadamente preciosa, Madds —me dice en el único momento tartamudo en el que da un paso atrás y me admira.

Yo podría decir lo mismo de él. Los abdominales definidos. Los muslos fuertes. Su hermosa polla. Su sonrisa arrogante en unos labios que podría besar todo el día si me lo permitieran.

Nuestros labios vuelven a encontrarse. Esta vez un poco más suavemente, pero con el mismo deseo abrumador. Me empuja para que me siente en el borde de la cama, mientras se inclina para no romper el beso.

—Recuéstate. Déjame mirarte —murmura—. La última vez fue en la oscuridad. La última vez no pude verte entera. Esta vez no voy a perder la oportunidad... y *joder*.



—Gime la última palabra, un afrodisíaco audible mientras se agacha y empieza a acariciarse la polla.

Lo miro, con el labio inferior entre los dientes y el cuerpo palpitando de necesidad.

—Eres guapísimo —murmuro y juro que se sonroja. Pero no tengo tiempo de pensar en ello, porque sólo lo veo a él. Todo lo que quiero es a él.

—Quieres esto, ¿verdad? —me pregunta mientras hace ademán de calmarse. ¿Cómo puede ser tan comedido si llevamos semanas de preliminares?

Pero ya he empezado este juego, y pienso jugarlo al máximo.

—Tú quieres esto, ¿verdad? —imito mientras me tumbo en la cama y deslizo los dedos por mis pechos, pellizcándome ligeramente los pezones. Luego los bajo más lentamente por el abdomen mientras separo los muslos.

Su jadeo es audible y, joder, si no me excita aún más. Mis dedos me abren el coño mientras él me observa con una intensidad que en parte me excita y en parte me da escalofríos. Introduzco el primer dedo, lo mojo con mi propia excitación y lo deslizo hacia arriba para rodear mi clítoris.

Empiezo a provocarme a mí misma. A provocarlo. A darme placer hasta que siento que la sábana que tengo debajo se empapa de deseo.

—No vas a tener esta polla hasta que estés bien y preparada. Así que prepárate. Justo así. Quiero mirar. Quiero que me duelan las pelotas de tanto desearte. Así que juega, Madds. Contigo misma. Sigue ese juego. ¿Quieres seducirme? Nena, estoy malditamente bien y seducido.

¿Sus palabras? Incitan. Despiertan. Son un elemento añadido que no sabía que necesitaba o quería. Así que juego con ellas. El gemido... cuando meto los dedos dentro de mí. El arco de mi espalda... cuando añado fricción a mi clítoris. El movimiento de mis pechos... mientras absorbo el placer que me estoy dando a mí misma a su costa.

Y todo sin pronunciar una maldita palabra.

—Eres una provocadora —murmura Cruz cuando oigo el rasgado del papel de aluminio. Abro los ojos para verlo enrollando el condón sobre su polla, pero sus ojos están al cien por ciento en mis dedos entre mis muslos separados.

—Sólo me aseguro de que no te echas atrás. Ya he puesto demasiado esfuerzo para tener que terminar esto yo sola —bromeo.

—Oh, ya me tienes puesto. —Me agarra por detrás de las rodillas y desliza mi culo hasta el borde de la cama para que su polla descansa justo encima de donde están jugando mis dedos. Me toma la mano y se la lleva a los labios, haciendo ademán de chuparme un dedo. Su zumbido y el calor de su boca son como una línea principal hasta donde estaban mis dedos. Y como si fuera una señal, Cruz baja su otra mano y alinea la cresta de su polla en mi entrada.



—Sólo porque hayan pasado semanas desde la última vez que te tuve, no hace que el deseo sea menor. Voy a follarte, Maddix. Vas a recibir cada maldito centímetro de mí, y voy a follarte hasta que mi polla esté empapada y mis pelotas goteen con la prueba de lo que te hago. Las únicas palabras que quiero en tus labios son *Cruz y más*. ¿Entendido?

—Sí.

Arquea una ceja.

—¿Ya estás rompiendo las reglas? —Me acaricia el coño con fuerza y la sacudida de los nervios es una excitación inesperada—. ¿Lo intentamos otra vez?

Sonríó. Es una curva lenta y seductora que se arrastra hasta mis labios.

—Más.

—Ahí está mi chica. —Esta vez me da unas palmaditas más suaves, pero arqueo las caderas, desesperada por el roce de sus caricias, no sólo las mías—. Después de que te corras, después de que vea tu dulce coño suplicar más, yo me correré. ¿Entendido?

Jesús. ¿Me perdí esto la última vez? ¿La dominación? ¿Las palabras sucias? ¿La posesividad? Y joder, eso añade otro elemento a Cruz Navarro que podría poner de rodillas a cualquier mujer.

Y no sólo para estar ahí abajo adorando su polla.

Claro que puede que necesitara el alcohol para iniciar esa primera vez entre nosotros, pero tengo la sensación de que me perdí mucho porque estaba borracha.

Y si las sensaciones que me provocó entonces fueron embotadas, no puedo imaginar las explosiones de color que voy a ver momentáneamente.

—Puedo contigo —digo, con la sonrisa tensa por la necesidad.

—Sé que puedes y que lo harás.

—Más —me burlo de nuevo.

Su sonrisa es perversa, pero son sus ojos los que intentan sostener los míos antes de volver lentamente a su cabeza mientras empuja dentro de mí muy despacio. Hay tanto silencio que se puede oír caer un alfiler en la habitación mientras deja que mi cuerpo se estire y se acomode a cada uno de sus gloriosos y gruesos centímetros.

Su gemido gutural llena la habitación mientras sus dedos se clavan en mis caderas para contenerme. Es una sensación embriagadora saber y ver lo que le hago. Que su deseo por mí —no solo el sexo— parece ser tan fuerte como el mío por él.

—Dime cuándo, nena, porque es la mejor puta tortura estar enterrado tan profundo en ti.

Alargo la mano y le rasco el abdomen con los dedos, su cuerpo se tensa con el movimiento y su polla se sacude dentro de mí.



Gimo. No puedo evitarlo. Me siento tan bien, tan llena, tan completa. Y ese gemido es un consentimiento para que Cruz haga lo que quiera, porque no hay forma de que me aleje de esta sensación ahora mismo.

Ni de puta broma.

—Madds. —Mi nombre es una palabrota de placer mientras él empieza a moverse. Lentamente al principio. Diligentemente. Estratégicamente—. Sigue tocándote —murmura—. Muéstrame lo que te gusta. Lo que quieres. Cómo tocarte.

El final de cada frase se ve interrumpido por un enérgico impulso de vuelta para que toque fondo dentro de mí y golpee cada desesperada terminación nerviosa que ansía su tacto.

Levanto las caderas para darle mejor acceso.

—Más. —Mis dedos añaden presión a mi clítoris mientras él me da delicioso placer en otra parte—. Más. —Una y otra vez—. Más. —Adentro. Fuera. Repetir.

La primera vez, conocí el placer, reconocí su habilidad, pero de nuevo, el alcohol lo embotó. Pero esta vez estoy en alerta máxima. Mis sentidos. Mis terminaciones nerviosas. Cada maldito lugar que toca se ilumina con fuego. Un ardor que se intensifica con cada pasada de su polla.

Se inclina hacia delante y me besa. Nuestras lenguas se mezclan. Nuestros centros se unen. Nuestros cuerpos trabajan a un ritmo febril.

—Eso es, Madds. Puedo sentir cómo te aprietas. Puedo sentirte goteando. Puedo... ahí está. Córrete para mí. Córrete a mi puta polla.

Grito su nombre, o Dios, mientras el orgasmo consume todo sentido de la razón y la facultad. Es un tren de deseo que descarrila y destroza a la perfección todos mis nervios. Las corrientes se disparan a través de mí. Desde el bajo vientre hasta los dedos de las manos y los pies, y luego de vuelta, golpeándome aún más fuerte la segunda vez.

He perdido la razón.

Mi entorno.

A todo menos a lo que sentía dentro de mí y al hombre que seguía encima mío.

Y entonces, con el gemido más sexy que he oído nunca —uno que personifica la restricción rompiéndose de la mejor puta manera posible—, Cruz se pone de rodillas y vuelve a penetrarme.

Una y otra vez.

Cada vez más fuerte.

Cada vez más rápido.

Hasta que es mi nombre el que está en sus labios. Hasta que reclama mi cuerpo. Hasta que es su orgasmo lo que yo le doy.



EDGE

176



Y creo que nunca se ha visto más sexy.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 27

Cruz

Estoy en la ducha, con el agua cayéndome por la espalda y la polla ya dura de nuevo. Deseando de nuevo a Maddix.

¿De dónde coño ha salido esa necesidad insaciable y por qué carajos he estado luchando contra ella durante tanto tiempo?

Normalmente me acariciaría. Cedería a la necesidad de correrme otra vez para poder durar aún más para ella la próxima vez... pero joder, si voy a estar satisfecho con mi mano cuando tengo la maldita perfección en la otra habitación.

Con un gemido y la certeza de que la próxima vez con ella no tardará en llegar, cierro la ducha, me froto el cabello con una toalla y me pongo un pantalón de chándal.

Pero joder si mi polla no vuelve a volar a media asta en cuanto salgo al gran salón y veo a Maddix de pie con mi camiseta, sirviéndonos una copa de vino a los dos.

¿Cómo puedo estar excitado y querer sentarme y hablar con ella al mismo tiempo?

—¿Qué? —pregunta. Esos ojos verdes me miran mientras estoy de pie en la puerta, con los hombros apoyados en la pared, las manos metidas en los bolsillos del chándal y los pies descalzos.

—Nada. —Sacudo la cabeza y me acerco a ella—. Gracias.

—Por supuesto. —Se acerca al sofá y toma asiento. Capto una ligera mueca de dolor.

—¿Estás bien?

Ella asiente, sus ojos se apartan de los míos.

—Sólo un poco adolorida. —Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios cuando sus ojos encuentran los míos—. Y no me quejo por ello.

Mi sonrisa es automática. Nada dice mejor de un trabajo bien hecho que el dulce dolor del sexo posterior.

—Seré suave contigo la próxima vez.



—Por favor. No lo hagas. —Sus mejillas se sonrojan por la vergüenza, es entrañable, mientras dobla las piernas contra el pecho y tira de mi camisa por encima y hasta los tobillos mientras bebe un sorbo de vino. No puedo dejar de mirarla. Uno, porque mi camisa no llega hasta el sofá y, cada vez que se mueve, me muestra la curva de su culo y la insinuación de su coño desnudo como una tentación a la que volver.

Me siento en el brazo del sofá frente a ella y me ofrece una tímida sonrisa. *Jesús*, me golpea justo en el plexo solar. Tiene el cabello revuelto por mis manos y los labios desnudos pero rosados por haberme besado. ¿Cómo pude salir de aquí hace unos días sin saber cómo se desarrollaría todo esto y volver a esto? ¿A ella? ¿A lo que acaba de pasar? ¿A mi mundo sacudido por completo?

Gracias, Tessa.

—Cuando encuentras tu equilibrio, Madds, realmente encuentras tu equilibrio. Cuidado mundo. —Se cubre la cara con la mano mientras se le calientan las mejillas—. No. No te pongas tímida conmigo. —Bebo un sorbo—. Acabas de tocarme como a un violín. Caí en tus manos. Me sedujiste y estoy jodidamente contento de que lo hicieras.

—Tengo más en mí de donde vino eso.

—Gracias. Joder. Dios. Brindo por eso.

Maddix Hart *antes* era hermosa. Seductora. Sexy. Esta Maddix, con su actitud de *que se joda el mundo*, es un golpe de gracia.

—Creo que es un cumplido.

—Lo es. Uno enorme. —Me muevo y me siento en el cojín, incapaz de apartar los ojos de ella ni de sacarme de la cabeza la sensación de tenerla envuelta a mi alrededor.

¿Así es como se siente cuando tienes que esperar por algo? Porque si es así, joder, la intensidad hace que merezca la pena.

—Dime una cosa, Cruz —pregunta por encima del borde de su copa de vino.

—¿Qué?

—¿Por qué no has tenido novia?

—Jesús. —Toso la palabra y me río—. No nos adelantemos tanto, ¿eh?

—No estoy hablando de mí. —Ella pone los ojos en blanco, pero ¿por qué sus palabras me golpean mal?—. Es que... desde fuera un puede sacar conclusiones, o te aburres rápido, lo cual es preocupante, ya que estamos juntos de momento, o tienes un serio problema de compromiso que aún no has abordado.

Mierda. ¿Esa base que acabo de decir que encontró? Realmente está cavando.

Pero ahora son las palabras de Sofía las que vuelven a mí con fuerza. Las empujo a ellas y al sentimiento que provocan hasta el fondo.



—La gente rara vez es lo que parece. —Es una respuesta de cobarde, pero mi casa aún huele al sexo que acabamos de tener, y lo último que quiero es arruinar el subidón de eso.

—Quizá sea porque nunca te quedas lo suficiente para averiguarlo.

—Y quizá te quedas quieta demasiado tiempo porque tienes miedo de ir a por ello. El cambio no siempre es malo.

Su mueca me dice que fue un golpe directo. Un puñetazo para desviar los que podría darme fácilmente si sigue en esta dirección. Pero a diferencia de mí, ella recibe el golpe y asiente.

—Tienes razón. Me di cuenta en los últimos días y estoy tratando de arreglarlo.

—Bueno, más vale que todo ese arreglo no tenga nada que ver con Oliver Rossi. Nunca.

Ella levanta una ceja, sin duda notando mi deliberado cambio de tema.

—¿Ah, sí? —Me sonrío burlona.

—Desde luego que sí. —Hay diversión en sus ojos. Y entonces me doy cuenta—. No hablaste con Rossi. Ninguna cita en un barco. ¿Verdad?

Su sonrisa se ensancha, se levanta y se acerca a mí.

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —dice tímidamente mientras deja el vaso sobre la mesa.

—Joder. Has jugado conmigo, ¿verdad?

Se adelanta y me recorre el pecho desnudo con un dedo.

—No puedo confirmarlo ni negarlo, pero puedo decirte que acabamos justo donde teníamos que estar.

Yo dentro de ti. Sí. No hay putas quejas ahí.

Agarro sus caderas, los globos de su culo, y tiro de ella hacia mí para que no tenga más remedio que sentarse a horcajadas sobre mí.

—Eres un lobo con piel de cordero, Madds.

Me inclino hacia ella y la beso. Lamo entre sus labios y hundo mis dedos en la carne de sus caderas.

—Cuidado. Puede que muerda.

—¿Por favor?

—Me gustas celoso —ronronea contra mis labios antes de besarme el hombro—. Me gustas sudoroso. —Pasa la lengua por el disco de mi pezón y lo chupa. Sus ojos me miran mientras se desliza hacia atrás sobre mis rodillas para separar bien los muslos. Veo el color rosado de su coño—. Creo que estás muy sexy en tu traje de térmico antes de la carrera. —Se baja de mi regazo y sus rodillas tocan el suelo entre



mis pies—. Y completamente follable después, con el cabello húmedo y los músculos tensos. —Se echa hacia atrás y tira de mi camiseta por encima de su cabeza. Sus pezones están rosados y las pequeñas marcas en sus pechos de donde chupé demasiado fuerte me excitan.

La he marcado como mía. ¿Por qué eso me da tanta satisfacción?

—Madds. —Es el sonido de un hombre desesperado. *Por favor, dime que vas a hacer lo que creo que vas a hacer.*

Se ríe a carcajadas y me baja el pantalón con las dos manos cuando levanto el culo. Mi polla se libera. Está dura como una piedra y en la punta ya brilla el semen.

—Y me gustas especialmente así. Desesperado. Deseoso. Tus ojos oscuros. Tu polla dura. —Se inclina hacia delante y lame la gota—. Quiero probarte, Cruz. Quiero sentirte en el fondo de mi garganta. Quiero oír mi nombre en tus labios. *Te quiero a mi merced.*

Tómame, Madds. Tómame.

Y cuando coloca mi polla entre sus suaves labios, cuando el primer deslizamiento llega hasta el fondo de su garganta, cuando ahueca las mejillas y chupa con fuerza, se me ponen los ojos en blanco. Estoy *hecho polvo*.

—Maddix. —Es el gemido más suave y lo más parecido a la sumisión.

Le meto la mano en el cabello y tiro ligeramente de ella para que se vea obligada a mirarme mientras me toma de nuevo. Así puedo verla aceptar aún más de mí en esa boca pecaminosa suya. Así puedo tensar el culo y luchar contra las ganas de follarle la boca cuando le dan arcadas, pero sigue intentando llegar más lejos.

Esos ojos llenos de lujuria aún sostienen los míos.

Una y otra vez.

Mano empuñada. Lamer tras chupar.

Y cuando ya no puedo resistirme, cuando el placer es tan intenso que roza lo doloroso, cuando mi lugar se llena de mis alentadores elogios y de los resbaladizos sonidos de su boca follándome, la bobina se rompe. Detona. Se enciende. Y derramo todo lo que tengo en su garganta hasta que se traga hasta la última gota.

Hasta que me tiene al cien por ciento a su completa merced.

Joder.

Esta mujer. Me he enfrentado a mi padre por ella. He tratado de ser una persona mejor por ella. Incluso me he puesto celoso por ella.

¿Qué coño está pasando?



CAPÍTULO 28

Cruz

—Esto es... —Se da la vuelta y contempla lentamente el Marché aux Fleurs Cours Saleya—. Increíble.

El famoso mercado de las flores, en el corazón de Niza, recorre todo el paseo marítimo. Es un largo pasillo con restaurantes a ambos lados y puestos, uno tras otro, alineados en el centro. Los vendedores ofrecen jabones hechos a mano, frutos secos, baratijas para turistas, flores recién cortadas, pasteles y otros artículos diversos. El mercado al aire libre está lleno de lugareños y turistas, y la brisa marina refresca el patio empedrado.

—Lo es. —Asiento, con la gorra de béisbol calada con la esperanza de mezclarme con la multitud en lugar de convertirme en un espectáculo—. Pensé que te gustaría.

—Pero se suponía que hoy ibas a salir con tus amigos. ¿Qué pasó con eso?

Un día en la Riviera con los chicos. El sol. El alcohol. El mar. El código de hombres.

Yo había dicho que sí. Era justo lo que necesitaba hace semanas, cuando estaba planeado.

Era justo lo que necesitaba hasta que dejó de serlo. Hasta que miré al otro lado de la habitación y vi a Maddix aporreando el teclado, con el cabello recogido y un lápiz entre los labios mientras se concentraba en lo que fuera que estuviera haciendo, encerrada en mi casa.

¿No es ahí donde siempre está? ¿Aquí? ¿Para mí y mi beneficio? ¿Tomando esto como una campeona cuando sé que ha puesto su mundo patas arriba?

Arrugó la frente. Se movió en la silla e hizo que se le cayera el tirante de la camiseta.

Y sin preguntarle, mandé un mensaje a los chicos y me eché atrás. Y me quedé mirando la razón definitiva con su falda vaporosa, su top ajustado y sus ojos desorbitados.



—Sí, pero también prometí cuando te traje aquí que te mostraría los alrededores. Que exploraríamos. Estamos explorando, Madds.

Me mira desde donde está oliendo jabones, con una sonrisa caprichosa. Agradecida.

—Gracias.

Esa palabra y la forma en que la pronuncia hacen que se me forme un nudo en la garganta. Asiento y me quedo mirándola con las manos entrelazadas, una bolsa de baratijas que ha comprado para su familia en las manos como el novio cariñoso que no soy. Es como una niña pequeña. En cada puesto, su cara se ilumina con los nuevos objetos que ve. Los toca. Los huele. Intenta conversar con el dueño de la tienda y felicitarle por lo que vende.

Es amable.

¿No es por eso por lo que está aquí en primer lugar? ¿Porque fue amable conmigo incluso antes de saber quién era?

Y ahora... ahora que somos una falsa pareja que vive junta y duerme junta, ¿qué pienso de ella?

—¡Mira! —chilla y se arrodilla para recibir besos en la cara del bulldog francés del dueño del quiosco. Le da mimos en la barriga al perro atigrado mientras su sonrisa y su felicidad iluminan toda su cara.

Hay algo en este momento que me transporta a aquellos primeros días con ella. A cómo miraba todo, tan fresca y llena de asombro. El jet privado. Los camareros. Ámsterdam y todas sus maravillas.

Maddix me hizo replantearme las cosas. Entonces no me daba cuenta, pero ahora sí. He vivido esta vida de privilegios durante tanto tiempo que ninguna de estas cosas me parece un lujo. Más bien, son como siempre han sido las cosas. Las he dado por sentadas. Y estar con ella, verla experimentar cada cosa nueva, el asombro de todo ello, me ha dado una nueva perspectiva. Me ha dado la oportunidad de verla descubrir cosas nuevas que yo siempre he tenido.

Al principio, por eso me gustaba pasar tiempo con ella. Sus reacciones eran simpáticas y muy diferentes a las de las mujeres con las que solía salir. Tampoco estaba de más que fuera guapa, inteligente y un poco testaruda, pero, al igual que las cosas que me daban de comer, yo también lo daba por sentado.

Pero ahora, viendo a Maddix con un cachorro en medio del mercado, me doy cuenta de *que es exactamente por eso por lo que quería estar hoy con ella*. Ella me da una perspectiva diferente. Me permite ser yo mismo sin esperar más. Me hace sonreír y plantearme cosas que nunca antes me había planteado.

Joder, si es que no sé cómo sentirme al respecto.

Y estoy disfrutando cada ridículamente aburrido minuto de ello.



—Dios mío, esto parece el paraíso —arrulla ante una caja de pastas frescas y se lleva una mano al estómago.

—¿Tienes hambre? —pregunto y miro el reloj. ¿Cómo llevamos ya tres horas aquí?

—Me muero de hambre.

Le tiendo la mano.

—Conozco el lugar.

La mira y luego una suave sonrisa se dibuja en sus labios mientras la toma. Sí, estamos durmiendo juntos. Sí, estamos fingiendo un poco más. Y sí, esas líneas empiezan a desdibujarse cuando nunca antes había permitido que nada se desdibujara.

Aparto el pensamiento y me dedico a hacer de guía turístico por las callejuelas serpenteantes de la *Vieux Nice*. Los caminos son tan estrechos que se pueden estirar los brazos y tocar las dos paredes. Pasamos por delante de varias pastelerías y boulangeries, nos detenemos a admirar el arte en la estrecha puerta de un estudio. Ella toma foto tras foto de las idílicas y pintorescas calles con su adoquinado desgastado y la historia grabada en los edificios que las rodean.

—Aquí estamos —digo cuando entramos en una gran plaza con una iglesia a un lado, una fuente en el centro y un restaurante italiano con manteles rojos a cuadros.

La cara de Maddix se ilumina mientras estamos sentados en el patio exterior, sus ojos no dejan de escudriñar, asimilar y enamorarse una y otra vez de todos y cada uno de los matices y detalles de la zona.

—¿Qué? —pregunto cuando sus ojos encuentran los míos.

—Cada vez que pienso que he visto lo mejor de este viaje, lo supera lo siguiente que veo o el lugar al que me llevas. —Da un sorbo a su vino—. Aquí hay mucha historia. Tanta tradición. Es hermoso. —Su sonrisa me hace sonreír—. Gracias por venir hoy conmigo.

—Lo he disfrutado.

—Estás lleno de mierda. —Golpea sus pies contra los míos bajo la mesa—. Parecías aburridísimo viéndome comprar en el mercado, pero agradezco tu paciencia y que me dejaras empaparme de todo.

—Yo... me aburría, pero aun así lo disfruté. —Apoyo la mano en su muslo, necesitando esa conexión con ella y sin saber por qué.

Si Maddix tiene que pensárselo dos veces, seguro que no lo demuestra mientras sonrío a un grupo de escolares que cargan helados al otro lado de la plaza.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunta.

—¿El mercado de flores? ¿El restaurante? ¿Algunas veces?



—¿Algunas veces? —Se ríe—. Si viviera aquí, creo que nunca me hartaría de explorar. Mónaco. Francia. Tu país natal. Por todas partes.

—He viajado bastante, sí.

—No. Así no —dice y extiende la mano para poner la mía sobre su muslo y apretar—. No para trabajar. No para carreras. ¿Cuántas veces te metes en el coche como hemos hecho hoy, como hicimos en Ámsterdam, y dejas que el sol te dé en la cara y disfrutas de lo que te rodea?

Abro la boca y luego la cierro, agradecido por primera vez por un bebé que llora a nuestra izquierda. Pero incluso después de que la madre haya calmado al pequeño y nos hayan servido las ensaladas, la pregunta sigue flotando en el aire.

—Rara vez —admito finalmente. Ahora que lo pienso, me he relajado más que en años y eso se debe únicamente a la mujer que tengo al lado.

—¿Por qué no? —Su cabeza se inclina hacia un lado mientras me asimila.

—Porque es el estilo Navarro.

Me mira a los ojos y asiente levemente con la cabeza.

—Uno de estos días, vas a darme una respuesta real a una de mis preguntas en lugar de usar a tu familia como una razón para todo lo que no quieres responder.

—No la uso como excusa.

—Sí, lo haces —desafía, con una sonrisa jugueteando en las comisuras de los labios.

—Mi familia tiene una dinámica complicada.

—Cuéntamelo —me dice y empiezo a rebatirle, pero me corta—. Quiero saberlo, Cruz. No para correr a venderlo a la prensa rosa, sino porque quiero entenderte mejor.

Palabras como ésas suelen sofocar a un hombre como yo, pero por alguna razón me hacen respirar mejor. Y sin embargo... Me contengo.

—Como te dije antes, está todo en Internet. Búscalos.

—Así que me dejas entrar en tu cama, en tu mundo, pero no me dejas conocerte mejor.

—Eso no es justo.

—No tiene que ser justo para ser verdad.

Mi suspiro es exasperado. También lo es la forma en que miro alrededor de la plaza. Me da tiempo a asimilar esto, a ella... pero tras unos segundos, le respondo.

—Desde que tengo uso de razón, el único objetivo que he tenido, que se me ha permitido tener, es recuperar el lugar de mi familia en el deporte. Devolver la nostalgia y el prestigio que mi abuelo tuvo en la Fórmula 1 y su padre tuvo en el automovilismo en general.



—¿Por qué no era el trabajo de tu padre?

—Mi risita carece de gracia.

—Tenía el corazón, pero no la habilidad.

—¿Y eso es culpa tuya? —Nuestras miradas se cruzan y puedo ver cómo giran los engranajes de su astuta cabeza. No sé todo lo que oyó en la suite aquel día, pero tengo la sensación de que oyó lo suficiente como para sumar dos más dos y darse cuenta de que no suman cinco.

Y por eso mantengo a la gente a distancia. Para que no vean cómo me tratan, porque Dios nos libre de mancillar el apellido Navarro. Para que no se den cuenta de la forma en que permito que mi padre me hable, me trate, me presione, porque ya es bastante vergonzoso enfrentarme a ello yo mismo.

¿Por qué lo soporta un hombre fuerte y seguro?

Porque, a fin de cuentas, soy un Navarro. Estoy orgulloso de ello. De lo que soy. Y desde que tengo uso de razón, ser un Navarro era más importante que respirar.

Pero cuanto más viejo me hago, más tóxico me parece el aire que respiro.

—No es culpa mía, no —murmuro, mirando el rojo oscuro de mi vino—. Pero soy el que puede recuperar la gloria que perdió de mi patriarca cuando no estuvo a la altura de su potencial. Soy el hijo de oro que puede devolverle su orgullo.

—Eso no tiene sentido para mí.

Para mí tampoco.

—Basta ya. —Agito una mano en señal de indiferencia, cerrándome de repente. He compartido demasiado. He dicho demasiado.

—No. Importa. —Entrelaza sus dedos con los míos y me agarra fuerte cuando intento separarme—. Tú importas.

Odio la extraña constricción de mi pecho. El calor repentino que me sube por el cuello.

—No es para tanto.

—Pero lo es. —Sus palabras son apenas audibles y sólo sirven para aumentar esos sentimientos. Me salva el reparto de la pizza. Una pequeña charla con el camarero. Sirviéndole un trozo.

Le doy un mordisco, pero cuando levanto la vista, me está mirando y no está comiendo.

—Mira, es sólo presión. Eso es todo lo que es. —Quiero cambiar de tema. Tal vez no escuchó más que las crueles palabras de mi padre sobre ella. Quizá le estoy contando demasiado—. El impulso familiar de los Navarro, nuestra dinámica familiar... es jodida en muchos sentidos. Así que no hablar de ello es mi forma de protegerte de ello. —Y mi manera de no parecer un saco de mierda sin carácter ante los de fuera que no entienden cómo es la burbuja Navarro.



—Bueno, quizás algún día confíes en mí lo suficiente como para contármelo.

—Confío en ti. —¿Y no es eso parte de ello? ¿La confianza? Me asusta mucho que lo haga. Que quiera explicarle de los celos amargos de mi padre y del abandono de mi madre. De mi abuelo al que admiro y de su amor duro que respeto. De mi hermana que es la única que me entiende y aun así, no lo hace exactamente—. Esto es más de lo que he compartido con cualquiera en mi vida.

Maddix se inclina y me da un beso muy tierno en la mejilla, dejando que sus labios se queden un instante.

—Si te sirve de algo, Cruz, yo también confío en ti. —Se echa hacia atrás y sonríe suavemente—. Gracias por lo de hoy. Por esto. Por ser mi amigo en todo esto cuando podrías estar resentido conmigo por todo esto.

Nunca.

La palabra baila en mi cabeza, pero muere en mi lengua.

¿Resentirme con ella por esto?

¿Cómo podría? Si por primera vez alguien me ha hecho esperar con ilusión los días que no son de carrera.



CAPÍTULO 29

Maddix

Manos.

Siento cómo se deslizan sobre mi piel.

Labios.

Besos perezosos por mi hombro. El deslizamiento de la sábana y el aire fresco del dormitorio. Un perezoso círculo de lengua alrededor de mi pezón.

—Cruz —murmuro, con los ojos abiertos por la luz del amanecer. Sólo veo sombras. Todo lo que siento son sensaciones.

La tela de sus vaqueros rozándome los muslos. La presión de sus dedos al separarme los muslos.

—Shh —murmura contra mi estómago.

Un vistazo al reloj me hace quedarme quieta. Las cinco de la mañana. Tiene que tomar un vuelo. Dentro de diez minutos. Monza está esperando.

—Tienes que irte.

—Lo sé. —Siento cómo sus labios se curvan en una sonrisa contra la parte superior de mi montículo.

—Tienes que irte de verdad. —Mis palabras no son muy urgentes cuando sus dedos se separan de mí y se deslizan por la resbaladiza piel que ya le está esperando.

—Hay tráfico inesperado de camino al aeropuerto. —Un beso en mi clítoris—. Cierre de carreteras. —Un deslizamiento de su lengua con la presión perfecta—. Animales cruzando.

Mi risa se convierte en gemido cuando hunde su lengua en mí.

—Puedo follarte con mi lengua, Madds, o puedo meterme en el ascensor e irme. Tú eliges.

—Y esta es la razón por la que no voy contigo de inmediato.

Se ríe contra mi piel mientras su lengua dibuja perezosos círculos alrededor de mi clítoris.



—Venirse es el nombre del juego.

La mueve de un lado a otro con una presión y una delicadeza expertas. Con las acciones que sabe que me vuelven salvaje. Me tienta y me provoca, y mi lucha para que no llegue tarde a su vuelo deja paso al placer que se apodera de cada nervio de mi cuerpo.

Mi grito ahoga la habitación y su luz matinal. Mis dedos se enredan en su cabello mientras me da placer. Mientras me deshace. Mientras me recuerda lo experto que es en esto. No hace mucho que no lo hace. ¿Hace cuánto? ¿Tres días? No podría conseguir que Michael me la chupara una vez cada pocos meses, pero Cruz actúa como si fuera una necesidad para su salud hacerme venir de esta manera.

¿Qué mujer se queja de eso?

—Me encanta cómo sabes, joder —murmura, con el calor de su aliento contra mi carne más íntima.

—Cruz. —Su nombre es un gemido gutural mientras mis dedos agarran su cabello con más fuerza.

—Me encanta cuando lo dices así. —Una lamida—. Desesperada. —Una chupada—. Sin aliento. —Una penetración de su lengua que hace que mis caderas se agiten para que pueda sondear más profundamente y golpear donde yo quiero que golpee—. Codiciosa.

Mi cuerpo se tensa mientras mi núcleo se hace papilla.

—Esto me pone tan jodidamente duro. Olerte. Saborearte. Que te corras en mi lengua.

Gimo cuando añade sus dedos a la mezcla.

Me agarro a las sábanas mientras su lengua me acaricia. Mientras muevo las caderas. Mientras el centro de mi universo se sale de su eje y vuelve a estrellarse con estrellas detrás de mis ojos cerrados. Mi cuerpo es un amasijo de sensaciones y nervios.

—Así me gusta. —Continúa metiéndome y sacándome los dedos lentamente para extraer todo el placer de mi orgasmo antes de volver a subir por mi cuerpo.

Espero sentir el roce de sus vaqueros al bajárselos. Oír el rasgón de la lámina del preservativo. Que me deje darle placer.

Pero en lugar de eso, se inclina hacia delante y me besa con una delicadeza inesperada. Me saboreo en su lengua mientras su mano se acerca para enmarcarme la cara.

—Nos vemos en unos días, Madds —murmura antes de apartarse de mí y ponerse en pie.

—¿Cruz? —*Déjame corresponderte. Déjame sentirte dentro de mí.* Empiezo a incorporarme y él se inclina y me besa una vez más.



EDGE

189
Simply Books

—Después de la carrera. Déjame con hambre. —Se echa hacia atrás y la sonrisa ilumina sus ojos—. Me gusta dejar a mi mujer satisfecha y con ganas de más.

Y si alguna vez hubo un comentario de Cruz Navarro, fue ese.

Pero cuando sale por la puerta, no me molesta como cuando esto empezó. Más bien me hace abrazar mi almohada y sonreír.

Déjame con hambre.

¿No sabe que es un estado permanente para mí cuando se trata de él?



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 30

Maddix

—Nunca te acostumbras.

Miro a la mujer que está a mi lado. Estaba tan absorta en la carrera que no me he dado cuenta de que se acercaba. Mi sonrisa falla cuando nuestras miradas se cruzan. Hay tanta gente aquí que nunca sé quién es prensa, personal o invitado de Gravitas.

Y he aprendido que cada uno de esos grupos debe tratarse de forma diferente.

Es impresionante, con su cabello oscuro y sus ojos claros enmarcados por gruesas pestañas. Tiene una postura escultural y, si no lo supiera, su gracia me hace pensar en una bailarina.

—¿Nunca te acostumbras a qué parte? —pregunto, picada por la curiosidad.

Sonríe, el movimiento suaviza la nitidez de sus rasgos. Me resulta familiar, como si debiera conocerla, pero no consigo ubicarla.

—La euforia. El estruendo en el pecho. El zumbido de los motores. Lo oyes cuando cierras los ojos por la noche para dormir.

—Es mi segunda carrera, así que estoy aprendiendo.

—Lo sé. —Su sonrisa se ensancha mientras me paro un poco más erguida, desesperada por volver a mover los ojos hacia el monitor para poder ver a Cruz volar por la pista, pero al mismo tiempo necesitando saber quién es esta mujer—. Llevo toda la vida en esto. Mi abuelo. Mi padre. Mi *hermano*. —Levanta la barbilla hacia el monitor mientras muestran el coche de Cruz, y ahora sé exactamente quién es.

Si quería toda mi atención, ahora la tiene.

—Sofía, ¿verdad? —pregunto.

—Ah, así que habla de mí. —Me tiende la mano—. Encantada de conocerte, Maddix.

Así que Dominic Navarro puede hablar mierda de mí, puede atracarme en un garaje, pero no tiene las pelotas de encontrarse conmigo cara a cara. Envía a su hija para el reconocimiento.



No debería haber esperado más de él.

Miro su mano un momento antes de estrechársela.

—Encantada de conocerte a ti también.

Ella no es lo suficientemente buena para un Navarro, simple y llanamente. Ocupate del problema o lo haré yo.

El complejo se hace más grande mientras las palabras de Dominic se repiten en mi cabeza. Miro hacia la izquierda de la recta, esperando los pocos segundos que tengo para ver a Cruz.

—¿Y qué piensas?

Espero a que el grupo de coches en el que se encuentra pase de largo antes de girar todo mi cuerpo para mirarla. Entrecierro los ojos y le devuelvo la mirada, ya que está claro que me está evaluando.

—¿Sobre qué? ¿De las carreras? ¿Tu hermano? ¿Si soy lo suficientemente buena para el apellido Navarro? ¿Qué planeo sacar de toda esta relación? ¿Cuántas de esas cosas estás aquí para evaluar e informar a quien te envió?

Entablamos una guerra visual y la lenta curva de una sonrisa en sus labios me sorprende.

—Sabía que me gustabas.

—Lo siento, ¿qué...?

Ella levanta las manos.

—No soy mi padre, Maddix. Te aseguro que soy cien por ciento *del Equipo Cruz*.

Mi única respuesta es apretar los labios y mirarla fijamente.

—Tómame la palabra. No me tomes la palabra. No me importa. —Se encoge de hombros, no ofendida, y por primera vez me doy cuenta de que su lenguaje corporal es idéntico al de Cruz. La inclinación de la cabeza. La sonrisa torcida. El sutil arco de una ceja—. Que sepas que soy plenamente consciente de la situación en la que están metidos, y lo apruebo.

Ese comentario podría significar dos cosas. Lo de las citas falsas o lo de acostarnos juntos, y no estoy segura de a cuál responder.

Una ola de sonido procede de las tribunas. Vuelvo a mirar el monitor y veo que uno de los Moretti apenas roza el muro a la salida de una curva antes de lanzarse a adelantar a Cavanaugh en la recta de atrás.

Observo unos segundos más, con la respiración contenida y el corazón palpitante, sabiendo que después de que persiga a Cavanaugh, irá a por Cruz.

—Vamos —murmuro para mis adentros como si mi única palabra le fuera a conceder algo de suerte.



—Monza siempre ha sido bueno para él —dice, refiriéndose al circuito y volviendo a atraer mi atención hacia ella—. Y parece que, sorprendentemente, tú también.

Sus palabras me pillan por sorpresa y esta vez, cuando la miro de frente, se limita a levantar las cejas y a esbozar una leve inclinación de cabeza y una sonrisa cómplice, a pesar de seguir mirando el monitor.

—No sé muy bien qué responder a eso —digo, bajando un poco la guardia porque estoy desesperada por un poco de compañía femenina. *¿La conoces desde hace cinco minutos y ya le crees?* Quizá deberías comentárselo primero a Cruz antes de ser cualquier cosa menos cordial con ella, teniendo en cuenta la joya que parece ser su padre.

—No tienes que responder. Aunque te he estado buscando todo el fin de semana. ¿Dónde te has estado escondiendo?

—Tenía... trabajo. Tuve que venir temprano esta mañana.

Ella asiente y siento que puede ver a través de mi mentira.

No es el trabajo lo que me ha mantenido alejada. Es la obligación contractual de Cruz de dormir una determinada cantidad de horas durante las semanas de carrera. Y como mantener nuestras manos alejadas el uno del otro ha resultado ser todo un problema, dormir cuando los dos estamos cerca sólo viene después de una ronda (o dos) de actividad que nos hace retorcer los dedos de los pies, nos hace sudar y nos da orgasmos.

Eso no garantiza un sueño reparador.

Y puede que Cruz no siga las reglas en ninguna otra cosa de su vida, pero seguro que lo hace cuando se trata de su trabajo.

Así que en lugar de pasar toda la semana de carreras en Monza con él, opté por volar esta mañana temprano para evitar ser una distracción. *A pesar de que ser su distracción es increíblemente impresionante.*

—Sabes, a veces las distracciones son algo bueno.

Abro la boca y la cierro. Se me calientan las mejillas, pero no me resisto a sonreír.

Cruza los brazos sobre el pecho y echa un rápido vistazo a su alrededor, como para comprobar quién está cerca, antes de volver a mirarme.

—No soy fan de las mujeres con las que sale normalmente. Superficiales. Oportunistas. Tú, en cambio... parece que le eres leal. Protectora. Privada. Eso me gusta para mi hermano. Por lo que me dice, lo desafías, y ser desafiado es bueno. Te hace mejor persona. Sé que llevan poco tiempo *juntos*, pero ya he empezado a ver un lado diferente de mi hermano. Un lado mejor. Y eso me gusta.

Miro por encima del hombro y vuelvo a mirarla cuando veo que no hay nadie cerca de nosotros.



—Sabes que sólo hago mi trabajo, ¿verdad? —Al menos eso es lo que me digo a mí misma—. En unos meses tendrá el acuerdo firmado y ambos volveremos a nuestros rincones separados de la tierra.

Se muerde la lengua y lucha contra una sonrisa.

—Lo que tú digas.

—¿Qué significa eso?

—Ustedes dos son mucho más parecidos de lo que esperaba.

La miro, indecisa entre ver la carrera y sopesar el significado de esta conversación, porque sin duda hay uno. Pero aún no sé cuál es.

No es quien esperaba al conocerla. Supuse que estaría del lado de Dominic, no de su hermano. Y el hecho de que claramente no lo esté, hace que me caiga bien instantáneamente. Pero tengo la sensación de que si la hubiera conocido en otras circunstancias, ella y su carácter serio me habrían caído igual de bien.

Al igual que su hermano, hay algo en ella que te atrae.

No te encariñes, Maddix. Con él. Con ella. Con esta familia. Con esta situación.

Todo esto es temporal.

—Menos mal o podrían ser unos meses miserables.

Se acerca y apoya el codo en la cornisa que nos separa de la fila de boxes. Da la vista perfecta de cuando Cruz entra en boxes, o box, como lo llaman por alguna extraña razón. La velocidad a la que lo hacen es increíble.

Imito su postura, aliviada de que esta conversación parezca haber terminado, pero aún sin saber por qué siento que me estoy perdiendo algo.

A lo mejor es cosa de hermanos y como yo no tengo, no entiendo lo que es.

—Le gustan las azoteas —dice de sopetón.

Una parte de mí quiere decirle que lo sé. Otra parte quiere guardarse ese conocimiento para mí.

—Es donde va cuando está estresado o necesita un descanso de la vida, de ser un Navarro.

—Lo sé —digo en voz baja.

—Para él, el único heredero varón, ser un Navarro es mucho más que el nombre. Es la defensa de un legado. La continuación de una línea que ama tanto así como odia y que algunos días le importa una mierda menos en conjunto.

—¿No es así como todos nos sentimos sobre la familia algunos días?

—Tal vez. —Sofía saluda a uno de los miembros del equipo de abajo antes de continuar—. Déjame adivinar. Tienes madre y padre. Felizmente casados. Siempre



han estado ahí para ti. Muy unidos. Ese tipo de cosas. —La miro—. No es un insulto —dice—. Sólo intento que entiendas de dónde viene. Por qué puede ser como es.

—Okey. —Esbozo la palabra, mis ojos se mueven entre mirar la carrera en el monitor y figurármela.

—Cruz solía hablar solo cuando éramos niños. Mucho. Durante mucho tiempo pensamos que tenía un amigo imaginario llamado Cross. Mi padre lo aborrecía. Le prohibió hablar con quienquiera que fuera ese tal Cross porque eso sólo lo hacían los niños débiles. —Suspira y sacude lentamente la cabeza—. Lo que ninguno de nosotros supo hasta que fue mayor es que sólo era Cruz hablando consigo mismo. Quería ser Cross, su nombre en inglés. El chico que no era Navarro. Que no tenía expectativas sobre sus hombros. Que podía ser un chico normal y no el próximo segundo advenimiento de la Fórmula 1. El niño cuya madre lo quería en vez de estar resentida con él por ser igual que su padre.

—Sofía. —Su nombre suena a angustia cuando lo digo. No hay otra forma de describirlo mientras veo al hombre adulto batallar en el campo mientras pienso en este niño que no quería ser otra cosa que un niño con un nombre diferente.

Extiende la mano y me la pone en el antebrazo.

—Encuentra al Cross detrás de Cruz. Es un hombre bueno. Es el que esconde del mundo. Cuando lo veas, conocerás al hombre que adoro. Al que me enorgullece llamar hermano. Todo esto... —Señala las gradas y la pompa y circunstancia—, no es más que un escaparate para el chico que hay debajo y que está muerto de miedo de que nadie le quiera si no rinde y está a la altura de unas expectativas ridículas.

Parpadeo para ahuyentar las lágrimas que brotan de mis ojos.

—¿Por qué me cuentas esto?

Su sonrisa es tan suave como crípticas sus palabras.

—Ya sabes por qué.

—No. Necesito...

—Está claro que le importas. Si aún no lo has visto, podrías empezar a querer mirar un poco más. —Me da una palmadita en el brazo y da un paso atrás—. Me alegro de haberte conocido por fin. Ahora te dejo en paz. —Señala la pantalla—. Ahora suele ser cuando la carrera empieza a ponerse interesante, y hay un puesto en el podio que llama el nombre de mi hermano.

Cuando se marcha, la sigo con la cabeza nadando con nueva información, nueva percepción. No puedo asimilarlo.

«Encuentra al Cross detrás de Cruz. Es un hombre bueno. Es el que esconde del mundo. Cuando lo veas, conocerás al hombre que adoro.»

Pero hay un pequeño problema. Si encuentro a Cross, tengo la sensación de que mi corazón podría descubrir que él también es el hombre que puedo amar. Eso



EDGE

195
Simply Books

es algo que no puedo considerar... *no cuando no hay forma de que él quiera mi corazón a cambio.*



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 31

Cruz

El coche vibra mientras lo empujo tan fuerte como puedo.

—Vas bien. Sigue. Sigue. Sigue —me dice Otis al oído mientras persigo a Evans. Es más rápido que la mierda en las rectas. Sea cual sea el problema que estaban teniendo con su motor antes de la pausa claramente se ha solucionado.

—Faltan dos.

—Diez-cuatro —digo mientras la fuerza de gravedad me presiona en la curva—
. ¿McElroy?

—Uno punto dos atrás.

Un punto dos segundos detrás de mí. Tengo que mantenerlo ahí. Si me saca un segundo, ganará capacidad de DRS, e independientemente del aire sucio que reciba de mi coche, podrá adelantarse.

—Ese sector fue el más rápido hasta ahora. Grim es P4.

Mi compañero Schilling va tras McElroy. Eso significa que no puede ayudarme a esquivarlo y ganar tiempo.

—Falta uno.

Conduzco rápido y ajustado y salgo de las curvas con centímetros de sobra entre mis neumáticos y los muros. Puedo ver a Evans delante de mí. Mi tiempo en el sector puede ser rápido, pero no hay una maldita manera de que pueda cerrar esa brecha en una vuelta.

Necesito aferrarme al segundo lugar.

Conservarlo.

—Y eso es P2, Cruz. Bien hecho. Gran carrera.

—Joder, sí. —Bombeo el puño y grito mientras me invade la euforia. Hemos tenido una carrera tras otra en las que las cosas no han salido como queríamos. Un percance tras otro al principio de la carrera, lo que convierte las siguientes sesenta vueltas en un curso intensivo para intentar recuperarnos.

Me he colocado bien, pero ha sido una batalla.



Esta vez fue suave y eso es un cambio bienvenido.



El champán me escuece en los ojos y el traje se me pega al cuerpo. Me duelen las mejillas de tanto sonreír. Mi cabeza se marea con la euforia de un podio y los puntos ganados para mantenernos en el segundo puesto de la clasificación general.

Salgo del escenario con el trofeo en la mano y lo único que veo es a Maddix. Está de pie en medio de todo el caos con su camiseta de carreras Gravitas puesta, su sonrisa radiante y un pase de prensa colgado del cuello.

—¡Siiii! —Levanta los brazos emocionada.

Sin pensarlo, hago lo único que he querido hacer desde que salí del coche. Me acerco a ella, la abrazo de tal forma que cuando me enderezo sus pies abandonan el suelo y luego la beso sonoramente en los labios.

Es breve: hay gente a nuestro alrededor. Profesionales. La prensa. Otros equipos. Y lo que antes era puro espectáculo, ya no lo parece.

Y es algo que prefiero mantener en privado.

Así que mantengo el beso breve, pero joder, me cala. Y cuando vuelvo a poner sus pies en el suelo, ella no me suelta. Se inclina hacia mi oído.

—Estoy orgullosa de ti.

Cuatro palabras sencillas pronunciadas por una mujer que no debería significar nada para mí y que, sin embargo, tienen una fuerza inesperada.

Cuando la miro, con los ojos entrecerrados, lo único que hace es apartar las lágrimas y levantar la mano hacia mi mejilla.

Su sonrisa está llena de esperanza y emoción y algo más, pero joder, me lo quedo todo.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer —dice y da un paso atrás, dejándome ver claramente a Sofía de pie.

Oh, mierda. ¿Las dos juntas? ¿Solos? Eso es un maldito problema.

Pero me tomaré la molestia. Aceptaré que mi hermana esté aquí. Y definitivamente tomaré el abrazo con el que me aprieta antes de pasar a la recuperación.

—Gracias por venir —digo al ver a Amandine que se lleva a Maddix.

—Monza siempre nos da suerte a los Navarro. Me alegra ver que algunas cosas no han cambiado.

—A mí también.



—Gran carrera. —Miro hacia la voz y acepto un apretón de manos de Spencer Riggs. Un viejo amigo y competidor desde nuestros días de karting hasta ahora.

—Gracias, hombre. —Le pongo una mano en el hombro y aprieto—. A ti también. Hoy has tenido una dura pelea.

—La próxima vez. —Se encoge de hombros.

—Siempre hay una próxima vez —le digo mientras él sigue con su propio montaje de relaciones públicas que, sin duda, necesito conseguir yo mismo.

Sofía y yo vemos a Riggs alejarse antes de que su silencio me haga girarme para mirarla y con las manos en las caderas.

—¿Qué? —le pregunto.

—Me gusta.

—Le gusta a todo el mundo. —Bueno, excepto a papá, pero él no cuenta. Sigue mirándome con los labios fruncidos y un fantasma de sonrisa—. Lo juro por Dios, Sof, por favor dime que no has dicho algo para que salga corriendo.

—Teniendo en cuenta que te estaba esperando en la línea de meta, creo que tienes tu respuesta... pero hablamos, sí.

—¿Por qué no me gusta cómo suena eso?

Mi hermana ve algo por encima de mi hombro y se levanta.

—Preséntame —dice Sofía en voz baja.

—¿A quién...? no, en absoluto —digo cuando me giro y veo a Rossi haciéndole ojitos a mi hermana.

¿Qué le pasa a este puto tío?

—Vamos. Está bueno. Tú puedes jugar, ¿por qué yo no?

—Porque es problemático.

—Perfecto. Me gustan los problemas. —Me sonrío, pero, gracias a Dios, cuando miro hacia atrás, Rossi se ha ido.

—Deberías meterte en la bañera de hielo conmigo si estás tan calurosa. Eso te refrescará —le digo mientras empieza a caminar conmigo.

—Lo dice el hombre que no puede tener a Maddix aquí antes de una carrera porque no puede mantener sus manos lejos de ella. La olla y la sartén.

—Como quieras. —Le hago un gesto con la mano.

—¿Sabes qué? Tal vez sí necesito meterme en ese baño de hielo contigo. Creo que me estoy enfermado de algo. —Tose fingidamente—. Necesito asegurarme de que empeore.

Miro a mi hermana y su sonrisa de comemierda y sé exactamente a dónde quiere llegar.



EDGE

199
Simply Books

—Eres jodidamente increíble.
—Lo sé. Ahora recompénsame con esa presentación.
La empujo juguetonamente.
—Sobre mi cadáver.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 32

Maddix

—No lo entiendo. —Miro a Cruz, que está de pie en mi puerta, con la toalla alrededor de la cintura y chorros de agua corriéndole por el pecho.

Creo que nunca he deseado tanto ser una gota de agua.

—No hay mucho que entender. El príncipe celebra una gala benéfica todos los años. Me invitaron. Se explica por sí mismo.

—Pero... —¿Yo? ¿En un palacio?

Se ríe entre dientes y se acerca a mí. Me toma la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—¿Tan malo es que quiera que seas mi cita? Sólo tú, Madds. —Levanta las cejas para reforzar las palabras—. ¿Que quiero compartir esto contigo y sólo contigo?

El corazón se me acelera en el pecho. Sé que sólo son palabras. Pero me aceleran el pulso.

—Pero Cruz ... —El pánico sustituye a la sensación de regocijo y me recorre la espina dorsal—. Me estás diciendo que voy a palacio. Uno donde vive un príncipe de verdad y que yo también me reuniré con él.

—Él y otros, sí. —Lo dice con despreocupación. Le agradezco mucho que no se burle de mí por parecer tan asombrada.

—Y otros. *Sí, claro.* Como otros de los que probablemente me desmaye nada más verlos porque son actores y actrices, un tipo de realeza diferente por derecho propio. —Pongo los ojos en blanco—. Me has soltado esto sin avisar. Es una locura. Es una locura. ¿Cómo? ¿Cómo? Necesito...

—Eres adorable cuando te pones nerviosa. —Se inclina y me roza los labios con un beso. Suave y delicado. Que se convierte en nuestras lenguas bailando una contra la otra en un suspiro silencioso de un beso que es tan tierno que puedes sentir la piel de gallina.

Quiero hundirme en él. Su tacto. Su calor. Todo de él.

Es tan fácil. Lo hace así.



Cuando termina el beso, apoya la frente contra la mía, manteniendo las manos en mi cara, y noto cómo sus labios se dibujan en una sonrisa contra los míos.

—Si no paramos aquí, puede que se me caiga la toalla y tengas que aprovecharte de mí.

¿Dejaré de desearlo alguna vez? ¿De necesitarlo? ¿De volverme para mirarle sólo para sentir ese retorcimiento en la boca del estómago que hace que el dolor comience de nuevo?

—Esa es una tarea de la que estoy bastante segura de poder encargarme —le digo y lo acaricio sobre la toalla.

Gime en mi boca y aprovecho la invitación para volver a deslizar mi lengua entre sus labios. Lo beso mientras me abro paso por debajo de la toalla hasta llegar a su erección.

El timbre nos hace gemir a los dos.

—Pueden volver más tarde.

Su risa retumba en mí.

—Aunque estoy totalmente de acuerdo con esa línea de pensamiento, esta interrupción corre de mi cuenta.

Doy un paso atrás, con su polla aún en mi mano.

—¿Qué quieres decir?

—Ve a abrir la puerta. Es para ti. Ahora mismo no estoy precisamente para abrir puertas. —Sonríe mientras se mira la polla.

—Las oportunidades desperdiciadas me ponen muy triste. —Finjo hacer pucheros.

—Te prometo que te compensaré por esto más tarde. —Me da un beso casto en los labios y luego me palmea el culo—. Ahora ve.

Casi floto hasta la puerta principal. *¿Cómo es esta mi vida?* Estoy en Mónaco. Tengo un hombre increíblemente sexy que no me quita las manos de encima. Mi trabajo va bien. Los comentarios de Kevin sobre mi análisis de mercado son grandes elogios y sorpresa por mi minuciosidad y atención al detalle. Por otra parte, siempre ha estado ahí, sólo que no siempre me he presentado ante él, como ahora. En cualquier caso, su elogio de mi trabajo real, y de este trabajo fingido, me ha tenido en las nubes los dos últimos días. Quiero decir...

—¿Hola? —digo con cautela cuando veo a un equipo de personas todas vestidas de negro frente a mí.

—Hola —dice el hombre que está delante. Su cabello corto es rubio platino decolorado, una ración de anillos adorna sus dedos y lleva delineador alrededor de sus ojos azul pálido. Me tiende la mano para que se la estreche—. Soy Jacque y somos tu glam squad para esta noche.





—¿Esta noche? —pregunto.

—Ah, sí —dice Cruz por encima de mi hombro—. ¿Se me olvidó decirte que la gala era esta noche?

—¿Qué? —Ladeo la cabeza hacia él y sonrío mientras se queda de pie en medio de su piso con un pantalón de chándal, sin camiseta y el cabello aún mojado. El grupo de gente entra sin que yo diga nada.

Cruz se encoge de hombros.

—Pensé que cuanto más tiempo te diera para asustarte, más te asustarías. Así que... Pensé que un ataque sorpresa sería la mejor apuesta.

Mi sonrisa es de incredulidad.

—Eres... —Sacudo la cabeza.

—Guapo. Increíble. El mejor de los mejores. Quiero decir, me quedo con cualquiera de esos y un montón más, pero algunos de ellos... —Me guiña un ojo—, podrían hacer sonrojar a nuestra compañía. —Pasa a mi lado y me roza los labios con un beso—. Diviértete.

—¿Adónde vas?

—Trabajaré en el simulador un rato. Tengo algo de papeleo que Kevin envió sobre Revive para mirar. ¿Una siesta?

Me quedo mirándole el culo mientras recorre el pasillo en dirección al dormitorio extra, y me repito la pregunta del día —o más bien de las últimas cinco semanas—: ¿cómo es *esta mi vida*?



CAPÍTULO EE

Maddix

Esto es un cuento de hadas cuando nunca he creído en ellos.

La varita mágica del hada madrina —el equipo de maquilladores, manicuristas, peluqueros y estilistas— que vino a prepararme hoy.

El vestido. Es de color champán y tiene una delicada pedrería que es lo suficientemente formal para el evento, pero no tan formal como para sentirme recargada y fuera de lugar.

Las joyas. Las que Cruz consiguió prestadas de su joyero, que llegaron con guardias armados, y que tienen un valor superior al de mi alquiler... *durante una década.*

Mi cita. Cruz sabe cómo llevar un esmoquin. Es devastador en todos los sentidos de la palabra, con sus rasgos oscuros y sus hombros anchos. Parece que ha nacido para asistir a eventos como este.

A nuestro carruaje. Quién sabe lo caro que es el coche en el que llegamos, pero sus puertas se abren y el motor ronronea en lugar de retumbar.

Al lugar. Un maldito palacio. Uno en el que viven un príncipe y una princesa de verdad. Uno que ha estado allí durante siglos y a través de diferentes reinados. Uno con jardines entre los que estamos de pie en la noche iluminada por la luna en la costa del Mediterráneo.

A la gente que nos rodea. Es la opulencia en esteroides. Nunca antes había visto tantos diamantes, tanta ropa de diseño y tanta gente que creo conocer pero que no consigo ubicar.

No me permitiré creer que esto es sólo un espectáculo para Cruz. Que yo esté aquí. En su brazo. Sé que probablemente lo sea, pero no quiero pensar en eso esta noche. Esta noche, quiero perderme en el mundo de cuento de hadas en el que nos hemos metido y no pensar en el mañana o falarejas o en el hecho de que cuando miro a Cruz o siento su tacto, siento que mi corazón se resbala.

Estudio su perfil mientras mira a su alrededor, sonriendo a quien tiene que sonreír y asintiendo a los demás. Hemos hecho la ronda social y por fin tenemos un momento para nosotros.



—¿De verdad acabo de conocer a un príncipe de verdad? —le pregunto a Cruz, que se ríe entre dientes.

—Lo hiciste. —Asiente, sus ojos encuentran los míos.

—Parecía tan normal. Quiero decir... Y te conocía por tu nombre, Cruz. ¿Qué persona es conocida por el Príncipe de Mónaco?

Tessa va a morir. Simplemente morirá.

—La familia en la que nació no es culpa suya. Es un tipo normal con un apellido extravagante y unas expectativas ridículas puestas sobre sus hombros —dice, y no puedo evitar preguntarme si está hablando del príncipe o de sí mismo.

Cruz me sostiene la mano en la parte baja de la espalda mientras saca una copa de champán de una bandeja y me la da.

—Estás absolutamente impresionante —me murmura al oído, poniéndome la piel de gallina—. Definitivamente mereció la pena luchar para conseguir la entrada extra para que estuvieras aquí.

—¿Qué? —pregunto, volviendo a subir los dedos para jugar con el collar y asegurarme de que sigue en su sitio.

—Las entradas para esto son limitadas. Extremadamente selectivas. —Su sonrisa es tímida y sus ojos miran momentáneamente a través de la habitación—. Tuve que pedir una más porque esta noche no sería lo mismo sin ti, mi preciosa y despampanante cita, a mi lado. —Me besa la curva del hombro—. Tu presencia ha hecho que la noche sea perfecta.

Sus palabras hacen que se me ensanche la sonrisa y se me apriete el pecho. Parece tan genuinamente feliz en este momento. Este es el Cross del que hablaba Sofía. Del que podría enamorarme fácilmente.

—No hay ningún otro sitio donde preferiría estar. —Si suena a cursi, lo es. Pero también es muy cierto.

—Se me ocurren algunos más —susurra mientras me recorre con la mirada. Se inclina hacia delante—. Y sólo puedo pensar en quitarte este vestido y follarte sólo con las joyas y los tacones puestos.

Mi cuerpo se calienta con ese ardor lento y dulce que parece que sólo él puede crear dentro de mí.

—No sé si voy a poder esperar tanto. —Me doy la vuelta, deslizo la mano por el interior de su chaqueta y rozo su caja torácica con las uñas. Me encanta su rápida respiración sibilante y la tensión de su mano en mi espalda.

—Bueno, hemos conocido al príncipe. Nos hemos mezclado. Ahora sólo tenemos que esperar a que anuncien que la subasta silenciosa está a punto de terminar y podamos escabullirnos.



—¿Sabías que trajeron ropa interior para este vestido? Corpiño de encaje. Ligueros de satén a juego con los muslos. Lástima que olvidé ponerme las bragas a juego que lo acompañan.

Sus fosas nasales se ensanchan y los músculos de su mandíbula palpitan.

—Eres una provocadora.

—Nunca quiero dejar una oportunidad desaprovechada y... —Me inclino hacia su oído y le susurro—, nunca se sabe cuándo pueden surgir esas oportunidades.

—Tengo algo que está surgiendo —murmura, sus ojos cargados de deseo se clavan en los míos.

—Señoras y señores —dice el maestro de ceremonias dirigiendo la atención de todos hacia él—. En breve daremos comienzo a los festejos de esta noche. Por favor, asegúrense de tener su bebida en la mano, sus carteras listas, y hagan sus últimas pujas en las mesas de subasta. La puja silenciosa terminará en veinte minutos, y todos sabemos cómo les gusta superarse unos a otros en los momentos finales.

Me imagino cómo serían esos últimos momentos. Recorrí los objetos en puja y me quedé atónita al ver las pujas iniciales. Creo que no había nada por menos de cien mil euros.

—Por aquí —dice Cruz inclinando la cabeza.

—Pero todos los artículos de la subasta están por allá.

Su sonrisa es fulminante.

—Exacto. —Enlaza sus dedos con los míos y me lleva hacia la parte trasera de la zona de la fiesta. Miro nerviosa por encima del hombro. No hay forma de que vaya a hacerlo, de que vayamos a...

—¿Adónde vamos?

Su risita atraviesa la oscuridad y es toda la respuesta que necesito para saber adónde vamos. El paseo es corto. Por un pasillo. A una parte oscura del palacio a la que Cruz obviamente tiene permiso por el gesto del guardia de seguridad mientras me agarra la mano con más fuerza.

—Cruz —susurro porque por alguna razón siento que susurrar es necesario en este momento.

—Shh —dice mientras empuja una puerta, mira dentro y sonrío cuando me arrastra con él—. Los Navarro han donado esta habitación para reformarla. Tengo acceso cuando quiera.

—Nos van a pillar. Puedo ver los titulares ahora...

—Perfecto. Me encantan los titulares. —Se ríe.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor —es la historia del deporte en Mónaco, al menos eso creo por los cuadros que cubren las paredes y los trofeos que hay en las



vitrinas—, pero mi mirada dura poco porque, en cuestión de segundos, Cruz me hace girar contra la puerta ya cerrada y sus labios están sobre los míos.

El beso es el epítome de la desesperación. Labios, dientes y lengua mientras sus manos se deslizan por mis costados para introducirse entre la puerta y acariciarme el culo.

Sabe al whisky que bebía y como una droga de la que no me canso.

—No debería doler tanto desearte —gime en mi boca mientras mis manos tantean sus pantalones, los dedos rozando su polla ya dura—. Pero Cristo, todo lo que he hecho toda la noche es mirarte y luchar contra el impulso de follarte en cada superficie que hay.

Sus palabras son gasolina echada al fuego.

Sobre brasas que parecen arder constantemente.

En una mujer que arde tanto por él como parece que él arde por mí.

—Te necesito —le susurro en la boca. Nuestras manos cambian de posición, ahora cada uno se ocupa de su propia ropa—. Te deseo.

Nos movemos con movimientos apresurados. Mis manos me suben el elaborado vestido por las caderas. Cruz se saca la polla de los pantalones.

Pero es cuando levanta la vista de la polla que tiene en la mano y me ve allí de pie, con el vestido por las caderas, ligeros sujetos a las medias y sin bragas, cuando su gemido salvaje resuena por toda la habitación.

De un latido a otro, sus labios vuelven a estar sobre mí. Sus dedos se deslizan entre mis muslos y me penetran. Mi jadeo llena la habitación al mismo tiempo que tomo su polla, que está gruesa y pesada en mi mano.

Me cuesta concentrarme, acordarme de acariciarlo en vez de agarrarlo con más fuerza, mientras sus dedos me manipulan y las sensaciones me inundan. Vuelvo a apoyar la cabeza en la puerta y me quedo con la boca abierta mientras gimo ante sus caricias.

—Eres jodidamente adictiva —me dice mientras me penetra. Y estoy segura de que soy todo un espectáculo: piernas abiertas, cuerpo tembloroso, mi excitación empapando sus dedos. Se inclina hacia delante y me aprieta el labio inferior con los dientes—. Esta boca. Esta mente. Este cuerpo. Este coño. Todo el maldito paquete. —Desliza su lengua entre mis labios—. Te ves tan malditamente hermosa así, en este momento, que no quiero arruinarte.

Me pone la mano en la espalda y me atrae hacia él. Mi cuerpo anhela esa conexión. La sensación de su polla dura contra mi bajo vientre. El calor de su aliento en mis labios. El aroma de lo que me hace impregnado en el aire.

—Sujétate el vestido con una mano —me ordena y espera a que recoja la tela y me sujete el manajo a la cintura—. Bien. Así. —Su elogio es como una pluma sobre mi piel. Me duele el corazón—. Ahora date la vuelta y pon la otra mano contra la puerta.



Hago lo que me dice, guiándome con su mano por la cintura hasta que mi espalda queda frente a la suya. Y es entonces cuando desliza su mano lentamente por mi cuerpo, sobre mi abdomen, por mis pechos, hasta que su mano se extiende firmemente por mi cuello. El calor de su aliento me llega a los oídos mientras su otra mano me acaricia el culo desnudo.

—No tenemos mucho tiempo. En cuanto acabe la subasta, la gente podrá deambular por estos pasillos. Estoy desesperado por ti. —Desliza la cabeza de su polla arriba y abajo por mi raja, su propio gemido hace que la espiral de mi estómago se tense—. Lo he estado toda la noche, pero estoy a punto de hacerte un desastre, y no puedo tener eso en tu vestido ahora, ¿verdad? —Se ríe y mis pezones se endurecen.

—Cruz. —Es una súplica.

—¿Puedes tomar lo que estoy a punto de darte y quedarte callada?

—Sí —suelto sin aliento.

—Porque te necesito agarrando mi polla. Recubriendo mi polla. Corriéndote en mi polla. ¿Entiendes?

—Mm-hmm.

Grito cuando sus dientes me pellizcan el hombro.

—Necesito palabras, Madds. Sí, Cruz, fóllame con tu polla dura. Sí, Cruz, dame cada maldito centímetro. Sí, Cruz, destrózame. Sí, Cruz, fóllame tan fuerte que cuando salga de esta habitación, sólo pueda pensar en que me vuelvas a follar.

Sus palabras... son como un relámpago en un cielo oscuro, enérgicas y electrizantes.

—Sí. —Es difícil tragar saliva por el deseo y la necesidad que están creciendo—. Por favor.

Me penetra muy despacio. La prueba de su moderación queda demostrada por la tensión de sus dedos en la columna de mi garganta y el silbido de su respiración.

—Joder —gime al asentarse completamente dentro de mí. El delicioso ardor que siente al encajarse en mí, al estirarme, sigue presente incluso después de todo este tiempo.

Se me escapa un maullido cuando su mano libre me agarra por el costado de la cadera y me sujeta con fuerza mientras empieza a moverse dentro de mí. Fuera de mí hasta que solo queda la punta. Luego vuelve a entrar.

Es el placer culpable que nunca supe que existía y ahora me pregunto cómo viviré sin él. Son sus palabras. Son sus acciones. Es la sensación de su polla acariciando cada uno de mis nervios. Es el apretón de sus manos en mi piel que dicen que soy suya. Que es mío. Que está controlando cada gramo de placer hasta que no queda control.



Simplemente felicidad.

Sólo él.

Sólo nosotros.

Sólo la forma en que aparentemente encajamos perfectamente juntos.

Soy totalmente consciente de que la única razón por la que tengo tiempo para que me asalten estos pensamientos es porque Cruz está siendo desinteresado. Se lo está tomando con tanta calma como puede —para darle a mi cuerpo el tiempo que necesita para construir mi propio orgasmo— cuando sé que podría empujarse hasta el borde y acabar sin preocuparse por mí... como me había acostumbrado con mi ex.

Pero lo necesito. Lo quiero. Quiero sentir su desesperación. Su contención romperse.

Meneo el culo contra él, arrancándole un gemido.

—Sí, Cruz —pronuncio, sabiendo que su mano puede sentir la vibración de mis palabras—. Fóllame duro.

Su risita hace que me apriete contra él y que el peso de su mano en mi garganta, como un collar, sea cada vez mayor.

—¿Segura? Una vez que...

—Fóllame. Ahora. Fuerte. Profundo. Sólo... *ahora*.

Y antes de que pueda terminar de pronunciar la palabra, Cruz golpea su pelvis contra mi culo, introduciéndose todo lo que puede dentro de mí hasta tocar fondo.

Es el paraíso cuando está dentro de mí y el infierno cuando sale. Pero lo hace una y otra vez, una avalancha de sensaciones que no puedo imaginar no volver a sentir.

Deseo.

Dicha.

Un placer innegable.

Me folla con fuerza. Las caderas martillean, las manos aprietan y su propio gemido salvaje retumba en algún lugar de su interior.

Mi visión se vuelve blanca. Mi cuerpo es un amasijo de contradicciones cuando el orgasmo se apodera de mí. Claro, lo esperaba, lo sentía construirse ladrillo a ladrillo, pero nunca antes en mi vida me había excitado tanto, y solo puedo suponer que es por eso.

Porque no tiene nada que ver con los sentimientos que me invaden. Los que han revoloteado cada vez que nuestras miradas se han cruzado esta noche. Los que acaban de volar junto con ese orgasmo.

—Maddix. —Es el gemido más masculino que he oído mientras Cruz se corre. Sus caderas se sacuden. Sus dedos se tensan. Su frente se posa en medio de mi cuello



EDGE

209



mientras su respiración agitada llena la habitación que nos rodea. Nuestros cuerpos están conectados de todas las formas posibles: nuestros corazones frenéticos, nuestras respiraciones entrecortadas, nuestros músculos flexibles.

—Mía —murmura y luego presiona sus labios contra la piel de mi hombro mientras mi corazón tambalea con esa única sílaba—. *Solo mía, joder.*



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 34

Cruz

Maddix se ríe de algo que alguien dice y es imposible apartar la mirada. Incluso de pie en un círculo con la crema nata de Hollywood, es Madds quien mantiene mi atención.

¿Cómo carajos no, si lo que pasó antes en la sala de trofeos es dueño de mi maldita mente? ¿Cómo no?

Sólo mía.

Aunque *temporalmente*, ¿verdad? ¿Y por qué ese pensamiento no golpea tan fácilmente como solía hacerlo?

Me distraigo sabiendo que el aroma de su excitación sigue en mi mano.

Me gusta así.

Ella es el único subidón que he perseguido que es más fuerte que la pista, y no estoy seguro de qué hacer al respecto. ¿Es sólo porque ella viene sin expectativas? ¿O es porque es Maddix? ¿Una mujer a la que he visto en poco tiempo dar un paso adelante en tantos aspectos que la hace aún más sexy?

—Has tenido suerte con ella —dice con un codazo Zane Phillips, multimillonario australiano emprendedor—. Yo miraba así a mi ahora esposa. Aún lo hago.

Me río entre dientes y levanto la copa.

—No nos adelantemos ahora.

Se encoge de hombros.

—En un momento son aventuras de una noche y pasar a la siguiente mujer tan rápido como puedas. Lo siguiente es mirar a esa mujer en las fiestas y preguntarte cómo coño te enamoraste tanto de ella.

Resoplo.

—Lo recordaré —digo, y enseguida aparto la mirada de ella para vender la mentira.

Zane echa la cabeza hacia atrás y se ríe.



—Estás tan jodido, Navarro. Tan malditamente jodido.

Pero cuando vuelvo la vista hacia Maddix, me quedo paralizado y me pongo en marcha en un santiamén.

—¿Mamá? —grito mientras Maddix me mira con los ojos muy abiertos por la extraña mujer que la abraza.

—Bueno, mírate. Perfecta en todos los sentidos, como sabía que serías.

—Mamá —vuelvo a decir. Siento que se me cierra la garganta.

Se vuelve hacia mí, con la mano aún agarrada a la de Maddix, mientras los ojos de Maddix van de un lado a otro, inseguros.

—Cariño —me dice cogiéndome del brazo, con el tintineo de sus brazaletes enojados, como si tuviera que correr hacia ella.

Y ahí está. Genevieve Navarro. Mi madre. Dueña de lo que parece otro lifting. Guardiania del corazón de mi padre y responsable a partes iguales de su miseria. Culpable de mis problemas de abandono y ajena al daño que ha hecho. Mujer en un mundo de ensueño, en una vida de mentira.

—Creía que no ibas a poder venir esta noche —digo, evitando su abrazo y acercándome para meter a Maddix bajo mi brazo y alejarme de ella.

No toques lo que no es tuyo, Mamá. Eso me incluye a mí.

—Oh, ya sabes cómo va. —Mueve los dedos como si el tiempo y el lugar fueran irrelevantes—. Estaba de camino de Ibiza a las Seychelles y pensé en parar aquí y verte, hijo.

Mentira. Te detuviste aquí porque había cámaras y dinero. No tiene nada que ver conmigo. Nunca lo ha tenido. Todo lo demás en la vida que te da estatus es más importante que nosotros.

—¿Te quedarás entonces? —pregunto sin entusiasmo.

Su sonrisa vacila cuando la verdad lucha por abrirse paso. Por supuesto que no. Una vez que el brillo y el protagonismo desaparecen, ella también.

—Oh, Cruzie, ya sabes cómo es.

—No me llames así. —Aprieto los dientes.

Se ríe y pone los ojos en blanco, volviendo su atención a Maddix, evitando darme una respuesta. Eso significa que no, que no se quedará en la ciudad más que las próximas horas.

De lo cual me alegro. No quiero verla.

¿Por qué no puede decir que no de una vez? Ser sincera. Sólo una puta vez.

—¿Así que esta es la encantadora Maddix? —Me mira fijamente, y me doy cuenta de que Maddix está atrapada entre sus modales y mi evidente desdén por mi madre.



—Es un placer conocerla —dice.

—Oh, seguro que lo hiciste enfadar, ¿verdad? —Se vuelve hacia mí mientras se ríe. Sé que se refiere a mi padre, pero la confusión cubre el rostro de Maddix—. Dominic siempre tenía que opinar sobre todo lo que hacías, y traerla aquí es tu forma de hacerle pagar.

—Eso es suficiente —adviento. Eso es *suficiente*.

—¿Por qué? ¿No quieres que sepa la verdad?

—¿La verdad? —Maddix intenta apartarse de mí, pero la sujeto con fuerza.

—Me estaba contando cómo le conseguiste un billete para estar aquí esta noche. Es curioso, porque es una gilipollez —dice en español, sin darse cuenta de que Maddix la entiende. Su sonrisa es benigna, pero puedo ver su necesidad de herirme, de herir a mi padre, debajo de ella. ¿No soy yo siempre el peón en su juego egoísta?—. Había dos boletos. Lo sé porque tu padre me pidió que asistiera. Cuando dije que no podía, se los dio a ti y a Sofía. Y entonces Sofía finge estar enferma para que puedas traer a tu nuevo juguete simplemente para cabrear al pobre Dominic. De tal palo tal astilla, usando a las mujeres como peones en su juego.

Maddix se tensa a mi lado mientras me estremezco ante las malditas palabras de mi madre. Sabe exactamente lo que dice mi madre. No tengo que mirar a mi lado para saber que Maddix me está mirando con esos grandes ojos verdes cargados de preguntas y confusión.

—No es así —digo para controlar los daños.

—Sí, lo es —continúa mi mamá, ignorante de todo y de nada a menos que la beneficie—. Tu hermana me lo ha dicho. No podía encontrarla en este lío de gente, así que la llamé para preguntarle dónde estaba.

Joder. Cierra la boca.

—Te gusta colgar tus juguetes delante de la cara de tu padre, sabiendo que no puede tocarlos. —Hace el comentario como una alumna deseosa de que el profesor sepa que entiende la historia de fondo.

Maddix se aleja de mi alcance y, cuando intento mantener mi mano en su espalda, se aleja aún más.

—Ha sido un placer conocerla, señora Navarro, pero tengo que ir a los servicios —dice en un español impecable.

Los ojos de mi madre se abren de par en par mientras se ríe. *Sí. Ha oído y entendido cada maldita palabra que has dicho.*

Miro con desprecio a mi madre mientras Maddix empieza a alejarse.

—¿Maddix? —la llamo.

Se vuelve para mirarme, con lágrimas en los ojos.



—Petición para conseguir un boleto extra, ¿eh? —Sus cejas se entrecierran—. Más bien, *usarme*. —No dice nada más y se marcha. Me duele el pecho de ir tras ella, pero...

—Bueno, es sensible, ¿no? No va a durar mucho más en tu mundo si no puede manejar...

—Es suficiente. ¿Entendido? Es suficiente, joder —digo.

—¿Qué he hecho? —Parpadea.

—Lo mismo que haces siempre. Cada maldita vez. —Me alejo unos pasos, mirando a esta mujer que solía pensar que colgaba de la luna. Era poco convencional, excitante, de espíritu libre y muy diferente a mi padre. Cuando fui lo bastante mayor para darme cuenta de que sus viajes relámpago a la ciudad, para mimarnos y tratarnos como adultos cuando éramos niños, no eran más que una forma de mitigar su sentimiento de culpa por habernos dejado atrás porque era demasiado egoísta para ser madre—. Te quiero, mamá, pero ahora mismo te odio.

—Hijo —me grita cuando empiezo a alejarme.

Me duele el pecho. El miedo es como un peso en mi estómago. ¿Es así como empezó todo esto hace semanas? ¿Yo usando a Maddix para vengarme de mi papá? No estoy orgulloso de ello, pero sí, así fue.

Pero luego volví a casa. Luego pasó lo del bikini blanco. Entonces... lo que sea que haya entre nosotros pasó. Y la quería aquí esta noche. Para compartir la velada. Para mirarla. Para crear un recuerdo.

Estoy orgulloso de tenerla en mi brazo y no sólo como un “jódete” a mi papá. Estoy orgulloso de tenerla en mi brazo porque ella es ella. Porque somos lo que somos. Y porque cuando pienso en esta noche, es la razón por la que ha sido jodidamente increíble.

Hasta ahora.

—Quédate. Charla conmigo.

—No —le digo a mi madre, en voz baja, de espaldas a ella—. Tengo que ir a arreglar lo que acabas de romper. Otra vez. Y me estoy hartando de tener que hacerlo una y otra vez.

No encuentro a Madds por ninguna parte. Ni en la fiesta principal en los jardines del palacio. Ni dentro, en el gran salón donde la gente se arremolina bebiendo cócteles. Ni delante, donde los invitados se han desviado hacia una especie de pasarela para contemplar las centelleantes luces del país más pequeño y rico del mundo.

Me dirijo hacia los aparcacoches.

—Hola. ¿Ha...?

—Sr. Navarro. Gran carrera en Monza —dice el impaciente aparcacoches.



—Gracias. Um... ¿ha visto a mi cita por casualidad? —pregunto, sintiéndome como un adolescente buscando a su novia en un baile de la escuela—. No se encontraba bien, y no estaba seguro de si se había ido o no mientras yo mantenía una conversación importante.

Una mentira para salvar las apariencias mientras mis entrañas se retuercen.

—¿Su cita? ¿Cabello rubio? ¿Vestido claro? —pregunta un segundo aparcacoches mientras se acerca y yo asiento—. Hice que un coche la llevara a casa. No fue hace mucho. ¿Le traigo su coche?

—Por favor. —No puede conseguirlo lo suficientemente rápido.

Las calles están abarrotadas de turistas. La gala de esta noche se ha anunciado al público como un lugar para ver a las estrellas, así que la gente se amontona en las calles, y tengo que ser más que cauto mientras asciendo por las colinas del tráfico peatonal.

Llego a casa en unos minutos, pero siento un extraño pánico cuando abro la puerta y Maddix no está. *Joder.*

—¿Dónde estás, Madds? —digo en el vacío.

En cuanto se me ocurre la idea, vuelvo al pasillo y subo corriendo las escaleras hasta la azotea. Abro la puerta de un tirón con desesperación. *Necesito hacer las cosas bien.*

Es un espacio improvisado al aire libre, con unas cuantas sillas y una pérgola empotrada. Hay algunas plantas colgantes que cuida la heredera del tercer piso y una hoguera que mandó traer hace años la socialité del quinto. No es nada lujoso, pero cumple su función en las noches en que me siento encerrado en mi casa.

Siento alivio cuando la veo allí de pie. Está de espaldas a mí y más allá está el océano. Sus cabellos sueltos ondean con la brisa del mar. Lleva los pies descalzos, con los tacones en el suelo.

Me deja sin aliento.

Joder. Sólo joder.

¿Cómo ha podido burlar mis defensas? ¿Por qué no me enfado?

—Madds.

—No lo hagas, Cruz. No lo hagas —dice con voz nasal. Está llorando. Peor aún.

Soy tan gilipollas que he hecho llorar a mi novia de mentira, que ahora es mi... lo que quiera que seamos. Es una mierda.

—Debería habértelo dicho —digo en voz baja. ¿Por qué mentir? Es la verdad.

—Aquí pensé que esta noche era porque... no importa. —Se encoge de hombros las palabras que mi mente llena en su lugar.

Real.



Oficial.

Porque quería verte así, en mi elemento.

Porque quería mostrarte como mía.

—Sí que importa. —Alargo la mano para tocarla, pero ella retrocede para evitarme. Es como un cuchillo en el corazón cuando, durante mucho tiempo, juré que no lo tenía.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, las lágrimas que hay en ellos brillan y retuercen el cuchillo un poco más.

—Me mentiste. No me invitaste esta noche. Ni siquiera debía estar allí.

—Te equivocas. Te quería allí.

—Me querías allí para *joder* a tu padre. Por intentar controlarte. Por decirte con quién salir. Cómo conducir. Cómo vivir. Por lo que sea que no entiendo.

—Él no me controla —afirmo.

—No importa si lo hace o no, me usaste como peón esta noche y no tuviste la cortesía de decírmelo. Me hiciste creer que era a mí a quien querías allí cuando todo lo que realmente querías era un apoyo para apretarle las tuercas.

—Maddix. —Mi voz es una disculpa en sí misma, pero sé que no va a ser suficiente.

Levanta las manos para que me detenga.

—No importa, ¿verdad? Nada de esto importa. Muy pronto, la junta se reunirá de nuevo, y serás aprobado para seguir adelante con el acuerdo. Entonces te librarás de mí y tu padre se saldrá con la suya. —Su sonrisa es tan tensa como sus palabras.

Pero son sus palabras las que hacen que se me forme un nudo en la garganta.

—Nunca dejaré que se salga con la suya. De eso se trataba esta noche. Lo hice mal. Debería habértelo dicho. Debí...

—Tienes razón. Deberías haberlo hecho. ¿Crees que no habría apoyado la idea? ¿Que no te ayudaría? —Su cabeza se inclina hacia un lado y, por un instante, no sé qué le duele más: si que le mienta o que no confíe en ella. La verdad es que no estoy acostumbrado a compartir nada con nadie. Aparte de Sofía, no le cuento casi nada a nadie. Y antes de Maddix, entrenaba, corría, follaba, salía de fiesta, dormía y sólo pensaba en mí mismo.

Nunca dejé entrar a nadie. Nunca dejé que nadie conociera mi verdadero yo, y estaba bien así.

Entonces llegó Madds y su paciencia y su fuego y su desinterés. Entonces llegó una mujer a la que de repente valoré más de lo que creía posible.

Confío en ella.

Y la he cagado haciéndole daño esta noche.



—Lo siento. Tienes razón. —Me encojo de hombros—. Es tan sencillo como eso. No puedo retractarme. No puedo volver a hacerlo. Lo siento. —Esta vez, cuando extendiendo la mano para pasársela por el brazo, no se encoge de hombros.

—Yo también lo siento. Exageré. No debería haberme ido, no debería haber... No lo sé, pero mis sentimientos estaban heridos y no sabía qué hacer. Estoy rodeada en un mundo donde todo es familiar para ti y extraño para mí. Me sentí sola, traicionada y... un poco perdida.

—Me tienes a mí.

—Tal vez algún día me dejes entrar, Cruz. Quizás algún día dejes entrar a alguien, porque te prometo que alivia la carga.

—Te he dejado entrar —digo con firmeza.

Sus ojos están tristes mientras asiente.

—Me dejas entrar hasta que te incomodas. Pero es cuando te sientes incómodo cuando ves a la persona real. Tu verdadero yo.

—Cross —murmuro para mis adentros sabiendo que ella no tiene ni puta idea de lo que estoy hablando. Y en lugar de preguntar, se queda ahí de pie mirándome fijamente. Puedo alejarla aún más ahora mismo o puedo hacer algo que nunca he hecho antes.

Puedo aguantar un poco más.

—Ven aquí. —La atraigo hacia mí y la rodeo con mis brazos. Su cabello me hace cosquillas en la barbilla y su corazón late contra el mío. Ella encaja perfectamente allí y el pensamiento es como un puñetazo en el estómago. Encaja *perfectamente*—. Lo siento.

Las palabras son difíciles de pronunciar. Y no porque sean una disculpa. Es porque son sinceras. Y es porque *encajan perfectamente*.

—Sé que lo sientes. —Apoya su mejilla contra mi pecho—. Es decir, esta noche podría haber estado a la altura de esa falta de pedigrí si me lo hubieras dicho. Botas rosas hasta los muslos. Vestido ajustado con estampado de leopardo. Cabello alborotado. Quieres hacer una declaración, quiero decir... Soy tu chica.

Me mira, con la barbilla apoyada en mi pecho, y la tristeza desaparece de sus ojos. Gracias a Dios.

—Moriría. Absolutamente moriría. —Me inclino y le doy un beso en los labios—. Y me encantaría cada maldito segundo.

Me devuelve el beso con ternura. Nunca supe lo aliviado que me sentiría al ser besado así. Sencillo. Sin urgencia. Sólo besar.

Bajamos las escaleras. Al apartamento. Nos cambiamos de ropa. Acordamos tomar una copa. La dejo en una de las sillas del balcón para servirnos una copa de vino, pero cuando vuelvo a salir, está profundamente dormida.



Todavía lleva el cabello recogido, los cincuenta quilates en diamantes que tenemos que devolver por la mañana siguen brillando alrededor de su cuello y en sus orejas, y mi descolorida camiseta de carreras Gravitas es la única prenda, aparte de unos pantalones cortos de chico que asoman por debajo de su dobladillo.

Me restriego una mano por el cabello.

—¿Cómo coño hemos llegado hasta aquí, Madds?

Le paso el brazo por detrás de los hombros y la levanto. Inmediatamente me rodea el cuello con los brazos.

—¿Cruz? —murmura.

—Shh. Te llevaré a la cama. —Pero en lugar de girar hacia la primera puerta a la derecha, donde está su cama, sigo caminando por el pasillo hacia la mía.

No me preguntes por qué, porque no lo sé. En todo el tiempo que hemos pasado juntos, aquí en Mónaco, nunca hemos dormido en la cama del otro. Ha sido sexo y luego de vuelta a nuestras respectivas habitaciones. Una especie de barrera por una razón u otra.

Pero esta noche, no me apetece estar solo todavía.

La tumbo en la cama y, después de lavarme los dientes, me deslizo a su lado.

Ya lo habíamos hecho antes —dormir en la misma cama—, así que no es para tanto. Pero nunca así. Nunca con su cabeza en mi pecho, su mano en mi corazón y su muslo sobre el mío. No con el aroma de su perfume en mi nariz y el calor de su aliento en mi piel.

Cierro los ojos.

Intento dormir.

Pero lo único en lo que pienso es en cómo huyó de mí esta noche. Aunque fue breve, esa sensación era tan familiar.

—¿Cuándo vuelves a casa, mamá?

—Oh, Cruzie bebé. Sólo estaré fuera un día o dos.

—Eso es lo que dijiste la última vez. Fueron semanas. Te perdiste mi carrera de karts. Te perdiste...

—Eso es lo mejor de ser adulto, hijo. Puedes ir y venir cuando quieras. Puedes poner tus propias reglas. Yo me voy y vuelvo contigo y con Sofía.

—Me prometiste que no volverías a irte.

—No, dije que me iría pero que siempre volvería. Hay una diferencia. —Me besa la mejilla—. Esta vez será corto. Te lo prometo. Volveré antes de que puedas parpadear.

Pero no fue corto. Nunca lo fue. Se perdió mi cumpleaños, pero volvió para el de Sofía.



EDGE

218



Fue entonces cuando dejé de creer en sus palabras.

Fue entonces cuando dejé de confiar en mi madre.

Fue entonces cuando dejé de creer que valía la pena volver.

Maddix se fue esta noche, pero volvió. Esta vez. No hay duda de que la lastimaré algún día —probablemente pronto— y esa vez no volverá.

Por eso guardas tu corazón, Cross. Es más seguro. Es mejor.

Es todo lo que tienes.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 35

Maddix

—Dijiste que nunca habías estado en un yate, así que... —Cruz está de pie en el muelle, con una mano en la barandilla de la pasarela y la otra haciéndome señas para que recorra el enorme barco a su lado. Es gris titanio, con un elegante casco y detalles en negro. Ni siquiera me atrevo a preguntar cuánto mide, porque parece enorme y caro y...

—Dios mío. ¿Es tuyo? —pregunto, la epifanía se me aparece de la forma más ridícula.

—Es de la familia. —Levanta las cejas—. ¿Qué? ¿El de Rossi es mejor?

Me echo a reír.

—Desde luego. —Me da una palmada en el culo y grito mientras subo a bordo.

Si el jet me parecía extravagante, el yate lo supera infinitamente. Cruz me deja explorar mientras habla con el capitán sobre cosas de barcos. Tengo conocimientos muy limitados sobre barcos, pero sé lo suficiente para concluir que esta maldita cosa tiene de todo.

—¿Está satisfecha, señora? —me pregunta Cruz juguetonamente cuando lo encuentro en la cubierta superior trasera, con las manos apoyadas en la barandilla, observando la estela del barco mientras salimos del puerto.

—Es precioso. —Hago una mueca—. ¿Es esa la terminología correcta?

—¿Crees que me importa? —Me atrae hacia él y me besa suavemente.

Esto sigue pareciendo parte de la gira de disculpas de Cruz. Algo totalmente innecesario; pero, al mismo tiempo, bienvenido. Y no por las cosas materiales —las cien dalias entregadas, la segunda Vespa que compré para que yo pudiera explorar Mónaco por mi cuenta mientras él estaba fuera entrenando o levantando pesas o lo que sea que pasa horas haciendo para perfeccionar su cuerpo. Pero porque tengo tiempo con él.

Un tiempo que empiezo a darme cuenta de que corre hacia una fecha —una votación en la junta— en la que todo esto entre nosotros podría terminar.

—Estás demasiado callada.



—Estaba pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre todos estos cambios que han ocurrido. Sobre lo mucho que echo de menos a mis padres. Sobre cómo Kevin alabó mi análisis de mercado que hice y dijo que era uno de los más detallados e informativos que había visto nunca. Sobre cómo era mi vida hace unas semanas y cómo es ahora.

—Eso es mucho pensar.

—Lo es. —Deslizo mi mano hacia abajo y enlazo mis dedos con los suyos—. Y me preguntaba si estabas bien.

Sus dedos se estremecen en los míos.

—Por supuesto que sí.

Asiento y me ando con cuidado.

—La otra noche viste a tu madre menos de diez minutos. —Me muevo sobre mis pies, observando su perfil mientras él mira al frente—. Fue polémico, por no decir otra cosa. No sabía si...

—Estoy bien. —Lo conozco desde hace un tiempo y sé que la sonrisa que me dirige no es sincera. Es la que usa cuando posa para las fotos con sus fans—. No es para tanto.

—Sólo quería...

—¿Has estado alguna vez en una moto acuática? —pregunta, con el tema claramente cambiado.

—No. Nunca.

—¿En serio?

—Muy en serio. —Miro el agua, y nuestra distancia de la tierra, y luego de nuevo a él—. ¿Tenemos que preocuparnos por los tiburones?

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Estás ante uno de los mejores pilotos del mundo. ¿Crees que te voy a despistar?

—Que seas un buen conductor no solucionó el problema de los tiburones.

Me pone una mano en el culo y me acaricia y pellizca juguetonamente el hombro.

—Lo último que recuerdo es que no te importa que te muerda.

—Un poco diferente.

Pero todos los pensamientos sobre tiburones se desvanecen cuando Cruz me convence para que suba con él a la parte trasera de la moto acuática. Me agarro fuerte, con los brazos alrededor de su cintura, mientras él corre por la superficie del



agua. El oleaje es tranquilo hoy, pero la moto acuática sigue golpeando el agua, mi cabello revolotea detrás de mí y mis muslos se aprietan contra los suyos cuando nuestros chalecos salvavidas chocan entre sí.

Es un subidón de adrenalina como nunca antes había sentido. Rápido. Un poco al borde del descontrol. Adictivo.

Es sólo un atisbo de lo que debe experimentar bajo la ridícula potencia de su coche de Fórmula 1, pero es suficiente para que ahora pueda entenderlo. La atracción por las carreras. La emoción de la velocidad y la imprudencia.

Cruz afloja el acelerador y mis manos caen sobre sus muslos. Gira la cabeza para que pueda oír su voz.

—Te toca conducir.

—Um... ¿pero cómo?

Y antes de que pueda decir otra palabra, se baja de la moto acuática y salta al agua con un *grito*.

Su nombre se me cae de los labios, pero cuando reaparece y hace eso que hacen los hombres de sacudir la cabeza, salpicando agua, y el cabello se le cae para todos lados, me quedo mirando. ¿Cómo no voy a hacerlo? Es absolutamente guapísimo.

—¿Y los tiburones? —pregunto.

—Estoy demasiado salado. —Me guiña un ojo y se acerca nadando a la moto acuática, se impulsa y se sube a su parte trasera. Todo se balancea violentamente y yo me agarro con fuerza al manillar.

Se coloca detrás de mí en el asiento, con el agua fría sobre su piel y el chaleco ahora sobre mí, y sus fuertes muslos aprisionan los míos. Pero lo que me llama la atención es su polla, perfectamente encajada en mi culo.

Definitivamente.

—Bueno, esto resultó a mi favor, ahora, ¿no? —Se ríe entre dientes—. Primero, tienes que ponerte esto alrededor de la muñeca. Es el interruptor de apagado en caso de que te caigas para que la moto no siga andando. —Me ayuda a ponérmelo y luego junta mis brazos con los suyos para que sus manos estén también en las asas.

—Presiona aquí —dice, y el esquí empieza a propulsarse hacia delante. Suelto un grito involuntario y me quedo paralizada, pero al cabo de un rato le agarro el ritmo.

Es muy sencillo, y me encanta sentir el viento en la cara sin tener que ver alrededor de su chaleco salvavidas.

—Llévanos hasta donde está ese pájaro —dice señalando.

Me desvío hacia donde me indica, y él baja las manos del manillar y las pone sobre mis muslos.



Las desliza hacia arriba. Luego hacia atrás. Y luego una se desliza bajo la tela de la braguita de mi bikini.

—Cruz —jadeo, dándome cuenta de que la anchura del asiento en el que estoy a horcajadas le proporciona un acceso perfecto entre mis muslos.

—Para —gimo, claramente sin querer.

—Conduce, Madds. Firme en el acelerador. —Frota suavemente un dedo sobre mi clítoris—. Sigue aflojando.

Otro tambaleo en el acelerador cuando hunde sus dedos en mí para mojarlos antes de volver a trabajar para añadir fricción a mi clítoris.

—Conduce —me ordena, e intento concentrarme en dos cosas a la vez. Una de ellas está ganando definitivamente.

—Esto es...

—Ser conductor consiste en aprender a conducir bajo coacción. —Sus dedos vuelven a hundirse en mí cuando el talón de su mano conecta con el centro de los nervios—. Con distracciones a tu alrededor. —Se inclina y me besa el cuello con la boca abierta, lamiéndome con la lengua mientras sus dedos siguen acariciándome.

Dentro. Fuera. Se desliza sobre mi clítoris. Un poco más de fricción hasta que me tenso y vuelve a entrar en mí.

—Siempre hace calor. Siempre hay algo que te molesta. —Me da un tirón en el lóbulo de la oreja y la sensación es como una línea principal hasta mi núcleo, donde sus dedos están ahora resbaladizos por mi excitación—. Tener que concentrarte en otra cosa que no sea la presión que se acumula en tu cuerpo desde el exterior.

Aflojo el acelerador mientras mi cuerpo arde tanto que no puedo concentrarme. Definitivamente no debería estar conduciendo ahora. Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro mientras mi cuerpo experimenta la extraña dicotomía de elevarse y caer al mismo tiempo.

—¿Por qué no nos movemos? —me pregunta mientras muevo las caderas hacia su mano, mis manos apretando las asas para hacer palanca.

—No puedo concentrarme. —Gimo las sílabas sin aliento. Su risita contra mi piel aumenta mi hiper conciencia de él.

—Córrete para mí, Madds. Chorrea para mí. —Se desplaza para que su miembro duro como una roca esté contra mi espalda baja mientras sus dedos me acarician.

Una y otra vez.

Hasta que mi cuerpo se tensa.

Y el orgasmo me invade.



CAPÍTULO 36

Maddix

—¿Así que podremos verte? —La voz de mi madre sube de tono con cada palabra. Me la imagino de pie en la cocina, con su perro Bo dormido a sus pies y prácticamente dando saltitos de emoción.

—Sí. Volveremos para la carrera en Austin.

—Sabes que no te mataría parar en casa en cualquier otro momento. —Se ríe entre dientes, pero conozco ese sonido. El que dice que tiene lágrimas en los ojos y está tratando de no mostrarlo—. Echo un poco de menos a mi chica y no me gusta especialmente que Kevin te mandara a este viaje de trabajo y que Cruz te retuviera allí.

—No me retiene en ningún sitio, mamá. Lo dices como si fuera un rehén.

—Bueno... la gente tiene manías raras hoy en día. Nunca se sabe...

—No digas más. Me aseguraré de que traiga toda su cámara BDSM portátil cuando volvamos a casa.

Silencio. Mis palabras quedan en el aire. Entonces estalla en carcajadas.

—Bien. Queda claro. Aunque me gustaría enterarme por mí misma de las aventuras de mi hija con su nuevo pretendiente en lugar de verlas en sus páginas de las redes sociales.

—¿Pretendiente? ¿Quién dice eso ya?

—He estado en una borrachera de lectura de romance histórico. Sígueme la corriente.

Deja que mi madre introduzca el romance histórico en su vida cotidiana. No está de más que la quiera con locura por ello.

—¿Pero las cosas van bien? ¿Es bueno contigo? ¿Más allá de los diamantes en los palacios y los vestidos elegantes? ¿Él es realmente bueno contigo?

Mi sonrisa es automática. Las últimas semanas con Cruz han sido... increíbles. Hemos caminado por las colinas de Mónaco. Hemos jugado en el casino de



Montecarlo y mis besos en sus dados le han dado la suerte que necesitaba para ganar varios miles de dólares que donó a la beneficencia.

Nos hemos retado a jugar una partida tras otra a las damas hasta que nuestra terquedad nos ha llevado a tirar el tablero al suelo y a tener sexo en la mesa donde había estado el tablero. Hemos visto películas y preparado comidas que sabían tan mal que no tuvimos más remedio que pedir a domicilio.

Y nos hemos reído. Dios, cómo nos hemos reído. En la cama. Caminando de la mano por la ciudad. Al otro lado de la habitación mientras yo trabajaba y él estudiaba los últimos movimientos de sus oponentes.

Me fui a esta aventura pensando que los recuerdos que tendría serían en solitario. Yo fuera explorando mientras fingíamos salir juntos. Pero parece que no puedo pensar en un solo recuerdo que haya hecho en los últimos dos meses que no involucre a Cruz. Ni uno. Mi teléfono está lleno de fotos de ellos.

Y muchas de esas imágenes son para mi propio uso. Para mi banco de recuerdos, no para publicarlas y perpetuar esta farsa que ya no me parece tal.

¿Es bueno conmigo?

—Sí. —Sé que ella no puede ver la sonrisa, pero no puedo evitar que esté ahí—. Lo es. Te lo prometo.

—Bien. Bien. Eso es todo lo que tu padre y yo necesitamos saber.

—Mamá. —Se me quiebra la voz y es por tantas razones que no puedo cuantificarlas.

Porque la echo de menos desesperadamente.

Porque sé que volver a casa sólo va a ser temporal. Ahora quiero demasiado para quedarme.

Porque oír su voz, los sentimientos que evoca, duele. *Cruz nunca ha tenido ese consuelo.* Nunca.

—Eso no sonó tan seguro, niña.

—Te echo de menos. Eso es todo.

—Bien, porque empezaba a pensar que te habías olvidado de nosotros por aquí.



CAPÍTULO 37

Cruz

—¿Te encuentras bien por ahí? —pregunta un acento británico a mi derecha.

Levanto la vista y veo a Riggs caminando hacia mí en el paddock. Lleva el traje térmico desabrochado, con los brazos colgando alrededor de la cintura, y un chaleco de hielo en el pecho para mantenerse fresco entre prueba y prueba.

—¿Es una pregunta trampa?

Resopla.

—Dímelo tú. Tú eres el que pasó de ser el príncipe playboy de la F1...

—Vete a la mierda. —Levanto el dedo corazón para enfatizar mis palabras.

—A chico dominado por un coño con D mayúscula. —Apoya las caderas en la barrera a mi lado, con una amplia sonrisa para que sepa que está bromeando, pero sus ojos dicen que realmente quiere saberlo.

—Lo dice el hombre que se casa con la hija del dueño de su equipo.

Levanta un dedo.

—Si quieres ponerte técnico, ella será la dueña del equipo más pronto que tarde —dice refiriéndose a su prometida.

—Así que te acostaste hasta llegar a la cima. Muy Riggs de tu parte —bromeo.

—No, estoy bastante seguro de que eso está bajo tu título. El playboy...

—Sabes cuánto odio ese puto apodo. ¿Podemos no hacerlo?

Se ríe entre dientes y mira todo el caos que nos rodea. Es día de pruebas. Los equipos se arremolinan. Se mezclan con los competidores como no lo harán después de hoy, cuando empiece la clasificación y comience la competición.

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunta.

—¿Sobre qué?

—¿Maddix? ¿Se llama así?

—Sí. —Asiento y levanto una mano para saludar a Halloran, que pasa por allí.



—¿Así que...? Eres un hombre cambiado, o qué, porque todos tenemos un latigazo cervical tan malo, tratando de averiguar lo que está pasando.

—¿Todos? —pregunto riendo.

—Sí, *todos* —dice un acento australiano a mi otro lado. Lachlan Evans. Es más corpulento, físicamente, para ser un conductor, y es intenso, reservado y rara vez se mete en líos por aquí. De vez en cuando me sirve de caja de resonancia. Y... puede que sea uno de los únicos pilotos de aquí que se hace una idea de la presión que sufro. En nuestros días de F2, estábamos en el mismo equipo—. ¿Qué pasa, hombre? —Me da la mano y sonrío.

—Nada. ¿Y tú? —pregunto.

—Lo mismo de siempre. —Mira a su alrededor—. ¿De qué estábamos hablando?

—Su mujer —dice Riggs.

—No es mi mujer —le digo.

—Estás tan lleno de mierda que apestas, Navarro. —Evans se ríe—. Aparte de Riggs aquí, cuya mujer tiene que estar aquí porque es su trabajo estar, no creo que nadie más tenga su *acompañante femenina*...

—Mucho mejor —afirmo al término.

—... con ellos cada carrera. —Se encoge de hombros—. Así que, desde mi punto de vista, o estás loco de remate o estás embelesado por esta chica nueva.

Empiezo a rebatirle, pero recuerdo la treta. La pareja fingida que somos. Y entonces me pregunto si ya ni siquiera estamos fingiendo. ¿Cómo podemos estarlo, cuando me despierto con el despertador matutino de una carrera de sus labios alrededor de mi polla, *para la buena suerte*, en sus palabras?

O cómo la busco entre la multitud, casi como si estuviera tan acostumbrado a que esté aquí que ahora necesito que esté.

Es mi amuleto de la buena suerte.

¿O es mi excusa para justificar por qué la quiero aquí? ¿Por qué besarla antes de subir al coche o salir de él después de la última vuelta y encontrarla se ha convertido en lo mío?

Es como si cuando ella está cerca yo fuera una versión mejor de mí mismo —menos amargado por lo de mi papá, más seguro de mi propio lugar, más seguro de quién soy y de lo que he logrado— y joder si no es liberador.

Ella me aprueba. Le gusto. Está conmigo por lo que soy.

—Quiero decir... —Riggs silba—, nunca pensé que vería el día en que el infierno se congelara, pero estoy pensando que podría ser.



—Eres un gilipollas. —Me río, pero sé que me sentía igual hace unos meses. Antes de Maddix. Y ahora estamos en la fase *Después de Maddix*, y no estoy cien por ciento seguro de cómo me siento al respecto.

Tacha eso. Ya lo sé. Sólo tengo miedo de admitirlo.

—Mejores que tú me han llamado peores cosas —dice Lachlan y sonrío—. Y obtuve a cambio una mamada así que...

—Así que no te importaron los insultos —bromea Riggs.

—Puede llamarme como quiera —dice Lachlan.

Todos nos echamos a reír y, cuando levanto la vista, veo a mi papá de pie al otro lado del garaje.

No sabía que iba a venir a Suzuka para la carrera.

La llamada telefónica después de la gala era de esperar y tan exigente y dura como imaginé que sería. El podio al que subí en Singapur, y su total falta de reconocimiento al respecto, aún más.

—Desafiaste mis órdenes.

—Fui un buen chico como me pediste.

—Llevaste a la basura americana contigo al palacio. Salió corriendo como una niña indisciplinada. La gente habló. Parecíamos tontos. —Tenía una réplica en la lengua, pero sus siguientes palabras me la quitaron—. Te he advertido de lo que haré.

¿Y eso? Lo desconocido, la miriada de cosas de las que mi padre es capaz, es lo que da puto miedo.

Me mira a los ojos y asiente levemente con la cabeza antes de girar sobre sus talones y alejarse. A duras penas mantuvo la compostura, pero pude ver la ardiente hostilidad en su expresión. Capto una leve sonrisa mientras se aleja. Joder, quiero saber de qué va todo eso.

Debo quedarme mirándolo sin pensar porque Lach me da un codazo.

—¿Estás bien, amigo?

—Sí. Claro. —Vuelvo a la conversación. A la ligereza. A las bromas—. Todo está bien.

Lachlan me mira un instante, con una silenciosa preocupación en los ojos, antes de asentir.

—Bien. Ahora, ¿por qué no les explico cómo voy a patearle el culo a los dos el domingo?

Tanto Riggs como yo le enseñamos el dedo medio.



EDGE

228



—Quiero decir, si se ofrecen —dice con una sonrisa y encogiéndose de hombros antes de alejarse.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 38

Maddix

El corazón me retumba en la garganta mientras Cruz lucha con Bustos en la recta de atrás. Suzuka es un circuito técnico, al menos eso me ha dicho, y es difícil de pilotar.

Se pone por delante y Bustos vuelve a igualarlo. La carrera rueda a rueda es tan emocionante como angustiosa.

Es como si quisiera ver y no pudiera al mismo tiempo.

—Lo tienes —me dice Otis al oído por el comunicador de carrera.

—Tengo problemas de potencia —dice Cruz. Por lo que Cruz me ha explicado; y me ha costado un rato entenderlo, el “aire sucio” de ir detrás de Bustos afectará al manejo de su coche.

—Tu aportación es buena. Sigue presionando.

—Entendido —dice Cruz, con la voz tensa por la concentración y la fuerza haciéndole presión en todo el cuerpo.

Luchan valientemente. Bustos bloquea hábilmente a Cruz en las curvas mientras intenta adelantarlo. Es un juego del gato y el ratón durante dos vueltas antes de que Cruz se desvíe por detrás de Bustos en la recta de salida/meta y lo pase volando con la ayuda del DRS. El público en las gradas ruge al ver la acción tan de cerca.

Y la respiración que siento que he estado conteniendo durante una hora finalmente sale de mi pecho.

—P3 —dice Otis sobre el lugar de Cruz.

—Sigamos atrayéndolos. El coche es fuerte.

—Tienes esto.

No puedo sentarme. Me muevo por la cabina. De un lado a otro. Cambio de postura. Mis brazos. Cualquier cosa, como si el movimiento fuera a ayudar a Cruz a tomar ventaja y ganar otro puesto. Y luego otro.

Se merece desesperadamente una victoria.



Cuando me inclino para recoger agua, veo a Dominic Navarro al fondo de la cabina. Sus ojos se centran en mí, escudriñándome, y el ceño fruncido que lo acompaña sin duda también es para mí. El hombre suele quedarse en el garaje durante la carrera. Su presencia es imponente. Una presencia que, al parecer, todos veneran por la forma en que le hacen reverencias y le ceden espacio.

Pero aún no lo he visto aquí. En la cabina.

Todavía no he interactuado con él.

Pero esta vez no desvío la mirada. Lo miro fijamente y enarco las cejas, dispuesta a la confrontación.

Cuanto más conozco a Cruz, más me enfado con su padre. Por el trato injusto que da a su hijo. Por su falta de respeto y sus formas degradantes.

Estoy harta de andar por aquí, evitándolo. Intimidada por él. Preocupada por lo que piensa de mí.

Yo no importo en este juego... pero Cruz sí.

Me acerco los auriculares al cuello, en cierto modo una invitación a participar en esta conversación inminente.

—Señorita Hart —dice desde donde está y me doy cuenta de que, convenientemente, todo el mundo se ha trasladado al otro mirador para ver la carrera, de modo que quedamos en privado.

—Sr. Navarro. —El músculo palpita en su mandíbula mientras cruza los brazos sobre el pecho—. Debe estar contento de ver que lo está haciendo bien. Luchando por ascender en el pelotón. Otra gran carrera tras el podio de la semana pasada.

—Tuvo una mala clasificación —dice, refiriéndose a la posición de salida P8 de Cruz.

—Y ahora está en P3.

—Por los pelos. Sus líneas no son limpias y ha estado a punto de besar la pared varias veces. Ya debería haber rebasado a Bustos. Lejos de la perfección.

—Hasta ahora está en el podio —digo, preguntándome por qué siento la necesidad de defender a Cruz de las duras críticas.

—Debería haber empezado desde una posición mejor. Está distraído.

—¿Distraído? Sí. Feliz parece ser un mejor término para ello, pero... —Me encojo de hombros frívolamente—, ¿quién soy yo para juzgar eso?

Me doy la vuelta para mirar los monitores que muestran a los coches luchando en la pista. Ha sido una carrera emocionante que sin duda se decidirá por un error infinitesimal del conductor. Pero a velocidades de más de trescientos kilómetros por hora, el más mínimo error puede ser un desastre no sólo para el piloto que lo comete, sino para todos los que le rodean.



Aliviada porque esta conversación parece haber terminado, estoy a punto de volver a ponerme los auriculares cuando Dominic habla de nuevo.

—No me gusta lo que le estás haciendo.

—¿Haciendo? —Me giro para mirarlo—. ¿Qué es eso? ¿Amarlo incondicionalmente? ¿No presionarlo para que sea otra cosa que él mismo? ¿Hacerle saber que es suficientemente bueno tal y como es? —Pongo las manos en las caderas y me cuadro con él y su claro desagrado hacia mí—. Lo siento, Sr. Navarro, pero la mayoría de la gente estaría encantada con eso para su hijo. Usted, en cambio... no sé qué es lo que quiere de mí.

—¿Amarlo incondicionalmente? —dice. Nunca había visto tanto odio dirigido a mí—. No tienes ni idea de lo que estás hablando. Su familia lo ama incondicionalmente. *No tú*. Sabemos lo que necesita. Yo sé lo que necesita. Y no, no eres tú.

¿Lo amo incondicionalmente? ¿Acabo de decirlo en voz alta? ¿O estoy tan nerviosa y desesperada por hacerle ver a este hombre lo increíble que es su hijo que digo cualquier cosa con tal de convencerlo?

Pero, ¿importa? ¿Oír a un cabrón maleducado como Dominic Navarro algo que no sea lo que él quiere oír?

—No tiene ni idea de lo que su hijo quiere o necesita. —Ya estoy otra vez intentando defender a Cruz.

Su mueca es de disgusto. Su tono aún más.

—Está distraído. Está haciendo cosas inusuales como no asistir a eventos de patrocinio. —¿Lo hace? ¿Es eso cierto? Su tono es entrecortado y su postura rígida—. El mero hecho de que estés aquí, en boxes, carrera tras carrera, es una demostración en sí mismo.

—Estoy aquí porque él quiere que esté aquí —afirmo.

—Estás aquí porque quieres algo de él. Deberías retirarte ahora, ahorrarte la vergüenza, porque definitivamente no conseguirás lo que quieres.

Este hombre es una puta mierda. Pero justo cuando pienso eso, justo cuando me planteo contraatacar y golpear por debajo del cinturón con cualquier cosa con tal de asestar un puñetazo, me doy cuenta de que una cámara apunta hacia nosotros. Y por mucho que me cueste tragarme la lucha que llevo dentro, me niego a que me utilicen como material para viralizar.

Así que echo los hombros hacia atrás y mantengo la cabeza alta, esbozando una sonrisa genial.

—Siempre me enseñaron a ser respetuosa, Sr. Navarro, así que voy a alejarme ahora. Lo último que quiero hacer es rebajar mis *estándares no pedigüeños* y romperlos por usted. —Doy unos pasos atrás.



—Y siempre me enseñaron a hacer lo que fuera necesario para proteger a mi familia.

Incluso si eso significa perderlos, ¿eh?

—Para una familia que predica públicamente, hace un buen trabajo saboteándola en privado. Sólo espero que cuando finalmente lo reconozca, sus hijos le concedan la misma gracia que nunca les dio a ellos.

Me pongo los auriculares en la cabeza y salgo de la zona de recepción para bajar al garaje.

Amarlo incondicionalmente.

De nuevo, ¿de verdad acabo de decir eso?

¿Pero no es eso lo que estoy haciendo? ¿Amarlo?

Esto no debía ocurrir.

Mierda.

Estoy enamorada de Cruz Navarro.



CAPÍTULO 39

Maddix

Acerco el pase al escáner del torniquete y las luces rojas parpadean. Con una risita nerviosa, vuelvo a levantar el pase y obtengo el mismo resultado. Echo un vistazo al guardia que está en su puesto, impidiendo la entrada al paddock a todo aquel que no tenga pase, antes de volver a intentarlo.

Mismo resultado.

—Disculpe. ¿Señor? —le pregunto al guardia. Se ajusta su kufiya y se acerca a mí.

—¿Puedo ayudarle?

—Mi pase. No funciona.

Lo mira y me hace un gesto para que lo intente de nuevo. Una luz roja parpadea.

—Ya no vale —dice con una sonrisa tensa y un movimiento de cabeza antes de empezar a alejarse.

—Pero debería. Funcionó ayer. Estoy con Gravitas. Soy la novia de Cruz Navarro. Tengo que entrar ahí. —El pánico me sube por la garganta por alguna razón.

—Lo siento, señorita. No puedo dejar pasar a nadie que no tenga un pase válido.

Lo miro estupefacta e inmediatamente saco el móvil y empiezo a enviar mensajes. Uno a Cruz, que sé que no verá porque está en la zona. Otro a Amandine, con la esperanza de que lo vea y venga a ayudarme. Y otro a su asistente.

Me quedo en la puerta esperando una respuesta. La gente me empuja por la cola y yo miro la pantalla esperando una respuesta.

Aquí estoy, en Qatar. Sola. Nadie responde a mis llamadas. Y sin duda Cruz está ahí buscándome.



CAPÍTULO 40

Cruz

Tengo los ojos cerrados, la música en los oídos y visualizo cada curva de la pista que voy a tomar. Ayer hice una buena clasificación y saldré en segunda posición, lo que supone una mejora con respecto a mi octava posición en Qatar. Pero la salida aquí es complicada y propensa a los accidentes, y tengo que evitarlo.

Es una técnica de visualización que aprendí hace años. Es en parte por todo el entrenamiento de simulación y en parte por la experiencia, pero me ayuda a conocer las curvas y los ángulos del recorrido.

Un toque en el hombro me hace volver al presente. Mi sonrisa está preparada para ver a Maddix, pero se desvanece cuando me encuentro cara a cara con mi padre y Esmerelda.

¿Qué...?

—Cruz. —Esmeralda se acerca a mí, sus tetas me rozan el pecho mientras desliza las manos por mis bíceps, se inclina y me besa en la mejilla, demasiado cerca de los labios.

Doy un paso atrás como si me hubiera sacudido un rayo, pero no antes de oír el clic de una cámara. Levanto la vista y veo a un fotógrafo de Associated Press tomando fotos de nosotros dos.

Joder. Retiro su mano de mi brazo y miro fijamente a mi padre.

—¿Qué? —Esmeralda parpadea y sonríe seductoramente, asegurándose de girar la cara hacia la cámara. Siempre le ha gustado ser el centro de atención—. Sólo quería desearte mucha suerte. Buena suerte, Cruz. —Sus palabras salen en suspiros. Seductoras. Y no tienen lugar en mi garaje.

La miro a ella y luego a mi padre.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, pero las palabras van dirigidas a mi padre. ¿Por qué está ella aquí?

—Pensé que te vendría bien un poco de amor de casa. Un pequeño... respiro para sacudir tu sistema y recordarte lo que es importante.



—Soy más que consciente de lo que es importante y de lo que está en juego. —
Reviso el garaje, buscando una cabeza de cabello rubio y un par de ojos verdes.

¿Dónde está Maddix?

—Ella no está aquí —dijo mi padre—. Al igual que el resto de ellas, fue fácilmente sobornada. Fácil de alejarse de ti cuando más la necesitabas.

Vete a la mierda.

Las palabras están en mi lengua. El más vulnerable de mis puntos golpeados.

—¿Qué has hecho? —pregunto.

Una leve sonrisa enmarca sus labios.

—¿Alguna vez has visto que *no* siga mis recomendaciones? —pregunta.
¿Recomendaciones? Quiere decir amenazas. *Gilipollas*.

—¿Amandine? —La llamo cuando pasa, mis ojos examinan cada centímetro de espacio en el garaje.

—¿Sí? —Se detiene y levanta la vista de su portapapeles.

—¿Has visto a Maddix?

—No. En absoluto. ¿Por qué?

Mi padre vuelve a sonreír y al verlo se me hace un nudo en el estómago.

—Deberías centrarte en la carrera que tenemos entre manos. No en la mujer que es una distracción. ¿Verdad?

—Es la hora —dice Otis, sacándome de este jodido y frenético espacio mental.

—Sí. De acuerdo. —Miro a mi padre y a Esmerelda, sin duda un peón en este juego. Justo como hice que Maddix se convirtiera.

No puedes pensar en eso ahora. Ahora tienes que concentrarte. Tienes que trabajar.

—¿Amandine? —Vuelvo a llamar.

Ella está a mi lado en segundos y yo tengo una mano en su hombro, guiándola lejos de la multitud en el garaje mientras un miembro de la tripulación me entrega mi casco.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que encuentres a Maddix. Algo anda mal. No está aquí cuando debería estar. Mi padre... —Miro por encima del hombro—, ha pasado algo, y debe de ser por ello que no está aquí.

—Okey. Seguro. Él eh... estaba clasificando a través de los pases del paddock ayer. ¿Quizás las cosas se mezclaron accidentalmente? No lo sé. Déjame ir a buscar mi teléfono. Voy a averiguarlo.

—Sí. Gracias. —¿Realmente haría eso?



Lo haría.

—¿Cruz?

Miro a Amandine.

—Yo me encargo de esto. despeja tu cabeza. Ve a trabajar.

—De acuerdo. —Mi sonrisa es forzada, mi cabeza ya está jodida.

Lanzo una última mirada a mi padre antes de ponerme el casco. Es una mirada. Una amenaza. Joder conmigo es... *lo que sea*. ¿Pero joder a mi mujer? Ahí es donde trazo la línea.

Y entonces me obligo a compartimentar. A no pensar en ello. Preocuparme de la pista y de la carrera.

Pero busco entre la multitud una última vez antes de subir al coche.

Ella está aquí.

No se fue.



CAPÍTULO 41

Cruz

La euforia.

El puto subidón más alto.

Euforia.

Alivio.

Mi cuerpo vibra con la emoción de haber conseguido una jodida victoria. Todo salió a nuestro favor. Bustos perdiendo tracción tras golpear el bordillo y haciendo un trompo en la grava. Ganando DRS para adelantar a Finnegan en la recta de atrás con dos vueltas para el final para tomar la delantera.

No me duele haber conducido como un maldito loco con ira y fuego en el vientre por lo que hizo mi padre. Lo que él pensaba que estaba bien hacer. Y la confusión por el hecho de que me espoleó a una victoria. Va a *decir que fue porque Maddix no estaba a la vista*.

El maldito chupa vergas. Acabo de ganar y va a pensar que es por él.

La bandera a cuadros ondeó, pero tenía los ojos tan borrosos por las lágrimas que me quemaban que no llegué a verla.

Me detengo en el marcador P1, mi cono de nariz a centímetros de él y me desabrocho y salgo de mi coche para pararme en su parte superior.

Levanto los brazos en señal de victoria mientras mi equipo ruge a mi alrededor. No es que pueda oírlos, porque las gradas también siguen animando.

Cuando salto al suelo, mi equipo está allí para recibirme. Abrazo a todos los que puedo mientras me desabrocho el cinturón y me quito el casco. Es un gran día para Gravitass, con un P1 y un P4 para nosotros.

Celebraciones por doquier.

Pero cuando me alejo de mi equipo, sólo busco a una persona. A la que confié que Amandine encontraría cuando yo no podía. Para que la protegiera cuando yo no podía. La necesitaba para asegurarme de que Maddix estuviera aquí para mí... cuando más la necesitaba.



Ahora mismo sólo quiero a una persona.

Una mujer con la que necesito celebrar.

Mi padre está de pie, con la mano extendida para estrechar la mía y una sonrisa parcial en los labios. Esmerelda está a su lado, sonriente y expectante en su expresión. Sin duda, mi padre también la ha convencido de por qué estaba hoy aquí.

Que. Se. Joda.

Que se joda si cree que le daré una maldita pulgada ahora mismo.

Me acerco a él y le miro a los ojos.

—Vete a la mierda —murmuro. *Vete a la mierda.* Es mi único saludo antes de pasar de largo.

Maddix está de pie, con lágrimas en los ojos y una sonrisa imparable en los labios, y salta a mis brazos en cuanto me acerco lo suficiente. Me rodea la cintura con las piernas y me abraza como nunca.

—Lo has conseguido —me susurra al oído y, a pesar de que la multitud sigue rugiendo a nuestro alrededor, puedo oír cada palabra.

Lo hice.

He ganado, cuando hace tanto puto tiempo que no lo hago.

—¿Madds? —digo cuando me inclino hacia atrás y me encuentro con sus ojos—. ¿Dónde estabas?

—Habla de ello más tarde. Celebra esta victoria. Tu victoria. —Ella sonríe—. Lo has conseguido.

—Lo hice. Que se joda.

Y antes de que pueda responder o reaccionar o hacer preguntas, mis labios están sobre los suyos en un beso que le estruja el alma. Es mucho más que un beso en los labios y, con todas las cámaras alrededor, se publicará en todos los sitios imaginables durante los próximos días.

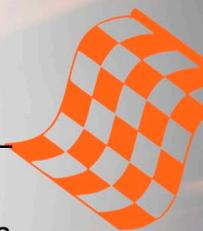
Y cada vez que mi padre lo vea, recibirá otro “jódete”.

Y cada vez que lo vea, recordaré lo que más importa. Esto. Aquí mismo. Ahora mismo. Esta mujer. Este momento.

Sus ojos están desorbitados de excitación cuando termina el beso y baja los pies al suelo.

—Empiezo a pensar que eres mi amuleto de la buena suerte, Madds.

—Esa es una etiqueta que reclamaré cualquier día. —Me besa de nuevo—. Ve a celebrarlo con tu equipo.



CAPÍTULO 42

Maddix

Esta ciudad.

No sé por qué me gusta tanto, con su ruido constante y sus paredes llenas de grafitis, pero me gusta. Es el horizonte lleno de rascacielos y el centelleo del Hudson. Es la sensación de oportunidad a la vuelta de la siguiente esquina y el bullicio incesante de la gente en sus calles tratando de atraparla.

Me encanta esta ciudad. Su gente. Su actitud.

Lo curioso es que antes pensaba que este sitio lo era todo. Aún lo pienso. Pero después de los últimos meses, me doy cuenta de que mi opinión se basaba únicamente en lo pequeño que era mi mundo. Ahora tengo los ojos mucho más abiertos y esa perspectiva se ha desviado.

—¿Así que la junta está contenta? —pregunto, con el móvil en la oreja y los ojos pegados al mundo más allá del muro de ventanas de la vigésima planta.

—El consenso general es que sí. Están contentos de que Cruz haya cumplido las promesas que hizo y parezca públicamente más responsable. Sus redes sociales son más de tú a tú y de carreras que otra cosa. La foto con la mujer de Esmeralda sí causó un poco de malestar. Como si tal vez sólo pudiera comportarse para...

—No había nada en las fotos —afirmo—. Sólo una vieja amiga de la familia deseándole suerte en el garaje.

Su sonrisa de suficiencia me había molestado cuando finalmente entré en el garaje. Estaba de pie junto a Dominic, lo que me hizo preguntarme si haberme quedado fuera no había sido el “accidente” que parecía.

¿Haría realmente su padre algo así? Eso fue lo que me pasó por la cabeza.

—Fue, cien por ciento, interferencia de mi padre.

—¿Por qué? ¿Por qué se molestaría, Cruz? Quiero decir, no tiene sentido.

—La conozco desde hace años y nunca ha habido nada entre nosotros. Nunca lo habrá. Me dijo que te había pagado para que me dejaras.



—No te lo creíste, ¿verdad? Cuando la vi, no pude evitar preguntarme si la querías... Ella es el tipo de mujer que quieres...

—Quería. En tiempo pasado. —Se inclina y roza sus labios con los míos—. Ahora eres todo lo que quiero.

—¿No seguirá insistiendo tu padre? Los medios hicieron su agosto con esa imagen de ella besándote la mejilla.

Cruz toma mi mano entre las suyas y se sienta en la silla frente a mí, así que no tengo más remedio que ver la intensidad de sus ojos.

—Uno, él siempre va a seguir presionando. Nada va a impedirlo, pero el hecho de que el vídeo en el que te beso así esté en todo el maldito mundo y sea sinónimo de mi victoria para siempre, puede que lo atempere un poco. Una especie de intenta joderme y descubre lo que pasará. —Un beso en la palma de mi mano—. Y dos, el día de campo de los medios con la foto de Esmeralda queda ahogado por nuestro beso. Pero eso también te demuestra cómo pintan un cuadro para que encaje en su narrativa cuando, para empezar, no hay historia. Eso es algo que ya sabes.

—Lo sé. Eso no lo hace más fácil.

—Madds. Te enfrentaste a mi padre en Suzuka. Lo amenazaste y desafiaste lo suficiente como para que trajera a Esmeralda a Doha para intentar intimidarte. Ninguna de las dos cosas funcionó. No le tienes miedo, sabes cómo los medios tergiversan las cosas para obtener más vistas, así que ¿por qué creer los rumores que publicaron los medios?

Tiene razón. Muy buena. Miro nuestras manos entrelazadas y asiento. Tiene razón. Sé que la tiene. Pero sigue siendo... traumatizante en cierto sentido sentirme excluida del paddock, y luego ser manipulada primero por su padre y luego por la prensa.

—¿Y puedo decirte que habría dado cualquier cosa por ver su cara cuando te enfrentaste a él? Nadie lo hace. Caminan de puntillas a su alrededor. Así que el hecho de que lo hicieras hace que te... me encanten tus agallas.

¿Iba a decir que me ama? Se me pone la carne de gallina. ¿Cruz me ama?

Las palabras no pronunciadas flotan en el aire mientras el pánico parpadea en los ojos de Cruz. Me inclino hacia él y aprieto los labios contra los suyos.

—Hacemos un buen equipo.

—Lo hacemos. Te lo dije, eres mi amuleto de la buena suerte.

—¿Estás segura? —Kevin pregunta.

—Lo estoy. Cruz está conmigo las veinticuatro horas del día. La mujer está desesperada por la cobertura mediática y aprovechó el momento para impulsar su carrera de modelo. Dile a la junta que no se preocupe.



—Si tú lo dices. Quiero decir, entiendo que no sea un santo, pero le has presentado como alguien decente y eso parece suficiente para ellos. No quiero que se arruine esa imagen.

Se me pone rígida la columna vertebral ante el comentario. Ante la insinuación de que Cruz no era lo bastante bueno como era antes.

Y hay ironía en ello.

En el hecho de que me senté en esa sala de conferencias hace más de tres meses y me pareció que Cruz era un idiota que no me gustaba. Y ahora estoy aquí sentada hablando con mi jefe y queriendo defender a Cruz por sus acciones.

—Si te sirve de algo, no he visto más que a Cruz siendo un tipo honrado.

Kevin emite un sonido como si hiciera una mueca, casi como si no estuviera seguro de tragarse mi argumento de venta.

—Tengo que decir, Maddix, que estoy impresionado con tu duro trabajo en esto. Fue una petición poco convencional por mi parte y la has manejado de maravilla. De hecho, resultó incluso mejor de lo que pensaba. El gran piloto de F1 sacando de la oscuridad a una chica de Texas que conoció en una reunión de negocios. Quiero decir, eso es sano. De nuevo, estoy impresionado. Estaba más que seguro de que ibas a irte en una semana y luego correr a casa con el rabo entre las piernas porque era demasiado. Has demostrado resiliencia.

Eso me eriza. Por su falta de fe. Ante su capacidad para pensar tan poco de mí y, sin embargo, no tener ningún problema en lanzarme a una situación como esta con un hombre que realmente no conocía por el bien de su aventura empresarial. ¿Realmente quiero trabajar para él a largo plazo si piensa así de mí?

¿Y si Cruz hubiera sido un absoluto bastardo? ¿Y si las cosas hubieran salido al revés?

Acepté el trabajo. Realmente no cuestioné las cosas, pero acepté los términos. Pero por alguna razón, y tal vez es porque está hablando mal de Cruz, esto me está golpeando mal en este momento.

Ajeno a mis pensamientos, sigue hablando.

—No sólo diste un paso al frente en este sentido, sino que también hiciste una comparativa increíble sobre el mercado de las bebidas energéticas que me dio un punto de vista diferente al que mirar. Un par de ojos diferentes. Me impresionó y me pregunté por qué no me había fijado antes en tu trabajo.

—Porque hay gente en los mandos intermedios compitiendo por tu atención tanto como yo, y por lo tanto, ¿por qué mostrarte algo que rivalizaría con su trabajo? —digo sin pensarlo realmente.

El silencio se come la distancia y me pregunto si me he excedido. Hundo los dientes en el labio inferior y espero a ver qué dice.



—Hay una razón por la que te pedí que asistieras a la reunión de hoy, Maddix. Y tu trabajo es una de ellas.

—Gracias —digo con cautela.

—No me des las gracias todavía. La dirección de Revive es una bestia de carga. Puede que estés en Nueva York unos días, pero probablemente harán que te parezca una semana para cuando te vayas.

—Estoy agradecida por la oportunidad.

—Haz lo mejor que puedas.

—Lo haré.

—Piensa que lo más probable es que hayas terminado con toda esta tontería de Cruz después de la carrera de Austin. La junta habrá votado, la tinta de las firmas estará seca y podrás idear una forma creativa de romper públicamente con él.

—De acuerdo. —Juro por Dios que la palabra se me atasca en la garganta.

De hecho, todo este viaje ha sido así. Especialmente al ser convocada a estas reuniones de Nueva York como representante de Genesee al mismo tiempo que a la semana de la carrera en México.

Es como si estuviera muy emocionada por estar aquí, por poder trabajar en esta ciudad que me encanta, pero sé que también me estoy perdiendo todas las nuevas experiencias de estar allí.

Y más que nada, ya echo de menos a Cruz.

Ridículo, lo sé. Hemos estado juntos casi todos los días durante más de tres meses, así que debería agradecer este tiempo para mí. Este tiempo para poder respirar sin que la Fórmula 1 *lo tenga todo en la cara...* pero extrañamente, ahora se ha convertido en parte de mi vida. Mi vida temporal, pero mi vida al fin y al cabo.

Sofía tenía razón.

«El estruendo en el pecho. El zumbido de los motores. Lo oyes cuando cierras los ojos por la noche para dormir.»

Se ha convertido en parte de mí.

Levanto el móvil y envío un mensaje.

Yo: No te metas en muchos problemas mientras no estoy. Y patea culos en la pista.

—Señorita Hart, ¿está lista para empezar?

Miro al hombre que entra en la habitación con aire despreocupado y a las tres mujeres que caminan detrás de él. Si Nueva York tuviera un tipo, ellas serían su personificación. Bruscas. Cosmopolitas. Eficaces.

—Sí. Estoy deseando empezar.



EDGE

243



—Estupendo. Después de los elogios de Kevin, tenemos grandes expectativas en ti.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 43

Cruz

—Cristo, Navarro. Deja de ser tan aguafiestas y trae tu culo aquí. La carrera ha terminado. El trabajo duro ha terminado. Las entrevistas se han dado. Los autógrafos han sido firmados. Ahora es el momento de ir y celebrar por lo nos rompemos el culo.

Miro a Halloran y Grimaldi —la pareja de amigos más improbable del circuito— y sacudo la cabeza.

—Voy a pasar. Tengo que...

—Espera. ¿Qué? —pregunta Grimaldi, con una sonrisa sarcástica y los ojos muy abiertos—. ¿Rechazas la oferta de salir a desahogarte? ¿Te encuentras bien?

Halloran apoya el codo en el hombro de Grimaldi y se limita a lanzar una exclamación de decepción.

—Tu mujer no está. ¿Me estás diciendo que tiene una cadena alrededor de tu tobillo tan jodidamente apretada que no puedes salir por tu cuenta? Quiero decir, ¿qué demonios, hombre? Estás avergonzando al resto de nosotros ahora mismo.

—No es así. Ha sido un puto fin de semana largo. Estoy cansado. Me estoy enfermando de algo...

—Sí, se llama ser dominado —dice Grim.

—No, se llama estar cansado.

—Sentimos mucho que lograr la P2 y mantener vivas tus esperanzas de un campeonato sea tan agotador que no puedas salir a tomar una copa o dos. —Halloran entrecierra los ojos y me estudia.

Quitarle el estrés al asunto suena bien.

Ese pensamiento singular nos lleva al club de moda de la parte alta de la ciudad. El interior es un hervidero de luces de neón, sombras oscuras y bajos vibrantes procedentes de la pista de baile situada dos pisos más abajo. Numerosas personas se quedan justo al borde de las cuerdas VIP, donde todos nos sentamos con las bebidas en la mano entre las pocas mujeres a las que Halloran invitó a sentarse con nosotros.



Estoy un tomado pero desconectado.

Eso es lo que siento por todo esto. El ambiente. El servicio de botellas. Las luces. Las mujeres.

¿No solía ser este mi veneno de preferencia? ¿La forma de perderse en el ruido?

—¿Eh, Navarro? Vive un poco, ¿quieres? —dice Grimaldi e inclina la barbilla hacia la mujer que está a mi lado.

Es preciosa en todos los aspectos que suelen gustarme —las curvas, el cabello, la moda— y, sin embargo, mi sonrisa es un intento a medias cuando la saludo con una simple inclinación de cabeza.

—¿Una copa? —pregunta.

—Sí. Claro —digo, molesto más que nada.

—Gracias. —Apoya la mano en mi muslo y la sube un poco más.

—De nada. —Pongo mi mano sobre la suya y la muevo de mi pierna.

—Vamos. —Hace pucheros con esos labios suyos manchados de rojo. Labios que darían a cualquier hombre pensamientos lascivos—. ¿Un fiestero como tú? ¿Por qué no salimos de aquí y te enseño la ciudad... o hacemos otras cosas? —Su mano se mueve de vuelta a mi muslo.

Le agarro la muñeca y me inclino hacia ella para que pueda oírme.

—¿Por qué no nos guardamos las manos antes de que te avergüences del rechazo que estoy a punto de darte? —Me levanto, con los dedos aún alrededor de su muñeca—. Que pases buena noche. Disfruta de la copa.



—Madds. —La sílaba se arrastra y va seguida de una risita.

—¿Cruz? ¿Estás bien? Es... —Ni siquiera sé qué hora es aquí o allá, para el caso.

—Estoy en la azotea. —Con mi botella. Con los ojos cerrados y las estrellas del cielo girando a mi alrededor. Sin ella.

—¿Qué estamos contemplando?

—Todas las formas en que la he jodido. —Otra risita para tapar el dolor que ha estado en mi pecho toda la noche.

—¿Cruz?

—Nada. No importa. Estoy bien —digo.



EDGE

246



—¿Qué quieres decir? —¿Pánico? ¿Preocupación? ¿Molestia? Sea lo que sea, vibra en su voz.

—No pasa nada. Estoy bien. Buenas noches, Madds.

Te echo de menos.

Te necesito.

Te a ...

Levanto la botella para igualar el ardor en el pecho que me provocan esas palabras.

Es demasiado peligroso. *Aunque sea verdad.*

Después de sus mensajes optimistas sobre su reunión, sé que no tardará en dejarme.

Así que no diré las palabras. No puedo. Me las guardaré y me las meteré muy dentro. *Así no me dolerá tanto cuando ella también desaparezca de mi vida.*



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 44

Maddix

En cuanto Cruz aparca el coche, me bajo de un salto y corro hacia donde está mi madre con los brazos abiertos esperándome.

—Mamá —grito mientras cruzo la distancia y me envuelvo en los brazos de la mujer que ha sido mi roca. Huele a vainilla y especias, los aromas de todos los recuerdos que he tenido, y me aferro a ella mientras las lágrimas brotan y caen.

Y no me importa que lo hagan.

—Dios mío. Mírate. Toda bronceada y... feliz. —Me estira los brazos y yo le sonrío tontamente antes de que me atraiga de nuevo hacia ella y me absorba.

—Maddster. —Es la voz ronca de mi padre la que me hace moverme y abrazarle. Sus fuertes brazos me rodean y me levantan en un abrazo de oso para siempre.

Empezamos a hablar todos a la vez. Meses de conversación se reducen a unos minutos de hablar rápido y gesticular y tocarnos los brazos constantemente para asegurarnos de que estamos juntos de verdad.

Pero es cuando mi padre se pone rígido cuando me doy cuenta de que he olvidado una cosa muy importante. Me giro para mirar en la misma dirección que mi padre. Cruz está de pie junto al coche deportivo proporcionado por el equipo, tiene las manos en los bolsillos y se limita a observarnos desde detrás de sus gafas de sol.

Mi sonrisa se ensancha, si eso es posible.

Me dije a mí misma que no era para tanto, que Cruz iba a conocer a mis padres. Que no era más que la continuación de la farsa, una progresión natural de las cosas, pero de repente siento mariposas en el estómago al saber que los dos hombres más importantes de mi vida están a punto de conocerse.

Y sé a ciencia cierta que el trabajo y el estatus de Cruz no tendrán ninguna influencia sobre mi padre. Cómo me trate será el factor decisivo.

—Mamá. Papá. Este es Cruz Navarro. Cruz, estos son Gavin y Clarissa Hart.

Se dan la mano y respiro aliviada cuando los cuatro entablamos una conversación fácil. Todos los temas son superficiales —Cruz pregunta por la



propiedad en la que estamos, mi madre le pregunta si le gusta venir a Estados Unidos o no, mi padre pronuncia pocas palabras mientras juzga en silencio—, pero hay una facilidad inesperada. Sin duda, una gran parte se debe a que Cruz tiene mucha práctica en conocer a extraños y hacer que se sientan cómodos en poco tiempo.

Entramos en la casa y salimos al patio trasero.

—¿Alguien quiere una copa? —pregunta mi padre. Su prueba de fuego para todos es la bebida que eligen.

—Normalmente diría que sí a cualquier cerveza que tenga a mano —dice Cruz, lo que hace que mi padre levante las cejas. Sin duda esperaba algo más ostentoso—. Pero es la semana de la carrera, así que nada para mí. Pero gracias. —Me pone una mano en la espalda, lo que, por la mirada que intercambian mis padres, no pasa desapercibido—. ¿Qué vas a tomar, Madds?

—¿Sabes qué? Te ayudaré —le digo a mi padre y me levanto del asiento.

Sé que Cruz puede manejar al cien por ciento a mi madre. Es a mi padre, cuyas miradas deslizantes transmiten desconfianza, a quien tengo que aplacar.

—Oh. Uh. De acuerdo. —Cruz se remueve en su asiento y sonrío a mi madre, no sin antes lanzarme una mirada estrangulada.

Mis pasos vacilan cuando se me cruza un pensamiento por la cabeza. Cruz Navarro nunca había sido llevada a casa de los padres de nadie.

Al menos hay una primera que puedo reclamar... aunque sea fingida.

La corpulenta figura de mi padre está de pie junto a la puerta del frigorífico, mirando lo que hay dentro, pero nunca saca nada.

—¿Papá?

Cierra la nevera, cruza los brazos sobre el pecho y apoya el culo en la encimera.

—No me gusta.

—¿Qué? —pregunto, en parte riendo de incredulidad y en parte de preocupación—. No es posible... acabas de conocerlo.

Asiente definitivamente.

—Y sin embargo, no me gusta.

—Shh —digo y miro por encima del hombro, mientras el pánico me acelera el corazón y me tiemblan las manos—. Nunca dijiste algo así sobre Michael. Nunca.

Asiente, esos ojos verdes que coinciden con los míos me miran fijamente.

—Michael es agradable. Era agradable. Te trató bien. Pero, joder, chiquilla, nunca tuve esa sensación de sentirme amenazado por él.

Lanzo una carcajada.



—Eso es lo más absurdo que he oído nunca. ¿Por qué te sentirías amenazado por Cruz?

Su sonrisa se suaviza, pero la intensidad en sus ojos se mantiene.

—Porque lo amas.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago... y luego suben y aprietan sus dedos alrededor de mi corazón.

Parpadeo varias veces, sin saber qué decir ni cómo responder. Gavin Hart no dice cosas así. Nunca.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero está escrito en tu cara. Es cómo lo miras. Es la confianza que tienes ahora... confianza que sin duda siempre has tenido, pero que de alguna manera, él te ayudó a encontrar y a poseer. Cosas que yo debería haber hecho por ti como padre, pero que claramente no hice, porque él lo hizo. Así que no, no me gusta.

—Acabas de conocerlo —vuelvo a decir.

—Soy consciente, pero ya lo sé. —Se encoge de hombros.

—Ni siquiera sé qué decir.

—No hay nada que decir. Sólo estoy tratando de averiguar cómo estrangular exactamente al tipo si alguna vez te hace daño... porque ya me gusta cuando no quiero, y tengo la sensación de que si desaparece y lo entierro bajo un roble aquí fuera, su ausencia podría notarse.

Su lenta sonrisa me dice todo lo que necesito saber. Me quiere. Está tratando de averiguar si aprueba a Cruz mientras siente que está dejando ir a su niña.

Y las tres cosas llenan mi copa que ya parece estar rebosando. Soy muy afortunada. He conocido esta cualidad del amor toda mi vida. Afirmativo. Incondicional. Adorable. Es como me gustaría poder amar a Cruz también. Es el tipo de amor que él merece saber que existe. Experimentarlo.

Escoge nuestras bebidas y, mientras salimos, me rodea el cuello con un brazo y me acerca la cabeza para darme un beso.



CAPÍTULO 45

Cruz

—Esta es mi azotea —dice Maddix en voz baja.

Estamos tumbados de espaldas en un campo de hierba larga, con la brisa meciéndose a nuestro alrededor, mientras miramos las estrellas en el cielo. El susurro de los árboles nos rodea y los grillos o unos extraños escarabajos gorjean.

Nuestros estómagos están llenos de carne ahumada y barbacoa, y sus padres ya se han acostado.

Pero la diferencia horaria y el jet lag nos ha levantado. Maddix me tomó de la mano y me dijo que quería enseñarme algo.

Este lugar.

Este campo sin fin.

La vista del cielo desde arriba.

Todo el ruido exterior se ha ido para que seamos sólo nosotros.

Esta es su azotea.

—¿El campo o el cielo? —pregunto.

—Tal vez todo. Me siento como si fuera la único en el mundo aquí. Sólo las estrellas y el cielo. Es como si me sintiera tan pequeña que todas las cosas triviales no importan, y me veo obligada a ver el panorama general.

—Ya lo veo. —Pongo un brazo detrás de la cabeza a modo de cojín. Las estrellas son tan brillantes en comparación con cómo se ahogan en casa con todas las luces—. ¿Por eso estamos aquí? ¿Estás estresada por algo?

Noto cómo se encoge de hombros.

—Tengo mucho en qué pensar con todos los cambios que se avecinan.

—¿Cómo?

Su suspiro es suave pero lleno de preocupación.



—El jefe de Revive, Brian... me estuvo insinuando durante mi estancia en Nueva York que iba a trabajar para ellos. Nada rotundo, pero lo suficiente para que me hiciera una idea.

Llega la emoción. Poco después llega el pavor. Sus mensajes lo insinuaban, y quizá he preferido ocultarlo.

—Eso es... increíble. ¿No es cierto? ¿No es lo que querías?

Tarda en responder.

—Sí, supongo. Parece que ahora mismo no sé lo que quiero.

—Ese es tu sueño. Persíguelo. —Las palabras saben amargas en mi lengua porque si está persiguiendo eso entonces no está conmigo y si no está conmigo... joder. Parece que es otra cosa más que sigo escondiendo bajo la alfombra.

Se queda callada y yo daría cualquier cosa por saber lo que está pensando. ¿La idea de que ella esté en Nueva York y yo en cualquier otra parte le hace sentir como una bola de plomo en las tripas? Porque sí y no sé qué demonios hacer al respecto.

Quiero decir... ¿es así como se siente? El querer estar con alguien. La preocupación cuando no lo estás. ¿Esperar con ansias lo que vendrá después? Porque si ese es el caso... ¿Qué carajo, Cruz?

Tú no haces esto. Tú no quieres esto.

Y sin embargo... aquí estás.

—Di algo —murmura y apoya la barbilla en mi hombro—. Cuando estás callado no sé lo que estás pensando.

—Bueno, así es como funciona —me burlo, a lo que ella golpea su muslo contra el mío.

Aquí se respira paz. Sí, muy parecido a mis azoteas, pero diferente. O tal vez la diferencia es tener a Maddix a mi lado. El efecto calmante.

Suspiro y le doy lo que me pide.

—No le agrado. —No sé por qué es lo primero que pienso, pero lo es.

Y su risita me dice que sabe exactamente a quién me refiero. A su padre.

—Sí le agradas. Es sólo que... algún día, si tienes hijas, lo entenderás. Nadie es nunca lo suficientemente bueno para tu hija, incluso cuando abrumadoramente lo son.

—Ajá. —Enlazo mis dedos con los suyos, pero no respondo más que haciendo el sonido. Nunca he pensado en tener hijos. No con mi carrera. Ni con mi historia familiar. Ni con la expectativa tácita de que seguiré llevando el apellido Navarro.

—Sé un par de cosas sobre la desaprobación paterna. —Me río—. ¿Y la forma en que tu padre me estudia en silencio? Quiero decir, un caso de libro de texto de desaprobación.

Se ríe.



—¿El lado bueno? Probablemente sea la única vez en tu vida que tengas que verlo, así que te agradezco que lo hagas. Ofrecerte a quedarte aquí antes de que empiece la semana de la carrera. Sabiendo que vas a ser escrutado y juzgado y todo lo demás cuando al final todo es para aparentar.

Es verdad. Lo es. Entonces, ¿por qué siento esas palabras como una pata de elefante en el pecho y, lo que es más importante, por qué quiero agradecerle a Gavin? ¿Por qué importa?

—No hace falta que me lo agradezcas. Te has ocupado mucho de mi familia, así que estoy en deuda contigo —le digo.

Maddix Hart se enfrentó a Dominic Navarro sin pestañear. Jodidamente impresionante. Por no mencionar lo divertido que me hizo sentir por dentro.

—Bueno, en lo que respecta a mi familia, la votación se llevará a cabo el lunes. Te habrás ganado a la junta y entonces, a todos los efectos, te librarás por fin de mí, este estorbo. Eso debería hacerte bastante feliz.

—¿Quieres parar? —le digo y ruedo sobre ella, acercando mis labios a los suyos. Mi mano se enreda en su cabello, entre su nuca y la manta, y mi muslo se engancha en su cuerpo. Pero mis labios saborean, provocan y tientan con una ternura que incluso a mí me sorprende. La miro. Esos ojos expresivos. Ese hermoso rostro. Es *increíble*—. Estoy harto de oír hablar de cuándo se acaba esto. Para, ¿okey? —La beso de nuevo, esta vez un poco más profundo. Un poco más largo—. Disfrutemos de esto. La noche. El ahora. Esta carrera. No quiero hablar del después.

—Pero nunca hablamos de nada de eso. Nunca. —Su voz se quiebra y sus ojos se clavan en los míos mientras las yemas de sus dedos recorren mi columna vertebral.

Dios. Esta mujer. Se merece el maldito mundo. Un mundo que no tengo que darle.

—Ya te he dicho que he dado más de mí por ti que por nadie que haya conocido antes. Y sigo intentando dar más cuando es lo más difícil del mundo para mí. —Apoyo la frente en la suya, la confesión hace que el pánico me invada de inmediato, aunque sé que esas palabras son exactas al cien por ciento—. Me senté en una azotea y bebí solo en México, por el amor de Dios, porque no era lo mismo sin ti allí. Porque en el bar, las mujeres me coqueteaban y yo tenía cero interés en ellas.

—Pobrecito —se burla.

—No lo entiendes. No se trata de eso. Se trata de...

Se trata del hecho de que fue entonces cuando me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

Cada vez que se me pasa por la cabeza, es como si no pudiera respirar. Es como si me hubieran suministrado oxígeno a la fuerza a través de un ventilador durante tanto tiempo y ahora que me he desconectado de él, estoy aprendiendo por primera vez a qué sabe y cómo se siente el aire de verdad.



—Cruz. —Alza la mano y me toca la cara, pero aún no puedo mirarla. No puedo dejar que lo vea todo porque ese *todo* me aterroriza. Y es aterrador por razones que ella claramente no entiende. No después de verla con su madre y su padre todo el día.

Sus padres y ella tienen una conexión tácita que nunca he experimentado. Podían completar las frases del otro cuando estaban sentados uno al lado del otro. Podían mirar al otro lado de la habitación y mantener toda una conversación sin decir una palabra. Había un respeto inquebrantable entre ellos y una clara adoración.

Me di cuenta varias veces de que nunca había formado parte de algo así, ni siquiera con mis propios padres...

—Eso tiene que bastarte por ahora. —Rozo mis labios con los suyos—. Sentirlo. Pensarlo. Para que te acostumbres. Pero no puedo prometerte lo que pasará mañana. Yo no soy así.

Pero en el fondo, sé que no es suficiente para ella.

No debería.

—Tú eres suficiente —murmura y levanta la cabeza para que nuestros labios se encuentren—. Esto es suficiente.

—Maddix.

—No. No retires las palabras. —Otro beso. Una insinuación de sus labios—. Muéstrame con acciones.

El beso continúa mientras nos encontramos el uno al otro a la luz de la luna.

Son suaves sorbos de labios y silenciosos suspiros de felicidad.

Es la separación de sus muslos y las palabras murmuradas de por favor.

Es la sensación de cómo me sujeta mientras empujo dentro de ella y el roce de sus uñas en mi culo mientras me suplica que la llene al máximo.

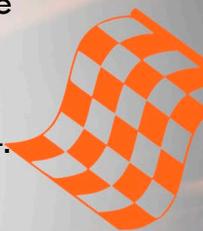
Ahora conocemos tan bien el cuerpo del otro que reaccionamos sin preguntar. Sabemos sin guiar. Complacemos sin instar.

Es hacer el amor cuando no podemos pronunciar las palabras.

Cuando no puedo pronunciar las palabras.

Cuando uso las acciones para decirle que me he enamorado de ella. Porque ella nunca oírás las palabras.

La echaré antes de que pueda hacer lo mismo conmigo.



CAPÍTULO 46

Maddix

El sueño se me escapa, el jet lag es feroz.

Mi corazón está lleno de tenerlo aquí con mi familia. En mi espacio. En mi casa. Pero la verdad sea dicha, me preguntaba si sería raro volver a casa. Han cambiado tantas cosas en mí en los últimos meses que no estaba segura de cómo me sentiría. Me siento cómoda. Estoy contenta.

Pero también sé que esta ciudad es demasiado pequeña para mí ahora.

Me dieron la oportunidad de desplegar mis alas y volver aquí permanentemente sería como cortármelas.

Pero es más que eso. Es lo desconocido del hombre que respira sin cesar a mi lado. Lo estudio. La subida y bajada de su pecho desnudo. La línea de su mandíbula. El rizo de sus pestañas. Su cabello oscuro cayendo sobre su frente. El hecho de que esté en mi cama, rodeado de mis cosas, lo hace tan real.

Son las palabras que mi padre dijo antes.

Son las que Cruz no pudo decir.

Y son las que dijo su hermana.

«Encuentra al Cross detrás de Cruz. Es un hombre bueno. Es el que esconde del mundo. Cuando lo veas, conocerás al hombre que adoro. Al que me enorgullece llamar hermano.»

Cruz se desplaza y cuando murmura mi nombre, mi corazón se hincha, se aprieta y me duele simultáneamente.

Lo amo.

No tengo ni idea de lo que me va a deparar ese amor, pero lo sé, y estoy harta de decirme lo contrario.

Deseando capturar este momento, este recuerdo, este reconocimiento para mis recuerdos personales, agarro el móvil que tengo en la mesilla de noche y le hago una foto a Cruz.



Voy a dejar el móvil en su sitio, pero como no puedo dormir, decido echar un vistazo a las redes sociales. Me río de lo mucho que la plataforma me muestra las publicaciones de Cruz, ya que ahora casi todas las nuestras son conjuntas. Es como si el algoritmo supiera que me gusta y no para de mostrarme fotos suyas.

Quiero dar un paseo por los recuerdos de los últimos meses, necesito algo que me diga que todo esto es real, tan real como Cruz durmiendo a mi lado. Mi sonrisa es automática cuando se despliega la presentación de diapositivas de nuestra relación.

Pero me detengo cuando veo algunas de las fotos que ha publicado. Unas que no sabía que me había hecho. Son sinceras y reales. En ellas estoy con la cabeza echada hacia atrás y riendo. Otras, con mi expresión seria mientras contemplo algo. Luego hay algunas en los distintos hipódromos, conmigo en medio de su caos.

No me había percatado de ni ninguna de ellas.

Lo curioso es que cuando miro estas fotos, me veo a mí misma, pero veo algo igual de importante. Veo cómo me ve Cruz. Me veo a través de sus ojos.

Y estoy conmovida y emocionada más allá de las palabras.

Su perspectiva es de reverencia. Adoración. Amor.

Se me cierra la garganta y una sola lágrima resbala por mi mejilla. No sé por qué me entristece verlas, pero así es.

¿Es porque sé que esto se acaba?

¿Es porque mis sentimientos por él son más fuertes que los que Cruz siente por mí?

Ese es el quid de la cuestión. No. Esta noche, en el campo... estas fotos... Sé que él siente lo mismo.

La pregunta es: ¿se permitirá sentir? ¿Confiar?

Dicen que el amor lo conquista todo, pero es una jodida colina difícil de escalar cuando estás luchando contra el gigante que lo ha custodiado toda tu vida.



CAPÍTULO 47

Cruz

Mire donde mire, hay un Hart. O parientes de Hart por una u otra conexión. O amigos de Hart que reclaman como familia.

Y la comida. Dios mío, esta familia sabe cómo preparar una comida que podría alimentar a todo un país.

No se trata de una larga mesa en el huerto familiar, con vinos caros y manteles individuales como corresponde a la realeza. Son mesas de plástico colocadas esporádicamente y cargadas con todo tipo de comida imaginable. No hay camareros ni platos formales. Para algunos, el postre es lo primero. Para otros, primero la comida principal. Para algunos es sólo alcohol.

La risa. Es una constante. Niños que ríen a carcajadas y adultos que ladran y algunos de los mayores con un retumbar profundo que se oye desde cualquier lugar del patio.

La facilidad. Hay una facilidad para esta familia. En su camaradería. En sus bromas mutuas. Con sus diferencias de opinión, que empiezan levantando la voz y terminan con risas y palmadas en la espalda.

Y luego está Maddix.

Cristo, cuando salió con el vestido de verano amarillo con tirantes atados a los hombros, una cara fresca de brillo de labios y rímel, y el cabello recogido en la parte superior de la cabeza, me dejó sin aliento. La he visto en la ostentación y el glamour de mi vida —ha aprendido a adaptarse y a formar parte de ello—, pero es la sencillez de esto lo que me dejó sin aliento.

La estudio desde mi sitio bajo un árbol sombreado. Está sentada en la hierba con las piernas cruzadas y tres niñas colgando de ella. No pueden tener más de cuatro años, pero están enamoradas de ella y es mutuo. De vez en cuando mira a su madre y se cruzan una mirada que siempre va seguida de una sonrisa o una carcajada.

Resopla en las barriguitas y finge besar la muñeca de otra niña. Sus expresiones son animadas y sus sonrisas brillantes.



Cristo. Me llevo una mano al esternón, donde se agita la presión. La presión que me ha causado verla así. No lo entiendo y, sin embargo, no puedo apartar la mirada.

Me echa un vistazo y, cuando sus ojos se encuentran con los míos y su sonrisa se ilumina, juro por Dios que me da un tirón en la base de las pelotas y en casi todas las demás partes de mí.

—He oído que te gustan las carreras.

Miro a la mujer que me habla. Tiene el cabello oscuro y re peinado, los labios pintados de rosa oscuro y la cabeza inclinada hacia un lado mientras me observa.

—Algo así —digo y tiendo la mano—. Cruz.

Ella la sacude.

—Tía Becky. —Su sonrisa se ensancha y mira a su alrededor antes de volver a mirarme—. Así que creo que deberías decir que sí ahora y ahorrarme todas las explicaciones.

Me río.

—Esa es una trampa si alguna vez he oído una.

—Maldita sea. ¿Sandy ya llegó a ti?

Estoy perdido.

—No. No lo hizo. —Miro a mi alrededor—. ¿Quién es Sandy?

Da una palmada y se pone de puntillas.

—Perfecto. Entonces estarás en el equipo Becky.

—¿Es el equipo Becky un equipo ganador? —pregunto.

—Ahora sí, cariño. —Engancha su brazo al mío—. Vámonos. Las carreras van a empezar pronto.

He conducido muchas cosas en mi vida. Coches teledirigidos. Bicicletas. Karts. Toda la gama de coches de Fórmula. Pero nunca, *nunca*, he corrido con una cortadora de césped.

Sin embargo, aquí estoy, con un John Deere debajo de mí, el pie en el acelerador y todo el lío de Harts gritando desde la barrera mientras me adelanto a los otros tres cortacéspedes que tengo a cada lado.

Definitivamente no es el tipo de potencia al que estoy acostumbrado. Ni de lejos. Pero al diablo si no es el mismo subidón de adrenalina cuando cruzo la improvisada línea de meta en primer lugar y levanto las manos en señal de victoria.

Maddix se abalanza sobre mí, me rodea el cuello con los brazos y me planta un beso enorme en los labios. Con su cuerpo contra el mío y mis manos en el fino algodón de su vestido, me muero de ganas de seguir besándola, pero sé que no puedo.



Sin duda el Gran Gavin me está mirando desde algún lugar en este patio en este momento.

—Lo has conseguido —dice mientras se echa hacia atrás y me mira, con su sonrisa adorable y sus ojos vivos. Sujeta una de mis manos y la levanta en el aire antes de gritar—: ¡El campeón de los Juegos Hart!

Lo único que puedo hacer es reírme de lo ridículo que es esto antes de tirar de ella hacia atrás sobre mi regazo en el cortacésped y rodear su cintura con mis brazos.

—Esto es una locura. Estás loca —le digo.

—Sí. —Se gira y me planta un beso en la mejilla—. Y por eso me amas.

Se levanta de un salto para ir a abrazar a una prima o a una tía —o no sé a quién demonios—, pero yo me quedo mirándola fijamente, respondiendo a su comentario.

—Es por eso —susurro—. Definitivamente.

La sensación se queda conmigo mucho después de que la celebración de la victoria haya pasado —una corona de papel y un osito de peluche envuelto en una bandera a cuadros como trofeo— hasta que entro en el garaje anexo a la casa para sacar una bolsa de basura.

Me sobresalto cuando estoy a medio camino y veo a Gavin de pie, con las manos apoyadas en la parte delantera de una vieja camioneta Ford y la cabeza gacha. Me mira y asiente con la cabeza.

—Señor. —Es todo lo que digo porque puede que haya estado entremezclado con su familia todo el día, pero seguro que ha mantenido las distancias conmigo.

Me mira fijamente, con los labios fruncidos, sus ojos todavía juzgando.

—Dios, quiero a mi familia, pero un hombre no puede aguantar tanta locura al día.

Me río entre dientes, pero no respondo.

—Está bien estar de acuerdo. No te lo echaré en cara. Son todos míos, y me parece abrumador, así que debes tener los ojos cruzados tratando de recordar quién es la tía Becky de la tía Frankie.

Sonrío.

—Es mucho. Pero no es algo malo. El amor aquí... Cristo, es un festival de amor. Su sonrisa se ensancha mientras vuelve a mirar el motor antes de asentir.

—Así es.

Pongo la basura en el cubo y luego camino unos pasos hacia él, con la sensación de que esta conversación aún no ha terminado. Ni quiero que lo haga.

—¿Señor?



—Es mi niña —dice, y mis pies se detienen ante la cruda honestidad de su voz—. Ella es...

—¿Increíble? ¿Bella? ¿Inteligente? —Asiento—. Sí, lo es. También es segura de sí misma y de sus decisiones. Deberías estar orgulloso de la hija que has criado.

—Oh, sí. Creo que no estoy entendiendo todo esto. ¿Cómo sucedió tan rápido? ¿Cómo harán que esto funcione? ¿Cómo no vas a hacerle daño?

—¿Sinceramente? No lo sé. —¿No es eso con lo que estoy luchando? ¿Todas esas mismas cosas?—. Somos opuestos y sin embargo encajamos. —Me muevo a su lado y miro el motor con el que está jugueteando—. ¿En qué está trabajando?

—Nada. Todo. Un problema que inventaré para arreglar y poder tomarme un descanso. El matrimonio y la familia... son lo mejor del mundo, me han convertido en el hombre que soy, pero un hombre necesita un descanso de vez en cuando.

Suelto una carcajada. Sabía que me caía bien.

—Entonces supongo que no puedo ofrecerte ayuda.

—No. No, a menos que quieras romper algo para poder arreglarlo. —Me mira, con sus ojos verdes fijos en los míos—. Lo mismo se aplica a Maddix. No la rompas sólo para decir que la arreglaste.

Trago audiblemente. ¿Cómo debe ser que un padre te quiera así? Que quiera protegerte.

—Maddix puede arreglarse sola.

Él asiente, con los labios en línea recta mientras sus manos agarran la parte delantera del coche.

—Me agradas, Cruz. Me agradas. Pero necesito que me prometas algo.

—Sí, señor.

—Eres un buen hombre si los últimos días son una indicación. Y si no la amas, harás que cualquier razón por la que rompas con ella sea sobre ti. No sobre ella. Vives dos vidas muy diferentes y si esto... sigue su curso, sé el hombre que creo que eres y asume la culpa tú mismo. Asímelos porque ella te importa. Asímelos porque sabes que ella lo vale.

Sus palabras permanecen conmigo mucho después de que se haya recogido la última botella de cerveza vacía y se hayan apagado las luces que zigzaguean por el patio trasero.

—Gracias por lo de hoy —murmura Maddix mientras se queda dormida, con una suave sonrisa en los labios y mi corazón en sus putas manos.

Ella es dueña de mi corazón. Cree en mí.

Y de alguna manera su padre también, aunque yo tampoco lo merezca.



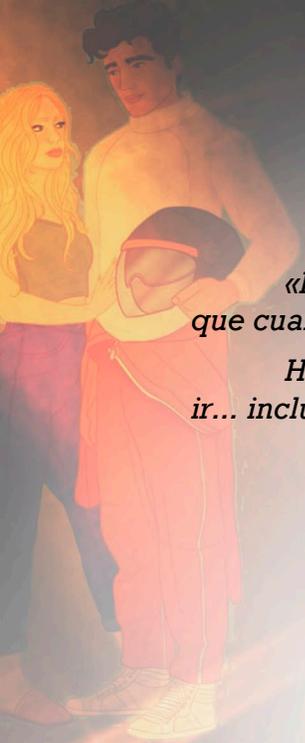
EDGE

260



«Eres un buen hombre si los últimos días son una indicación. Y si no la amas, harás que cualquier razón por la que rompas con ella sea sobre ti. No sobre ella.»

Haré todo lo que pueda para proteger su corazón, Gavin. Especialmente dejarla ir... incluso si me mata en el proceso.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 48

Maddix

—Esto es una locura absoluta y jodidamente increíble al mismo tiempo —dice Tessa mientras gira y abarca toda la suite de hospitalidad, balanceando con ella su pase en el cordón.

—Lo es, ¿verdad?

Ya me he acostumbrado a ello, en realidad me encanta, pero sigo teniendo un momento de “pellizquenme” en cada una de las carreras a las que asisto.

Que estoy aquí.

Que estoy aquí con Cruz Navarro.

Que estoy enamorada de él.

Lo estudio abajo, de pie justo fuera del garaje. El desfile de pilotos ha terminado, el equipo está comprobando los últimos detalles del coche y Cruz se prepara para la carrera mientras habla con Otis.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Tessa pregunta en voz baja mientras se acerca a mí.

—No que yo sepa —digo justo cuando Cruz me mira y me dedica una suave sonrisa que me hace suspirar de la mejor manera.

—Oh, porque ahora es cuando me dices que lo falso se convirtió en real.

—¿Qué quieres decir? Te dije que nos acostábamos —susurro—. Que nos estábamos divirtiendo.

—Sí, pero nunca me dijiste que te habías enamorado de él.

Abro la boca para rebatirla, pero la cierro y asiento antes de tener el valor de mirarla a los ojos.

—Tienes razón. Sí. Pero... no hay futuro para nosotros. Él tiene esta vida loca y yo tengo...

—¿Qué tienes? ¿Una vida que estás resolviendo? ¿Una vida que sigue ajustándose? ¿Una vida que acabas de darte cuenta de que pensabas que querías, pero de la que ya no estás segura al cien por ciento?



—Todo lo anterior. —Se me llenan los ojos de lágrimas mientras me encojo de hombros e intento encontrar mi voz—. Lo amo, Tess.

—¿Se lo has dicho?

Sacudo la cabeza.

—No puedo. Si lo hago... tengo miedo de cuál será su reacción.

—¿Te ama?

Vuelvo a mirarlo. Conozco todos sus gestos. Incluso puedo suponer lo que está diciendo ahora mismo por ellos.

—Sí. Pero... es complicado.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Porque esto es lo que soy. Alguien que lleva su corazón en la manga y ve el amor como algo bueno. Y él es él. Un hombre que lo guarda todo y al que el amor sólo le ha hecho daño.

Ella asiente en mi periferia.

—Podría darte todos los consejos típicos del mundo, pero no puedo arreglar nada. Lo único que puedo decirte es que, pase lo que pase, tienes que ponerte a ti primero. Has estado viviendo en su mundo, así que es fácil dejarse atrapar por él ahora... pero dentro de cinco años, ¿sería suficiente?

—No estamos hablando de dentro de cinco años. Estamos hablando ahora mismo.

—Y sin embargo, la forma en que ustedes dos se miran dice que estamos hablando de mucho más.

—Maddix. Esto es increíble —retumba la voz de mi padre cuando Amandine termina su recorrido por el paddock y los lleva de vuelta a la suite—. Quiero decir...

—Lo sé. Es indescriptible —digo mientras él y mi madre caminan a mi lado y prácticamente se cuelgan de la cornisa mientras miran embobados cualquier cosa.

Tessa me lanza una última mirada cómplice antes de apartarse para dejar paso a mis padres. Pero cuando se mueve, veo a Dominic Navarro de pie en el extremo opuesto de la sala. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, en su postura habitual, mientras observa al equipo.

Bajo la mirada para ver hacia dónde mira, justo a tiempo para darme cuenta de que Cruz lo está mirando. Sus miradas se cruzan brevemente, con acritud, antes de que él se dirija hacia donde estoy yo. Mis padres saludan frenéticamente a Cruz y gritan su nombre como niños excitados. Él se ríe y les devuelve el saludo.

—Buena suerte —grita mi madre.

—Patea culos —añade mi padre. Mis mejillas se calientan y mis ojos se ponen en blanco cuando algunos miembros del equipo miran hacia nosotros.



Pero capto la mirada en la cara de Cruz. Su sonrisa. La relajación de sus hombros.

Hay una aceptación general por parte de mis padres. Y la insatisfacción flagrante de su padre. La ausencia tácita de su madre.

¿Qué estará pensando mientras nos observa?

¿Se pregunta cómo es tener este tipo de familia? ¿Este tipo de apoyo? ¿Está celoso? ¿Desearía tenerla él también?

Hablando de una historia de dos mundos.

De dos vidas.

De todas las razones por las que somos incompatibles.



CAPÍTULO 49

Maddix

—¿Maddix?

—¿Kevin? Hola. —Mi voz es jadeante. Mi mente está revuelta mientras intento procesar la voz en mi oído y la sonrisa en la cara de Cruz mientras se desliza bajo las sábanas y me mira desde entre mis muslos.

Lo fulmino con la mirada y articulo la palabra *No* mientras intento empujarle la cabeza. Su respuesta es deslizar la lengua por mi clítoris al tiempo que me mete dos dedos.

—Oh —ladro la palabra, sin pensar.

—¿Interrumpo algo? —Kevin pregunta.

—No. Nada. —Cruz mueve los dedos mientras su lengua hace círculos, lame y tiente. Mi cuerpo reacciona: las caderas empujan su cara—. Sólo... termino de hacer ejercicio, eso es todo.

Cruz me la chupa. Entonces chupa.

—Es bueno para ti. Nada como un buen entrenamiento matutino.

—En absoluto. —Me retuerzo y reprimo un gemido cuando engancha los dedos y se burla del manojito de nervios que tengo dentro.

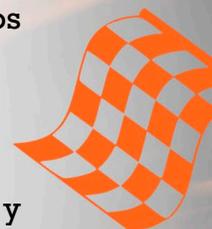
—El punto de mi llamada.

Concéntrate, Maddix. Joder... ohhhh, Dios, qué bien se siente. Y por la diversión en los ojos de Cruz, está encontrando esto hilarantemente divertido. Metiéndome los dedos, lamiéndome, intentando que me corra mientras habla por teléfono con nuestra supuesta casamentera.

—¿Sí? El punto.

—La junta votó a favor de seguir adelante con el acuerdo.

—Oh. —Otro sonido entrecortado cuando Cruz presiona un dedo contra el apretado borde de músculos de mi culo. Todo mi cuerpo se estremece ante la sensación. Es nueva y diferente, y no es intrusiva, pero es suficiente para provocar la



sobreabundancia de nervios allí—. Genial. Eso es... —Jesús, se siente increíble—, genial.

—¿Se lo digo a Cruz o quieres hacer tú los honores?

Me duele el cuerpo de necesidad. De codicia. Con el deseo de liberación, pero la necesidad de suprimirlo ahora mismo.

—Puedo decírselo. —Pongo una mano en el cabello de Cruz y le hago soltar una risita contra mí, de modo que la vibración me produce otra oleada de ondas expansivas.

—Perfecto. No contestaba cuando acabo de llamar.

—Está fuera. —O más bien comiéndome a mí, pero no hace falta concretar.

—Estoy pensando que sigas con todo esto hasta que firme el papeleo. Tal vez unas semanas después para que no sea tan obvio.

—Suena bien. —Y bueno ni siquiera está en el mismo reino de lo que Cruz me está haciendo.

—Ah, y Revive preguntó por el permiso para reclutarte. Piénsalo. Tengo a alguien viniendo a mi oficina ahora mismo. —Ya somos *dos*—. Hablaremos de ello más tarde.

Termino la llamada y dejo el móvil donde está.

—Cruz —gimo.

—¿Te duele? —murmura y luego hunde su lengua en mi centro—. ¿Te arde? —Vuelve a deslizar la lengua hasta que sus ojos se encuentran con los míos y mi excitación brilla alrededor de su barbilla y su boca—. Así es como me siento cada minuto de cada maldito día desde que te conocí.

Me chupa el clítoris y me retuerzo mientras mi cuerpo se tensa tanto que temo lo violento que será el chasquido. Me mete tres dedos.

—Ven por mí, Madds.

Una lamida.

Una chupada.

—Vente en mi lengua.

Una aceleración de sus dedos follándome.

—Quiero tu sabor grabado en mi memoria.

Otro círculo sobre mi clítoris.

Y entonces mi mundo explota.



CAPÍTULO 50

Cruz

—Por fin. Ya está hecho. Está hecho —dice Lennox—. Estoy muy impresionada con tu fortaleza en esto. No está de más que Maddix parezca un encanto... pero has terminado al cien por ciento. Ahora puedes sentarte y recoger los frutos de tu paciencia con un montón de puto dinero.

Resoplo. ¿Cómo debería sentirme ahora? Sobre todo después de la bomba que me ha soltado Kevin durante nuestra discusión.

—La reacción a medias me preocupa. ¿Todo bien por ahí? —pregunta.

—Bien. Bien.

—Ajá. Eso parece.

—Es que tengo muchas cosas en la cabeza —respondo.

—¿Te gustaría compartirlas conmigo? ¿Tengo que volar hasta allí y sacártelas yo mismo?

—No. Estoy bien.

Hace una pausa, la línea completamente en silencio.

—¿Personal o profesional?

—Gracias, Lennox.

Termino la llamada y me hundo de nuevo en la silla, con el dedo en los labios y la mirada fija en la mujer que tengo delante.

Maddix me da la espalda. Está descubierta por la caída del vestido que lleva. Le baja por los hombros y se le enreda justo por encima del trasero, así que puedo ver sus delicados hombros. Se está colocando unos aretes de oro en las orejas, pero sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo del espejo frente al que se está arreglando.

—¿Qué? —pregunta.

Me has mentado.

—Nada. —Me fuerzo a sonreír, con el pecho contraído.



—¿Seguro? —Se da la vuelta para mirarme.

Jesús. ¿Tiene alguna idea de lo que me hace? ¿Alguna pista?

—Estoy seguro. —Me levanto de mi asiento—. Estás impresionante. —Cada parte de mí quiere moverse para besarle el cuello, pero lucho contra el impulso y me quedo donde estoy.

—Estoy nerviosa. —Se lleva una mano al estómago, ajena a lo que sé.

—Pido disculpas. Otra vez. Le dije a Sofía que no quería nada para mi cumpleaños. Ella lo planeó de todos modos.

—Me alegro de que lo hiciera. —Maddix se me acerca de puntillas y me roza los labios con un beso—. Quiero celebrarlo.

Lucho contra el impulso de tirar de ella contra mí y simplemente aguanto. Siento que me desconecto. Siento cómo el muro de ladrillos se construye segundo a segundo, capa a capa, mientras la miro fijamente.

Claro que Kevin llamó. Me dijo que el trato estaba sellado. Pero Maddix y yo no hablamos ni una sola vez de lo que eso significaba para nosotros. Tuve que salir a una reunión y cuando volví, me recibió en la puerta con lo que ella llamó lencería de celebración. Hablamos poco, a no ser que cada uno gimiera el nombre del otro.

No hubo lugar para la conversación.

Sólo sexo de felicitación. Bromas tontas sobre eslóganes geniales para Revive que ambos acordamos beber en ese mismo momento para poder seguir unas cuantas rondas más.

Pero ella no presionó para hablar más de mí. Conmigo. Ni entonces ni desde entonces. No presionó para obtener respuestas a las preguntas que me había hecho en Austin. Las que se referían a nuestro futuro.

Ambos somos conscientes de que quedaría mejor si continuáramos con la farsa un poco más. Es lógico. *¿Pero por cuánto tiempo?*

¿Y por qué no fue sincera conmigo?

Apoya una mano en mi mejilla y me mira a los ojos.

—¿Va todo bien?

Asiento.

—Sí.

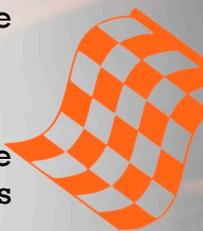
—Lennox no te sorprendió con nada, ¿verdad?

—No. —*Sólo Kevin.*

—Felicidades por el trato cerrado.

—Gracias por hacer esto para que yo pudiera cerrar el trato.

Ella asiente y ladea la cabeza, con los ojos entrecerrados.



EDGE

268



—¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Cedo a la necesidad y la atraigo hacia mí. La sensación de mi mano en su espalda desnuda. El aroma de su perfume. La necesidad que me recorre y que nunca parece saciarse cuando se trata de ella. Le beso el costado de la cabeza y me concedo unos momentos más así. Unos segundos más en los que puedo fingir que no se va a ir y que no creyó que fuera tan importante como para decírmelo—. Todo va bien.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 51

Maddix

Hablando de echar a una chica al fuego Navarro.

Cuando Cruz me dijo que Sofía le organizó una cena de cumpleaños, la última persona que esperaba ver allí era a Dominic Navarro. Y, desde luego, no esperaba encontrarme ante el patriarca, con sus ojos sabios clavados en los míos y una sonrisa divertida en su rostro curtido pero apuesto.

—No sabes lo agradable que ha sido conocerte por fin —dice, con su acento marcado y sus ojos escrutadores—. Y aunque no eres española, parece que haces muy feliz a mi nieto, así que quizá pueda pasar eso por alto.

Mi sonrisa se amplía. Sus palabras no me ofenden en absoluto y, de hecho, me resultan entrañables tanto a mí como a él.

—Al menos hablo español —le contesto, a lo que recibo una sonora carcajada. Es un hombre ágil para sus ochenta años y con personalidad. Me he reído más en los últimos diez minutos hablando con él y ni una sola carcajada ha sido fingida.

—Eso, sí —dice, y yo sigo su mirada a través de la habitación. Se encuentra con los ojos de Cruz, unos ojos llenos de un amor incondicional que hace que se me hinche el corazón. Al menos Cruz tiene a alguien que lo mira así. Alguien a quien puede necesitar y admirar y que claramente lo corresponde.

La noche ha sido un poco confusa. Desde entrar hasta encontrar a Sofía de pie, con los dientes hundidos en el labio inferior mientras medía nerviosamente si la presencia de todos sería bienvenida.

Una parte de mí entiende su necesidad de tratar de suavizar las cosas entre su hermano y su padre. Soy la primera persona que intenta arreglar las cosas cuando hay algún tipo de discordia en mi familia. Pero la otra parte de mí piensa que este era el lugar equivocado, el momento equivocado. Esta es la noche de Cruz para celebrar, no para estar de los nervios con un hombre con el que actualmente —y para ser franco, siempre— está en desacuerdo.

Se merecía este momento. Para soltarse. Para relajarse. Para estar con sus amigos. Y ahora está de pie en un rincón, con una copa en la mano, mirando a un lado y a otro como un vigilante nocturno a la espera de que ocurra algo malo.



—Fue un placer, Señorita Hart. Ahora debo dormir. Se necesita mucho en estos días para verse así de bien.

—Oh, basta. —Le doy una palmada en el brazo y se ríe.

—Y perdona a Sofía por esta noche. Ella está haciendo todo lo posible para mantener a estos dos juntos para que tenga una familia. Se necesita valor para hacer eso. Es una Navarro hasta la médula.

—No hay necesidad de que se disculpe por nada.

—Bien. Me alegro de que lo veas como yo. —Le hace un gesto a su enfermera para que venga porque está listo—. Me gustaría que vinieras pronto a la villa. Para nuestra cena familiar. Para ver el otro lado de lo que somos. El mes que viene o el siguiente.

Se me hace un nudo en la garganta. Tengo muchas ganas de eso. Ver a Cruz con su familia. Ver dónde y quién le ha hecho el hombre que es al margen de su madre y su padre. Pero ¿qué será de Cruz y de mí en uno o dos meses? El trato estará hecho, ¿Cruz también habrá terminado con nosotros? ¿Echará de menos sus alocadas costumbres y la atención que la fiesta le traería?

—Me gustaría mucho.

—Bien. Considéralo hecho.

Y con eso, la enfermera se lleva al patriarca. Cruz se adelanta y se pone en cuclillas para despedirse de su abuelo. Le ha tenido que costar mucho viajar hasta Mónaco para darle una sorpresa a Cruz, así que seguro que está asombrado de que lo haya hecho por él.

Se despiden y, en el momento en que abandona el espacio del restaurante, es como si se produjera un vacío. El dínamo se ha ido y a su paso queda su familia luchando por coincidir con varios de los amigos de Cruz presentes.

Antes de que pueda acercarme a Cruz y acurrucarme junto a él, se oyen unas fuertes voces justo en la entrada del patio.

Y resulta que reconozco una de esas voces.

Oh. Mierda.

Si esta noche no ha sido extrañamente disfuncional y perfectamente Navarro al mismo tiempo —con la mandíbula apretada y silenciosa de Dominic, con la efusiva Sofía hablando sin parar mientras intenta que todo el mundo se sienta cómodo, el tenso comportamiento del propio Cruz y las sonoras carcajadas de la pareja de amigos inconscientes—, definitivamente lo ha sido cuando Genevieve Navarro ha entrado sin avisar y claramente borracha.

—Ya estoy aquí. Podemos empezar —dice, sin darse cuenta de que la cena terminó hace más de treinta minutos. Ya han recogido todos los platos y han cortado y emplatado el pastel para los que quieran disfrutarla.



—Mamá... —Sofía mira a su hermano, luego a su padre y de nuevo a su madre. Por la expresión de las caras de todos, no se esperaba que asistiera.

—¿Qué? —dice Genevieve con descaro mientras se acerca a un Cruz muy tieso y le da un beso obscenamente ruidoso en la mejilla. O tal vez sólo sea ruidoso porque todo el patio exterior del restaurante reservado para la fiesta está en absoluto silencio—. Nadie va a impedir que le desee feliz cumpleaños a mi pequeño.

—Mamá —dice Cruz mientras hace una mueca antes de dar un paso atrás y salir de su alcance—. Pensé que nos veríamos en Austin. Aquí no.

Se me enciende una bombilla. Cruz buscando en las gradas durante las pruebas. Su comprobación de los registros de invitados. Su mal humor y su petición de un poco de espacio mientras pasaba la mayor parte de la noche en la azotea del hotel después de la carrera.

—Surgió algo. —Sonríe descuidadamente—. Ya sabes cómo va esto.

—Parece que siempre surge algo, ¿verdad, Vieve? —dice Dominic, dando un paso adelante.

—Dom. Por supuesto que estarías aquí. Impartiendo tu sabiduría. Agarrando fuerte con tu puño de hierro. —Recoge la copa de vino medio bebida de alguien de la mesa de al lado y se la bebe de un trago—. Supongo que tendrás a una de tus amantes contigo. —Hace ademán de mirar a su alrededor mientras mis mejillas se calientan por Cruz y su hermana—. ¿O te está esperando en el hotel para chuparte la polla?

—Mamá —advierte Sofía, con los hombros caídos y los ojos llenos de lágrimas mientras todos los que no son Navarro se mueven incómodos.

Genevieve echa la cabeza hacia atrás y se ríe como si no le importara nada mientras veo a Sofía encogerse dentro de sí misma, a Dominic endurecerse y a Cruz desconectarse.

—Genevieve. Tu comportamiento está fuera de lugar —dice Dominic y, por primera vez, veo en su rostro un destello de emoción que no es desdén. Tal vez sea tristeza. Tal vez decepción. Pero dudo que sea por alguien más que por él mismo.

—Dom. Seamos realistas. Siempre estoy fuera de lugar, pero considerando que estoy aquí, todo será perdonado. —Se gira y doy un respingo cuando su atención se posa en mí—. Madison. Qué alegría volver a verte. Estaba segura de que Cruz ya te habría sacado de su sistema. Me alegro de que no lo haya hecho. Sólo otra razón para cabrear a Dominic. Pero no te preocupes, con el tiempo, tú también puedes ser parte de esta familia controladora y jodida.

Cuando va a tomar otra copa, Dominic se acerca y le agarra la muñeca.

—Ya basta, Vieve. No es el momento ni el lugar. Vuelve al hotel que hayas cargado a mi tarjeta por esta noche y asegúrate de estar fuera de la ciudad por la mañana.



Y yo que pensaba que era insensible con Cruz.

¿Esto es con lo que Cruz ha tenido que lidiar toda su vida? No me extraña que sea tan reservado con los entresijos de su familia.

—No me digas lo que tengo que hacer. No me extraña que hayas puesto a nuestros hijos en mi contra. —Se burla.

Hay una tristeza absoluta en sus ojos cuando la mira fijamente. También hay nostalgia, y aunque tendría compasión por cualquier otra persona en su situación, no la tengo por él. Parece que Dominic Navarro no siente compasión por nadie más que por sí mismo, así que ¿por qué iba yo a perder la mía con él?

—Tú misma lo hiciste y nunca te lo perdonaré.

Ella niega con la cabeza, pero luego levanta la mano con una sonrisa en la cara y comienza a retroceder. Dominic se para como un guardián, protegiéndonos a todos.

Y no estoy segura de querer que me proteja de nada.

Pero cuando miro hacia atrás, hacia donde estaba Cruz, me doy cuenta de que se ha ido. Casi al mismo tiempo que todos los demás.

Se me cae el corazón a los pies y se me revuelve el estómago.

—¿Maddix? —Sofía pregunta con pena en los ojos.

—Yo iré. Déjame encontrarlo.

Me doy cuenta de que le cuesta dar un paso atrás y dejarme, pero lo hace.

—De acuerdo. —Extiende la mano y me aprieta el antebrazo—. Por favor, dile que lo siento. No quería que pasara nada de esto. Quería hacer algo bueno. Quería...

—Estoy segura de que lo sabe y lo entiende. Esto no es culpa suya. —Me inclino hacia ella, le beso la mejilla y me voy.

Las calles de Mónaco están tranquilas esta noche, los turistas ocupados haciendo otras cosas y los lugareños alejándose de ellos. Lo agradezco mientras vuelvo a casa.

Está en la azotea como era de esperar. Con los codos apoyados en la cornisa y la cara mirando hacia el océano. Cómo arreglar las cosas. Cómo arreglar lo que su madre claramente rompió esta noche.

O tal vez siempre ha estado roto y esta noche ha sido la primera vez que el pegamento no ha conseguido mantenerlo unido.

—Cruz. —Mi voz es suave y hay preguntas en ella. *¿Estás bien? ¿Necesitas hablar? ¿Qué puedo hacer para ayudarte?*

—Por favor. No necesito... sólo vete.

—No te voy a dejar solo. —Me acerco por detrás y le doy un beso en el hombro—. Esta noche no.



—No lo entiendes, ¿verdad? Nunca pudiste.

Entiendo que esté dolido y que busque pelea, pero su tono mordaz duele más de lo que debería.

—Tienes que dejar de castigarte por tu madre. Tú no eres la razón por la que se fue. No es por ti que vuelve cuando se siente ignorada o excluida. Tú eres la razón por la que...

—¿Por la que qué? ¿Por la que te han ofrecido el trabajo en Nueva York y te mudas allí pero no has tenido las putas agallas de decírmelo? —grita, con la voz quebrada y la expresión de su cara rompiéndome el corazón.

¿Qué carajo? ¿Cómo puede...?

—No es así.

—¿No? ¿Entonces cómo es? ¿Qué excusa tienes para haber aceptado un trabajo en algún sitio y no haberme dicho una mierda? ¿Vas a esperar a que me vaya a la próxima carrera y luego desaparecer sin más? ¿Vas a levantarte e irte sin decir una palabra? ¿Vas a...?

—¿Qué estás diciendo? —Levanto la voz al nivel de la suya cuando todo encaja. Sus procesos de pensamiento. La suposición arraigada—. No soy tu madre. No voy a dejarte...

—Podrías haberme engañado, joder —suelta, las palabras como un cuchillo en mi corazón.

—¿De verdad? ¿En serio? —Lo último sale como una acusación—. ¿Cómo puedes decirme eso? Aún no hemos discutido tu trato en detalle. No hemos hablado de lo que pasará después. Pero si hay algo que deberías haber visto en mí, es lealtad. Di un paso al frente por ti, para ayudarte a firmar ese estúpido contrato. Y fui yo quien terminó... —Se me quiebra la voz y se me saltan las lágrimas—. La que está tan jodidamente enamorada de ti, Cruz Navarro, la que te ama, aun cuando te niegas a reconocer que me correspondes.

Las palabras salen como un arma cuando esas palabras nunca deberían salir.

Y menos a él.

Especialmente cuando el amor nunca ha sido positivo para él.

Me mira fijamente mientras las emociones parpadean y se desvanecen en sus facciones. Confusión. Incredulidad. Ira. Miedo.

Y es la última la que permanece más tiempo. Es la que hace que se me revuelvan las tripas y arraigue la preocupación.

Alargo la mano para tocarlo y él se encoge de hombros.

—No. —La única sílaba es más que una advertencia. Es una sentencia de muerte.



—Cruz. —No debería haberlo dicho así. Debería habértelo dicho en casa de mis padres. Demonios, incluso antes, pero no quería hacer todo esto aún más incómodo de lo que era—. Tú eres tú y yo soy yo y era como si viviéramos en una burbuja en la que ignorábamos el tiempo y los parámetros... pero ahora esos se están acabando. Por lo que sé, estás lista para pasar a la siguiente persona porque no has dicho nada y...

—¿Y tú has dicho algo? —exige—. ¿Has abierto la boca? Porque, si las acciones hablan más que las palabras, aceptar un trabajo en Nueva York dice muchísimo.

—Me lo *ofrecieron* hace sólo unos días. Sinceramente, me sorprendió lo repentino, pero no ha habido un momento adecuado para planteártelo....

—Sí, nunca hay un momento adecuado para decir adiós. Entiendo. ¿Por qué decirlo? —Se ríe, pero está helado—. Estoy jodidamente acostumbrado a eso.

—Cruz.

Empieza a alejarse a zancadas y le agarro el brazo. Aprieta los dientes, pero se detiene y me mira fijamente.

—Sabes, creía que estaba enamorado de ti, pero no lo estoy. Estoy enamorado de la idea que tengo de ti. De esto. Pero nunca funcionaría porque, como has dicho, tú eres tú, la lacaya perfecta y moldeable; y yo soy yo, el cabrón al que no puedes esperar a dejar. Y ninguno de los dos va a cambiar, ¿verdad? Ahora déjame ir, Hart, porque he terminado de jugar a este juego.

Hart.

No Madds.

No Maddix.

Hart.

Se ha desconectado.

Se encoge de hombros y en unos segundos está en la puerta. Necesito algo, lo que sea, para sacarlo de sus pensamientos. Para que me escuche. Para...

—Cross. —La palabra sale y todo su cuerpo se sacude.

Se vuelve y me mira fijamente. Le tiembla la mandíbula. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué demonios? ¿La maldita de Sofía te habló eso? Tratando de hacer todo bien cuando lo único que podemos hacer los Navarro es equivocarnos —me dice—. No conoces a Cross y seguro que no puedes llamarme así.

—¿Por qué? ¿No es eso lo que eres? ¿No es ese el hombre que amo? ¿El que baila en la cocina cuando cree que no estoy mirando? ¿El que puede mirarme a través del garaje y yo sé exactamente lo que está pensando? ¿El que no puede decirme las palabras que siente, pero me las demuestra cada día? Cross. Es el hombre del que



EDGE

275



me enamoré. Es el hombre que has ocultado al mundo, Cruz, pero no a mí. Lo he conocido. Es una parte de ti. ¿Y ese hombre? Es al que *amo*.

El silencio se alarga mientras los segundos parecen horas.

—Lástima que ese hombre ya no exista. —Se aparta de mí y sale por la puerta sin decir nada más—. Tú te acabas de asegurar de ello.

Necesito todo lo que tengo para no ir tras él.

Para no rogarle.

Para no convencerlo de que se lo iba a contar.

Que estoy locamente enamorada de él.

Que todo lo que tenía que hacer era pedirme que me quedara.

Pero no lo hago. Me planto en la azotea en medio de Mónaco con el corazón en la manga y las emociones hechas papilla a mis pies.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 52

Maddix

Nos movemos como fantasmas por el condominio.

No intercambiamos palabras.

No nos reconocemos.

Actuamos como extraños que no llevan viviendo juntos más de tres meses.

Le doy tiempo. Le doy espacio.

Pero incluso con eso, no reacciona cuando lo necesito. Tengo un trabajo esperándome. Un sueño en espera. Una vida que ahora, más que nunca, sé que quiero vivir, y es una totalmente diferente a la que entré aquí. Esta nueva oportunidad lo demuestra.

Pero esa oportunidad tiene fecha de caducidad.

—El director general de Revive quedó impresionado con tu trabajo cuando estuviste allí—dice Kevin.

—Vaya. Es genial. —Miro hacia donde Cruz está inclinado sobre el neumático del coche, Otis a su lado, mientras señalan algo de lo que no tengo ni idea. Pero me pongo un dedo en la otra oreja y me alejo del ruido del garaje para poder oír mejor.

—Era más bien una llamada oficial para ver si estaba bien robarte y ofrecerte un trabajo.

Me paralizó momentáneamente antes de que la excitación empiece a recorrerme.

—Okey. —No estoy segura de lo que ha dicho, de si está enfadado o de cómo debo reaccionar.

—Les dije que dependía al cien por ciento de ti, pero que eras un activo valioso que encajaría perfectamente, ya que conocerías ambas empresas.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Gracias. No sé qué decir.



—Diles que sí, Maddix. Es una buena oportunidad. Un gran paso adelante que no puedo ofrecerte ahora. Uno que te pondrá en un gran camino, con un futuro prometedor. Trabajar con una firma creativa de renombre bajo cualquier cargo es enorme.

—Lo sé. Todavía no puedo entenderlo.

—Les dije lo que deberían pagarte un bono. Gastos de mudanza. Alojamiento temporal. Presioné mucho por ti, chica. ¿El extra? Seguirás trabajando con Cruz de vez en cuando. Esperemos que no lo odies ahora que todo esto está dicho y hecho.

—No. —Sonrío mientras me giro para volver a mirar a Cruz—. No lo odio.

—Bien. Prepárate para la llamada. Llegará en la próxima hora. Te querrán allí a finales de la semana que viene.

A finales de la semana que viene. Santo cielo. Eso es... rápido. Inesperado. Abrumador.

Estoy a punto de conseguir todo por lo que he estado trabajando. Todo. Cruz me mira desde el otro lado del garaje y sonrío suavemente antes de volver a mirar a uno de los miembros de su equipo.

Entonces, ¿por qué la euforia es de repente... tristeza?

—Cruz.

—¿Mmm? —No levanta la vista. Está sentado en el sofá, con el mando a distancia en la mano mientras mira y rebobina una y otra vez las imágenes de la carrera de México. Cada adelantamiento. Cada error en la pista. Cada milisegundo perdido. Los suyos y los de otros pilotos. Su necesidad de mejorar en cada carrera es casi una obsesión.

—Por favor. Tenemos que hablar. No puedes seguir dándome la ley del hielo. No me lo merezco.

Detiene de nuevo la grabación, pero no habla.

Me pongo delante del televisor para que se vea obligado a mirarme.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—No me lo dijiste. —Su voz carece de emoción y daría cualquier cosa porque gritara o chillara. Pero no lo hace. Se queda sentado, con la voz impassible y mi corazón en juego.

—No me diste la oportunidad de decírtelo. Estábamos ocupados. Estaba contemplando la idea.

—Y sin embargo aceptaste el trabajo que empieza en tres días, y no tuviste el valor de decírmelo.

Me muevo para sentarme en la mesa frente a él. Esta casa tan cálida es tan fría ahora.



—Estaba tratando de entender las cosas.

Sonríe, pero sin calidez.

—Tengo el jet cargado de combustible y esperándote en el aeropuerto para llevarte a tu nueva ciudad. Tu nueva vida. Sólo tienes que decirlo.

Pídeme que me quede, Cruz. Pídeme que me quede, joder.

—Te amo.

Asiente con la cabeza.

—Eso dijiste. —Sus palabras duelen más de lo que deberían. La naturaleza insensible de ellos sólo la protección de la herida sobre su propio corazón.

Lo sé y, sin embargo, no hace nada por aliviar la punzada en medio de mi pecho.

—No hagas esto —susurro—. No acabes con nosotros así.

—¿Así cómo? ¿Cara a cara en vez de correr y esconderme como planeabas hacerlo tú?

—Eso no es lo que estaba haciendo. Lo estaba contemplando. Estaba esperando para hablar contigo.

—Estoy aquí. —Arroja el mando a su lado—. Habla.

—¿Qué quieres de mí? ¿Que renuncie a mi vida por ti? ¿Que me aleje de un sueño? ¿Todo por un hombre que ni siquiera puede mirarme y decirme que me ama?

—Palidece ante mis palabras—. Porque me amas, Cruz Navarro. Me amas, ¿pero si no eres lo bastante valiente para decirlo? Si no eres lo suficientemente valiente para poner tu corazón en juego y correr el riesgo de que te hagan daño como yo lo he hecho, entonces no me mereces en tu vida. —Lágrimas que no recuerdo haber derramado corren por mi cara mientras me levanto.

Di algo.

Cualquier cosa.

Pero su respuesta es un temblor en su mandíbula y el apretar y aflojar de sus manos.

—El amor requiere el sacrificio de dos personas, Cruz. No sólo de una. Exige vulnerabilidad por parte de los dos. Exige que estemos ahí el uno para el otro, que confiemos el uno en el otro, incluso cuando tememos perder a la otra persona. Sé que esperas que te deje. Sé que todo lo que has conocido es que el amor duele. Pero no se supone que sea así.

—Te dije que el jet está listo para ti.

—Y te dije que te amo. Te dije que me pidieras que me quedara. Te dije que arriesgaras tu propia seguridad por mí... y no puedes hacerlo. —Se me quiebra la voz



y me duele el cuerpo por el miedo que sé que es cierto: ya lo he perdido. Diablos, lo perdí antes de tenerlo por culpa de sus padres.

Me paro frente a él. Es como un muro impenetrable tan lleno de cicatrices y suturas que no se da cuenta de que estoy aquí de pie llamando a la puerta, rogándole que me deje entrar.

—¿Entonces eso es todo? ¿Todo esto y nos quedamos sin nada? —Levanto las manos.

—¿No es eso lo que siempre fue? ¿Diversión? ¿Nada? ¿Una treta que nos permitía jugar a fingir hasta que llegaba la realidad?

—Al principio, sí. Pero no... después, no. —Doy un paso adelante, me inclino y le doy un beso en la mejilla. Se me escapa un sollozo, pero él no se inmuta lo más mínimo—. Te amo, Cross Navarro. Te amo por todo lo que eres y por todo lo que nadie ve. —Me vuelvo a levantar con los ojos empañados por las lágrimas—. La estás dejando ganar. Lo estás dejando ganar. Bastante irónico para un hombre que se ha pasado la vida persiguiendo todas y cada una de las victorias. —Doy un paso atrás—. Y sin embargo no eliges perseguirme.

Giro sobre mis talones. Necesito todo lo que tengo para poner un pie delante del otro y alejarme, pisando los pedazos de mi corazón destrozados en el suelo a sus pies.

Pero lo hago.

Empaco las maletas.

Me quedo en la puerta y lo observo mirando la televisión, congelado en el tiempo.

Le susurro un adiós.

Y cuando el avión despegua y sobrevolamos la ciudad que ha sido mi hogar durante varios meses, aprieto la mano contra el cristal de la ventanilla y digo:

—Siempre te amaré.



CAPÍTULO 53

Cruz

El reactor retumba en mi pecho mientras me sitúo a las afueras del vallado y lo veo despegar.

Mientras veo a la única mujer que he amado, dejarme.

Me duele el pecho de una forma que no sabía que fuera posible.

De una manera que me dice que claramente no soy el hombre que ella cree que soy.

De una forma que me demuestra que tampoco soy el que creía que podía ser.

«La estás dejando ganar. Lo estás dejando ganar. Bastante irónico para un hombre que se ha pasado la vida persiguiendo todas y cada una de las victorias. Y sin embargo no eliges perseguirme.»

No se equivoca. Pero la victoria en una pista requiere un conjunto muy diferente de habilidades y determinación. Esas, las tengo. *Las vivo.*

—Adiós, Madds —susurro mientras veo cómo el avión se convierte en una mancha en el cielo—. Te amo.

Te amo tanto que duele.

Te amo tanto que te dejo ir.

Le hice una promesa a tu padre.

Y la cumpliré.

Porque no puedo darte lo que necesitas ahora mismo. Y lo que te mereces es el mundo y cada puta cosa que hay en él.

¿Cómo puedo prometerte el mundo si me cuesta entregarte mi corazón?

Aprieto los dedos a través de la valla metálica, me doy la vuelta y me alejo.

De vuelta a mi condominio que huele a ella.

A mi cocina que tiene su mancha de pintalabios en una copa de vino.

A mi balcón, donde yace su bronceador.



EDGE

281



A mi azotea donde sólo oigo la súplica en su voz la última vez que estuvimos aquí arriba.

Está en todas partes.

Y creo que eso es lo que duele aún más. Porque a pesar de lo que ella piense, no soy un hombre digno del amor de alguien como Maddix Hart.

Los que dicen que me aman, me dejan.

Es inevitable.

Es un hecho.

No más distracciones.

Al menos alguien en todo este lío se alegrará por ello.

Jódete, Papá, por tener razón.

Sólo, vete a la mierda.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 54

Maddix

—¿Otra trasnochada? —pregunta Heidi asomando la cabeza por la puerta de mi despacho.

—Sólo han pasado dos semanas. Todavía tengo mucho que aprender y averiguar.

—A este paso te vas a sobre saturar. Quizá deberías tomarte un día e irte a casa a una hora normal.

Sonrío a mi compañera de trabajo.

—Pronto. En cuanto me ponga al día, lo haré.

—De acuerdo. Le haré saber al portero que aún estás aquí.

—Gracias.

Pero en cuanto se va, me tumbo en el asiento y cierro los ojos. Las últimas semanas están borrosas. Días llenos de aprendizaje. Me siento perdida y, justo cuando entiendo algo, vuelvo a sentirme perdida. Reuniones interminables en las que tengo que poner cara de entusiasmo para ocultar que me muero por dentro. Almuerzos con clientes potenciales en los que los oigo divagar sobre cosas que, francamente, ya no me interesan.

¿Es el trabajo de mis sueños? Sí. ¿Está lleno de cosas emocionantes que una vez anhelé aprender y conocer? De nuevo, sí. Pero mi corazón no está en ello. Está destrozado. Cruz me hizo eso y sigo esperando ver la luz al final del túnel, pero ahora mismo, no. Ahora mismo, el trabajo es lo único que me mantiene en pie, así que me quedo aquí todo lo que puedo para estar lo más ocupada posible.

Pero luego están las noches. Porque por mucho que esté agotada de trabajar largos días, prefiero trabajar hasta morir que volver a casa a mi apartamento vacío donde me siento y pienso y anhelo. Aún no tengo amigos aquí, así que siempre estoy tan... sola. Lo cual es una sensación extraña cuando has estado con alguien casi todos los días durante meses. Es donde abro mis redes sociales, notando cómo mi algoritmo ha sido completamente curado para mostrarme cada maldito post de Fórmula 1 conocido por el hombre.



Cruz sonrío mientras firma un autógrafo a un admirador.

Cruz mirando a la cámara.

Cruz pasando las clasificatoria.

Se especula mucho sobre dónde estoy, teniendo en cuenta que he estado allí en cada carrera durante meses. Hemos roto. Estoy ocupada con un nuevo trabajo. Me ha dejado porque fui horrible con él.

Recorro los titulares, desesperada por ver algo, cualquier cosa que me diga que siga aguantando o que me diga que estoy jodidamente loca por querer aguantar. Pero no hay nada. Nada de fiestas locas. Nada de coquetear con otras mujeres. Es Cruz y sus carreras y una foto ocasional que su equipo ha publicado de él. No estoy segura de si eso empeora o mejora las cosas. Todo lo que sé es que escudriño cada imagen para intentar ver una señal de que me echa de menos tanto como yo a él. Que se siente tan miserable como yo.

Ni siquiera la emoción de un nuevo trabajo y de mudarme a una ciudad totalmente nueva disminuye el aplastante peso en mi pecho. Ni siquiera los paquetes de mi madre —*regalos de casa*— alivian el abatimiento. Mis padres saben lo de Cruz y que nuestra relación ha terminado. Mamá se ha mostrado comprensiva, sorprendida y cariñosa. Papá ha guardado silencio, lo cual no me sorprende. No se equivocó con Cruz: era un hombre capaz de destrozarme el corazón.

Afortunadamente, sin embargo, ha estado Tessa. Y en ese pensamiento, mi móvil suena, justo a tiempo.

—Hola.

—Bueno, sueñas como una mujer que ha recibido un puñetazo en las tetas. Jesús —bromea. Ha sido la mejor amiga durante todo este asunto, y estoy muy agradecida de tenerla.

—Ha sido duro. No voy a mentir.

—De acuerdo, esta es la parte de la ruptura en la que te digo que te mantengas firme. Sé que estás dolida y triste y todo lo demás, pero tú, Maddix Hart, te mereces *los te amo* y todo el cuento de hadas. Y por extraño que parezca, él también. Pero no puedes ceder ahora. Si él no lo ve por sí mismo, entonces nunca lo verá.

—Lo sé. —Me froto el esternón con la palma de la mano—. Es que duele mucho.

—Sé que sí. A él también.

Suspiro.

—Gracias.

—¿A la misma hora mañana por la noche?

—Sí.

Pero cuando cuelgo y miro el teléfono, sólo quiero desbloquearlo y llamarlo. Hablar con él. Respirar el mismo silencio que él.



EDGE

284



Porque sí, todavía lo amo.

Sería mucho más fácil si lo odiara, pero no es así.

Odio lo que le hicieron. Odio lo que años de abandono han hecho a sus pensamientos.

Pero no lo odio.

Creo que nunca podré.



K. BROMBERG
ON THE

CAPÍTULO 55

Cruz

—¿Qué demonios pasa, hombre? —Lachlan Evans se abre paso entre mi equipo y me cierra el paso. Los chicos van a detenerlo, pero yo me hago a un lado.

Tal vez si me golpea, realmente sentiré algo, porque todo lo que siento es entumecimiento. Nada. Sólo ruido blanco.

Bueno, todo excepto cuando pienso en Madds. Cuando pienso en ella, mi cuerpo me duele de formas que nunca creí posibles. Mente. Cuerpo. Alma.

Miro fijamente la furia que se desata en los ojos de Evans y me encojo de hombros antes de darme la vuelta y caminar en otra dirección. La lucha en mí ha desaparecido. Desde hace semanas.

—No me des la espalda —vocifera mientras me empuja por detrás—. ¿Cuál es tu problema, Navarro? Puedes estorbar en la pista una y otra vez, ¿pero no puedes pelearte conmigo en los boxes?

—No vale la pena. —Esta vez, cuando me alejo, me deja. Pero es una hora más tarde, después de una ducha y un rato de prensa, cuando Lachlan me espera en el paddock para salir hacia el aparcamiento.

—¿Qué quieres? —gimo al verlo.

—Nos conocemos de hace tiempo, ¿verdad? —pregunta, poniéndose a mi lado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que es jodidamente increíble que tengas la cabeza en un puto sitio como la tienes ahora, porque en la pista tendrás un desliz y yo podré pasarte volando. Y mi coche es un puto tren descarrilado, el de Rossi también —dice de su compañero de equipo—. Así que aprovecharé cualquier maldita ventaja que me des. Pero eso también significa que tienes la mitad de posibilidades de que te maten a ti o a alguien más. Tu cabeza no está bien. No está en ello. Demonios, ni siquiera está en este puto universo. Así que o me dices qué demonios está pasando, o voy a Otis y le digo que estás bebiendo antes de las carreras.

—¿Qué demonios pasa? —escupo las palabras.

—Estoy preocupado por ti. Ya he dicho bastante.

K. BROMBERG
ON THE

—No lo harías...

—Pruébame.

Me detengo y lo miro fijamente. La maldita presión de las últimas semanas me pesa como si el mundo estuviera sobre mis hombros.

—Es Maddix.

—Dime algo que no sepa.

—Volvió a Estados Unidos.

—Como se señala en cada puto post y artículo sobre ti. ¿Debo asumir que está en los Estados Unidos y que no querías que fuera?

Me paso una mano por el cabello y suspiro. No quiero hablar de cómo he fracasado. Sofía lleva entrometida en mi mierda desde la noche de mi cumpleaños, intentando que *hable de mis sentimientos*. A la mierda con eso. No va a hacer que Maddix vuelva.

Mi hermana es... se agradecen sus intentos, pero me merecía lo que me pasó. No las estupideces de mi madre, eso es *cosa suya*. Pero Maddix tenía razón. Si no puedo decirle que la amo, ¿qué sentido tiene que se quede?

Pero odio esto. Cada maldita cosa de esto. Mi penthouse vacío. El silencio cuando antes estaban sus tarareos. La cama vacía a mi lado. El viaje por la ciudad sin ella enamorada de algo trivial haciéndome sonreír.

Joder, todo.

Podría rogarle que volviera, ¿pero no es eso abrirme a que me digan que se va otra vez?

Evans no pregunta nada de esto. Estoy seguro de que no le importa un carajo y, sin embargo, me encuentro diciendo:

—Al principio, no la quería cerca de mí. Luego pensé que era una distracción divertida que podía superar cuando lo necesitara. Pero ahora se ha ido y es en lo único que pienso.

—Así que la amas, entonces. —Una declaración simple, sin tonterías.

—Sí, la amo.

—¿Y le dijiste esto y aun así se fue?

—No exactamente.

—¿Así que se fue porque no le dijiste esto?

—Parcialmente. Pero... joder, hombre, cómo... o sea... ella no puede renunciar a su vida para seguirme persiguiendo la mía.

—¿Eso no lo decide ella? Las mujeres son criaturas jodidamente resistentes. Mucho más que los hombres. ¿No debería ser ella quien decidiera cómo debería ser



su vida? Porque he conocido a la mujer. Es brillante. Fue capaz de trabajar en su otro trabajo mientras te seguía, así que ¿quién dice que no puede hacer lo mismo con este nuevo trabajo?

Cuelgo la cabeza y asiento.

—Podría. Pero...

—¿Pero qué?

—¿Pero por qué querría hacerlo? —le pregunto.

—Porque te ama.

«Aún no hemos discutido tu trato en detalle. No hemos hablado de lo que pasará después. Di un paso al frente por ti, para ayudarte a firmar ese estúpido contrato. Y fui yo quien terminó... La que está tan jodidamente enamorada de ti, Cruz Navarro, la que te ama, aun cuando te niegas a reconocer que me correspondes.»

—¿Porque me ama? —La veo de pie frente al televisor, con los ojos llenos de lágrimas, rogándome que le pida que se quede. Joder. *Quería que se quedara. La quiero a mi lado*—. Me pidió que le pidiera que se quedara.

—Ahí está tu respuesta. Lo hizo. Ahí lo tienes. Quiero decir, joder, hombre, si la quieres de vuelta y no puedes vivir la vida sin ella, entonces haz algo al respecto. Pídele que vuelva. Persíguela. Házselo saber. —Me palmea el hombro—. Acciones, hermano. Tienes que decir las palabras, pero también respaldarlas con acciones.

—Joder. —La palabra es más para mí que para él.

—Sí, lo sé. Pero si ella vale la pena, será mejor que aprendas a arrastrarte. Arrástrate, pero no respondas cuando ella te contacte. Arrástrate para que quiera hablar contigo, pero no pueda. Arrástrate hasta que quiera venir volando porque no puede esperar ni un segundo más. A las mujeres les encanta esa mierda.

¿Arrastrarme?

Joder... aquí va otra cosa que nunca he hecho antes, y mucho menos por una mujer.



CAPÍTULO 56

Maddix

—Qué mierda. —Me quedo inmóvil en la puerta de mi despacho y contemplo la escena.

Tiene que haber cincuenta ramos de dalias llenando todas las superficies. Es un despliegue asombroso de todos los colores y especies. Son sencillamente impresionantes.

Me muevo hacia ellas. Toco los pétalos. Recuerdo aquellos primeros días juntos. Y lucho contra las lágrimas que amenazan.

Pero es la nota de la tarjeta que tengo sobre la mesa la que hace que se forme la sonrisa más suave y que una oleada de esperanza llene mi corazón. Me llevo la mano al pecho al leerla.

Madds,

Puede que lleve algún tiempo. Pero voy a recuperarte. Estoy aprendiendo a ser el hombre que te mereces.

Con a _ _ _

—Cross

Cada parte de mí que se ha atrevido a tener esperanza en las últimas semanas se siente como si se hubiera liberado de una jaula de cristal con esas dos simples frases.

Me ama.

Quiere que esto funcione.

En medio de mi más profunda desesperación, cuando deseaba que llegara el sueño y luego rezaba para que no llegara —porque sabía que mis sueños estarían llenos de él—, esto era lo que quería.

Se me llenan los ojos de lágrimas y un nudo de emoción me arde en la garganta.



Aprieto la tarjeta en la mano, pero luego vuelvo a leerla. ¿Con A ___?

¿Qué diablos significa eso? ¿Importa? Sé lo que significa. Claramente, tiene un plan para lo que significa.

No puedo dejar de mirar el jardín en el que se ha convertido mi despacho y, cuando se me pasa el shock, cuando me doy cuenta de que no estoy soñando, no puedo ir al móvil lo bastante rápido.

Me hundo en el sonido de su voz en el buzón de voz y me desinflato simultáneamente. Es la diferencia horaria. Tiene que estar dormido. *Termina la llamada, Maddix.*

—Hola, soy yo. —¿Por qué sueno tan vacilante cuando esto es lo que quiero? *Porque tengo miedo de creer que esto es real*—. Me alegro de oír tu voz, aunque sólo sea este mensaje de voz. Gracias por las flores. Son... preciosas y abrumadoras y... *te echo de menos*. —La primera lágrima se desliza—. Eso es lo principal. Te echo de menos. Todo de ti.

Dejo que el mensaje grabe mi silencio mientras intento averiguar qué más decir a continuación, pero sé que todo lo demás que me queda por decir, quiero decírselo a él. Necesito decírselo.

Una vez terminada la llamada, y mientras me siento en un mar de dalias, respiro por lo que parece ser la primera vez en una eternidad. Y entonces me apresuro a hacer fotos de esta escena obscena que tengo delante para enviárselas a Tessa.

Ella va a disfrutar al máximo con todo esto.

Le doy a enviar. Sin palabras. Sólo las fotos. Y cuando mi teléfono me devuelve un mensaje, supongo que será ella.

Me equivoco.

Cruz: Me ganaré la M. La O. Y la R. Una vez que lo haga, entonces podrás decidir si quieres perdonarme.

Yo: Ya sé la respuesta.

Cruz: Me alegro. Hará que ganármelo sea mucho más fácil. Pero déjame ganármelo, Madds. Déjame demostrarte lo mucho que significas para mí. Déjame demostrarte que me haces un hombre mejor. Sabrás cuándo responderme cuando lo veas.

Releo el mensaje una y otra vez. Una parte de mí quiere subir el próximo avión a Mónaco —o dondequiera que esté— y decirle que está perdonado. La otra parte está de pie en mi despacho, con una sonrisa jugueteando en las comisuras de los labios, un corazón rebosante de todas las emociones imaginables y un pensamiento de —sí, tiene que demostrarlo. Ganarme de nuevo. Demostrar que me valora a mí y a mi corazón.

Pero sería mucho más fácil volver a sus brazos y hundirse en su comodidad.



Doy un respingo cuando suena mi móvil y me apresuro a contestar. Sí, debería saber que no es él, pero eso no significa que no espere lo contrario.

—Amiga, ese hombre lo tiene mal.

Mi sonrisa se convierte en una sonrisa de oreja a oreja.

—Tessa.

—¿Te lo dije o te lo dije?

—Lo hiciste.

—Di las palabras.

—Oh, por favor. —Pongo los ojos en blanco, pero me siento tan bien sonriendo.

Reír.

—Dilo o dejamos de ser amigas —bromea.

—Seguiremos siendo amigas, pero lo diré de todos modos, porque es verdad.

Tú, mi queridísima Tessa, tenías razón.

—¿Sabes en qué más tengo razón?

—¿Qué es eso?

—Él es el indicado.

Esas cuatro palabras me detienen tan firmemente como lo hicieron las dalias de mi despacho. ¿La razón? Yo también lo creo.

¿No es por eso que todo esto me ha golpeado tan fuerte? Porque nunca supe que podría amar a alguien, extrañar a alguien, querer estar con alguien, tanto como lo he hecho con Cruz estas últimas semanas. Y no sólo por las cosas grandes, sino por las pequeñas. Las miradas fugaces a través de la habitación. Su mano en la parte baja de mi espalda cuando pasa a mi lado. La forma en que tararea suavemente mientras lava los platos. La forma en que se quita el casco y me busca inmediatamente.

Hay un millón de razones por las que me he enamorado de Cruz Navarro y, sin embargo, son todas las pequeñas las que más significan.

—Lo sé —susurro—. Lo sé.



CAPÍTULO 57

Maddix

—¿Estás viendo lo que yo estoy viendo? —Tessa pregunta.

—¿Qué hora es? —pregunto soñolienta, pero sé perfectamente qué hora es. Me había quedado dormida en mitad del trabajo y se me había olvidado poner el despertador para ver la carrera.

—A quién le importa la hora. Pon la carrera.

—¿Qué? ¿Está bien? —Voy cambiando de canales y encuentro la carrera. A decir verdad, estoy en el sofá donde me quedé dormida mientras esperaba a que empezara la carrera.

—Está bien. —El latido de mi corazón se pone al día. *Él está bien. Él está bien*—. En realidad, está pateando traseros.

—No me asustes así. —Medio me río, medio suspiro mientras miro fijamente la pantalla, esperando a que muestren el coche de Cruz para poder ver con mis propios ojos que está bien.

Y ahí está. Ahí está su coche y el destello naranja característico. Está bien.

—Y parece que te ha dejado un mensajito —dice crípticamente.

—¿Qué se supone que significa eso?

Se queda callada mientras miro y miro hasta que mi suspiro de exasperación la espolea.

—Espera a que cambien a la cámara del coche —dice.

Espero pacientemente a que vayan pasando por los distintos corredores y sus cámaras. Y cuando llegan a la de Cruz, tardo dos segundos en verla.

Mi sonrisa es automática.

Mi mano al corazón y yo sentándome aún más erguida.

Hay un lugar en el halo que enjaula y protege a los corredores en el que suelen poner pegatinas o publicidad de sus patrocinadores. Pero la pegatina del patrocinador de Cruz ha desaparecido. En su lugar hay una pegatina que dice “TE AMO, Madds” con un corazón justo después.



Pero déjame ganármelo, Madds. Déjame demostrarte lo mucho que significas para mí. Déjame demostrarte que me haces un hombre mejor.

No sólo intenta demostrármelo a mí —declarármelo a mí— sino también al mundo. Hace semanas no podía decir las palabras y ahora se lo dice a todo el mundo.

Me siento como si flotara en el aire. Lo está intentando. Lo está demostrando. Está... *siendo Cross.*

—Tu silencio dice que estás cediendo. —Tessa se ríe.

—Mi silencio dice que ¿quién demonios no lo haría?

—De acuerdo. Cualquiera mujer sensata pensaría lo mismo... pero no cedas. Haz que el hombre se gane esas dos últimas letras. Demonios, si fuera yo, le haría ganarse el OR restante y aparte tu maldito nombre completo.

—Eso es una locura.

—Lo es.

—Ya es bastante duro esperar tanto cuando sabía mi respuesta incluso antes de salir de su casa y volver a esta nueva vida.

—Ajá —murmura e inmediatamente me detengo.

—¿Qué? Conozco ese sonido. Sé que te estás conteniendo.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—¿Tess?

—¿Cómo vas a hacerlo? ¿Cómo vas a vivir tu vida, perseguir tus sueños, ser la mujer en la que te has esforzado por convertirte y ser su novia?

—¿De dónde viene esto? —pregunto mientras Cruz esquiva un avance de Spencer Riggs.

—Te lo dice una amiga que quiere que lo tengas todo: el hombre, el trabajo, todo el puto sueño, pero no que des más de ti de lo que él da de sí. Es que... Te protejo un poco.

—Gracias. Lo entiendo. Y... no sé, Tess. ¿Alguna vez has deseado tanto algo en tu vida; este trabajo, esta oportunidad, y luego, cuando lo consigues, se queda en nada? Este trabajo se está desinflando y no porque no me guste, sino porque falta la otra mitad de mí. Así que sí, lo quiero todo. Tengo la intención de intentar resolverlo todo. Y pienso tener mi pastel y comérmelo también. Sólo intento averiguar cómo.

—De acuerdo. Lamento estropear el momento, pero eres mi persona y quiero asegurarme de que te pones a ti primero.

—Lo sé y te quiero por ello. También quiero a Cruz de una forma que nunca imaginé. De una forma que veo en los ojos de mi madre cuando mira a mi padre. Y eso es extraño para mí porque nunca había pensado que eso fuera posible. Pensaba que eso era algo del pasado... no algo que siga ocurriendo hoy en día. Así que estoy



dispuesta a hacer lo que haga falta para tener ese tipo de amor y tener también lo que necesito para sentirme realizada.

—Está bien. Me alegro. Sólo necesitaba sacarlo antes de decirte que me está ganando con cada paso que da.

—¿Estás cediendo? —me burlo.

—¿Quién demonios no lo haría? —repite y las dos nos reímos.

Pero cuando termina la llamada y veo la celebración en el podio, cada hueso de mi cuerpo desea estar en un vuelo con él.

Y cuando llega el texto, salto por mi teléfono.

Cruz: Ese P2 era para ti.



CAPÍTULO 58

Maddix

—Esto se está volviendo ridículo y alucinante y tienes mucha suerte.

Levanto la vista de mi asiento hacia Heidi y entrecierro los ojos.

—No te sigo —digo las palabras, pero ya me estoy levantando de detrás de mi escritorio y abriéndome camino hacia ella—. ¿De qué estás hablando?

—Mira por la ventana de la sala de conferencias —dice con desgana, pero su sonrisa delata que se trata de algo emocionante.

Atravieso el lado opuesto de la planta en cuestión de segundos y me sobresalto al ver la enorme pancarta que han hecho rodar desde lo alto del edificio de enfrente.

Hay cuatro imágenes distintas. La primera es de Cruz de pie en un campo de dalias sosteniendo un enorme cartel con la letra A sobre su cabeza. La segunda es él de pie en la azotea de su complejo —un lugar que sólo yo conozco porque he estado allí con él— sosteniendo la letra M sobre su cabeza. La tercera imagen es él en una moto acuática en medio del Mediterráneo, de pie sobre su asiento, con la letra O sobre su cabeza. Y la última es él sentado en su coche de Fórmula 1, con el casco puesto y el cinturón abrochado, sosteniendo un letrero en blanco sobre su cabeza, de lo que puedo suponer que es una R que se ganará más tarde.

—Chica, te la tiene jurada —murmura Heidi—. ¿Sabes lo jodidamente caro que es una mierda como esa? Alquilar el lateral de un edificio en medio de Nueva York.

Sólo murmuro porque el dinero no es un objeto para Cruz Navarro. Y no se trata del dinero. Se trata de que Cruz le diga al mundo lo que siente sin avergonzarse ni cerrarse en banda por ello. Se trata de que lo cuente todo cuando sé que tiene miedo de hacer este esfuerzo, de profesar su amor, y que yo me aleje. Podría abandonarlo... Podría seguir siendo su madre para él.

—Le está diciendo al mundo que ya no tiene miedo. *Me está diciendo que no tiene miedo* —murmuro más para mí misma que para nadie—. Necesito mandarle un mensaje, para.... —Vuelvo a levantar la vista y me quedo pasmada al verlo. Por el crecimiento de este hombre.



Camino apresuradamente hacia mi despacho y me detengo cuando voy a buscar mi teléfono porque encima hay una pequeña caja negra con una tarjeta igualmente pequeña.

Echo un vistazo a mi alrededor y reconozco que sin duda tiene ayudantes en este edificio, abro la tarjeta y suspiro al ver su letra.

Madds,

Por fin he encontrado un nombre para nosotros. Creo que encaja. A ver si te lo imaginas.

—Cross

Abro la caja de terciopelo negro y encuentro una impresionante pulsera de diamantes. Está segmentada con una X y luego un corazón, cada sección unida por un diamante redondo. Miro fijamente los brillantes diamantes y por fin lo entiendo. *CrossHart.*

Nuestro apodo público y tonto de famosos que dijo que debíamos tener aquella primera salida en Ámsterdam. Por fin se le ha ocurrido.

CrossHart.

Paso los dedos sobre su letra, sobre su nombre y sobre la pulsera, casi como si al hacerlo pudiera sentir su tacto.

Sé que no debo llamarlo, pero no puedo resistirme. Su buzón de voz contesta en cuestión de segundos, e imagino lo difícil que le resulta empujarme al buzón de voz.

—Cross. La pancarta. El brazalete. El apodo. Es demasiado. Te lo agradezco y lo apreciaré siempre, pero no necesito cosas. *Sólo te necesito a ti.*

Y entonces me hundo de nuevo en mi silla, con la mayor sensación de paz que he tenido en toda mi vida. *Él me ama. Me ama de verdad.*



CAPÍTULO 59

Cruz

Me va a matar por esto.

Absolutamente.

Y no podría estar más contento.

Vuelvo a mirar el ordenador y pulso el botón. Dinero transferido. Préstamos estudiantiles desaparecidos.

Maddix Hart es una fuerza a tener en cuenta, y lo último que necesita es algo que yo daba por sentado. Una buena educación. Acceso a una sin estar atada a su deuda por el resto de su vida.

Cabos sueltos.

Es lo que estoy atando. De lo que intento ocuparme.

Y ahora la más grande de todas. Uno que tiene mi corazón en la garganta y me limpia las manos en las piernas de mis pantalones.

Será mejor que acabe con esto mientras pueda.

El teléfono suena varias veces antes de que responda una voz grave.

—Gavin Hart. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Gavin? ¿Sr. Hart? Soy Cruz Navarro. ¿Tiene un segundo?



CAPÍTULO 60

Maddix

—Estás en mi lista de mierda, Navarro —digo y suspiro y luego sonrío, mirando con los ojos muy abiertos de nuevo el correo electrónico que indica que mis préstamos estudiantiles ya han sido pagados en su totalidad.

Esto no es lo que quería. Que me ayudara. Que se ocupara de las cosas. Sólo lo quiero a él y mi paciencia empieza a agotarse.

Busco mi teléfono para enviarle un mensaje.

Yo: Supongo que ahora los pagos de mi préstamo estudiantil serán a ti. Gracias, pero no puedo aceptar esta generosidad.

Cruz: Era eso o comprarte un penthouse en Nueva York. Me imaginé que podrías soportar mejor los préstamos estudiantiles.

Yo: Cruz.

Cruz: Me encanta cuando suspiras mi nombre así. No mires ahora. Toc. Toc.

¿Qué...?

—Entrega para usted, Maddix —dice una de nuestras becarias al entrar en mi despacho y colocar una carpeta sobre mi mesa.

—Gracias.

—El mensajero dijo que era urgente.

—Eh-oh... okey —digo, tan distraída por el mensaje de Cruz que tardo un segundo en darme cuenta de que la carpeta podría ser el toc, toc.

Una vez registrado esto, me apresuro a abrirlo lo más rápido que puedo. Dentro hay un boleto de avión. No es uno como los que he visto antes, así que me quedo mirándolo unos segundos antes de darle la vuelta.

Tu jefe ha aprobado un muy necesario tiempo de descanso. Lleva este boleto al coche que te espera fuera. Estoy a punto de ganarme esa R.



—Cross

Me pongo de pie. Me siento. Busco mi bolso y todo lo que creo que necesito mientras mis manos empiezan a temblar y el corazón se me acelera. Entonces salgo corriendo de mi despacho sin el boleto, así que tengo que volver a entrar y recogerlo.

Mis compañeros de trabajo me lanzan miradas cómplices y sonrisas enigmáticas mientras me despido.

El ascensor tarda una eternidad en llegar a mi planta y luego bajar.

El coche urbano, con las ventanillas traseras oscuras, me espera pacientemente en la acera.

Estamos conduciendo en cuestión de segundos. Claro que he estado viviendo aquí, pero me siento más viva de lo que me he sentido en todo este tiempo. Ahora mismo me siento esperanzada, emocionada y preparada para lo que venga.

Siempre y cuando lo que sea incluya a Cruz.

No reconozco el aeropuerto cuando nos adentramos en él, ya que no es ni el JFK ni La Guardia. Pero en cuestión de segundos, aparcamos en lo que ahora sé que es el avión de Cruz.

—Aquí estamos, Srta. Hart. Siéntase libre de subir y entrar.

Lo primero que observo es que la alfombra que hay bajo la escalera portátil que lleva al avión está cubierta de la letra R en todos los tamaños. Los peldaños de la escalera están cubiertos de grandes pegatinas con la letra R en varios colores.

Doy cada paso con el corazón en la garganta y el bolsillo lleno de esperanza.

Cuando entro en el avión, Cruz está de pie, sosteniendo una R de cartón.

Creo que nunca he sentido tanto amor y alivio inundando mi cuerpo como en este momento.

Es él.

Es realmente él.

Creo que jadeo. Sé que digo su nombre mientras asimilo todo lo que le rodea. Dalias que cubren la cabina. Hay champán. Globos. Cruz, de pie, con un innegable amor en los ojos.

—Hola, Madds. Me alegro de encontrarte aquí.

—¿Qué? Hola. Quiero decir... Cruz.

—Aquí es donde empezamos. Aquí. En este jet. Cuando te metí en mi regazo para demostrarte que podíamos conseguirlo. Fue entonces cuando supe que estaba en una tormenta de mierda de problemas. Simplemente encajas. En mi regazo. En mis brazos. En mi vida. Te sentaste e intentaste fingir que no te afectaba y, a partir de entonces, me pasé cada segundo de cada minuto de cada día fingiendo que tú



tampoco me afectabas. Pero fracasé. Porque no sólo me afectabas, sino que me asustabas. Me hiciste querer ser más. Me hiciste querer ser mejor. Y lamento que hayas tenido que irte para darme cuenta. Para que me diera cuenta. Así que te doy esta R si la aceptas. Significa Todo. Como que eres mi todo. En lo que pienso. Lo que quiero. Lo que necesito. Sólo en ti. Sólo esto. Sólo nosotros. Todo lo demás es sólo ruido externo que podemos resolver.

Me muevo hacia él. Apenas puedo ver a través de las lágrimas borrosas ni respirar por la emoción que se me agolpa en la garganta, pero sé que sus brazos envolviéndome lo arreglarán todo. Hará que merezca la pena.

Me hundo en su tacto firme, el aroma de su colonia, el sonido de sus suspiros, el latido constante de su corazón contra mi mejilla.

Y siento que estoy en casa por primera vez desde que lo dejé hace tantas semanas.

«¿Qué estás dispuesta a sacrificar, Hart?»

Cualquier cosa. Cualquier cosa. Si Kevin hubiera sabido cuando me hizo esa pregunta cómo cambiaría mi respuesta con el tiempo, no estoy tan segura de que me la hubiese preguntado.

Se echa hacia atrás, me enmarca el rostro y me besa. Es lento y dulce y todo lo que he echado de menos, ansiado y deseado.

Apoya su frente contra la mía.

—Te necesito, Madds. Seguiré aprendiendo, seguiré intentándolo, seguiré aceptando que me quieres y que no vas a abandonarme, pero puede que a veces me equivoque. Podría asustarme. Y cuando lo haga, debes saber que es sólo porque te amo tanto que duele. Quiero que tengas el resto de tus aventuras salvajes conmigo. Como un equipo. Luchando el uno por el otro. Luchando contra el mundo, sólo nosotros dos. Nunca dejé de amarte. Simplemente creí que no podías amarme... y eso estuvo mal de mi parte. Sólo espero...

Me lanzo con más fuerza contra él. Mis labios reclaman y mis manos poseen.

—Nunca he dejado de amarte, Cruz. Ni un solo minuto. —Pero es entonces cuando me doy cuenta. Lo que dijo Tessa sobre ceder. Sobre renunciar a mi sueño. Sobre la respuesta falsa que le di. Está bien si lo digo, pero necesito que él también lo entienda—. Pero...

—¿Pero qué? —El pánico parpadea en sus ojos.

—Pero aún necesito mi vida. Mi trabajo. Mis metas. Te amo, Cruz, pero no puedes ser mi principio, mi medio y mi fin.

Me aprieta las manos y su sonrisa me roba el corazón.

—No quiero ser tu principio, medio y final. Quiero ser tu sujeta libros. La persona a la que dejas por la mañana y con la que vuelves a casa por la noche. La persona que te cuida, pero te permite ser tú. Quiero que me incluyas en tu vida.



Quiero que me dejes formar parte de la tuya. Quiero que me permitas amarte. —Las manos de Cruz enmarcan mi cara y dobla las rodillas para que sus ojos queden a la altura de los míos—. Te amo, Maddix Hart. Amo tu extravagancia. Amo que quieras a tu familia. Amo a tu familia y cómo te quieren. He amado verte crecer en los últimos meses hasta convertirte en la mujer que eres hoy. La mujer que da un paso al frente, se pone metas y luego las rompe. Y también amé cómo te alejaste de mí para obligarme a enfrentarme a mis propios miedos.

—¿Amaste eso? —Me río entre dientes.

—Bueno, en realidad no, pero adoptaste una postura. Me hiciste ver que sabías lo que valías. Verte marchar fue lo más duro que he tenido que hacer en mi vida. Pero en el proceso, me enseñaste más de lo que nunca sabrás. —Me da un beso en los labios. Un beso que he deseado durante semanas y con el que he soñado por las noches—. Y mientras te veía hacer todo esto, mientras te veía convertirte en la mujer que eres, me enamoré de ti. De cada parte de ti.

Se echa hacia atrás, sus ojos se clavan en los míos, y sé que lo dice en serio. Sé que me quiere.

Y es la mejor sensación del mundo.

—Menos mal que odias el color rojo —murmuro y aprieto mis labios contra los suyos—. O podrías haber elegido una de esas carpetas.

Se ríe entre dientes.

—Lo que pensé que iba a ser el peor día de mi vida, me dio lo mejor de mi vida. A ti. Entonces, ¿qué dices, Madds? ¿Me he ganado la R?

—¿Todo? —pregunto, mi sonrisa crece.

—*Todo.*

Aprieto mis labios contra los suyos y le beso.

—Definitivamente te la has ganado.



CAPÍTULO 61

Maddix

Eché de menos esto.

No es que me perdiera muchas carreras, pero echaba de menos el ambiente cargado. La expectación. El retumbar de los coches en mi pecho y el rugido del público.

Y Cristo, cómo echaba de menos el aspecto de Cruz en traje térmico, caminando hacia mí antes de subir a su coche y besarme sin sentido.

Lo gracioso es que casi me lo pierdo porque estaba demasiado ocupada mirando el post de Cruz. En el que aparecemos yo en su regazo, con la cabeza acurrucada bajo su cuello, profundamente dormidos, y su pie de foto. *Recuperé mi amuleto de la buena suerte. Ahora todo está bien en el mundo. AMO a esta mujer con todo mi corazón. #CrossHart*

¿Cómo pasó de tener miedo a declararlo a publicarlo directamente?

¿Cómo pasé de la miseria hace una semana a que mi nuevo jefe me dijera que asistiera a la carrera y me asegurara de que la marca Revive estuviera presente en todos los aspectos? Seguro que Cruz le dio un empujoncito, pero no voy a decir que me importe.

Tal vez lo haga en el futuro, pero no en esta primera carrera en la que volvemos a estar juntos.

—¿Me deseas suerte, Madds? —pregunta mientras enlaza sus dedos con los míos.

—No creo que necesites más suerte, pero lo desearé de todos modos. —Me inclino para el beso. Esta vez sé que hay cámaras alrededor y sé al cien por ciento que el beso no es para aparentar. Está en la ternura de sus labios. En la forma en que se echa hacia atrás y me sonrío suavemente—. Buena suerte, Cross. Vuelve conmigo sano y salvo y tráeme a casa una victoria.

—Ya he ganado. —Otra presión de sus labios contra los míos y luego un paso atrás, otra larga mirada, antes de girar sobre sus talones y ponerse a trabajar.



Suspiro. No puedo evitarlo, pero lo hago. ¿Por qué? ¿Por qué? Quiero decir... esto es real.

—Ustedes dos podrían hacer que cualquiera creyera en el amor —dice Amandine mientras se pone a mi lado con una mirada soñadora.

—Me lo tomo como un gran cumplido. —Me da unos auriculares—. Gracias.

—Siempre.

—Eh, oye —le digo cuando se gira.

—¿Hmm?

—¿Está Dominic arriba? —pregunto, curiosa por qué aún no lo he visto merodeando por el garaje. Necesito prepararme para la nube oscura que intenta apagar mi sol.

—No.

—¿No? —¿Dominic Navarro no en una carrera? Es la primera vez.

—Ya no se le permite entrar en la zona del garaje por instrucción de Cruz. Supongo que sus pases de paddock se confundieron. —Me guiña un ojo y me sonrío antes de marcharse.

La sigo con la mirada y vuelvo a mirar hacia donde Cruz se está abrochando el cinturón.

Ya no se le permite entrar en la zona del garaje por instrucción de Cruz.

Vaya. Parece que ha habido mucho crecimiento y apropiación en las semanas que hemos estado separados.



P1.

Ganó.

Cruz ganó, joder. Ha estado tan agobiado con los medios y el podio que no puedo esperar a besarlo hasta el infinito. Estoy tan emocionada por él.

Pero su equipo importa. Las personas que lo han llevado hasta allí, que lo sostienen y que lo han ayudado, así que no tengo ningún problema en apartarme y dejarles hacer lo suyo. Me conformaré con las miradas robadas y las sonrisas ladinas de vez en cuando.

Además, sé que lo tendré el resto de la noche, así que esperaré mi momento.

—Foto de equipo —dice Amandine, haciendo que todo el mundo se acerque para hacerse una foto con el trofeo y el cartel que muestra el nombre del equipo y la posición final.



Doy un paso atrás para apartarme.

—No, ni se te ocurra —dice—. Eres tan parte de este equipo como cualquier otro, Amuleto de la Suerte.

La miro como si estuviera loca.

—¿Crees que estoy de broma? Entra ahí.

Y cuando levanto la vista, Cruz me tiende la mano con una sonrisa del tamaño de Texas en la cara.

—¿Ves? —pregunta—. Te lo dije. Eres mi amuleto de la buena suerte. —Me besa y luego dice en voz baja para que sólo yo le oiga—: En más de un sentido.



CAPÍTULO 62

Maddix

A Cruz casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Santa. Mierda.

Es la inyección de confianza que cualquier chica necesita cuando entra en una habitación con tacones, un montón de joyas puestas y nada más.

—Um —tartamudea—. Pensé que íbamos a cenar. Teníamos planes para cenar. Vamos a cenar. —Sacude la cabeza como si no pudiera creer lo que está viendo.

Mi sonrisa se amplía.

—Así es. Pero pensé que primero celebraríamos tu nuevo campeonato mundial con postre.

Me recorre con la mirada y gime mientras su polla se endurece dentro de los calzoncillos.

—Maddix. —Mi nombre es una súplica ronca.

—Una vez me dijiste que querías follarme sólo con los tacones, sólo con las joyas puestas. —Llevo las manos a los lados, exhibiéndome—. Aquí estoy. Toda. Para. Ti.

Su nuez de Adán se balancea mientras toma aire.

—Realmente sabes cómo desbaratar los planes de un hombre.

—¿Tenías algo más importante que hacer que follarme así?

Se forma una tímida sonrisa.

—No más importante. Quizá igual de importante —dice mientras da un paso adelante y me recorre las caderas con las manos. Se inclina para besarme—. Me gustan las joyas. —Otro beso—. Me gustan los tacones. —Un beso en la clavícula y un tirón con los dientes del mismo collar que me prestó para el baile del príncipe hace tantos meses—. Me gustas aún más desnuda. —Desliza una mano entre mis muslos y su gemido gutural me dice que me ha encontrado húmeda y deseosa de él—. Pero creo que hay algo que me gustaría aún más.



—Más vale que sea condenadamente bueno, Navarro, si no te estás aprovechando de mí para demostrar algo.

Sonríe como un relámpago, da un paso atrás y rebusca en su bolsillo trasero. Supongo que está buscando un condón. La ocurrencia que tengo en la boca de que está dispuesto a todo muere rápidamente cuando saca una caja de anillos de terciopelo negro.

Y la abre al mismo tiempo que dice:

—Esto.

Mis ojos se abren de par en par. Se me escapa un suspiro. Y mi cabeza se sacude ligeramente de un lado a otro al darme cuenta de que lo que hay dentro de esa caja no es un anillo cualquiera.

Se trata de un solitario de diamante oval gigante rodeado por otros diamantes más pequeños.

Es impresionante. Es abrumador.

—Es...

—Es perfecto, como tú. —Se ríe tímidamente—. Tenía planes. Una cena. Un crucero en barco. Una proposición a la luz de la luna. Pero... verte aquí, así, para mí... Sé que no saldremos de esta casa esta noche.

Suelto una risita nerviosa.

—Cruz —murmuro.

—Cásate conmigo, Madds. Porque quieres tener aventuras salvajes conmigo. Porque quieres ser mi apoyo. Porque quieres navegar por esta vida loca que tenemos juntos. Porque quieres ser el amanecer de mi atardecer. El final de mi comienzo. La calma de mi tormenta. Cásate conmigo, porque estoy tan locamente enamorado de ti que no hay nadie más con quien preferiría volver a casa. Para formar un hogar. Para hacer una vida contigo.

Se me saltan las lágrimas. Me miro y empiezo a reír.

—Esta no es exactamente la forma más convencional de comprometerse.

—¿Cuándo hemos sido convencionales? —Me besa y todo mi mundo se endereza a la perfección—. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo?

—Digo, gracias a Dios que odias el color rojo. —Otro beso. Esta vez más lento. Más suave. Más sexy. Y cuando me inclino hacia atrás todo lo que veo es a él. Todo lo que quiero ver es a él—. Sí. Un millón de veces sí.



EPILOGO

Cruz

Un año después

P3.

No fue el mejor día de trabajo.

No es el peor.

Pero aún nos deja en la carrera por repetir campeonato.

Todavía nos deja capacidad para que ocurran cosas buenas.

Amandine me hace un gesto.

—Hora de la foto.

—Sí, pero tengo que encontrar a mi patriarca. —Todavía estoy sorprendido por su aparición hoy aquí. En la carrera. Ha sido la primera vez que ha podido asistir en todo el año y por eso le estaré siempre agradecido por esta carrera. Por este podio. Por tenerlo aquí para verlo y mirar hacia abajo mientras el champán salpicaba y encontrarme con sus ojos. Ver el orgullo en ellos. Sentir el amor que emanaba de él.

—Dijo que te vería en el hotel. No quería interrumpir tu merecida celebración —explica.

Asiento, con el pecho aún hinchado de orgullo.

—De acuerdo. Gracias. ¿Y mi padre? —pregunto para saber. ¿Han mejorado las cosas entre nosotros desde que gané el campeonato el año pasado? ¿Desde que le prohibí estar en el garaje? ¿En mi cabeza? Un poco. Pero también me importa menos porque encuentro mi validación en la única persona que me importa, Madds.

—Está en la suite de hospitalidad que le designaste.

Asiento. Lo vi en las afueras de la celebración, de pie junto a mi patriarca. Viendo cómo todo el mundo me celebraba... otra vez. Y odio el orgullo de "te lo dije" que conlleva ese sentimiento. Pero lo sentí de todos modos.

—Bien. Lo veré después de la foto. —Levanto la vista y veo a Maddix. Jesús, cómo una mirada suya puede hacer que cada momento estresante valga la pena. Ella



lo es todo—. Ahí estás. —La atraigo hacia mí y le doy un beso en los labios—. ¿Lista para la foto?

—Sí, claro. —Se muerde el labio inferior.

Algo está mal.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy más que bien. —Me besa la mejilla—. Feliz P3.

Uno mis manos a las suyas y vamos a ocupar nuestro lugar entre el equipo para la foto de equipo obligatoria después del podio. Levanto el trofeo mientras todo el mundo aplaude y se hace la foto. Pero no es hasta después de la foto, cuando todo el mundo se levanta para volver a sus obligaciones colectivas, cuando me doy cuenta de que miran dos veces el cartel que está a mi lado.

Suenan las risas. Se dan codazos. Se oyen felicitaciones.

Pero están mirando a Maddix cuando lo dicen.

Me levanto y me vuelvo hacia el cartel y se me para el puto corazón en el pecho. Ahí está Maddix, con las manos en la parte superior y una sonrisa de oreja a oreja.

Pero son las palabras escritas en el cartel las que me poseen.

Felicidades, papá.

Lo leo varias veces mientras siento la lengua como un peso de plomo en la boca. Pero son las lágrimas que brotan de los ojos de Maddix las que me dicen que es cierto. Que mi suposición es correcta.

—Felicidades, Cross.

—¿Hablas en serio? —Apenas puedo pronunciar las palabras mientras la euforia me consume.

Consigo ser padre de alguien que es parte mío, parte de Maddix. Puedo ser el padre que desearía que el mío hubiera sido.

Que puedo amar a alguien *incondicionalmente* y compartir algo con Maddix que nadie podrá arrebatarnos jamás.

—Muy en serio.

Creo que grito. O la llamo por su nombre. O algo que no recuerdo porque casi derribo el cartel al llegar hasta ella. La atraigo contra mí. Y la beso hasta dejarla sin sentido.

—Un bebé —susurro.

—Un bebé —dice cuando la miro a los ojos.

—Pensé que no podía amarte más. Me equivoqué. Me lo demuestras una y otra vez. Maddix Navarro, eres todo lo que nunca supe que necesitaba y todo lo que quería.



EDGE

308



Y lo es.

Una y otra vez me lo sigue demostrando.

Nuestro amor. Es incondicional. Algo que no entendía. Algo que nunca pensé que pudiera existir para mí fuera de mi abuelo y Sofía, pero Maddix y su familia me han demostrado lo contrario.

Me han demostrado que el amor es sacrificio desinteresado. No es infalible, pero vale la pena el esfuerzo. Merece la pena el riesgo de ser vulnerable, de exponerse, porque la recompensa... la recompensa merece la pena.

Seré papá.

Maldita sea. Soy un hijo de puta con suerte.

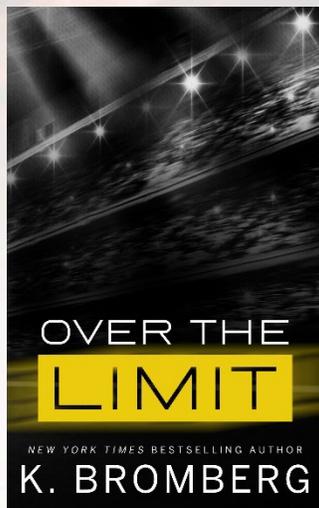


K. BROMBERG
ON THE

EDGE

309
Simply Books

OVER THE LIMIT



Lachlan Evans es la fuerza silenciosa y constante del paddock de la Fórmula 1.
Blair Carmichael es la mujer que no puede tener, pero que desea desesperadamente.

Over the Limit, llegará en junio de 2024



K. BROMBERG
ON THE

ACERCA DE LA AUTORA



K. Bromberg, autora superventas del *New York Times*, escribe novelas románticas contemporáneas que contienen una mezcla de dulzura, emoción, mucho sexo y un poco de realidad. Le gusta escribir heroínas fuertes y héroes dañados, a los que amamos odiar pero no podemos evitar amar.

Desde que publicó su primer libro por capricho en 2013, Kristy ha vendido más de dos millones de ejemplares de sus libros en veinte países diferentes y ha aterrizado en las listas de los más vendidos del *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal* más de treinta veces. (*Todavía se despierta y se pregunta cómo ha tenido tanta suerte para que todo esto ocurra*).

Kristy, madre de tres hijos, considera que lo único más difícil que terminar el libro que está escribiendo es lidiar con la paternidad durante la adolescencia (¡manda más vino!). Le encantan los perros, los deportes, un buen libro y es una procrastinadora experta. Vive en el sur de California con su familia y sus tres perros.

Puedes encontrar más información sobre Kristy, sus libros o simplemente charlar con ella en cualquiera de sus redes sociales. La forma más fácil de estar al día de sus novedades y próximas novelas es suscribirse a su boletín o seguirla en Bookbub.

K. BROMBERG
ON THE

EDGE

311
Simply Books



SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



K. BROMBERG
ON THE